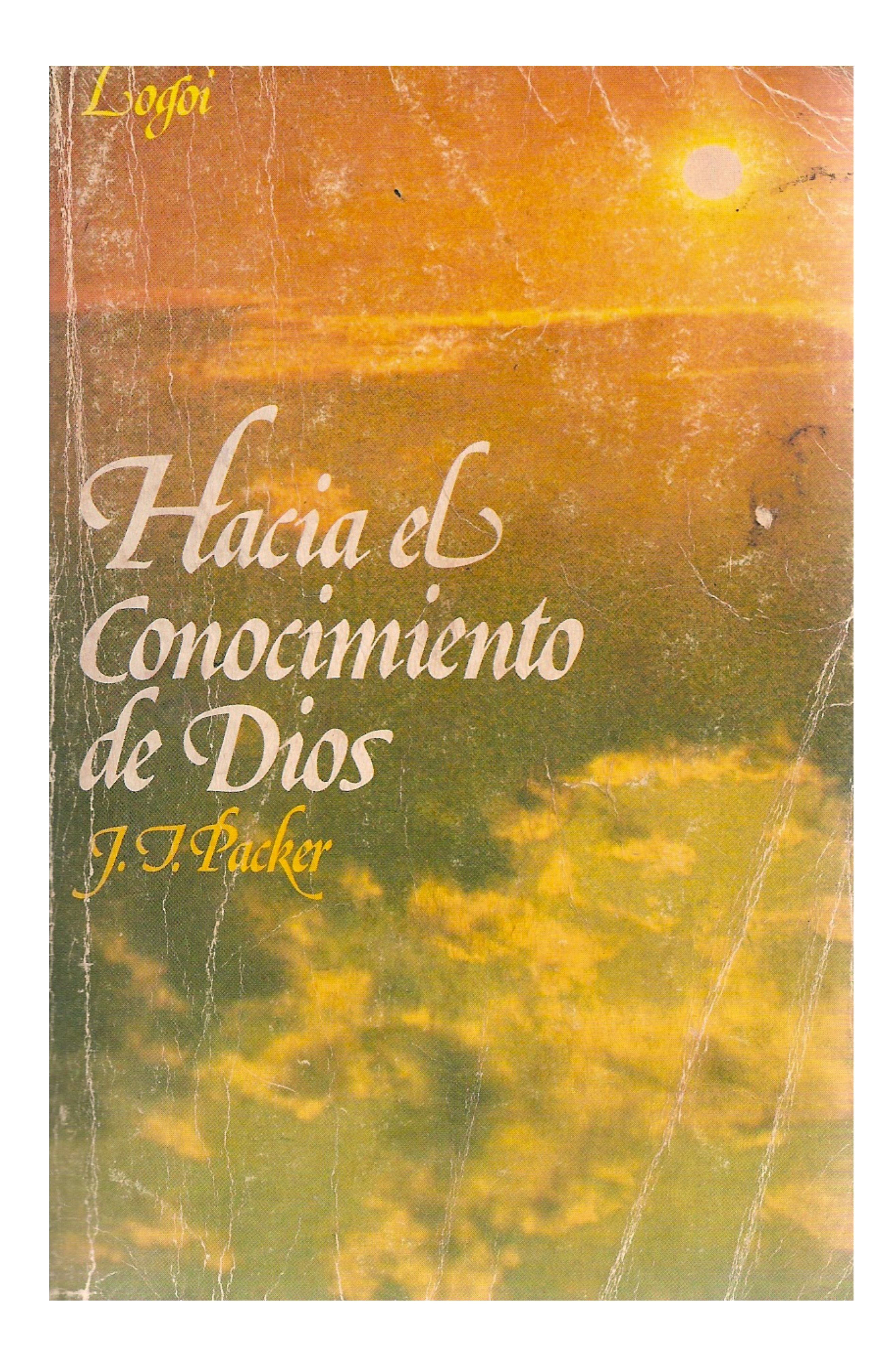

Logoi
Hacia el Conocimiento de Dios
J. I. Packer

PREFACIO

Así como los payasos aspiran a representar el papel de Hamlet, yo he deseado escribir un tratado sobre Dios. No obstante, este libro no es dicho tratado. Su extensión quizá pueda hacer pensar en que intenta serlo, pero el que lo tome así saldrá defraudado. Cuando más se trata de una sarta de cuentas: una serie de pequeños estudios sobre grandes temas, la mayor parte de los cuales aparecieron primeramente en el Evangelical Magazine. En su origen constituían mensajes independientes, pero se presentan reunidos ahora que parecen fusionarse en un solo mensaje acerca de Dios y de nuestra manera de vivir. Es su objetivo práctico el e explica tanto la selección como la omisión de tópicos y modo en que están tratados.

En A Preface of Christian Theology (Prefacio a la teología cristiana), Juan Mackay ilustró dos tipos de interés en cuestiones cristianas con personas sentadas en el balcón del alto de una casa española que observan el paso de la gente en la calle abajo. Los "balconeros" pueden oír lo que hablan los que pasan y pueden charlar con ellos; pueden comentar críticamente la forma en que caminan los que pasan; o pueden también cambiar ideas acerca de la calle, de la existencia misma de la calle o a dónde conduce, lo que de verse a lo largo de la misma, y así por el estilo; pero son espectadores, y sus problemas son teóricos únicamente. Los que pasan, en cambio, enfrentan problemas que, aunque tienen su lado teórico, son esencialmente prácticos: problemas del tipo de "qué camino tomar" y "cómo hacer llegar", problemas que requieren no solamente comprensión sino también decisión y acción. Tanto los balconeros como los viajeros pueden pensar sobre los mismos asuntos, pero sus problemas difieren. Así, por ejemplo, en relación con el mal, el problema del balconero es encontrar una explicación teórica de cómo conciliar el mal con la soberanía y la bondad de Dios, mientras que el problema del viajero es cómo vencer el mal y hacer que redunde en beneficio. De modo semejante, en relación con el pecado, el balconero se pregunta si la pecaminosidad de la raza y la perversidad individual son realmente conceptos aceptables, mientras que el viajero, que conoce el pecado desde dentro, se pregunta qué esperanza hay de liberación. O tomemos el problema de la Deidad: mientras el balconero se está preguntando cómo es posible que un Dios sea tres, qué clase de unidad pueden representar tres, y cómo tres que hacen uno pueden ser personas, el viajero quiere saber cómo hacer honor, y mostrar amor y confianza como corresponde, a las tres personas que están ahora mismo obrando juntas para sacarlo del pecado y llevarlo a la gloria. Y así podríamos seguir. Ahora bien, este es un libro para viajeros, y trata cuestiones de viajeros.

La convicción que sustenta a este libro es la de que la ignorancia de Dios -ignorancia tanto de sus caminos como de la práctica de la comunión con él- está a la raíz de buena parte de la debilidad de la iglesia en la actualidad. Dos tendencias desafortunadas parecen haber producido este estado de cosas.

La primera tendencia es la de que la mentalidad del cristiano se ha conformado al espíritu moderno: el espíritu, vale decir, que concibe grandes ideas sobre el hombre y sólo deja lugar para ideas pequeñas en cuantos Dios. La tendencia moderna para con Dios es la de mantenerlo a la distancia, sino a negarlo totalmente; y lo irónico está en que los cristianos modernos, preocupados por la conservación de prácticas religiosas en un mundo irreligioso, han permitido ellos mismos que Dios se haga remoto. Las

personas con visión clara, .al ver esto, se sienten tentadas a retirarse de las iglesias con una especie de disgusto, a fin de proseguir la búsqueda de Dios por su cuenta. Y no es posible culparlos del todo; porque la gente de iglesia que mira a Dios por el extremo opuesto del telescopio, por así decirlo, de tal modo que queda reducido al tamaño de un pigmeo, no pueden menos que terminar siendo ellos mismos cristianos pigmeos; y naturalmente la gente con visión clara quiere algo mejor que esto. Más todavía, las ideas sobre la muerte, la eternidad, el juicio, la grandeza del alma, y las consecuencias perdurables de las decisiones temporales, están todas pasadas de moda para los modernos, y es triste comprobar que la iglesia cristiana, siguiendo la misma tendencia, en lugar de alzar su voz para recordar al mundo lo que está siendo olvidado, se ha acostumbrado a darle muy poco lugar a estos temas. Pero estas capitulaciones ante el espíritu moderno resultan suicidas por lo que concierne a la vida cristiana.

La segunda tendencia es la de que la mente cristiana ha sido perturbada por el escepticismo moderno. Desde hace más de tres siglos la levadura naturalista de la perspectiva renacentista viene trabajando como un cáncer en el pensamiento occidental. Los arminianos y los deístas del siglo diecisiete, como los socinianos del siglo dieciséis, llegaron a negar, contra la teología de la Reforma, que el control que ejerce Dios sobre el mundo sea directo ni completo, y en buena medida la teología, la filosofía, y la ciencia se han combinado desde entonces para apoyar esta negación. Como resultado, la Biblia ha sido atacada intensamente, como ha ocurrido también con muchas de las posiciones fundamentales del cristianismo histórico. Los hechos fundamentales de la fe han sido puestos en tela de juicio. ¿Se encontró Dios con Israel en el Sinaí? ¿Fue Jesús algo más que un hombre muy espiritual? ¿Realmente acontecieron los milagros del evangelio? ¿No será el Jesús de los evangelios una figura mayormente imaginaria?.. Y así por el estilo. Pero es o no es todo. El escepticismo acerca de la revelación divina, como también acerca de los orígenes del cristianismo, ha dado lugar a un escepticismo más amplio que abandona toda idea de una unidad de la verdad, y con ello toda esperanza de un conocimiento humano unificado; de modo que en la actualidad se supone comúnmente que mis aprehensiones religiosas no tienen nada que ver con mi conocimiento científico de las cosas externas a mí mismo, por cuanto Dios no está "allí afuera" en el mundo, sino solamente "aquí adentro", en mi psique. La incertidumbre y la confusión en cuanto a Dios que caracteriza a nuestra época es lo peor que hemos conocido desde que la teosofía gnóstica intentó tragarse al cristianismo en el siglo dos.

Con frecuencia se dice hoy en día que la teología está más firme que nunca, y en términos de erudición académica y de la cantidad y calidad de los libros que se publican probablemente sea cierto; pero hace mucho que la teología no ha sido tan débil y tan torpe en su tarea básica de mantener a las iglesias dentro de las realidades del evangelio. Hace noventa años C.H. Spurgeon describió los bamboleos que ya veía entre los bautistas en relación con la Escritura, la expiación, y el destino humano, como la "cuesta abajo". ¡Si Spurgeon pudiera analizar el pensamiento protestante sobre Dios en la actualidad, supongo que hablaría de la "caída en picada"!

"Paraos en los caminos, y mirad, y. preguntad por las sendas antiguas, cuál sea el buen camino, y andad por él, y hallaréis descanso para vuestra alma" (Jer. 6: 16). Esa es la invitación que este libro extiende también al lector. No se trata de una crítica de las sendas nuevas, excepto indirectamente, sino más bien de un sincero y directo llamado a recordar las antiguas, en el convencimiento de que "el buen camino" sigue siendo el que

solía ser. No les pido a mis lectores que supongan que estoy muy seguro de lo que hablo. "Aquellos, como yo -escribió C.S. Lewis-, cuya imaginación excede con mucho a su obediencia, están expuestos a un justo castigo; fácilmente imaginamos condiciones mucho más altas de las que jamás hemos alcanzado. Si describimos lo que hemos imaginado podemos hacer creer a otros, y a nosotros mismos, que realmente hemos estado allí"... y de este modo engañados a ellos y engañamos a nosotros mismos (The Four Laves ['Los cuatro amores), Fontana, p. 128). Todos los que leen y escriben literatura devocional harían bien en reflexionar sobre las palabras de Lewis. Mas "teniendo el espíritu de fe conforme a lo que está escrito: 'Creí, por lo cual hablé'. nosotros también creemos, por lo cual hablamos" (II Cor. 4: 13) ... y si lo que aquí se ha escrito ayuda a alguien en la forma en que las meditaciones que precedieron su redacción me ayudaron a mí, la tarea habrá valido con creces la pena.

J.I.P. Trinity College, Bristol, Inglaterra julio de 1972

CAPITULO 1: EL ESTUDIO DE DIOS

I

El 7 de enero de 1855 el pastor de la capilla de New Park Street, Southwark, Inglaterra, inició su sermón matutino con las siguientes palabras:

Alguien ha dicho que "el estudio apropiado de la humanidad es el hombre". No vaya negar este concepto, pero pienso que es igualmente cierto que el estudio apropiado para los elegidos de Dios es Dios mismo; el estudio apropiado para el cristiano es la Deidad. La ciencia más elevada, la especulación más encumbrada, la filosofía más vigorosa, que puedan jamás ocupar la atención de un hijo de Dios, es el nombre, la naturaleza, la persona, la obra, los hechos, y la existencia de ese gran Dios a quien llama Padre.

En la contemplación de la Divinidad hay algo extraordinariamente beneficioso para la mente. Es un tema tan vasto que todos nuestros pensamientos se pierden en su inmensidad; tan profundo, que nuestro orgullo se hunde en su infinitud. Cuando se trata de otros temas podemos abarcarlos y enfrentarlos; sentimos una especie de autosatisfacción al encararlos, y podemos seguir nuestro camino con el pensamiento de que "he aquí que soy sabio". Pero cuando nos damos con esta ciencia por excelencia y descubrimos que nuestra plomada no puede sondear su profundidad, que nuestro ojo de águila no puede percibir su altura, nos alejamos con el pensamiento de que el hombre vano quisiera ser sabio, pero que es como el pollino salvaje; y con la solemne exclamación de que "soy de ayer, y nada sé". Ningún tema de contemplación tenderá a humillar a la mente en mayor medida que los pensamientos de Dios.

Más, si bien el tema humilla la mente, al propio tiempo la expande. El que con frecuencia piensa en Dios, tendrá una mente más amplia que el hombre que se afana simplemente por lo que le ofrece este mundo estrecho. El estudio más excelente para ensanchar el alma es la Ciencia de Cristo, y este crucificado, y el conocimiento de la deidad en la gloriosa Trinidad. Nada hay que desarrolle tanto el intelecto, que magnifique tanto el alma del hombre, como la investigación devota, sincera, y continua del gran tema de la Deidad.

Además, a la vez que humilla y ensancha, este tema tiene un efecto eminentemente consolador. La contemplación de Cristo proporciona un bálsamo para toda herida; la meditación sobre el Padre proporciona descanso de toda' aflicción; y en la influencia del Espíritu Santo hay bálsamo para todo mal. ¿Quieres librarte de tu dolor? ¿Quieres ahogar tus preocupaciones? Entonces ve y zambúllete en lo más profundo del mar de la Deidad; piérdete en su inmensidad; y saldrás de allí como a levantarte de un lecho de descanso, renovado y fortalecido. No conozco nada que sea tan consolador para el alma, que apacigüe las crecientes olas del dolor y la aflicción, que proporcione paz ante los vientos de las pruebas, como la ferviente reflexión sobre el tema de la Deidad. Invito a los presentes a considerar dicho tema esta mañana.

Las palabras que anteceden, dichas hace más de un siglo por C. H. Spurgeon (que en esa época, increíblemente, tenía sólo veinte años de edad) eran ciertas entonces y siguen siéndolo hoy. Ellas constituyen un prefacio adecuado para una serie de estudios sobre la naturaleza y el carácter de Dios.

II

"Pero espere un momento -dice alguien-, contésteme esto: ¿Tiene sentido realmente nuestro viaje? Ya sabemos que en la época de Spurgeon a la gente le interesaba la teología, pero a mí me resulta aburrida. ¿Por qué vamos a dedicarle tiempo en el día de hoy al tipo de estudio que usted nos propone? ¿No le parece que el laico, por de pronto, puede arreglárselas sin él? Después de todo, ¡estamos en el año 1979, no en l855!"

La pregunta viene al caso, por cierto; pero creo que hay una respuesta convincente para la misma. Está claro que el interlocutor de referencia supone que un estudio sobre la naturaleza y el carácter de Dios ha de ser impráctico e irrelevante para la vida. En realidad, sin embargo, se trata del proyecto más práctico que puede encarar cualquiera. El conocimiento acerca de Dios tiene una importancia crucial para el desarrollo de nuestra vida. Así como sería cruel trasladar a un aborigen del Amazonas directamente a Londres, depositarlo sin explicación alguna en la plaza de Trafalgar, y allí abandonarlo, sin conocimiento de la lengua inglesa ni de las costumbres inglesas, para que se desenvuelva por su cuenta, así también somos crueles para con nosotros mismos cuando intentamos vivir en este mundo sin conocimiento de ese Dios cuyo es el mundo y al que él dirige. Para los que no saben nada en cuanto a Dios, este mundo se torna en un lugar extraño, loco y penoso, y la vida en él se hace desalentadora y desagradable. El que descuida el estudio de Dios se sentencia a sí mismo a transitar la vida dando tropezones y errando el camino como si tuviera los ojos vendados, por así decido, sin el necesario sentido de dirección y sin comprender lo que ocurre a su alrededor. Quien obra de este modo ha de malgastar su vida y perder su alma.

Teniendo presente, pues, que el conocimiento de Dios vale la pena, nos preparamos para comenzar. Más, ¿por dónde hemos de empezar? Evidentemente tenemos que iniciar el estudio desde donde estamos. Esto, sin embargo, significa metemos en la tormenta, por cuanto la doctrina de Dios constituye foco tormentoso en el día de hoy. El denominado "debate sobre Dios", con sus lemas tan alarmantes -"nuestra imagen de Dios debe desaparecer"; "Dios ha muerto"; "podemos cantar el credo pero no podemos decirlo" - se agita por todas partes. Se nos afirma que la fraseología cristiana, como la

han practicado históricamente los creyentes, es una especie de disparate refinado, y que el conocimiento de Dios está en realidad vacío de contenido. Los esquemas de enseñanza que profesan tal conocimiento se catalogan de anticuados y se descartan -"el calvinismo", "el fundamentalismo", "el escolasticismo protestante", "la vieja ortodoxia". ¿Qué hemos de hacer? Si postergamos el viaje hasta que haya pasado la tormenta, quizá nunca lleguemos a comenzarlo. Yo propongo lo siguiente. El lector recordará la forma en que el peregrino de Bunyan se tapó los oídos con los dedos y siguió corriendo, exclamando: " Vida, Vida, Vida Eterna " cuando su mujer y sus hijos lo llamaban para que abandonase el viaje que estaba iniciando. Yo le pido al lector que por un momento se tape los oídos para no escuchar a los que les dicen que no hay camino que lleve al conocimiento de Dios, y que inicie el viaje conmigo para ver por sí mismo. Después de todo, las apariencias pueden ser engañosas, y el que transita un camino reconocido no se molestará mayormente si oye que los que no lo hacen se dicen unos a otros que no existe tal camino.

Tormenta o no, por lo tanto, nosotros vamos a comenzar. Empero, ¿cómo trazamos la ruta que hemos de seguir?

La ruta la determinarán cinco afirmaciones básicas, cinco principios fundamentales relativos al conocimiento sobre Dios que sostienen los cristianos. Son los que siguen:

1. Dios ha hablado al hombre, y la Biblia es su palabra, la que nos ha sido dada para abrir nuestros entendimientos a la salvación.
2. Dios es Señor y Rey sobre su mundo; gobierna por sobre todas las cosas para su propia gloria, demostrando sus perfecciones en todo lo que hace, a fin de que tanto hombres como ángeles le rindan adoración y alabanza.
3. Dios es Salvador, activo en su amor soberano mediante el Señor Jesucristo con el propósito de rescatar a los creyentes de la culpa y el poder del pecado, para adoptarlos como hijos, y bendecirlos como tales.
4. Dios es trino y uno; en la Deidad hay tres personas, Padre, Hijo, y Espíritu Santo; yen la obra de salvación las tres personas actúan unidas, el Padre proyectando la salvación, el Hijo realizándola, y el Espíritu aplicándola.
5. La santidad consiste en responder a la revelación de Dios con confianza y obediencia, fe y adoración, oración y alabanza; sujeción y servicio. La vida debe verse y vivirse a la luz de la Palabra de Dios. Esto, y nada menos que esto, constituye la verdadera religión.

A la luz de estas verdades generales y básicas, vamos a examinar a continuación lo que nos muestra la Biblia sobre la naturaleza y el carácter del Dios del que hemos estado hablando. Nos hallamos en la posición de viajeros que, luego de observar una gran montaña a la distancia, de rodearla y de comprobar que domina todo el panorama y que determina la configuración de la campiña que la rodea, se dirigen directamente hacia ella con la intención de escalarla.

III

¿Qué entraña la ascensión? ¿Cuáles son los temas que nos ocuparán?

Tendremos que estudiar la Deidad de Dios. Las cualidades de la Deidad que separan a Dios de los hombres, y determinan la diferencia y la distancia que existen entre el Creador y sus criaturas, cualidades tales como su existencia autónoma, su infinitud, su eternidad, su inmutabilidad. Tendremos que considerar los poderes de Dios: su omnisciencia, su omnipresencia, su carácter todopoderoso. Tendremos que referimos a las perfecciones de Dios, los aspectos de su carácter moral que se manifiestan en sus palabras y en sus hechos: su santidad, su amor y misericordia, su veracidad, su fidelidad, su bondad, su paciencia, su justicia. Tendremos que tomar nota de lo que le agrada, lo que le ofende, lo que despierta su ira, lo que le da satisfacción y gozo.

Para muchos de nosotros se trata de temas relativamente poco familiares. No lo fueron siempre para el pueblo de Dios. Tiempo hubo en que el tema de los atributos de Dios (como se los llamaba) revestía tal importancia que se lo incluía en el catecismo que todos los niños de las iglesias debían aprender y que todo miembro adulto debía conocer. Así, a la cuarta pregunta en el Catecismo Breve de Westminster, "¿Qué es Dios?", la respuesta rezaba de este modo: "Dios es espíritu, infinito, eterno, e inmutable en su ser, sabiduría, poder, santidad, justicia, bondad, y verdad", afirmación que el gran Charles Hodge describió como "probablemente la mejor definición de Dios que jamás haya escrito el hombre". Pocos son los niños de hoy en día, con todo, que estudian el Catecismo Breve de Westminster, y pocos son los fieles modernos que habrán escuchado una serie de sermones sobre el carácter de la divinidad parecidos a los voluminosos *Discourses on the Existence and Attributes 0f God* (Discursos sobre la existencia y los atributos de Dios) de Chamock dados en 1682. Igualmente, son pocos los que habrán leído algo sencillo y directo sobre la naturaleza de Dios, por cuanto poco es lo que se ha escrito sobre el mismo últimamente. Por lo tanto hemos de suponer que una exploración de los temas mencionados nos proporcionará muchos elementos nuevos para la meditación, y muchas ideas nuevas para considerar y digerir.

IV

Por esta misma razón debemos detenemos, antes de comenzar el ascenso de la montaña, para hacemos una pregunta sumamente importante; pregunta que, ciertamente, siempre deberíamos hacemos cada vez que comenzamos cualquier tipo de estudio del Santo Libro de Dios. La pregunta se relaciona con nuestros propios motivos e intenciones al encarar el estudio. Necesitamos preguntamos: ¿Cuál es mi meta Última, mi propósito, al dedicarme a pensar en estas cosas? ¿Qué es 10 que pienso *hacer* con mi conocimiento acerca de Dios, una vez que lo haya adquirido? Porque el hecho que tenemos que enfrentar es el siguiente: que si buscamos el conocimiento teológico por lo que es en sí mismo, terminará por resultamos contraproducente. Nos hará orgullosos y engreídos. La misma grandeza del tema nos intoxicará, y tenderemos a sentimos superiores a los demás cristianos, en razón del interés que hemos demostrado en él y de nuestra comprensión del mismo; tenderemos a despreciar a las personas cuyas ideas teológicas nos parezcan toscas e inadecuadas, y a despacharlas como elementos de muy poco valor. Porque como les dijo Pablo a los ensoberbecidos Corintios: "El conocimiento envanece… si alguno se imagina que sabe algo, aún no sabe nada como debe saberlo" (I COL 8: 1 a, 2). Si adquirir conocimientos teológicos es un fin en sí mismo, si estudiar la Biblia no representa un motivo más elevado que el deseo de saber todas las respuestas, entonces nos veremos encaminados directamente a un estado de engreimiento y autoengaño. Debemos cuidar nuestro corazón a fin de no abrigar una

actitud semejante, y orar para que ello no ocurra. Como ya hemos visto, no puede haber salud espiritual sin conocimiento doctrinal; pero también es cierto que no puede haber salud espiritual con dicho conocimiento si se 10 procura con fines errados y se lo estima con valores equivocados. En esta forma el estudio doctrinal puede realmente tornarse peligroso para la vida espiritual, y nosotros hoy en día, en igual medida que los corintios de la antigüedad, tenemos que estar en guardia a fin de evitar dicho peligro.

Empero, dirá alguien, ¿acaso no es un hecho que el amor a la verdad revelada de Dios, y un deseo de saber todo lo que se pueda, es lo más lógico y natural para toda persona que haya nacido de nuevo? ¿Qué nos dice el Salmo 119? - "enséñame tus estatutos"; "abre mis ojos, y miraré las maravillas de tu ley"; "¡oh, cuánto amo yo tu ley! ", "¡cuán dulces son a mi paladar tus palabras! Más que la miel a mi boca"; "dame entendimiento para conocer tus testimonios" (vv. 12, 18, 97, 103,125). ¿Acaso no anhela todo hijo de Dios, junto con el salmista, saber todo lo que puede acerca de su Padre celestial? ¿Acaso no es el hecho de que "recibieron el amor de la verdad" de este modo prueba de que han nacido de nuevo? (véase II Tes. 2: 10). ¿Y acaso no está bien el procurar satisfacer en la mayor medida posible este anhelo dado por Dios mismo?

Claro que lo está, desde luego. Pero si miramos nuevamente lo que dice el Salmo 119, veremos que lo que anhelaba el salmista era adquirir un conocimiento no teórico sino práctico acerca de Dios. Su anhelo supremo era el de conocer a Dios mismo y deleitarse en él, y valorar el conocimiento sobre Dios simplemente coma un medio para ese fin. I Quería entender las verdades divinas con el fin de que su corazón pudiera responder a ellas y que su vida se fuese conformando a ellas. Observamos lo que se destaca en los versículos iniciales: "Bienaventurados los perfectos de camino, los que *andan en la ley de Jehová.* Bienaventurados los que guardan sus testimonios, y *con todo el corazón le buscan... ¡Ojala fuesen ordenados mis caminos para guardar tus estatutos!"* (vv. 1, 2, 5).Le interesaban la verdad y la ortodoxia, la enseñanza bíblica y la teología, pero no Como fines en sí mismas sino como medios para lograr las verdaderas metas de la vida y la santidad. Su preocupación central era acerca del conocimiento y el servicio del gran Dios cuya verdad procuraba entender.

Esta debe ser también nuestra actitud. Nuestra meta al estudiar la Deidad debe ser la de conocer mejor a Dios mismo. Debe interesamos ampliar el grado de acercamiento no sólo a la doctrina de los atributos de Dios sino al Dios vivo que los ostenta. Así como él es el tema de nuestro estudio, y el que nos ayuda en ello, también debe ser él el fin del mismo. Debemos procurar que el estudio de Dios nos lleve más cerca de él. Con este fin se dio la revelación, y es a este fin que debemos aplicada. ¿Cómo hemos de lograr esto? ¿Cómo podemos transformar el conocimiento *acerca de* Dios en conocimiento *de* Dios? La regla para llegar a ello es exigente, pero simple. Consiste en que transformemos todo lo que aprendemos *acerca de* Dios en tema de meditación *delante de* Dios, seguido de oración y alabanza *a* Dios.

Quizá tengamos alguna idea acerca de lo que es la oración, pero no en cuanto a lo que es la meditación. Es fácil que así sea por cuanto la meditación es un arte que se ha perdido en el día de hoy, y los creyentes sufren gravemente cuando ignoran dicha práctica. La meditación es la actividad que consiste en recordar, en pensar, y en reflexionar sobre todo lo que uno sabe acerca de las obras, el proceder, los propósitos, y las promesas de Dios, y aplicado todo a uno mismo. Es la actividad del pensar

consagrado, que se realiza conscientemente en la presencia de Dios, a la vista de Dios, con la ayuda de Dios, y como medio de comunión con Dios. Tiene como fin aclarar la visión mental y espiritual que tenemos de Dios y permitir que la verdad de la misma haga un impacto pleno y apropiado sobre la mente y el corazón. Se trata de un modo de hablar consigo mismo sobre Dios y lino mismo; más aun, con frecuencia consiste en discutir con uno mismo, a fin de librarse de un espíritu de duda, de incredulidad, para adquirir una clara aprehensión del poder y la gracia de Dios. Tiene como efecto invariable el humillamos, cuando contemplamos la grandeza y la gloria de Dios, y nuestra propia pequeñez y pecaminosidad, como también alentamos y damos seguridad -"consolarnos", para emplear el vocablo en el antiguo sentido bíblico del mismo- mientras contemplamos las inescrutables riquezas de la misericordia divina desplegadas en el Señor Jesucristo. Estos son los puntos que destaca Spurgeon en el párrafo de su sermón citado al comienzo de este capítulo, y son reales y verdaderos. En la medida en que vamos profundizando más y más esta experiencia de ser humillados y exaltados, aumenta nuestro conocimiento de Dios, y con él la paz, la fortaleza y el gozo. Dios nos ayuda, por lo tanto, a transformar nuestro conocimiento acerca de Dios de este modo, a fin de que realmente podamos decir que "conocemos **al** Señor".

CAPITULO 2: EL PUEBLO QUE CONOCE A DIOS

I

En un día de sol me paseaba con un hombre erudito que había arruinado en forma definitiva sus posibilidades de adelanto en el orden académico porque había chocado con dignatarios de la iglesia en torno al tema del evangelio de la gracia. "Pero no importa -comentó al final- porque yo he conocido a Dios y ellos no". Esta observación no era más que un paréntesis, un comentario al pasar en relación con algo que dije yo; pero a mí se me quedó grabada, y me hizo pensar.

Se me ocurre que no son muchos los que dirían en forma natural que han conocido a Dios. Dicha expresión tiene relación con una experiencia de un carácter concreto y real a la que la mayoría de nosotros, si somos honestos, tenemos que admitir que seguimos siendo extraños. Afirmamos, tal vez, que tenemos un testimonio que dar, y podemos relatar sin la menor incertidumbre la historia de nuestra conversión como el que mejor; decimos que conocemos a Dios -que es, después de todo, 10 que se espera que diga un evangélico-; empero, ¿se nos ocurriría decir, sin titubeo alguno, y con referencia a momentos particulares de nuestra experiencia personal, que hemos conocido a Dios? Lo dudo, porque sospecho que para la mayoría de nosotros la experiencia de Dios nunca ha alcanzado contornos tan vívidos como lo que implica la frase.

Me parece que no somos muchos los que podríamos decir en forma natural que, a la luz del conocimiento de Dios que hemos llegado a experimentar, las desilusiones pasadas y las angustias presentes, tal como las considera el mundo, no importan. Porque el hecho real es que a la mayoría de las personas sí nos importan. Vivimos con ellas, y ellas constituyen nuestra "cruz" (como la llamamos). Constantemente descubrimos que nos estamos volcando hacia la amargura, la apatía, y la pesadumbre, porque nos ponemos a pensar en ellas, cosa que hacemos con frecuencia. La actitud que adoptamos para con el mundo es una especie de estoicismo desecado, lo cual dista enormemente de ese "gozo

inefable y glorioso" que en la estimación de Pedro debían estar experimentando sus lectores (1 Pedro 1: 8). "¡Pobrecitos -dicen de nosotros nuestros amigos-, cómo han sufrido!"; y esto es justamente lo que nosotros mismos creemos. Pero este heroísmo falso no tiene lugar alguno en la mente de los que realmente han conocido a Dios. Nunca piensan con amargura sobre lo que podría haber sido; jamás piensan en lo que han perdido, sino sólo en lo que han ganado. "Cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo -escribió Pablo-~ Y ciertamente aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura para ganar a Cristo, y ser hallado en él… a fin de conocerle… ", (Fil. 3:7-10). Cuando Pablo dice que estima que las cosas que perdió como "basura", no quiere decir simplemente que no las considere valiosas sino que tampoco las tiene constantemente presentes en la mente: ¿qué persona normal se pasa el tiempo soñando nostálgicamente con la basura? Y, sin embargo, esto es justamente lo que muchos de nosotros hacemos. Esto demuestra lo poco que en realidad poseemos en lo que se refiere a un verdadero conocimiento de Dios.

En este punto tenemos que enfrentamos francamente con nuestra propia realidad. Quizá seamos evangélicos ortodoxos. Estamos en condiciones de declarar el evangelio con claridad, y podemos detectar la mala doctrina a un kilómetro de distancia. Si alguien nos pregunta cómo pueden los hombres conocer a Dios, podemos de inmediato proporcionarle la fórmula correcta: que llegamos a conocer a Dios por mérito de Jesucristo el Señor, en virtud de su cruz y de su mediación, sobre el fundamento de sus promesas, por el poder del Espíritu Santo, mediante el ejercicio personal de la fe. Mas la alegría genuina, la bondad, el espíritu libre, que son las marcas de los que han conocido a Dios, raramente se manifiestan en nosotros; menos, tal vez, que en algunos círculos cristianos donde, por comparación, la verdad gélica se conoce en forma menos clara y completa. Aquí también parecería ser que los postreros pueden llegar ser los primeros, y los primeros postreros. El conocer limitadamente a Dios tiene más valor que poseer un gran conocimiento acerca de él.

Centrándonos más en esta cuestión, quisiera agregar dos cosas.

Primero, se puede conocer mucho acerca de Dios sin tener mucho conocimiento de él. Estoy seguro de que muchos de nosotros nunca nos hemos dado cuenta de esto. Descubrimos en nosotros un profundo interés en la teología (disciplina que, desde luego, resulta sumamente fascinante; en el siglo diecisiete constituía el pasatiempo de todo hombre de bien). Leemos libros de teología y apologética. Nos aventuramos en la historia cristiana y estudiamos el credo cristiano. Aprendemos a manejar las Escrituras. Los demás sienten admiración ante nuestro interés en estas cuestiones, y pronto descubrimos que se nos pide opinión en público sobre diversas cuestiones relacionadas con lo cristiano; se nos invita a dirigir grupos de estudio, a presentar trabajos, a escribir artículos, y en general a aceptar responsabilidades, ya sea formales o informarles; a actuar como maestros y árbitros de ortodoxia en nuestro propio círculo cristiano. Los amigos nos aseguran que estiman grandemente nuestra contribución, y todo esto nos lleva a seguir explorando las verdades divinas, a fin de estar en condiciones de hacer frente a las demandas. Todo esto es muy bello, pero el interés en la teología, el conocimiento acerca de Dios, y la capacidad de pensar con claridad y hablar bien sobre temas cristianos no tienen nada que ver con el conocimiento de Dios. Podemos saber

tanto como Calvino acerca de Dios -más aun, si estudiamos diligentemente sus obras, tarde o temprano así ocurrirá- y sin embargo (a diferencia de Calvino, si se me permite), a lo mejor no conozcamos a Dios en absoluto.

Segundo, podemos tener mucho conocimiento acerca de la santidad sin tener mucho conocimiento de Dios. Esto depende de los sermones que uno oye, de los libros que lea, y de las personas con quienes se trate. En esta era analítica y tecnológica no faltan libros en las bibliotecas de las iglesias, ni sermones en el púlpito, que enseñan cómo orar, cómo testificar, cómo leer la Biblia, cómo dar el diezmo, cómo actuar si somos creyentes jóvenes, cómo actuar si somos viejos, cómo ser un cristiano feliz, cómo alcanzar consagración, cómo llevar hombres a Cristo, cómo recibir el bautismo del Espíritu Santo (o, en algunos casos, cómo evitarlo), cómo hablar en lenguas (o, también, cómo justificar las manifestaciones pentecostales), y en general cómo cumplir todos los pasos que los maestros en cuestión asocian con la idea de ser un cristiano creyente y fiel. No faltan tampoco las biografías que describen para nuestra consideración las experiencias de creyentes de otras épocas. Aparte de otras consideraciones que puedan hacerse sobre este estado de cosas, lo cierto es que hace posible que obtengamos un gran caudal de información de segunda mano acerca de la práctica del cristianismo. Más todavía, si nos ha tocado una buena dosis de sentido común, con frecuencia podemos emplear lo que hemos aprendido para ayudar a los más débiles en la fe, de temperamento menos estable, a afirmarse y desarrollar un sentido de proporción en relación con sus problemas, y de este modo uno puede granjearse una reputación como pastor. Con todo, es posible tener todo esto y no obstante apenas conocer a Dios siquiera.

Volvemos, entonces, al punto de partida. La cuestión no está en saber si somos buenos en teología, o "equilibrados" (palabra horrible y pretenciosa) en lo que se refiere a la manera de encarar los problemas de la vida cristiana; la cuestión está en resolver, si podemos decir, sencilla y honestamente -no porque pensemos que como evangélicos debe mas poder decirlo sino porque se trata de la simple realidad- que hemos conocido a Dios, y que porque hemos conocido a Dios, las cosas desagradables que hemos experimentado, o las cosas agradables que hemos dejado de experimentar, no nos importan por el hecho de que somos cristianos. Si realmente conociéramos a Dios, esto es lo que diríamos, y si no lo decimos, esto sólo constituye señal de que tenemos que enfrentamos a la realidad de que hay diferencia entre conocer a Dios y el mero conocimiento acerca de Dios.

II

Hemos dicho que al hombre que conoce a Dios, las pérdidas que sufra y las "cruces" que lleve cesan de preocupado; lo ha ganado sencillamente elimina de su mente dichas. ¿Qué otro efecto tiene sobre el hombre el conocido de Dios? Diversas secciones de las Escrituras responda esta pregunta desde distintos puntos de vista, pero á la respuesta más clara y notable de todas la proporcione el libro de Daniel. Podemos sintetizar su testimonio en cuatro proposiciones.

1. Quienes conocen a Dios despliegan gran energía para Dios

En uno de los capítulos proféticos de Daniel leemos esto: El pueblo que conoce a su

Dios se esforzará y actuará" 1:32). En el contexto esta afirmación se abre con "mas" (pero), y se contrasta con la actividad del "hombre despreciable" (v. 21) que pondrá "la abominación desoladora", y corromperá mediante lisonjas y halagos a aquellos que han violado el pacto de Dios (vv. 31-32). Esto demuestra que la acción iniciada por los que conocen a Dios es una reacción ante las tendencias anti-Dios que se ponen de manifiesto a su alrededor. Mientras su Dios está siendo desafiado o desoída, no pueden descansar, sienten que tienen que hacer algo; la deshonra que se está haciendo al nombre de Dios los impulsa a la acción.

Esto es exactamente lo que vemos que ocurre en los capítulos narrativas de Daniel, donde se nos habla de los "prodigios" (V.M.) de Daniel y sus tres amigos. Eran hombres que conocían a Dios y que en consecuencia se sentían impulsados de tiempo en tiempo a ponerse firmes frente a las convenciones y los dictados de la irreligión o de la falsa religión. En el caso de Daniel, en particular, se ve que no podía dejar pasar una situación de ese tipo, sino que se sentía constreñido a desafiada abiertamente. Antes que arriesgarse a ser contaminado ritualmente al comer la comida del palacio, insistió en que se le diera una dieta vegetariana, con gran consternación para el jefe de los eunucos (1: 8-26). Cuando Nabucodonosor suspendió por un mes la práctica de la oración, bajo pena de muerte, Daniel no se limitó a seguir orando tres veces por día sino que lo hacía frente a una ventana abierta, para que todos pudieran ver lo que estaba haciendo (6: 10 s). Nos trae a la memoria el caso del Obispo Ryle, quien se inclinaba hacia adelante en la catedral de San Pablo en Londres para que todos pudieran ver que no se volvía hacia el Este para el Credo. Gestos de esta naturaleza no deben entenderse mal. No es que Daniel -o el obispo Ryle para el caso- fuera un tipo difícil inclinado a llevar la contraria, que se deleitaba en rebelarse y que sólo era feliz cuando se ponía decididamente en contra del gobierno. Se trata sencillamente de que quienes conocen a su Dios tienen plena conciencia de las situaciones en las que la verdad y el honor de Dios están siendo explícita o implícitamente comprometidos, y antes que dejar que la cuestión pase desapercibida prefieren forzar la atención de los hombres a fin de obligar a que la situación se rectifique mediante un cambio de opinión, aunque ello signifique un riesgo personal.

Este despliegue de energía para Dios no se limita tampoco a gestos públicos. En realidad ni siquiera comienza allí. Los hombres que conocen a su Dios son antes que nada hombres de oración, y el primer aspecto en que su celo y su energía por la gloria de Dios se ponen de manifiesto es en sus oraciones. En Daniel 9 vemos que cuando "supo por los libros" que el período de la cautividad de Israel, según estaba profetizado, estaba por cumplirse, y, al mismo tiempo, se dio cuenta de que el pecado del pueblo seguía siendo tal que en lugar de provocar misericordia podía provocar juicio, se dedicó a buscar el rostro de Dios "en oración y ruego, en ayuno, cilicio y ceniza" (v. 3), y oró por la restauración de Jerusalén con tal vehemencia, pasión, y agonía de espíritu como las que la mayoría de nosotros no hemos conocido jamás. Sin embargo, invariablemente, el fruto del verdadero conocimiento de Dios es la energía para obrar en pro de la causa de Dios, energía, ciertamente, que sólo puede encontrar salida y alivio para esa tensión interior cuando se canaliza mediante dicha clase de oración, y cuanto mayor sea el conocimiento, tanto mayor será la energía que se desencadena. De este modo podemos probamos. Tal vez no estemos en posición de hacer gestos públicos contra la impiedad y la apostasía. Puede que seamos viejos, o estemos enfermos, o nos veamos limitados por alguna otra situación física. Pero todos podemos orar ante la

impiedad y la apostasía que vemos a nuestro alrededor en la vida diaria. Si, en cambio, no se manifiesta en nosotros ese poder para la oración y, en consecuencia, no podemos ponerla en práctica, tenemos entonces una prueba segura de que todavía conocemos muy poco a nuestro Dios.

2. Quienes conocen a Dios piensan grandes cosas de Dios

No tenemos espacio suficiente para referimos a todo lo que libro de Daniel nos dice en cuanto a la sabiduría, el poder, la verdad de ese gran Dios que domina la historia y muestra su soberanía en actos de juicio y misericordia, tanto para con los individuos como para con las naciones, según su propia voluntad. Baste decir que quizá no haya en a la Biblia una presentación más vívida y sostenida de la multiforme realidad de la soberanía de Dios que en este libro.

Frente al poder y al esplendor del imperio babilónico e se había tragado a Palestina, y la perspectiva de futuros imperios mundiales de proporciones gigantescas que empequeñecían a Israel, si se la consideraba con vista a las medidas de cálculo humanas, el libro de Daniel ofrece un dramático o recordatorio de que el Dios de Israel es Rey de reyes y Señor de señores, que "el cielo gobierna" (4: 26), que la historia de Dios está en la historia en todo momento, que la historia, además, no es más que su historia, o sea el desarrollo de su plan eterno, y que el reino que ha de triunfar en "tima instancia es el de Dios.

La verdad central que Daniel le enseñó a Nabucodonosor los capítulos 2 y 4, que le recordó a Belsasar en el capitulo 5 (vv. 18-23), que Nabucodonosor reconoció en el capítulo 4 (vv. 34-37), que fue, la base de las oraciones de Daniel en los capítulos 2 y 9, Y de su confianza para desafiar la autoridad en los capítulos 1 y 6, Y de la confianza de sus amigos al desafiar a la autoridad en el capítulo 3, que, además, formaba la sustancia principal de todas las revelaciones que Dios le dio a Daniel en los capítulos 2, 4, 7, 8, 10 Y 11-12, es la verdad de que "el Altísimo tiene dominio en el reino de los hombres" (4:5, cf. 5:21). El sabe, y sabe anticipadamente, todas las cosas; y su conocimiento anticipado es predeterminación; por lo tanto él tendrá la última palabra, tanto en lo que se refiere a la historia del mundo como al destino de cada hombre; su reino y su justicia han de triunfar finalmente, porque ni hombres ni ángeles podrán impedir el cumplimiento de sus planes.

Estos eran los pensamientos acerca de Dios que llenaban la mente de Daniel, como lo testimonian sus oraciones (ya que estas constituyen siempre la mejor prueba de lo que piensa el hombre sobre Dios): "Sea bendito el nombre de Dios de siglos en siglos, porque suyos son el poder y la sabiduría. El muda los tiempos y las edades; quita reyes y pone reyes; da la sabiduría o conoce lo que está en tinieblas, y con él mora la luz… “(2:20ss); "Ahora, Señor, Dios grande, digno de ser temido, que guardas el pacto y la misericordia con los que te aman y guardan tus mandamientos… Tuya es, Señor, la justicia. De Jehová nuestro Dios es el tener misericordia y el perdonar… justo es Jehová nuestro Dios en todas sus obras que ha hecho… “(9:4, 7, 9, 14). ¿Es así como pensamos nosotros acerca de Dios? ¿Es esta la perspectiva de Dios que se expresa en nuestras propias oraciones? ¿Podemos decir que este tremendo sentido de su santa majestad, de su perfección moral, y de su misericordiosa fidelidad nos mantienen humildes y dependientes, sobrecogidos y obedientes, como lo fue en el caso de Daniel?

Por medio de esta prueba podemos, también, medir lo mucho o lo poco que conocemos a Dios.

3. Quienes conocen a Dios evidencian gran denuedo por Dios

Daniel y sus amigos eran hombres que no escondían la cabeza. No se trata de temeridad. Sabían lo que hacían. Habían calculado el costo. Habían estimado el riesgo. Tenían perfecta conciencia de lo que les acarrearía su actitud a menos que Dios interviniese milagrosamente, y esto último es lo que en efecto ocurrió. Pero tales consideraciones no los detenían. Una vez que estuvieron convencidos de que su posición era la correcta, y que la lealtad a su Dios exigía qué la tomaran, entonces, para emplear la expresión de Oswaldo Chambers, "con una sonrisa en el rostro se lavaron las manos de las consecuencias". "Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres", dijeron los apóstoles (Hech. 5: 29). "Ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe la carrera con gozo", dijo Pablo (Hech. 20:24). Este era precisamente el espíritu de Daniel, Sadrac, Mesac, y Abed-nego. Es el espíritu de todos los que conocen a Dios. Puede ocurrir que encuentren extremadamente difícil determinar el curso correcto de acción que deben seguir, pero una vez que están seguros lo encaran con decisión y firmeza. No les molesta que otros hijos de Dios no piensen como ellos y no los acompañen. (¿Fueron Sadrac, Mesac, y Abed-nego los únicos judíos que se negaron a adorar la imagen de Nabucodonosor? Nada indica, en lo que ha quedado escrito, que ellos lo supieran, ni tampoco, en último análisis, que les interesaba saberlo. Estaban seguros de lo que a ellos les correspondía hacer, y esto les bastaba.) También por medio de esta prueba podemos medir nuestro propio conocimiento- de Dios.

4. Quienes conocen a Dios manifiestan gran contentamiento en Dios

No hay paz como la paz de aquellos cuya mente está poseída por la total seguridad de que han conocido a Dios, y de que Dios los ha conocido a ellos, y de que dicha relación garantiza para ellos el favor de Dios durante la vida, a través de la muerte, y de allí en adelante por toda la eternidad. Esta es la paz de la cual habla Pablo en Romanos 5: 1 - "Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo"- y cuyo contenido analiza detalladamente en Romanos 8: "Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús. El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos. Sabemos que a los que aman a Dios todas las cosas les ayudan a bien. A los que justificó, a estos también glorificó… Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? ¿Quién nos separará del amor de Cristo? Estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida,… ni lo presente ni lo por venir nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro" (vv. 1,16ss, 28, 30ss). Esta es la paz que conocían Sedrac, Mesac, y Abed-nego, de ahí la serena tranquilidad con que enfrentaron el ultimátum de Nabucodonosor: "Si no le adorares, en la misma hora seréis echados en medio de un horno de fuego ardiendo; ¿y qué Dios será aquel que os libre del mal?" La respuesta que dieron (3:16-18) se ha hecho clásica: "No es necesario que te respondamos sobre este asunto." (¡Nada de pánico!) "He aquí nuestro Dios a quien servimos puede libramos… y de tu mano, oh rey, nos librará." (Con cortesía pero con la mayor seguridad - ¡conocían a su Dios!) "y si no [si no nos libra], sepas, oh rey, que no serviremos a tus dioses." (¡No importa! ¡No hay diferencia! Sea que viviesen o muriesen, estarían contentos.)

Señor, no me pertenece a mí el cuidado de si muero o vivo; mi parte es amarte y servirte, y esto debe darlo tu gracia. Si la vida es larga, estaré contento de que pueda obedecer mucho tiempo; si corta. .. ¿Por qué habría dé estar triste de remontarme hacia el día interminable?

La medida de nuestro contentamiento es otro elemento mediante el cual podemos juzgar si realmente conocemos a Dios.

III

¿Deseamos tener esta clase de contentamiento de Dios? Entonces: Primero, tenemos que reconocer en qué medida carecemos del conocimiento de Dios. Hemos de aprender a medirnos, no por el conocimiento que tengamos acerca de Dios, ni por los dones de que estemos dotados y las responsabilidades eclesiásticas que tengamos, sino por la forma en que oramos y por lo que sentimos dentro del corazón. Sospecho, que muchos de nosotros no tenemos idea de lo pobres que somos en este aspecto. Pidámosle al Señor que él nos lo haga ver.

Segundo, debemos buscar al Salvador. Cuando estaba en la tierra el Señor invitaba a los hombres a que lo acompañaran; de este modo llegaban a conocerlo, y a través de él a conocer al Padre. El Antiguo Testamento refiere manifestaciones del Señor Jesús anteriores a la encarnación, en las que hacía lo mismo: confraternizando con los hombres, adoptando el carácter de ángel del Señor, con el fin de que pudieran conocerlo. El libro de Daniel nos relata lo que parecerían ser dos de dichas ocasiones, porque ¿quién era el cuarto hombre, semejante a hijo de los dioses (3:25), que caminaba con los tres amigos de Daniel en el horno? ¿Y quién era el ángel que Dios mandó para que cerrara la boca de los leones cuando Daniel estaba en el foso con ellos? (6: 22). El Señor Jesucristo se encuentra ausente de este mundo en cuerpo, pero espiritualmente no hay diferencia; todavía podemos encontrar a Dios y conocerlo si buscamos su compañía. Solamente los que han buscado al Señor Jesús hasta encontrarlo -porque la promesa dice que cuando lo buscamos con todo el corazón ineludiblemente lo vamos a encontrar- son los que pueden pararse ante el mundo para dar testimonio de que han conocido a Dios.

CAPITULO 3: PARA CONOCER Y SER CONOCIDOS

I

¿Para qué hemos sido hechos? Para conocer a Dios. ¿Qué meta deberíamos fijamos en esta vida? La de conocer a Dios. ¿Qué es esa "vida eterna" que nos da Jesús? El conocimiento de Dios. "Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado" (Juan 17:3). ¿Qué es lo mejor que existe en la vida, lo que ofrece mayor gozo, delicia, y contentamiento que ninguna otra cosa? El conocimiento de Dios. "Así dijo Jehová: no se alabe el sabio en su sabiduría, ni en su valentía se alabe el valiente, ni el rico se alabe en su riqueza. Mas alábese en esto el que se hubiere de alabar: en entenderme y conocerme" (Jer. 9: 23ss). ¿Cuál de los diversos estados en que Dios ve al hombre le produce mayor deleite? Aquel en que el hombre conoce a Dios. "… quiero… conocimiento de Dios más que holocaustos", dice Dios (Ose. 6:6). Ya en estas pocas frases hemos expresado muy mucho. El corazón de

todo verdadero cristiano cobrará entusiasmo ante lo expresado, mientras que la persona que tiene una religión puramente formal permanecerá impasible. (De paso, su estado no regenerado se pondrá en evidencia por este solo hecho.) Lo que hemos dicho proporciona de inmediato un fundamento, un modelo, una meta para nuestra vida, además de un principio para determinar prioridades y una escala de valores. Una vez que comprendemos que el propósito principal para el cual estamos aquí es el de conocer a Dios, la mayoría de los problemas de la vida encuentran solución por sí solos. El mundo contemporáneo está lleno de personas que sufren de la agotadora enfermedad que Alberto Camus catalogó como el mal del absurdo ("la vida es una broma pesada"), y del mal que podríamos denominar la fiebre de María Antonieta, ya que fue ella quien encontró la frase que 10 describe ("nada tiene gusto"). Estas enfermedades arruinan la vida: todo se vuelve tanto un problema como un motivo de aburrimiento, porque nada parece tener valor. Pero la tenia del absurdísimo y la fiebre de Antonieta son males de los que, por su misma naturaleza, los cristianos están inmunes, excepto cuando sobrevienen períodos ocasionales de malestar, cuando el poder de la tentación comprime y distorsiona la mente; pero tales períodos, por la gracia de Dios, no duran mucho. Lo que hace que la vida valga la pena es contar con un objetivo lo suficientemente grande, algo que nos cautive la emoción y comprometa nuestra lealtad; y esto es justamente lo que tiene el cristiano de un modo que no lo tiene ningún otro hombre. Por qué, ¿qué meta más elevada, más exaltada, y más arrolladora puede haber que la de conocer a Dios?

Desde otro punto de vista, sin embargo, todavía no es mucho 10 que hemos dicho. Cuando hablamos de conocer a Dios, hacemos uso de una fórmula verbal, y las fórmulas son como cheques; no valen para nada a menos que sepamos cómo cobrarlos. ¿De qué estamos hablando cuando usamos la frase "conocer a Dios", de algún tipo de emoción? ¿De estremecimientos que nos recorren la espalda? ¿De una sensación etérea, nebulosa, propia de los sueños? ¿De sensaciones alucinantes y excitantes como las que buscan los drogadictos? ¿Qué es 10 que ocurre? ¿Se oye algo? ¿Se ven visiones? ¿Es que una serie de pensamientos extraños invaden la mente? ¿De qué se trata? Dichas cuestiones merecen consideración, especialmente porque, según las Escrituras, se trata de un área en que es fácil engañarse, en que puede llegar a pensarse que se conoce a Dios cuando en realidad no es así. Lanzamos por tanto la siguiente pregunta: ¿qué clase de actividad o acontecimiento es el que puede acertadamente describirse como el de "conocer a Dios"?

II

Para comenzar, está claro que el "conocer" a Dios es necesariamente una cuestión más compleja que la de "conocer" a otro hombre, del mismo modo en que "conocer" al vecino resulta más complejo que "conocer" una casa, un libro, n idioma. Cuanto más complejo sea el objeto, tanto más complejo resulta "conocerlo". El conocimiento de un objeto abstracto, como una lengua, se obtiene mediante el estudio; el conocimiento de algo inanimado, como una montaña un museo, se obtiene mediante la inspección y la exploración. Estas actividades, si bien exigen mucho esfuerzo concentrado, son relativamente fáciles de describir. Pero cuando se trata de cosas vivientes, el conocerlas se torna ante más complicado. No se llega a conocer un organismo viviente hasta tanto no se conozca la forma en que pueda reaccionar y comportarse bajo diversas circunstancias específicas, y no simplemente conociendo su historia pasada. La persona

que dice "yo conozco a este caballo" generalmente quiere decir no simplemente que lo ha visto antes (aunque por la forma en que empleamos las palabras, bien podría querer decir esto solamente); más probablemente, sin embargo, quiere decir: "Sé como se comporta, y puedo decirle cómo debe tratarlo." El conocimiento de esta clase sólo se obtiene mediante una asociación previa con el animal, al haberlo visto en acción, y al tratar de atenderlo y cabalgarlo uno mismo.

En el caso de los seres humanos la situación se complica más todavía, por el hecho de que, a diferencia de los caballos, tienen la posibilidad de ocultar, y de abstenerse de mostrar a los demás, todo lo que anida en su interior. En pocos días se puede llegar a conocer a un caballo en forma completa, pero es posible pasar meses y hasta años en compañía de otra persona y sin embargo tener que decir al final: "En realidad no lo conozco en absoluto." Reconocemos grados de conocimiento de nuestros semejantes; decimos que los conocemos "bien", "no muy bien", "lo suficiente como para saludamos", "íntimamente", o talvez "perfectamente", según el grado de apertura que han manifestado hacia nosotros.

De manera que la calidad y la profundidad de nuestro conocimiento de los demás depende más de ellos que de nosotros. El que los conozcamos depende más directamente de que ellos nos permitan que los conozcamos que de nuestros intentos para llegar a conocerlos: Cuando nos encontramos, la parte nuestra consiste en prestarles atención y demostrar interés en ellos, mostrar buena voluntad y abrimos amistosamente. A partir de ese momento, sin embargo, son ellos, no nosotros, los que deciden si los vamos a conocer o no.

Imaginemos que nos van a presentar una persona que consideramos "superior" a nosotros -ya sea en rango, en distinción intelectual, en capacidad profesional, en santidad personal, o en algún otro sentido. Cuanto más conscientes estemos de nuestra propia inferioridad, tanto más sentimos que nuestra parte consiste en colocamos a su disposición respetuosamente para que ella tome la iniciativa en la conversación. (Pensemos en la posibilidad de un encuentro con el presidente o un ministro.) Nos gustaría llegar a conocer a una persona tan encumbrada pero nos damos cuenta perfectamente de que esto es algo que debe decidirlo dicha persona, no nosotros. Si se limita a las formalidades del caso tal vez nos sintamos desilusionados, pero comprendemos que no nos podemos quejar; después de todo, no teníamos derecho a reclamar su amistad. Pero si, por el contrario, comienza de inmediato a brindamos su confianza, y nos dice francamente lo que está pensando en relación con cuestiones de interés común, y si a continuación .nos invita a tomar parte en determinados proyectos, y nos pide que estemos a su disposición en forma permanente para este tipo de colaboración toda vez que la necesite, entonces nos sentiremos tremendamente privilegiados, y nuestra actitud general cambiará fundamentalmente. Si hasta entonces la vida nos parecía inútil y tediosa, ya no lo será más desde el momento en que esa gran personalidad nos cuenta entre sus colaboradores inmediatos. ¡Esto sí que vale la pena! ¡Así sí que vale la pena vivir!

Esto, en cierta medida, es una ilustración de lo que significa conocer a Dios. Con razón podía Dios decir por medio de Jeremías, "Alábese en esto el que se hubiere de alabar: en entenderme y conocerme", porque el conocer a Dios equivale a tener una relación que tiene el efecto de deleitar al corazón del hombre. Lo que ocurre es que el

omnipotente Creador, Señor de los ejércitos, el gran Dios ante quien las naciones son como la gota en un balde, se le acerca y comienza a hablarle por medio de las palabras y las verdades de la Sagrada Escritura. Quizás conoce la Biblia y la doctrina cristiana hace años, pero ellas no han significado nada para él. Mas un día se despierta al hecho de que Dios le está hablando de veras - ¡a él!- a través del mensaje bíblico.

Mientras. escucha lo que Dios le está diciendo se siente humillado; porque Dios le habla de su pecado, de su culpabilidad, de su debilidad, de su ceguera, de su necedad, y lo obliga a darse cuenta de que no tiene esperanza y que nada puede hacer hasta que le brota una exclamación pidiendo perdón; Pero esto no es todo. Llega a comprender, mientras escucha, que en realidad Dios le está abriendo el corazón, tratando de hacer amistad con él, de enrolarlo como colega -en la expresión de Barth, como *socio de un pacto.* Es algo realmente asombroso, pero es verdad: la relación en la que los seres humanos pecadores conocen a Dios es una relación en la que Dios, por así decirlo, los toma a su servicio a fin de que en lo adelante sean colaboradores suyos (véase 1 Coro 3: 9) y amigos personales. La acción de Dios de sacar a José de la prisión para hacerla primer ministro del Faraón es un ejemplo de lo que hace con el cristiano: de ser prisionero de Satanás se descubre súbitamente en una posición de confianza, al servicio de Dios. De inmediato la vida se transforma. El que uno sea sirviente constituye motivo de verguenza u orgullo según a quien sirva. Son muchos los que han manifestado el orgullo que sentían de ser servidores personales de Sir Winston Churchill durante la segunda guerra mundial. Con cuánta mayor razón ha de ser motivo de orgullo y gloria conocer y servir al Señor de cielos y tierra.

¿En qué consiste, por lo tanto, la actividad de conocer a Dios? Reuniendo los diversos elementos que entran en juego en esta relación, como lo hemos esbozado, podemos decir que el conocer a Dios comprende; primero, escuchar la palabra de Dios y aceptada en la forma en que es interpretada por el Espíritu Santo, para aplicarla a uno mismo; segundo, tomar nota de la naturaleza y el carácter de Dios, como nos los revelan su Palabra y sus obras; tercero, aceptar sus invitaciones y hacer lo que él manda; cuarto, reconocer el amor que nos ha mostrado al acercarse a nosotros y al relacionamos consigo en esa comunión divina.

III

La Biblia ilustra estas ideas esquemáticas valiéndose de figuras y analogías y diciéndonos que conocemos a Dios del modo en que el hijo conoce al padre, en que la mujer conoce a su esposo, en que el súbdito conoce a su rey, en que las ovejas conocen a su pastor (estas son las cuatro analogías principales que se emplean). Estas cuatro analogías indican una relación en la que el que conoce se siente como superior a aquel a quien conoce, y este último acepta la responsabilidad de ocuparse del bienestar del primero. Esto constituye parte del concepto bíblico sobre el conocimiento de Dios, y quienes lo conocen -es decir, aquellos a quienes él permite que le conozcan- son amados y cuidados por él. Enseguida volveremos sobre esto.

La Biblia agrega luego que conocemos a Dios de este modo sólo mediante el conocimiento de Jesucristo, que es el mismo Dios manifestado en carne. "¿… no me has conocido…? El que me ha visto a mí ha visto al Padre"; "Nadie viene al Padre sino por

mí" (Juan 14: 9,6). Es importante, por lo tanto, que tengamos bien claro en la mente lo que significa "conocer" a Jesucristo.

Para sus discípulos terrenales el conocer a Jesús se puede comparar directamente con el acto de conocer al personaje importante de nuestra ilustración. Los discípulos eran galileas del pueblo que no tenían por qué pensar que Jesús pudiera tener algún interés especial en ellos. Pero Jesús, el rabí que hablaba con autoridad, el profeta que era más que profeta, el maestro que despertó en ellos admiración y devoción crecientes hasta que no pudieron menos que reconocerlo como su Dios, los buscó, los llamó a estar con él, formó con ellos su círculo íntimo, y los reclutó como agentes suyos para declarar al mundo el reino de Dios. "Estableció a doce, para que estuviesen con él, y para enviarlos a predicar… “(Mar. 3: 14). Reconocieron en el que los había elegido y los había llamado amigos al "Cristo, el Hijo del Dios viviente" (Mat. 16: 16), el hombre que nació para ser rey, el portador de las "palabras de vida eterna" (Juan 6: 68), y el sentido de lealtad y de privilegio que este conocimiento les dio transformó toda su vida.

Ahora bien, cuando el Nuevo Testamento nos dice que Jesucristo ha resucitado, una de las cosas que ello significa es que la víctima del Calvario se encuentra ahora, por así decido, libre y suelto, de manera que cualquier hombre en cualquier parte puede disfrutar del mismo tipo de relación con él que disfrutaron los discípulos en los días de su peregrinaje en la tierra. Las únicas diferencias son que, primero, su presencia con cada creyente es espiritual, no corporal, y por ende invisible a los ojos físicos; segundo, el cristiano, basándose en el testimonio del Nuevo Testamento, conoce desde el primer momento aquellas doctrinas sobre la deidad y el sacrificio expiatorio de Jesús que los primeros discípulos sólo llegaron a comprender gradualmente, a lo largo de un período de años; y, tercero, que el modo de hablamos que tiene Jesús ahora no consiste en la emisión de palabras nuevas, sino en la aplicación a nuestra conciencia de las palabras suyas que están preservadas en los evangelios, juntamente con la totalidad del testimonio bíblico sobre su persona. Pero el conocer a Cristo Jesús sigue siendo una relación de discipulado personal tan real como lo fue para los doce cuando él estaba en la tierra. El Jesús que transita el relato del evangelio acompaña a los cristianos de hoy en día, y el conocerlo comprende el andar con él, hoy como entonces.

"Mis ovejas oyen mi voz -dice Jesús-, y yo las conozco, y me siguen" (Juan 10:27). Su "voz" es lo que él afirma de sí mismo, es su promesa, su clamado. "Yo soy el pan de vida '0' la puerta de las ovejas… el buen pastor… la resurrección" (Juan 6:35; 10:7,14; 11:25)0 "El que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió. De cierto, tiene vida eterna" (Juan 5:23s) "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí y hallaréis descanso… “(Mateo 11: 28s). La voz de Jesús es "oída" cuando se acepta lo que él afirma, cuando se confía en su promesa, cuando se responde a su llamado. De allí en adelante, Jesús es conocido como el pastor, y a quienes ponen su confianza en él los conoce como sus propias ovejas. "yo las conozco, y me siguen; y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano" (Juan 10:27s). Conocer a Jesús significa ser salvo por Jesús, ahora y eternamente, del pecado, de la culpa, de la muerte.

IV

Apartándonos un poco ahora para observar lo que hemos dicho que significa "que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado", podemos subrayar los siguientes puntos.

Primero, el conocer a Dios es cuestión de trato persona: como lo es toda relación directa con las personas. El conocer a Dios es más que el conocimiento acerca de él; fe asunto de tratar con él a medida que él se abre a nosotros, de que él se ocupe dé nosotros a medida que va tomando conocimiento de nosotros. El conocimiento acerca de él es condición previa necesaria para poder confiar en él (" ¿," cómo creerán en aquel de quien no han oído?" [Rom 10:14]), pero la amplitud de nuestro conocimiento acerca de él no es indicio de la profundidad de nuestro conocimiento de él. John Owen y Calvino sabían más teología que Bunyan o Billy Bray, mas ¿quién negaría que los dos últimos conocían a su Dios tan bien como los otros dos? (Los cuatro, desde luego, eran asiduos lectores de la Biblia, le cual vale mucho más que la preparación, teológica formal.) Si el factor decisivo fuera la precisión y la minuciosidad de los conocimientos, entonces obviamente los eruditos bíblicos más destacados serían los que conocerían a Dios mejor que nadie. Pero no es así; es posible tener todos los conceptos correctos en la cabeza sin haber conocido jamás en el corazón las realidades a que los mismos se refieren; y un simple lector de la Biblia, o uno que sólo escucha sermones pero que es lleno del Espíritu Santo, ha de desarrollar una relación mucho más profunda con su Dios y Salvador que otros más preparados que se conforman con la corrección teológica. La razón está en que los primeros tratan con Dios en relación a la aplicación práctica de la doctrina a su propia vida, mientras que los otros no.

Segundo, el conocer a Dios es cuestión de compromiso personal, tanto de mente, como de voluntad y de sentimientos. Es evidente que de otro modo no sería, en realidad, una relación personal completa. Para llegar a conocer a una persona hay que aceptar plenamente su compañía, compartir sus intereses, y estar dispuesto a identificarse con sus asuntos. Sin esto, la relación con dicha persona será sólo superficial e intrascendente. "Gustad, y ved que es bueno Jehová", dice el salmista (Salmo 34: 8). "Gustar" es, como decimos, "probar" un bocado de algo, con el propósito de apreciar su sabor. El plato que nos presentan puede parecer rico, y puede venir con la recomendación del cocinero, pero no sabemos qué gusto tiene realmente hasta que lo probamos. De igual modo, no podemos saber cómo es una persona hasta que no hayamos "gustado" o probado su amistad. Por así decido, los amigos se comunican sabores mutuamente todo el tiempo, porque comparten lo que sienten el uno hacia el otro (pensemos en dos personas que se aman), como también sus actitudes hacia todas las cosas que les son de interés común. A medida que se van abriendo de este modo el uno al otro mediante lo que dicen y lo que hacen, cada uno de ellos va "gustando" la calidad del otro con resultados positivos o negativos. Cada cual se ha identificado con los asuntos del otro, de manera que se sienten unidos emocionalmente. Hay manifestación de sentimientos mutuos, piensan el uno en el otro. Este es un aspecto esencial del conocimiento entre dos personas que son amigas; y lo mismo puede decirse del conocimiento que de Dios tiene el cristiano, el que, como ya hemos visto, es justamente una relación entre amigos.

Al aspecto emocional del conocimiento de Dios se le resta importancia en los días

actuales, por el temor de alentar una actitud de sensiblera introspección. Cierto es que no hay cosa menos religiosa, que la religión- centrada en uno mismo, y que se hace necesario repetir constantemente que Dios no existe para nuestra "comodidad", o "felicidad", o satisfacción", o para proporcionamos "experiencias religiosas", como si estas fuesen las cosas más interesantes o importantes de la vida. También se hace necesario destacar que cualquiera que, sobre la base de las "experiencias religiosas", "dice: Y o le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él" (I Juan: 4; cf. vv. 9,11; 3:6,11; 4:20). Mas, no obstante ello, no debemos perder de vista 'el hecho de que el conocer a Dios es una relación emocional, tanto como intelectual y volitiva, y que no podría ser realmente una relación profunda entre personas si así no lo fuera. El creyente está, y debe estar, emocionalmente involucrado en las victorias y vicisitudes de la causa de Dios en el mundo, del mismo modo en que los servidores personales de Sir Winston se sentían emocionalmente involucrados en los altibajos de la guerra. El creyente se regocija cuando su Dios es honrado y vindicado, y experimenta la más penetrante angustia cuando ve que Dios es escarnecido. Cuando Bernabé llegó a Antioquia "… vio la gracia de Dios, se regocijó… "(Hech. 11:23); por contraste, el salmista escribió que "ríos de agua descendieron de mis ojos, porque no guardaban tu ley" (Sal. 19: 136). Igualmente, el cristiano siente vergüenza y dolor cuando está consciente de que ha defraudado a su Señor (véase, por ejemplo, el Salmo 51, y Luc. 22:61s) y de tiempo en tiempo conoce el éxtasis del regocijo cuando Dios le hace ver de un modo o de otro la gloria del perdurable amor con que ha sido amado ("os alegráis con gozo inefable y glorioso" [1 Pedro 1: 8]). Este es el lado emocional y práctico de la amistad con Dios. Ignorar este aspecto significa que, por verdaderos que sean los pensamientos que el hombre tenga sobre Dios, en realidad no conoce aún al Dios en el cual está pensando.

Luego, tercero, el conocer a Dios es cuestión de gracia. Es una relación en la que la iniciativa, parte invariablemente de Dios -como debe serlo, por cuanto Dios está tan completamente por encima de nosotros y por cuanto nosotros hemos perdido completamente todo derecho a su favor al haber pecado. No es que nosotros nos hagamos amigos de Dios; Dios se hace amigo de nosotros, haciendo que nosotros lo conozcamos a él mediante el amor que él nos manifiesta. Pablo expresa este concepto de la prioridad de la gracia en nuestro conocimiento de Dios cuando escribe a los gálatas: "… ahora, conociendo a Dios, o más bien, siendo conocidos por Dios… "(Gál. 4:9). Lo que surge de esta expresión final es que el apóstol entiende que la gracia vino primero, y que sigue siendo el factor fundamental para la salvación de sus lectores. El que ellos conocieran a Dios era consecuencia del hecho de que Dios tomó conocimiento de ellos. Lo conocen a él por fe porque primeramente él los eligió por gracia.

"Conocer", cuando se emplea con respecto a Dios de esta manera, es un vocablo que expresa gracia soberana, que indica que Dios tomó la iniciativa de amar, elegir, redimir, llamar, y preservar. Es evidente que parte de lo que quiere decir es que Dios nos conoce plenamente, perfectamente, como se desprende del contraste entre nuestro conocimiento imperfecto de Dios y su conocimiento perfecto de nosotros en 1 Corintios 13: 22. Pero no es este el sentido principal. El significado principal surge de pasajes como los siguientes:

"Mas Jehová dijo a Moisés: Has hallado gracia en mis ojos, y te he conocido por tu nombre" (Exo. 33: 17). "Antes que te formase en el vientre te conocí [Jeremías], y antes

que nacieses te santifiqué" (J er. 1: 5). "Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas, y las mías me conocen y pongo mi vida por las ovejas… Mis ovejas oyen mi voz, y yo conozco… y no perecerán jamás" (Juan 10: 14ss., 27s).

Aquí el conocimiento que tiene Dios de los que son suyos esta asociado con sus planes de misericordia salvadora. Es conocimiento que comprende afecto personal, acción redentora, fidelidad al pacto, protección providencial, para con aquellos a quienes Dios conoce. Comprende, en otras palabras, la salvación, ahora y por siempre, como ya lo mas insinuado.

Lo que interesa por sobre todo, por lo tanto, no es en última instancia, el que yo conozca a Dios, sino el hecho más grande que está en la base de todo esto: el hecho de que él me conoce a mí. Estoy esculpido en las palmas de sus manos. Estoy siempre presente en su mente. Todo el conocimiento que yo tengo de él depende de la sostenida iniciativa de él de conocerme a mí. Yola conozco a él porque él me conoció primero, y sigue conociéndome. Me conoce como amigo, como uno que me ama; y no hay momento en e su mirada no esté sobre mí, o que su ojo se distraiga de mí; no hay momento, por consecuencia, en que su cuidado de mí flaquee.

Se trata de conocimiento trascendental. Hay un consuelo indecible -ese tipo de consuelo que proporciona energía, téngase presente, no el que enerva- en el hecho de saber que Dios toma conocimiento de mí en amor en forma constante, y que me cuida para bien. Produce un tremendo alivio el saber que el amor que me tiene es eminentemente realista, basado invariablemente en un conocimiento previo de lo peor que hay en mí, de manera que nada de lo que pueda descubrir en cuanto a mí en adelante puede desilusionarlo, ni anular su decisión de bendecirme. Hay, por cierto, un gran motivo para la humildad en el pensamiento de que él ve todas las cosas torcidas que hay en mí y que los demás no ven (¡de lo cual me alegro!), y que él ve más corrupción en mí que la que yo mismo veo (pero lo que veo me basta). Pero hay, también, un gran incentivo para adorar y amar a Dios en el pensamiento de que, por alguna razón que no comprendo, él me quiere como amigo, que anhela ser mi amigo, y que ha entregado a su Hijo a morir por mí a fin de concretar este propósito. No podemos elaborar estos pensamientos aquí, pero el solo hecho de mencionados es suficiente para demostrar cuánto significa para nosotros el saber que Dios nos conoce a nosotros y no solamente que nosotros lo conocemos a él.

CAPITULO 4: EL ÚNICO DIOS VERDADERO

I

¿Qué nos sugiere la palabra "idolatría"? ¿Salvajes arrastrándose frente a un pilar totémico? ¿Estatuas de rostro cruel y severo en los templos hindúes? ¿El baile derviche de los sacerdotes de Baal .alrededor del altar de Elías? Es indudable que estas cosas constituyen idolatría, nada más obvio; pero debemos tener presente que hay también formas más sutiles de idolatría.

Veamos lo que dice el segundo mandamiento: "No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo

de la'\ tierra. No, te inclinarás a ellas, ni la honrarás; porque yo soy Jehová tu DIOS, fuerte, celoso… (Exo. 20:4s). ¿A que se refiere este mandamiento?

Si estuviera aislado, sería natural suponer que se refiere a la adoración de imágenes de dioses distintos a Jehová -la idolatría babilónica, por ejemplo, que ridiculizó Isaías (Isa. 44:9ss; 46:1s), o el paganismo del mundo greca-romano de la época de Pablo, del que escribió él en Romanos 1:23,25, que "cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles … cambiaron la verdad de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador …. " Pero en el contexto en que se encuentra el segundo mandamiento no puede en realidad referirse a esta clase de idolatría, porque, si así fuera, no haría sino repetir el pensamiento expresado en el primer mandamiento sin agregar nada nuevo.

En consecuencia, entendemos que el segundo mandamiento -como se lo ha considerado siempre en realidad establece el principio de que (para citar a Charles Hodge) "la idolatría consiste no sólo en la adoración de dioses falsos sino también en la adoración del Dios verdadero por medio de imágenes". En su aplicación cristiana, esto significa que no hemos de hacer uso de representaciones visuales o pictóricas del Dios trino, ni de ninguna de las personas de la Trinidad, para fines de adoración. Por lo tanto el mandamiento se refiere, no al objeto de la adoración, sino al modo en que se realiza; lo que nos dice es que no se han de usar estatuas o figuras de Aquel a quien adoramos como ayudas para la adoración.

A primera vista podría parecer extraño que una prohibición de esta naturaleza se haya incluido como parte de los diez principios básicos de la religión bíblica, porque en un primer momento no parecería tener mayor sentido. ¿Qué peligro puede haber, nos preguntamos, en que el que adora se rodee de estatuas y figuras, si lo ayudan a elevar su corazón hacia Dios? Estamos acostumbrados a tratar la cuestión de si estas cosas deben usarse o no como algo que tiene que ver con el temperamento y los gustos personales. Sabemos que algunas personas tienen crucifijos y cuadros de Cristo en sus habitaciones, y ellas nos informan de que el acto de contemplar estos objetos las ayudan a centrar sus pensamientos en Cristo cuando oran. Sabemos que muchas personas sostienen que pueden ofrecer culto de adoración con más libertad y facilidad en las iglesias que están llenas de estos ornamentos que en las que están libres de dichos elementos. Y bien, decimos, ¿qué tiene eso de malo? ¿Qué daño pueden hacer estas cosas? Si a la gente realmente les resultan útiles, ¿qué-más podemos decir? ¿Qué sentido tiene prohibírselos? Frente a esta perplejidad, algunas personas sugieren que el segundo mandamiento se aplica únicamente a representaciones inmorales y degradantes de Dios, representaciones copiadas de los cultos paganos, y no a otra cosa.

Pero la misma fraseología del mandamiento en cuestión descarta una interpretación limitativa de esta naturaleza. Dios dice en forma muy categórica: "No te harás… ninguna semejanza… "para uso de culto. Este mandato categórico prohíbe no sólo el uso de figuras y estatuas que representen a Dios en forma de animal, sino también el uso de figuras y estatuas que lo representen como lo más excelso de la creación, es decir el hombre. Igualmente prohíbe el uso de figuras y estatuas de Jesucristo como hombre, si bien Jesucristo y sigue siendo Hombre; porque todas las figuras y estatuas se hacen necesariamente según la "semejanza" del hombre ideal como lo concebimos

nosotros, y por lo tanto están sujetas a la prohibición que establece el mandamiento cuestión. Históricamente, los cristianos han sostenido distintos puntos de vista en cuanto a si el segundo mandamiento prohíbe el uso de figuras de Jesús para fines docentes (en clases de escuela dominical, por ejemplo), y la cuestión no es de fácil solución; pero no cabe duda alguna de e el mandamiento nos obliga a separar la adoración, tanto publica como privada, de las figuras y estatuas de Cristo, no como las figuras y estatuas del Padre.

Pero entonces, ¿cuál es el sentido de esta prohibición tan amplia? Si se considera el realce que se le da al mandamiento mismo, con la terrible sanción que la acompaña (la proclamación del celo de Dios, y de su severidad para castigar a transgresores), cabría suponer que se trata de un asunto crucial importancia. Pero, ¿lo es? La respuesta es que sí. La Biblia nos muestra que la gloria de Dios y el bienestar espiritual del hombre están ambos directamente vinculados con este asunto. Se nos presentan dos líneas de pensamiento que juntas nos explican ampliamente por qué dicho mandamiento tuvo que ser recalcado tan marcadamente. Dichas líneas de pensamiento se relacionan, no con la utilidad real o supuesta de las imágenes, sino con la fidelidad de las mismas. Son las siguientes:

1. Las imágenes deshonran a Dios, porque empañan su gloria.

La semejanza de las cosas en el cielo (sol, luna, estrellas), y en la tierra (hombres, animales, aves, insectos), y en el mar (peces, mamíferos, crustáceos), no constituyen, justamente, una semejanza de su Creador. "Una imagen verdadera de Dios -escribió Calvino- no se ha de encontrar en todo el universo; y por ello se mancilla su gloria, y se corrompe su verdad con una mentira, cada vez que se nos la presenta a la vista en forma visible… Por lo tanto, concebir imágenes de Dios es ya un acto impío; porque con dicha corrupción su majestad resulta adulterada, y se la imagina como lo que no es." El punto aquí no es sólo que la imagen representa a Dios con cuerpo y miembros, cuando en realidad no tiene ninguna de las dos cosas. Si esto fuera la única razón para prohibir las imágenes, las representaciones de Cristo serían inobjetables. La cuestión cala mucho más hondo. El nudo de la cuestión de la objeción a las figuras y a las imágenes es el hecho de que inevitablemente esconden la mayor parte, si no toda, de la verdad acerca de la personalidad y el carácter del ser divino que se pretende representar.

A modo de ilustración: Aarón hizo un becerro de oro (es decir, una imagen en forma de toro). El propósito era hacer un símbolo visible de Jehová, ese Dios poderoso que había sacado a Israel de Egipto. No cabe duda de que la imagen tenía como fin honrar a Dios, como símbolo adecuado de su gran poder y fortaleza. Pero no es difícil ver que un símbolo de esta naturaleza en realidad es un insulto a la divinidad, pues, ¿qué idea de su carácter moral, de su justicia, bondad, paciencia, puede colegirse de la contemplación de una estatua de Dios concebido como un toro? En consecuencia la imagen de Aarón escondía la gloria de Jehová. De modo semejante, la compasión que inspira el crucifijo empaña la gloria de Cristo, porque oculta el hecho de su deidad, de su victoria en la cruz, y de su reinado presente. El crucifijo nos habla de su debilidad humana, pero esconde su fortaleza divina; habla de la realidad de su dolor, pero esconde de nuestra visión la realidad de su gozo y de su poder. En estos dos casos, el símbolo resulta indigno principalmente por lo que deja de evidenciar. Y así son todas las representaciones visibles de la Deidad.

Cualquiera sea nuestro concepto del arte religioso desde un punto de vista cultural, no debiéramos contemplar las representaciones de Dios en busca de su gloria a fin de que nos muevan a la adoración; porque su gloria consiste precisamente en aquello que dichas representaciones jamás pueden mostramos. Es por esto que Dios agregó al segundo mandamiento una referencia a sí mismo describiéndonos como "celoso" para vengarse de quienes lo desobedecen en esto: porque el "celo" de Dios en la Biblia consiste en su celo por mantener incólume su propia gloria, gloria que resulta empañada cuando se emplean imágenes con fines de adoración. En Isaías 40: 18, después de declarar vívidamente la inmensurable grandeza de Dios, la Escritura nos pregunta: "¿A qué, pues, haréis semejante a Dios, qué imagen le compondréis?" Ante esta pregunta no se considera una respuesta sino solamente un respetuoso silencio. Su objeto es recordamos que es tan absurdo como impío pensar que una imagen, modelada, como han de serlo forzosamente las imágenes, en copia de alguna criatura, pudiera constituir una semejanza aceptable del Creador.

Pero esta no es la única razón por lo cual nos está prohibido emplear imágenes en el culto de adoración.

2. Las imágenes engañan a los hombres.

Sugieren ideas falsas acerca de Dios. La forma inadecuada en que lo representan pervierte nuestros pensamientos sobre él, e imprime a la mente errores de todo tipo en cuanto a su carácter y su voluntad. Aarón, al hacer una imagen de Dios en forma de un becerro, llevó a los israelitas a pensar que Dios era un ser que podía ser adorado en forma aceptable con frenético libertinaje. Por consiguiente la "fiesta para Jehová" que organizó Aarón (Exo. 32: 5) se transformó en una vergonzosa orgía. Igualmente constituye un hecho histórico el que el empleo del crucifijo como elemento auxiliar para la oración ha llevado a que muchas personas confundiesen la devoción con el acto de reflexionar melancólicamente sobre los sufrimientos corporales de Cristo; ha conducido a que se volvieran morbosos acerca del valor espiritual del dolor físico, y ha impedido que adquiriesen un conocimiento adecuado del Salvador resucitado.

Estos ejemplos nos muestran la forma en que las imágenes pueden falsear la verdad de Dios en la mente del hombre. Psicológicamente, es evidente que si nos habituamos a centrar los pensamientos en una imagen o en una figura de aquel a quien vamos a dirigir la oración, eventualmente llegaremos a pensar en él en términos de la representación que nos ofrece dicha imagen, y a orar en igual sentido. Por ello podemos decir que en este sentido nos "inclinamos" y "adoramos" la imagen; y en cuanto la imagen no es una representación fiel de Dios, nuestra adoración adolecerá del mismo defecto. Es por ello que Dios prohíbe que hagamos uso de imágenes y figuras en el culto.

II

El comprender que las imágenes y las figuras de Dios afectan nuestro concepto de Dios pone de manifiesto otro aspecto al que tiene aplicación la prohibición del segundo mandamiento. Así como nos prohíbe que fabriquemos imágenes fundidas de Dios, también nos prohíbe que concibamos imágenes mentales antojadizas de él. El acto de imaginamos cómo es puede constituir infracción del mandamiento segundo tanto como la imagen que nos proporciona la obra de nuestras manos. Con cuánta frecuencia se oye

decir frases como éstas: "Me gusta pensar en Dios como el gran Arquitecto (o Matemático, o Artista)". "Yo no pienso en Dios como Juez; me gusta pensar en él simplemente como Padre." Por experiencia sabemos que afirmaciones de esta clase constituyen el preludio a una negación de algo que la Biblia nos dice acerca de Dios. Se hace necesario decir con la mayor firmeza posible que quienes se sienten libres para pensar en Dios como a ellos les gusta están quebrantando el segundo mandamiento. Cuando más, sólo pueden pensar en Dios en la figura de un hombre -el hombre ideal, tal vez, o el superhombre. Pero Dios no es ninguna clase de hombre. Nosotros fuimos hechos a su semejanza, pero no debemos pensar que él existe en la semejanza nuestra. Pensar en Dios en tales términos es ser ignorantes de Dios, todo lo contrario de conocerle. Toda teología especulativa que descanse sobre el razonamiento filosófico, más bien que en la revelación bíblica, falla en este punto. Pablo nos indica dónde va a parar este tipo de teología: "El mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría" (1 Cor. 1:21). Para permanecer ignorantes de Dios no hay más que seguir la imaginación del corazón en el campo de la teología. Así también nos haremos adoradores de imágenes - en este caso la imagen lo constituye una falsa imagen mental de Dios, "que para vosotros han hecho" .mediante la imaginación y la especulación.

A la luz de lo dicho, el propósito positivo del segundo mandamiento se hace claro. En lo negativo, se trata de una advertencia contra las formas de adoración y práctica religiosas que llevan a deshonrar a Dios y a falsear su verdad. En lo positivo constituye un llamado a que reconozcamos que Dios el Creador es trascendente, misterioso, e inescrutable, que está más allá de la imaginación humana y de toda especulación filosófica, y -por ende un llamado a que nos humillemos, a que escuchemos su voz y aprendamos de él, y a que permitamos que él mismo nos enseñe cómo es y en qué forma debemos pensar en él. "Mis pensamientos no son vuestros pensamientos -nos dice, ni vuestros caminos mis caminos… Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos" (Isa. 55:8s).

Pablo se expresa en el mismo tenor: "¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos! Porque ¿quién entendió la mente del Señor?" (Rom. 11:33s).

La persona de Dios no es como la nuestra; su sabiduría, sus propósitos, su escala de valores, su modo de proceder, difieren tan bastamente de los mismos elementos en nosotros que no podemos ni remotamente imaginároslos intuitivamente o inferirlos por analogía con nuestra noción del hombre ideal. No podemos conocer a Dios a menos que él mismo nos hable y nos diga cómo es. Que es justamente lo que ha hecho. Les ha hablado a sus profetas y a nosotros por medio de los profetas y apóstoles, como también en las palabras y los hechos de su propio Hijo. Mediante dicha revelación, que está a nuestra disposición en la Sagrada Escritura, podemos formamos una noción correcta de Dios; sin ella jamás podremos. Por lo tanto parecería que en lo positivo la fuerza del segundo mandamiento está en que nos obliga a tomar nuestros conceptos de Dios de su propia Palabra, y no de otra fuente, cualquiera que sea.

Este es el aspecto positivo del mandamiento, lo cual se desprende con claridad de la forma misma en que está expresado. Habiendo prohibido la manufactura y la adoración de imágenes, Dios se declara "celoso" para castigar, no a los adoradores de imágenes en

sí sino a todos los que lo aborrecen, en el sentido de que no tienen en cuenta sus mandamientos en general. En el contexto, lo más natural y lo que se espera sería una amenaza dirigida directamente a los que usan imágenes; ¿por qué es que, en cambio, la amenaza de Dios tiene aplicación general? Seguramente esto es así para que comprendamos que quienes se hacen de imágenes y se valen de ellas para el culto, y como consecuencia derivan de ellas inevitablemente su teología, de hecho tenderán a descuidar la voluntad revelada de Dios en los demás aspectos también. Quien se asocia a las imágenes no ha aprendido aún a amar la Palabra de Dios ni a prestarle atención. Los que se acercan a imágenes hechas por hombres, ya sean materiales o mentales, para que ellas los conduzcan a Dios difícilmente toman con la debida seriedad la revelación divina.

En Deuteronomio 4 Moisés mismo proclama la prohibición de las imágenes en el culto siguiendo exactamente las mismas líneas, oponiendo la fabricación de imágenes al acto de atender a la palabra y los mandamientos de Dios, como si estas dos cosas se excluyesen mutuamente. Le recuerda al pueblo que en Sinaí, si bien tuvieron pruebas de la presencia de Dios, no hubo representación visible de su persona, sino que escucharon su palabra, y los exhorta a que sigan viviendo al pie del monte, por así decirlo, donde la misma palabra de Dios pueda sonar en sus oídos directamente y donde no haya supuestas imágenes ante sus ojos para distraerlos.

La enseñanza está clara. Dios no les mostró un símbolo visible de sí mismo, sino que les habló; por lo tanto no deben ahora buscar símbolos visibles de Dios, sino sencillamente dedicarse a obedecer su palabra. Si se argumenta que Moisés tenía miedo de que los israelitas tomasen diseños de imágenes de las naciones idólatras que los rodeaban, nuestra respuesta es la de que indudablemente tenía ese temor, y esto es justamente la cuestión: todas las imágenes de Dios que el hombre pueda hacer, ya sean fundidas en metal o mentales, constituyen en realidad copias de lo que ofrece un mundo pecador e impío, y por consiguiente no pueden menos que ser contrarias a lo que establece la Santa Palabra de Dios. El que hace una imagen de Dios adopta para ello los conceptos que le ofrece una fuente humana, más bien que lo que Dios mismo dice acerca de sí mismo; y esto es precisamente lo que está mal.

III

El interrogante que se nos presenta como consecuencia de la línea de pensamiento que venimos siguiendo a este: ¿hasta qué punto guardamos el segundo mandamiento? Desde luego que no hay imágenes de toros en las iglesias a las que concurrimos, y probablemente no tengamos un crucifijo en la casa (aunque es posible que tengamos algunos cuadros de Cristo en las paredes, sobre cuyo destino tendríamos que volver a pensar); pero ¿estamos seguros de que el Dios que procuramos adorar es el Dios de la Biblia, el Jehová de la Trinidad? ¿Adoramos al único Dios verdadero tal como él es? ¿O son nuestras ideas en cuanto a Dios tales que en realidad no creemos en el Dios cristiano, sino en alguna deidad diferente como los musulmanes, los judíos, o los testigos de Jehová, que no creen en el Dios cristiano, sino en otro distinto?

Me dirán: ¿cómo puedo saberlo? Pues bien, he aquí la prueba. El Dios de la Biblia ha hablado por su Hijo. La luz del conocimiento de su gloria aparece en el rostro de Jesucristo. ¿Acostumbro a contemplar la persona y la obra del Señor Jesucristo a fin de

ver en ellas la verdad última en cuanto al carácter y la gracia de Dios? Al contemplar a Cristo, ¿veo centrados en él todos los propósitos y planes de Dios?

Si he podido ver todo esto, y si he podido con la mente y con el corazón acudir al Calvario y allí hacer mía la solución que me ofrece el Calvario, puedo entonces saber que en verdad rindo culto de adoración al Dios verdadero, que él es mi Dios, y que desde ya disfruto de la vida eterna, según la definición del propio Señor: "Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado" (Juan 17:3).

CAPITULO 5: DIOS ENCARNADO

I

No es de sorprender que a la persona que piensa le resulte difícil creer el evangelio de Jesucristo, porque las realidades a que se refiere sobrepasan el entendimiento humano. Pero también resulta triste que muchas personas hagan que la fe sea más difícil de lo que debe serlo, porque encuentran dificultades donde no debiera haberlas.

Tomemos la expiación, por ejemplo. Para muchos constituye una piedra de tropiezo. ¿Cómo, dicen, podemos aceptar que la muerte de Jesús de Nazaret -un solo hombre que muere en un patíbulo romano- sirva para remediar los pescados del mundo? ¿Cómo puede ser que esa muerte tenga el efecto de que Dios perdone nuestros pecados en el día de h<:>y? O tomemos la resurrección, que para muchos también constituye piedra de tropiezo. ¿Cómo, se pregunta, podemos creer que Jesús se levantó físicamente de la muerte? Aceptamos que sea difícil negar que la tumba quedara vacía, pero, ¿acaso no es más difícil todavía creer que Jesús emergió de ella para iniciar una vida corporal sin fin? ¿Acaso no es más fácil dar crédito a cualquier versión de la teoría de la resurrección temporaria como consecuencia de un desmayo, o el robo del cuerpo, que a la doctrina cristiana de la resurrección? O tomemos el nacimiento virginal, doctrina que ha sido ampliamente rechazada en círculos protestantes en el presente siglo. ¿Cómo, preguntan algunos, podemos aceptar semejante anormalidad biológica? Tomemos los milagros del evangelio; para muchos esto también constituye un escollo insalvable. Llegan a aceptar que Jesús sanaba (resulta difícil, dadas las evidencias disponibles, dudar de esto, y de todos modos la historia conoce casos de otras personas que han realizado curaciones milagrosas); ¿cómo, empero, se puede creer que Jesús caminaba sobre el agua, o que alimentó a los cinco mil, o que levantaba a los muertos? Relatos como estos serían por demás fantasiosos. Ante estos problemas y otros semejantes, muchas personas que están al borde de la fe se sienten profundamente perplejas en el día de hoy.

Pero en realidad la verdadera dificultad no está en estos aspectos en absoluto, porque no es en ellos que el evangelio nos enfrenta con el misterio supremo. La dificultad radica, no en el mensaje de expiación del viernes santo, ni en el mensaje de la resurrección de la pascua, sino en el mensaje de la encarnación de la navidad. La afiliación cristiana realmente asombrosa es la de que Jesús de Nazaret era Dios hecho hombre: que la segunda persona de la Deidad es el "segundo hombre" (1 Cor. 15:47), con lo cual quedó decidido el destino de la humanidad; segunda cabeza representativa de la raza, que adoptó la humanidad sin perder la deidad, de modo que Jesús de Nazaret era tan

completa y realmente divino como lo fue humano. He aquí dos misterios al precio de uno solo: la pluralidad de personas dentro de la unidad de Dios, y la unión de la Deidad y la humanidad en la persona de Jesús. Es aquí, en lo que aconteció en esa primera navidad, donde yacen las profundidades más grandes y más inescrutables de la revelación cristiana. "El Verbo fue hecho carne" (Juan 1: 14); Dios se hizo hombre; el Hijo divino se hizo judío; y el Todopoderoso apareció en la tierra en forma de un niño indefenso, incapaz de hacer otra cosa que estar acostado en una cuna, mirando sin comprender, haciendo los movimientos y ruidos característicos de un bebé, necesitado de alimento y de toda la atención del caso, y teniendo que aprender a hablar como cualquier otro niño. Y en todo esto no hubo ilusión ni engaño en absoluto: la infancia del Hijo de Dios fue una absoluta realidad. Cuanto más se piensa en todo esto, tanto más asombroso resulta. La ficción no podría ofrecernos algo tan fantástico como lo es esta doctrina de la encarnación.

En esto reside la verdadera piedra de tropiezo del cristianismo. Es en este punto en el que han naufragado los judíos, los musulmanes, los unitarios, los Testigos de Jehová, como también muchos de los que experimentan las dificultades enumeradas más arriba (el nacimiento virginal, los milagros, la expiación, y la resurrección). Las dificultad surgen en relación con otras cuestiones relativas al evangélico generalmente nacen de una creencia inadecuada o de la falta de fe en la encarnación. Pero una vez acepta plenamente la realidad de la encarnación, las dificultades se disuelven.

Si Jesús no hubiese sido más que un hombre santo, sumamente notable, las dificultades para creer lo que el Nuevo Testamento nos dice acerca de su vida y de su obra serían realmente gigantescas. Empero, si Jesús es la misma persona que la Palabra eterna, el agente del Padre en la creación, "por medio de quien también hizo el universo" (Heb. 1.2), ya no resulta asombroso que nuevos actos de poder creativo señalaran su venida al mundo, su vida en él, y su alejamiento del mismo. No resulta extraño que él, el autor de la vida, se levantase de la muerte. Si realmente era el Hijo de Dios, resulta mucho más asombroso que tuviera que morir y no que volviera a vivir. "¡Es todo un misterio! Que el inmortal muriese", escribió Wesley; pero en la resurrección del Inmortal ya no hay misterio comparable. Y si la inmortal Bija de Dios realmente se sometió a la muerte, no es extraño que semejante muerte pueda tener significación salvadora para una raza condenada. Una vez que aceptamos que Jesús era divino, se torna irrazonable descubrir dificultad en estas cosas; es todo parte de una misma cosa, forma parte de una sola unidad. La encarnación constituye en sí misma un misterio insondable, pero le da sentido a todo lo demás en el Nuevo Testamento.

II

Los evangelios de Mateo y Lucas nos dicen en forma bastante detallada cómo vino a este mundo el Hijo de Dios. Nació fuera de un pequeño hotel en una oscura villa judaica en la época del gran imperio romano. En general tendemos a embellecer el relato cuando lo contamos Navidad tras Navidad, cuando en realidad es más bien un relato brutal y cruel. La razón por la cual Jesús no nació en el hotel es la de que estaba lleno y nadie le ofreció una cama a la mujer que estaba por dar a luz, por lo cual tuvo que tener su bebé en el establo, y colocado en el pesebre. El relato es desapasionado y no lleva comentario, pero el lector atento no puede menos que temblar ante el cuadro de degradación e insensibilidad que se nos pinta. Con todo, los evangelistas no relatan la

historia con el fin de que saquemos de ella lecciones morales. Para ellos lo importante del relato no está en las circunstancias del nacimiento (salvo en el sentido de que constituía el cumplimiento de la profecía, ya que tuvo lugar en Belén: véase Mateo 2: 1-6), sino más bien en la identidad del niño. En relación con esto el Nuevo Testamento afirma dos cosas. Nosotros ya las hemos indicado; considerémoslas ahora en mayor detalle.

1. El niño que nació en Belén era Dios.

Más precisamente, para decirlo en el lenguaje bíblico, era el Hijo de Dios, o, como lo expresa invariablemente la teología cristiana, Dios Hijo. El Hijo, nótese, no un Hijo: como lo dice cuatro veces Juan en los tres primeros capítulos de su evangelio, con el fin de asegurarse de que sus lectores comprendan cabalmente el carácter único de Jesús, era el "unigénito Hijo de Dios" (véase Juan 1: 14,18; 3:16,18). Consiguientemente, la iglesia cristiana confiesa: "Creo en Dios Padre… y en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor".

Los apologistas cristianos a veces hablan como si la afirmación de que Jesús es el unigénito Hijo de Dios fuese la respuesta completa y definitiva a todos los interrogantes relativos a su identidad. Pero no puede serio, porque la frase misma da lugar a otros interrogantes, y a su vez se presta fácilmente a confusiones. ¿Significa la aseveración de que Jesús es el Hijo de Dios que en realidad hay dos dioses? ¿Es entonces el cristianismo una religión politeísta, como sostienen tanto judíos como mahometanos? La frase "Hijo de Dios", ¿implica que Jesús, si bien ocupa un lugar aparte entre los seres creados, no era en sí mismo divino en el mismo sentido en que lo es el Padre? En la iglesia primitiva los arrianos sostenían esta doctrina, y en los tiempos modernos la han adoptado los unitarios, los testigos de Jehová, los cristadelfos, y otros. ¿Tienen razón? ¿Qué quiere decir la Biblia realmente cuando llama Hijo de Dios a Jesús?

Preguntas de este tipo son las que han tenido perplejas a muchas personas, pero el Nuevo Testamento en realidad no nos deja con dudas en cuanto a la forma de responder a ellas. En principio, el apóstol Juan hizo todas estas preguntas y las resolvió en conjunto en el prólogo a su evangelio. Escribía, según parece, para lectores de extracción tanto judía como griega. Conforme a lo que él mismo nos dice, escribió a fin de que "creáis que Jesús es… el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre" (Juan 20:31). En su evangelio nos presenta a Jesús como el Hijo de Dios. Juan sabía que la frase "Hijo de Dios" estaba teñida de asociaciones incorrectas en la mente de sus lectores. La teología judaica la empleaba como título para el Mesías (humano) que esperaban. La mitología griega mencionaba muchos "hijos de los dioses", superhombres nacidos de la unión entre un dios y una mujer. En ninguno de estos casos, sin embargo, tenía la frase de referencia el sentido de deidad personal; antes bien, en ambos casos, está excluido dicho sentido. Juan quería estar seguro de que cuando escribía acerca de Jesús como el Hijo de Dios no habría de ser entendido mal, es decir que no se iban a tomar sus palabras en el sentido griego y judío que acabamos de mencionar, y a fin de dejar claramente establecido desde el comienzo que el carácter de Hijo que Jesús se arrogaba, y que le atribuían los cristianos, era precisamente cuestión de deidad personal y nada inferior a eso. De allí su famoso prólogo (Juan 1: 1-18). La Iglesia de Inglaterra lo lee todos los años como el evangelio para el día de la Navidad, y con toda razón. En ninguna otra parte del Nuevo Testamento se explica con tal claridad

la naturaleza y el significado del carácter filial divino de Jesús.

Véase la forma cuidadosa y concluyente en que Juan expone su tema. El término "Hijo" no aparece para nada en las primeras frases; en cambio habla primeramente del Verbo (la Palabra). No había peligro de que este vocablo fuese mal entendido; los lectores del Antiguo Testamento lo reconocerían de inmediato. La Palabra de Dios en el Antiguo Testamento es su expresión creadora, su poder en acción para cumplir su propósito. El Antiguo Testamento representa la expresión verbal de Dios, la expresión misma de su propósito, como si tuviese poder en sí misma para llevar a cabo el propósito expresado. Génesis 1 nos enseña que en la creación, "dijo Dios: Sea… y fue… " (Gén. 1: 3). "Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos… él dijo, y fue hecho" (Sal. 33:6,9). El Verbo de Dios es, por lo tanto, Dios obrando.

Juan retorna esta figura y procede a decimos siete cosas acerca del Verbo Divino.

(i) "En el principio era el Verbo" (v. 1). He aquí la eternidad del Verbo. No tenía principio en sí mismo; cuando las demás cosas comenzaron, él ya era.
(ii) "Y el Verbo era con Dios" (v. 1). He aquí la personalidad del Verbo. El poder que lleva a cabo los propósitos de Dios es el poder de un ser personal concreto, que se encuentra en una relación eterna de comunión activa para con Dios (esto es lo que significa la frase en cuestión).
(iii) "Y el Verbo era Dios" (v. 1). He aquí la deidad del Verbo. Si bien distinto del Padre en persona, no es una criatura; es divino en sí mismo como lo es el Padre. El misterio con el cual nos enfrenta este versículo es por lo tanto el misterio de las distinciones personales dentro de la unidad de la Deidad.
(iv) "Todas las cosas por él fueron hechas" (v. 3). He aquí el Verbo en función creadora. Es él el agente del Padre en todo acto creador que el Padre haya realizado jamás. Todo lo que ha sido hecho ha sido hecho por medio de él. (Aquí, incidentalmente, tenemos pruebas adicionales de que él, el Hacedor, no pertenece a la clase de las cosas creadas, como tampoco el Padre.)
(v) "En él estaba la vida" (v. 4). He aquí el Verbo vivificando. No hay vida física en el ámbito de las cosas creadas salvo en y a través de él. Aquí está la respuesta bíblica al problema del origen y la continuidad de la vida, en todas sus formas: la vida la da y la mantiene el Verbo. Las cosas creadas no tienen vida en sí mismas, sino que tienen vida en el Verbo, la segunda persona de la Deidad.
(vi) "Y la vida era la luz de los hombres" (v. 4). He aquí el Verbo en función reveladora. Al dar vida, da también luz; vale decir que todo hombre recibe intimaciones de Dios por el hecho de estar vivo en el mundo de Dios, y esto, tanto como el hecho de que está vivo, se debe a la obra del Verbo.
(vii) "Y aquel Verbo fue hecho carne" (v. 14). He aquí el Verbo encarnado. El niño en el pesebre de Belén era nada menos que el Verbo eterno de Dios.

Luego, habiéndonos mostrado quién es y lo que es el Verbo -persona divina, autor de todas las cosas- Juan nos da su identificación. La encarnación, nos dice, fue la revelación de que el Verbo es el Hijo de Dios. "Vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre" (v. 14). Esta identificación recibe confirmación en el versículo 18: "El unigénito Hijo, que está en el seno del Padre… "De este modo Juan llega al punto adonde quería arribar desde el primer momento. A esta altura ha dejado claramente

establecido lo que se quiere decir cuando a Jesús se le llama Hijo de Dios. El Hijo de Dios es el Verbo de Dios; vemos lo que es el Verbo (la Palabra); pues bien, eso mismo es lo que es el Hijo. Tal el mensaje del prólogo de Juan.

Así pues, cuando la Biblia proclama a Jesús como el Hijo de Dios, la declaración lleva el propósito de afirmar su definida deidad personal. El mensaje de la Navidad descansa en el hecho sorprendente de que el niño en el pesebre era Dios. Pero lo que hemos dicho no es más que la mitad de la historia completa.

2. El niño que nació en Belén era Dios hecho hombre

El Verbo se había hecho carne: un ser humano real y verdadero. No había dejado de ser Dios; no era menos Dios entonces que antes; pero había comenzado a hacerse hombre. No era ahora Dios menos algunos elementos de su deidad, sino Dios más todo lo que había hecho suyo al tomar sobre sí la humanidad. Aquel que había hecho al hombre estaba ahora probando lo que era ser hombre. Aquel que hizo al ángel que se convirtió en diablo se encontraba ahora en un estado en que podía ser tentado - más aun, no podía evitar el ser tentado por el diablo; la perfección de su vida humana la logró luchando contra el diablo. La Epístola a los Hebreos, elevando la vista a él en su gloria después de la ascensión, deriva gran consuelo de este hecho. "Debía ser en todo semejante a sus hermanos… pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados." "No tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro" (Heb. 2: 17s; 4: 15s).

El misterio de la encarnación es realmente insondable.

No lo podemos explicar; sólo podemos formularlo. Quizá no haya sido formulado nunca mejor que en las palabras del Credo de Atanasio. "Nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios, es Dios y hombre;… perfecto Dios, y perfecto hombre: … el que si bien es Dios y hombre: sin embargo no es dos, sino un Cristo; uno, no por la conversión de la Deidad en carne: sino al tomar de la humanidad e incorporarla en Dios."

Más allá no puede ir nuestra mente. Lo que vemos en el pesebre es, en las palabras de Charles Wesley, a "nuestro Dios circunscrito a un espacio; hecho incomprensiblemente hombre". Incomprensiblemente -conviene que recordemos esto, que rechacemos la especulación, y que adoremos con espíritu de aceptación gozosa.

III

¿En qué forma hemos de tomar la encarnación? El Nuevo Testamento no nos propone que nos dediquemos a cavilar sobre los problemas físicos y psicológicos que ella plantea, sino que adoremos a Dios por el amor que en ella se nos ha mostrado… Porque se trata de un gran acto de condescendencia y de anonadamiento. "Aunque él tenía la naturaleza de Dios -escribe Pablo- no quiso insistir en conservar su derecho de ser igual a Dios, sino que dejó a un lado lo que era suyo y tomó la naturaleza de siervo, al nacer como hombre y cuando tenía la forma de hombre, se humilló y por su obediencia fue a la muerte, aunque en la muerte vergonzosa de la Cruz [la 'de un criminal común' -

Phillips]" (Fil. 2: 6ss). Y todo esto fue para nuestra salvación.

Los teólogos a veces han considerado la posibilidad de que la encarnación haya tenido como fin originalmente, y fundamentalmente, perfeccionar el orden creado, y que su significación redentora fue, por decirlo así, un recurso agregado posteriormente por Dios; pero, como ha insistido correctamente James Denney, "el Nuevo Testamento no conoce una encarnación que pueda definirse aparte de su relación con la expiación … El Calvario, y no Belén, es el centro de la revelación, y toda elaboración del cristianismo que olvide o niegue esto distorsiona al cristianismo, sacándolo fuera de foco" (The Death 0f Christ, 1902, p. 235). La significación crucial de la cuna de Belén radica en el lugar que ocupa en la secuencia de pasos que condujeron al Hijo de Dios a la cruz del Calvario, y no podemos entender el mensaje a menos que lo veamos en dicho contexto. El versículo clave del Nuevo Testamento para interpretar la encarnación no es, por consiguiente, la afirmación lisa y llana que aparece en Juan 1: 14 - "aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros" - sino, más bien, la afirmación más amplia de II Corintios 8:9: "ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos". Aquí se expresa, no sólo el hecho de la encarnación sino también su significado; aquí se nos explica que el que el Hijo haya tomado nuestra humanidad es la forma en que debemos considerarla y tenerla siempre presente -no simplemente como una maravilla de la naturaleza sino más bien como una sorprendente maravilla de la gracia.

IV

A esta altura, no obstante, debemos detenernos para considerar un uso diferente que algunos hacen de los versículos de Pablo que acabamos de citar. En Filipenses 2:7 la frase traducida en la Versión Popular como "dejó a un lado lo que era suyo" y por la versión Reina- Valera revisada como "se despojó a sí mismo" es, literalmente, "se vació de sí mismo". ¿Acaso esto (se pregunta), juntamente con la declaración en II Corintios 8: 9 de que Jesús "se hizo pobre", no arroja alguna luz sobre el carácter de la encarnación misma? ¿No implica acaso que al hacerse hombre hubo alguna medida de reducción de la deidad del Hijo?

Esta es la teoría denominada del kenosis, palabra griega que significa "vaciamiento". La idea que la inspira en todas sus formas es la de que, a fin de ser plenamente hombre, el Hijo tuvo que renunciar a algunas de sus cualidades divinas, porque de otro modo no habría podido compartir la experiencia de verse limitado por el espacio, el tiempo, el grado de conocimiento, y el grado de conciencia, todo lo cual forma parte esencial de la vida verdaderamente humana. Esta teoría ha sido formulada de diferentes maneras. Algunos han sostenido que el Hijo abandonó únicamente sus atributos "metafísicos" (la omnipotencia, la omnipresencia, y la omnisciencia) pero que retuvo los atributos "morales" (la justicia, la santidad, la verdad, etc.); otros han sostenido que cuando se hizo hombre renunció a todos sus poderes específicamente divinos, y a su autoconciencia divina también, si bien en el transcurso de su vida terrena volvió a adquirir este último atributo.

En Inglaterra, la teoría del kenosis apareció por primera vez en labios del obispo Gore en 1889 para explicar por qué nuestro Señor ignoraba lo que la alta crítica del siglo

diecinueve creía saber sobre los errores del Antiguo Testamento. La tesis de Gore era la de que al hacerse hombre el Hijo hizo abandono de su conocimiento divino en cuanto a los hechos históricos, si bien retuvo la infalibilidad divina en cuanto a cuestiones morales. En el campo de los hechos históricos, sin embargo, estaba limitado a las ideas judaicas corrientes, las que aceptó sin discusión, sin saber que no todas eran acertadas. De ahí su tratamiento del Antiguo Testamento como verbalmente inspirado y enteramente fidedigno, y su afirmación de que el Pentateuco pertenecía a Moisés y el Salmo 110 a David -puntos de vista que para Gore resultaban inaceptables. Muchos son los que han seguido a Gore en este aspecto, en busca de justificación para no aceptar la estimación que hizo Cristo del Antiguo Testamento.

Pero la teoría del kenosis es inaceptable. Porque, en primer lugar, se trata de especulación a la que no dan el menor apoyo los textos que se citan a su favor. Cuando Pablo dice que el Hijo se vació de sí mismo y se hizo pobre, lo que quiere decir, como lo demuestra el contexto en cada caso, es que hace a un lado, no sus atributos y poderes divinos, sino su gloria y su dignidad divinas, "aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese", como lo expresa Cristo en su gran oración sacerdotal (Juan 17: 5). La traducción que hacen la Versión Popular y la de Reina-Valera de Filipenses 2: 7 son interpretaciones correctas del significado paulino. No existe apoyo escriturario alguno para la idea de que el Hijo hiciese abandono de ningún aspecto de su deidad.

Además, la teoría mencionada ofrece problemas propios grandes e insolubles. ¿Cómo podemos decir que el hombre Cristo Jesús era plenamente Dios, si le faltaban algunas de las cualidades de la deidad? ¿Cómo podemos decir que reveló perfectamente al Padre, si algunos de los poderes y atributos del Padre no estaban en él? Más todavía, si, como lo supone la teoría, la humanidad real resultaba incompatible con una deidad plena en la tierra, seguramente que ha de serlo también en el cielo; de modo que se sigue que "el hombre de la gloria" ha perdido algunos de sus poderes divinos para toda la eternidad. Si, como reza el Artículo Anglicano, "la Deidad y la Humanidad fueron unidas en una sola persona" en la encarnación "para no ser separadas jamás", parecería resultar ineludible, con esta teoría, reconocer que en la encarnación la deidad del Hijo hizo claudicación de ciertos atributos divinos, para no recuperarlos jamás. Mas el Nuevo Testamento es claro y definitivo en cuanto a la omnipotencia, la omnipresencia, y la omnisciencia del Cristo resucitado (Mat. 28: 18; Juan 21: 17; Efe. 4: 10). Mas si, frente a esto, los que sostienen la teoría del kenosis negasen que dichos atributos son incompatibles con la humanidad real en el cielo, ¿qué razón pueden aducir para creer que dicha incompatibilidad existía en la tierra?

Más todavía, el uso que hace Gore de esta teoría para justificar el hecho de que considera equivocada parte de la enseñanza de Cristo, mientras que sostiene la autoridad divina de lo demás, no resulta aceptable. Cristo afirmó en términos absolutos y categóricos que toda su enseñanza era de Dios: que nunca fue otra cosa que el mensajero de su Padre. "Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió", "según me enseñó el Padre, así hablo", "yo no he hablado por mi propia cuenta; el Padre que me envió, él me dio mandamiento de lo que he de decir … lo que yo hablo, lo hablo como el Padre me lo ha dicho" (Juan 7; 16; 8:28; 12:49 ss). Se declaró a sí mismo "hombre que os he hablado la verdad, la cual he oído de Dios" (Juan 8:40).

Frente a estas declaraciones no quedan sino dos caminos: o las aceptamos, y asignamos

plena autoridad divina a todo lo que Jesús enseñó, incluyendo aquí sus declaraciones sobre la inspiración y la autoridad del Antigua Testamento., o bien las rechazamos y ponemos en tela de juicio la autoridad divina de su enseñanza en todos sus aspectos. Si Gore realmente deseaba sostener la autoridad de la enseñanza moral y espiritual de Jesús, no debiera haber cuestionado su autoridad con respecto al Antiguo Testamento.; si, par otro lado, quería a toda costa discrepar con Jesús en lo del Antiguo Testamento, hubiera debido ser consecuente, y en ese caso tendría que haber adoptado el criterio de que, ya que la declaración de Jesús acerca de su enseñanza no puede aceptarse tal cual está, no tenemos ninguna obligación de estar de acuerdo con lo que dijo. Si se utiliza la teoría del kenosis para el fin que quiso darle Gore, resulta excesiva: demuestra que Jesús, al haber renunciado a su conocimiento divino, era totalmente falible, y que cuando afirmó que toda su enseñanza venía de Dios se estaba engañando a sí mismo y a los demás. Si queremos sostener la autoridad divina de Jesús como maestro, siguiendo su propia declaración, tenemos que rechazar la teoría del kenosis, o por lo menos debemos rechazar esta aplicación de la misma.

Por lo demás, los relatos evangélicos mismos ofrecen pruebas contra la teoría del kenosis. Es cierto que el conocimiento que tenía Jesús tanto de cuestiones humanas como divinas era limitado. Ocasionalmente pide información: "¿Quién ha tocado mis vestidos?" "¿Cuántos panes tenéis?" (Mar. 5: 30; 6: 38). Declara que comparte la ignorancia de los ángeles en cuanto al día en que ha de volver (Mar. 13:32). Pero en otros momentos dio muestras de poseer conocimiento sobrenatural. Conoce el pasado oscuro de la mujer samaritana (Juan 4: 17 s). Sabe que cuando Pedro salga a pescar, el primer pez que tome tendrá una moneda en la boca (Mat. 17: 27). Sabe, sin que se le diga, que Lázaro está muerto (Juan 11: 11-13). De igual modo, de tanto en tanto despliega un poder sobrenatural al realizar milagros de curación, de provisión de alimentos, de resucitación de muertos. La impresión que de Jesús dan los evangelios no es la de que estuviera totalmente desprovisto de conocimiento y poderes divinos, sino de que se valía de ambos en forma intermitente, mientras que buena parte del tiempo se contentaba con no hacerla. La impresión, en otras palabras, no es tanto la de una deidad limitada, sino la de que se refrenaba en el uso de sus capacidades divinas.

¿Cómo hemos de explicar esta restricción? En términos, sin duda, de la verdad que tanto predica el evangelio de Juan en particular, es decir, la entera sumisión del Hijo a la voluntad del Padre. Parte del misterio revelado sobre la Deidad es que las tres personas se encuentran en una relación fija entre sí. El Hijo aparece en los evangelios como una persona divina dependiente, que piensa y actúa única y solamente como lo indica el Padre, y no como si fuera absolutamente independiente. "No puede el Hijo hacer nada por sí mismo", "No puedo yo hacer nada por mí mismo" (Juan 5: 19,30). "He descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió" (Juan 6:38). "Nada hago por mí mismo… yo hago siempre lo que le agrada" (Juan 8: 28s). Corresponde a la naturaleza de la segunda persona de la Trinidad reconocer la autoridad de la primera persona y someterse a su buena voluntad. Es por ello que se declara Hijo, y que la primera persona es su Padre. Si bien es igual con el Padre en eternidad, poder, y gloria, le es natural representar el papel de Hijo, y encontrar gozo en cumplir la voluntad de su Padre, así como es natural para la primera persona de la Trinidad planificar e iniciar las obras de la Deidad, y natural también, para la tercera persona, proceder a cumplir lo que le indican conjuntamente el Padre y el Hijo. De este modo la obediencia de Dios-hombre al Padre cuando estaba en la tierra no

fue resultado de una nueva relación ocasionada por la encarnación sino la continuación en el tiempo de la relación eterna entre el Hijo y el Padre en el cielo. Como en el cielo, así también en la tierra el Hijo ocupó un lugar de total dependencia con respecto a la voluntad del Padre.

Pero si esto es así realmente, queda todo explicado. Dios-hombre no tenía conocimiento independiente, como tampoco actuaba en forma independiente. Así como no hizo todo lo que pudo haber hecho, porque ciertas cosas no respondían a la voluntad del Padre (véase Mat. 26: 53s), no sabía conscientemente todo lo que podía haber sabido, sino sólo lo que el Padre quería que supiese. Su conocimiento, como todo lo demás relacionado con su actividad, estaba limitado por la voluntad de su Padre. Y por ello la razón de su ignorancia de (por ejemplo) la fecha en que habría de volver no radicaba en que hubiese hecho abandono de su poder para conocer todas las cosas en el momento de la encarnación, sino en que no era la voluntad del Padre que tuviese conocimiento de este hecho particular mientras estaba en la tierra, antes de su pasión. Seguramente que Calvino tenía razón cuando comentó sobre Marcos 13:32 que "hasta que no hubo cumplido cabalmente su misión [mediadora], la información que le fue dada después de su resurrección no le fue dada antes". De manera que la limitación del conocimiento de Jesús se ha de explicar no en términos del carácter de la encarnación sino con relación a la voluntad del Padre para el Hijo mientras este estaba en la tierra. Por lo tanto, llegamos a la conclusión de que, así como en los evangelios hay ciertos hechos que contradicen la teoría del kenosis, así, también, no existen' hechos .en los evangelios que no se puedan explicar mejor sin dicha teoría.

V

Vernos ahora lo que significó para el Hijo de Dios despojarse de sí mismo y hacerse pobre. Significaba poner a un lado gloria (el verdadero kenosis); una voluntaria restricción de su poder; la aceptación de las' penurias, el aislamiento, los malos tratos, la malicia, y la incomprensión; finalmente, una muerte con tal agonía -espiritual aun más que física que su alma llegó al punto del quebrantamiento poco antes (véase Luc. 12: 50 y el relato de Getsemaní). Significaba amor hasta lo sumo para hombres que no lo merecían, para quienes "por su pobreza, fuesen enriquecidos". El mensaje de la Navidad es el de que hay esperanza para una humanidad arruinada -esperanza de perdón, esperanza de paz con Dios, esperanza de gloria- porque, siguiendo la voluntad del Padre, Jesucristo se hizo pobre y nació en un establo para que treinta años más tarde pudiese ser colgado de una cruz. Es el mensaje más hermoso que el mundo haya escuchado, y que jamás habrá de escuchar.

Hablamos volublemente del "espíritu navideño", pero rara vez queremos decir otra' cosa que un espíritu de alegre sentimentalismo a nivel familiar. Más lo que hemos dicho nos hace ver claramente que esta frase tendría que despertar en nosotros una tremenda carga de significado. Tendría que significar la reproducción en la vida de los seres humanos de la especial disposición de aquel que por nosotros se hizo pobre en la primera Navidad. Y el espíritu navideño mismo debiera ser la marca de todo cristiano a lo largo de todo el año.

Constituye una vergüenza, y motivo de deshonra, para nosotros hoy el que tantos cristianos -seré más específico: tantos cristianos entre los más firmes y ortodoxos- anden

por este mundo en el espíritu del sacerdote y el levita de la parábola de nuestro Señor, viendo la necesidad humana por todas partes, pero, (tras un piadoso deseo, y tal vez una oración, para que Dios supla su necesidad) apartando los ojos, y pasando por el otro lado. Este no es el espíritu de la Navidad. Ni es tampoco el espíritu de aquellos cristianos que por desgracia son tan numerosos - cuya ambición en la vida parece limitarse a la formación de un lindo hogar cristiano de clase media, a hacerse un lindo grupo de amistades cristianas de clase media, y que dejan que los sectores de la comunidad que están por debajo de la clase media, tanto cristianos como incrédulos, se las arreglen por su cuenta.

El espíritu navideño no brilla en el creyente esnobista. Porque el espíritu de la Navidad es el espíritu de los que, como su Maestro, abrazan como principio para todos los actos de su vida el hacerse pobres -gastando y desgastándose- a fin de enriquecer a los demás hombres: dando su tiempo, ocupándose, preocupándose, y cuidando a los demás, y no solamente a sus amigos- para promover su bien, en cualquier sentido en que pudieran requerirse sus servicios. Hay quienes evidencian este espíritu, pero debería haber muchos más. Si Dios en su misericordia nos reaviva, una de las cosas que hará será despertar más de esta clase de espíritu en nuestro corazón y en nuestra vida. Si anhelamos para nosotros personalmente un despertar espiritual, uno de los pasos que debiéramos tomar es el de cultivar dicho espíritu. "Ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos." "Haya en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús." "Por el camino de tus mandamientos correré, cuando ensanches mi corazón" (Sal. 119: 32).

CAPITULO 6: EL DARÁ TESTIMONIO

I

"Gloria sea al Padre -canta la iglesia- y al Hijo, y al Espíritu Santo." ¿Qué es esto?, preguntamos, ¿alabanza dirigida a tres dioses? No; alabanza al Dios único en tres personas; como lo expresa el himno: ¡Jehová! ¡Padre, Espíritu, Hijo! ¡Misteriosa Trinidad! ¡Tres en uno!

Este es el Dios al que ofrecen culto los cristianos: el trino Dios. La médula de la fe cristiana en Dios es el misterio revelado, de la Trinidad. Trinitas es una palabra latina que expresa la idea de lo que tiene el carácter de la "tresidad". El cristianismo descansa sobre la doctrina de la trinitas, del tres-en-uno, de la persona trina de Dios.

En las líneas iniciales de su evangelio, como lo vimos en el capítulo anterior, Juan nos presenta el misterio de dos personas diferentes dentro de la unidad de la Deidad. Este es el extremo profundo de la teología, indudablemente, pero Juan nos zambulle en él de inmediato. "En el principio era el verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios". El Verbo era una persona que estaba en comunión con Dios, y el Verbo era en sí mismo personal y eternamente divino. Era, como nos sigue informando Juan, el Hijo unigénito del Padre. Juan coloca este misterio del Dios único en dos personas al comienzo de su evangelio, porque sabe que nadie puede entender las palabras y los hechos de Jesús de Nazarea a menos que comprenda el hecho de que este Jesús es en verdad Dios Hijo.

Pero esto no es todo lo que Juan quiere que entendamos acerca de la pluralidad de personas en la Deidad. Ya que, en su relato de la última conversación que tuvo nuestro Señor con sus discípulos, dice que el Salvador, después de haberles explicado que se iba a preparar lugar para ellos en la casa de su Padre, a continuación les prometió el don de "otro Consolador" (Juan 14: 16). , Notemos esta frase; está llena de contenido. Denota una persona, y una persona realmente notable. Un Consolador-la riqueza de concepto se desprende de la diversidad de traducciones en diferentes versiones:

"Ayudador", "Abogado", "Animador", "Consejero", "Asistente", "Vicario". Este vocablo comunica la idea de estímulo, apoyo, asistencia, cuidado, y de asumir la responsabilidad del bienestar de otro. Otro, sí, porque Jesús era el consolador original, y la tarea del reemplazante sería la de continuar con este aspecto de su ministerio. Se sigue, por lo tanto, que sólo podemos apreciar todo lo que quería decir nuestro Señor, cuando habló de "otro Consolador", cuando comprobamos todo lo que él mismo hizo por amar, cuidar, instruir pacientemente a sus discípulos y proveer a sus necesidades, durante los tres años de su ministerio personal para con ellos. El los cuidará, es lo que en efecto les estaba diciendo Cristo, en la misma forma en que los he cuidado yo. ¡Una persona realmente notable!

Luego el Señor procedió a decir quién era ese nuevo Consolador. Es "el Espíritu de verdad", "el Espíritu Santo" (Juan 14: 17,26). Este nombre denota deidad. En el Antiguo Testamento el Verbo de Dios y el Espíritu de Dios constituyen figuras paralelas. El Verbo de Dios es su palabra todopoderosa; el Espíritu de Dios es su aliento topoderoso. Ambas frases comunican el concepto de su poder en acción. La palabra y el aliento de Dios aparecen juntos en el relato de la creación. "El Espíritu (aliento) de Dios se movía sobre la faz de las aguas. Y dijo Dios, y fue." (Gén. 1:2ss). "Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos, y todo el ejército de ellos por el aliento (Espíritu) de su boca" (Sal. 33:6). Juan nos ha dicho en su prólogo que el Verbo divino de que se habla aquí es una persona. Ahora nuestro Señor ofrece enseñanza paralela, en el sentido de que el Espíritu divino también es una persona. Confirma, al mismo tiempo, su testimonio de la deidad de este Espíritu personal cuando lo designa Espíritu santo, así como más adelante habría de referirse al Padre santo (17: 11).

Notemos cómo Cristo relacionó la misión del Espíritu con la voluntad y el propósito del Padre y del Hijo. En una parte es el Padre el que ha de enviar al Espíritu, como fue también el Padre quien envió al Hijo (véase 5: 23, etc.). El Padre enviará al Espíritu, dice nuestro Señor, "en mi nombre", es decir, como representante de Cristo, para hacer la voluntad de Cristo y para actuar como su representante y con su autoridad (14:26). Así como Jesús había venido en el nombre de su Padre (5:43), actuando como agente del Padre, hablando las palabras del Padre (12:49ss), haciendo las obras del Padre (10: 25, cf. 17: 12), y dando testimonio invariablemente de aquel cuyo emisario era, así también el Espíritu había de venir en el nombre de Jesús, para actuar en el mundo como agente y testigo de Jesús. El Espíritu "procede del (gr. para: del lado del) Padre" (15: 26), de igual manera en que anteriormente el Hijo había salido de (para) Dios (16: 27). Luego de haber enviado a su Hijo al mundo, el Padre ahora 10 llama de nuevo a su gloria y envía al Espíritu a tomar su lugar.

Pero esta es solamente una de las formas de considerar la cuestión. En otro lugar es el Hijo quien ha de enviar al Espíritu "del Padre" (15:26). Como el Padre envió al Hijo al

mundo, así el Hijo enviará al Espíritu al mundo (16:7). El Espíritu es enviado por el Hijo tanto como por el Padre. Consecuentemente, tenemos la siguiente serie de relaciones:

1. El Hijo está sujeto al Padre, por cuanto el Hijo es enviado por el Padre en su nombre (el del Padre).
2. El Espíritu está sujeto al Padre, por cuanto el Espíritu es enviado por el Padre en el nombre del Hijo.
3. El Espíritu está sujeto al Hijo tanto como al Padre, por cuanto el Espíritu es enviado por el Hijo tanto como por el Padre. (Compárese 20: 22, "sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo".)

Así Juan deja estampada la revelación de nuestro Señor sobre el misterio de la Trinidad: tres personas y un solo Dios; el Hijo hace la voluntad del Padre y el Espíritu hace la voluntad del Padre y del Hijo. Y lo que recibe realce es que el Espíritu, que viene a los discípulos de Cristo "para que esté con vosotros para siempre" (14: 16), viene a ejercer el ministerio de la consolación en lugar de Cristo. Por lo' tanto, si el ministerio de Cristo como consolador era importante, el ministerio del Espíritu Santo como consolador no puede ser menos importante.

II

Pero de la lectura de la historia de la iglesia no es esa la impresión que nos queda, como tampoco si observamos la vida de la iglesia en el día de hoy.

Resulta sorprendente ver la diferencia con que se tratan las doctrinas bíblicas de la segunda y de la tercera personas de la Trinidad. La persona Y la obra de Cristo han sido y siguen siendo tema de debate en el seno de la iglesia; mas la persona y la obra del Espíritu Santo han sido olvidadas sistemáticamente. La doctrina del Espíritu Santo es la cenicienta de las doctrinas cristianas. Son muy pocos los que parecen interesarse en ella. Se han escrito muchísimos libros excelentes sobre la persona Y la obra de Cristo, pero los libros sobre la persona Y la obra del Espíritu Santo que valga la pena leer casi podrían contarse con los dedos de una mano. Los cristianos no tienen dudas acerca de la obra que hizo Cristo; saben que redimió a los hombres mediante su muerte expiatoria, aun cuando puedan diferir entre ellos en cuanto a lo que esto implica exactamente. Pero el cristiano corriente tiene una idea muy nebulosa acerca de la obra que realiza el Espíritu Santo. Algunos hablan sobre el Espíritu de Cristo en forma similar a como se hablaría sobre el Espíritu de la Navidad -como si se tratase de una vaga presión cultural que produce afabilidad y religiosidad. Otros piensan que el Espíritu inspira las convicciones morales de incrédulos tales como Gandhi, o el misticismo teosófico de un Rudolf Steiner. Pero la mayoría, probablemente, no piensa en el Espíritu Santo en absoluto, y no tiene ideas concretas de ninguna naturaleza acerca de su función. En un sentido muy real se encuentran en la misma posición que los discípulos con los que Pablo se encontró en Efeso y que dijeron: "Ni siquiera hemos oído si hay Espíritu Santo" (Hech.19:2).

Resulta extraordinario comprobar que quienes profesan ocuparse tanto de Cristo sepan tan poco sobre el Espíritu Santo y tengan tan poco interés en él. Los cristianos tienen conciencia de la diferencia que significaría el que, después de todo, se descubriera que

nunca hubo ni encarnación ni expiación. Saben que si fuera así, estarían perdidos porque no tendrían ningún Salvador. Pero muchos cristianos no tienen la menor idea de la diferencia que habría si no estuviera el Espíritu Santo en el mundo. Sencillamente no saben si ellos mismos, o la iglesia, sufrirían en algún sentido, en caso de ser así. No cabe duda de que algo anda mal aquí. ¿Cómo podemos justificar el haber descuidado de esta forma el ministerio del agente designado por Cristo? ¿Acaso no es un engaño hueco decir que honramos a Cristo cuando desconocemos, y al desconocer deshonramos, a aquel que Cristo nos ha enviado como su representante para que ocupase su lugar y nos cuidase de parte suya? ¿No deberíamos ocupamos del Espíritu Santo en mayor medida de lo que lo hacemos?

III

¿Tendrá importancia, empero, la obra del Espíritu Santo? ¡Sí que la tiene! De no haber sido por la obra del Espíritu Santo no hubiese habido ni evangelio, ni fe, ni iglesia, ni cristianismo en el mundo.

En primer lugar: sin el Espíritu Santo no habría ni evangelio ni Nuevo Testamento. Cuando Cristo se fue de este mundo, entregó su causa a sus discípulos. Los hizo responsables de seguir haciendo discípulos en todas las naciones. "Vosotros daréis testimonio", les dijo en el aposento alto (Juan 15:27). "Me seréis testigos ... hasta lo último de la tierra", fueron sus palabras de despedida en el monte de los Olivos, antes de su ascensión (Hech. 1:8). Tal fue la misión que les asignó. Mas, ¿qué clase de testigos habrían de resultar? Nunca fueron alumnos muy buenos; constantemente entendían mal a Jesús, no entendían el significado de su enseñanza, y esto a todo lo largo de su ministerio terrenal. ¿Cómo podía esperarse que hubieran de andar mejor después de su partida? ¿No era absolutamente seguro que, a pesar; de su buena voluntad, pronto habrían de mezclar en forma inextricable la doctrina evangélica con una multitud de conceptos errados, por más que bienintencionados, y que su testimonio se habría de reducir rápidamente a un embrollo mutilado, torcido e irreparable?

La respuesta a esta pregunta es no; porque Cristo les mandó el Espíritu Santo para que les enseñase toda verdad y los salvase de todo error; para recordarles lo que ya se les había enseñado y reveladas lo que el Señor todavía quería que aprendiesen. "El Consolador '" os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho" (Juan 14:26). "Aun tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar. Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere" (es decir, les hará conocer todo lo que Cristo le indique a él, de la misma manera en que Cristo les hizo conocer todo lo que el Padre le había indicado a él; véase Juan 12:49s; 17:8,14), "y os hará saber las cosas que habrán de venir. El me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber" (Juan 16: 12-14). De este modo "dará testimonio acerca de mí [a ustedes, mis discípulos, a quienes lo he enviado] y [preparados y capacitados mediante su obra de testimonio] vosotros daréis testimonio también… "(15:26s). La promesa era de que, enseñados por el Espíritu, los discípulos originales habrían de ser capacitados para hablar como si fuesen otras tantas bocas de Cristo, de manera que, así como los profetas del Antiguo Testamento podían iniciar sus sermones con las palabras, "Así dice Jehová Dios", también los apóstoles del Nuevo Testamento habrían de poder con igual veracidad decir de su enseñanza, ya fuese oral o escrita, "Así

dice el Señor Jesucristo".

Lo prometido ocurrió como estaba dicho. El Espíritu vino sobre los discípulos, y les testificó acerca de Cristo y su salvación, conforme a la promesa. Escribiendo sobre la gloria de dicha salvación (las "cosas que … Dios ha preparado para los que le aman"), Pablo dice: "Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; … nosotros .:. hemos recibido … el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido, lo cual también hablamos [y podría haber agregado también, escribimos] , no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu" (I Coro 2:9-13). El Espíritu daba testimonio a los apóstoles revelándoles toda la verdad e inspirándolos a comunicada verazmente. De aquí el evangelio, y de aquí también el Nuevo Testamento. Pero el mundo no hubiera conocido ni lo uno ni lo otro sin el Espíritu Santo.

Pero esto no es todo. En segundo lugar, sin el Espíritu Santo no hubiera habido ni fe ni nuevo nacimiento -en una palabra, no habría cristianos.

La luz del evangelio brilla; pero "el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos" (II COL 4:4), y los ciegos no responden al estímulo de la luz. Como le dijo Cristo a Nicodemo, "el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios… no puede entrar en el reino de Dios" (Juan 3:3,5). Hablando corporativamente en su nombre y en el de sus discípulos a Nicodemo, y a toda esa clase de gente religiosa no regenerada a la que pertenecía Nicodemo, Cristo siguió explicando que la consecuencia inevitable de estar en ese estado no regenerado es la incredulidad - "No recibís nuestro testimonio" (v. 11). El evangelio no produce en ellos convencimiento de pecado; la incredulidad los tiene agarrados.

¿Qué se sigue de esto? ¿Llegaremos a la conclusión de que predicar el evangelio es perder el tiempo, y que por lo tanto debemos abandonar la evangelización por tratarse de una empresa inútil, destinada al fracaso? No; porque el Espíritu permanece con la iglesia para dar testimonio de Cristo. A los apóstoles les dio testimonio mediante revelación e inspiración, como ya hemos visto. A los demás hombres, a través de todas las épocas, les da testimonio iluminándolos: abriendo ojos enceguecidos, restaurando la visión espiritual, haciendo que los pecadores puedan ver que el evangelio es en efecto la verdad de Dios, que la Escritura es en verdad la Palabra de Dios, y que Cristo es efectivamente el Hijo de Dios. "Cuando él [el Espíritu] venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio" (16: 7). No nos corresponde a nosotros imaginar que podemos probar la verdad del cristianismo con nuestros propios argumentos; nadie puede demostrar la verdad del cristianismo salvo el Espíritu Santo, mediante su propia y todopoderosa obra de renovar el corazón enceguecido. Es la prerrogativa soberana del Espíritu de Cristo convencer la conciencia de los hombres acerca de la verdad del evangelio de Cristo; y los testigos humanos de Cristo deben aprender a cifrar sus esperanzas de éxito no en una hábil presentación de la verdad por el hombre sino en la poderosa demostración de la verdad por el Espíritu. Aquí Pablo nos señala el camino: "Hermanos, cuando fui a vosotros, para anunciaros el testimonio de Dios, no fui con excelencia de palabras o de sabiduría ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios" (I Coro 2: 1-5). Y porque el Espíritu da testimonio de este modo, los hombres acuden a

la fe cuando se predica el evangelio. Pero sin el Espíritu no habría un solo cristiano en todo el mundo.

IV

¿Honramos nosotros al Espíritu Santo reconociendo su obra y poniendo nuestra confianza en ella? ¿O lo menospreciamos desconociéndolo, y por lo tanto deshonramos no solamente al Espíritu sino al Señor que lo envió? En nuestra fe, ¿aceptamos la autoridad de la Biblia, el Antiguo Testamento profético, y el Nuevo Testamento apostólico que él inspiró? ¿La leemos y la escuchamos con reverencia y actitud receptiva, como corresponde a la Palabra de Dios? De lo contrario, injuriamos al Espíritu Santo. En nuestra vida, ¿aplicamos la autoridad de la Biblia, a fin de vivir de acuerdo con ella, sea lo que fue re lo que digan los hombres de ella, reconociendo que la Palabra de Dios no puede menos que ser cierta, y que lo que Dios ha dicho lo va a cumplir? De lo contrario injuriamos al Espíritu Santo, que nos dio la Biblia. En nuestro testimonio, ¿tenemos presente que sólo el Espíritu Santo, por su testimonio, puede autenticar nuestro testimonio? ¿Acudimos a él para que obre de esta manera, poniendo confianza de nuestra parte, y mostrando la realidad de nuestra confianza en él, como lo hacía Pablo, evitando las artimañas de la habilidad humana? De lo contrario injuriamos al Espíritu Santo. ¿Podemos dudar que la presente esterilidad en la vida de la iglesia constituya el juicio de Dios sobre nosotros por la forma en que hemos deshonrado al Espíritu Santo? Y, en este caso, ¿qué esperanza tenemos de que esto se rectifique a menos que aprendamos a honrar al Espíritu Santo en nuestra manera de pensar, en nuestra manera de orar y en la práctica de la vida? "El dará testimonio … " "El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias."

CAPITULO 7: EL DIOS INMUTABLE

I

Nos dicen que la Biblia es la Palabra de Dios -lámpara a nuestros pies, lumbrera a nuestro camino. Nos dicen que en ella encontraremos el conocimiento de Dios y de su voluntad para nuestra vida. Lo creemos; y acertadamente, porque lo que dicen es cierto. De manera que tomamos la Biblia y comenzamos a leer. Leemos con entusiasmo y a conciencia, porque lo hemos tomado con seriedad; queremos realmente conocer a Dios. Pero a medida que vamos leyendo nos vamos quedando cada vez más perplejos. Aunque nos resulta emocionante, no recibimos alimento. La lectura no nos está ayudando; nos deja desconcertados y, para decir la verdad, más bien deprimidos. Comenzamos a preguntamos si la lectura de la Biblia vale la pena realmente y si tiene sentido que sigamos.

¿Qué es lo que pasa? Pues, básicamente, lo siguiente: La lectura Bíblica nos ha transportado a lo que, para nosotros, es un mundo enteramente nuevo, a saber, el mundo del Cercano Oriente como era hace miles de años, primitivo y bárbaro, agrícola y rudimentario. Es en dicho mundo donde se desenvuelve la acción de la historia que relata la Biblia. En ese mundo encontramos a Abraham y a Moisés, a David y a los demás, y vemos cómo trata Dios con ellos. Oímos cuando los profetas denuncian la idolatría y amenazan con juicios a causa del pecado. Vemos al Hombre de Galilea hacer

milagros, discutir con los judíos, morir por los pecadores, levantarse de la muerte, y ascender al cielo. Leemos cartas escritas por maestros cristianos para oponerse a herejías extrañas que, hasta donde sepamos, no existen en el día de hoy. Nos resulta sumamente interesante, pero nos da la sensación de que es algo muy lejano. Pertenece a aquel mundo, no a este mundo. Nos parece que estamos, por así decido, fuera del mundo bíblico, mirando hacia adentro. Somos meros espectadores, yeso es todo. Surge en nuestra mente el siguiente razonamiento: "Claro, Dios hizo todo eso en aquel entonces, y para esa gente debe haber sido maravilloso, pero ¿qué tiene que ver todo eso con nosotros? Nosotros no vivimos en ese mundo. ¿Cómo nos puede ayudar a nosotros, que tenemos que vivir en la era espacial, la lectura de los hechos y las palabras de Dios relacionados con los tiempos bíblicos, la lectura de lo que Dios hizo con Abraham y Moisés, David y los demás?" No vemos que haya vínculo alguno entre los dos mundos, y de aquí que vez tras vez nos preguntemos qué aplicación pueden tener para nosotros las cosas que leemos en la Biblia. Y cuando, como ocurre a menudo, lo que leemos resulta emocionante y glorioso en sí mismo, la sensación de que hemos sido excluidos nos deprime enormemente.

A la mayoría de los que leen o han leído la Biblia les ha ocurrido esto. No todos saben cómo encarar el asunto. Algunos cristianos resuelven resignarse a seguir como de lejos, creyendo lo que leen, por cierto, pero sin buscar ni esperar para sí una relación tan íntima y directa con Dios como la que disfrutaron los hombres de la Biblia. Esta actitud, muy frecuente hoy en día, es en realidad una confesión de haber fracasado en el intento de resolver el problema.

Más, ¿cómo puede vencerse esta sensación de distancia remota entre nosotros y la experiencia bíblica de Dios? Podríamos decir muchas cosas, pero la cuestión fundamental es indudablemente la siguiente. La sensación de distancia remota es una ilusión que surge de procurar hallar donde no es un vínculo entre nuestra situación y la de los diversos personajes bíblicos. Cierto es que en términos de espacio, tiempo y cultura, tanto ellos como la época histórica a la que ellos pertenecían, están muy distantes de nosotros. Pero el vínculo entre ellos y nosotros no se ha de encontrar en ese nivel. El vínculo es Dios mismo. Porque el Dios con el cual estaban en relación ellos es el mismo Dios con el que tenemos que relacionamos nosotros. Digámoslo más precisamente, es exactamente el mismo Dios; por cuanto Dios no cambia en lo más mínimo. Por lo tanto, resulta claro que lo que tenemos que considerar a fin de disipar la sensación que nos asalta, la de que hay un abismo infranqueable entre la situación de los hombres de la época bíblica y la nuestra propia, es que Dios es inmutable.

II

Dios no cambia. Ampliemos este concepto.

1. La vida de Dios no cambia

Dios es "eternamente" (Sal. 93.2), "Rey eterno" (Jer. 10: 10), "incorruptible" (Rom. 1: 23), "el único que tiene inmortalidad" (I Tim. 6: 16). "Antes que naciesen los montes y formases la tierra y el mundo, desde el siglo y hasta el siglo, tú eres Dios" (Sal. 90: 2). La tierra y el cielo, dice el salmista, "perecerán, mas tú permanecerás; y todos ellos

como una vestidura se envejecerán; como un vestido los mudarás, y serán mudados: pero tú eres el mismo, y tus años no se acabarán" (Sal. 102:26ss). "Yo el primero -dice Dios-, yo también el postrero" (Isa. 48: 12). Las cosas de la I creación tienen principio y fin, pero no así el Creador. La respuesta a la pregunta del niño, "¿Quién hizo a Dios?", es sencillamente que Dios no tuvo necesidad de que nadie lo hiciese, porque siempre estuvo allí. Existe para siempre; y nunca cambia. No envejece. Su vida ni crece ni mengua. No, adquiere nuevos poderes, ni pierde los que alguna vez tuvo. No madura ni se desarrolla. No aumenta en sabiduría ni en fuerza, ni se debilita con el paso del tiempo. "No puede experimentar un cambio para bien", escribió A.W. Pink, "porque ya es perfecto; y siendo perfecto, no puede experimentar cambio para mal." La diferencia primera y principal entre el Creador y sus criaturas es que ellas son mutables y su naturaleza admite cambios, mientras que Dios es inmutable y jamás puede dejar de ser lo que es. Como lo expresa el himno.

Nosotros florecemos y prosperamos como las hojas del árbol y nos marchitamos y perecemos -pero nada te cambia a ti. Tal es el poder de la "vida indestructible" de Dios (cf. Heb. 7: 16).

2. El carácter de Dios no cambia

Las tensiones; ó un shock; o una lobotomía, pueden cambiar el carácter de un hombre, pero nada puede cambiar el carácter de Dios. En el curso de la vida humana, los gustos, los puntos de vista, y el humor pueden cambiar radicalmente; una persona buena y equilibrada puede volverse amarga y excéntrica; una persona de buena voluntad puede hacerse cínica e insensible. Pero al Creador no le puede ocurrir nada semejante. Jamás se vuelve menos veraz, menos misericordioso, menos justo, menos bueno, de lo que una vez fue. El carácter de Dios es hoy, y 10 será siempre, exactamente lo que fue en los tiempos bíblicos.

En relación con esto resulta instructivo poner juntas las dos revelaciones que de su "nombre" hace Dios en el libro de Éxodo. El "nombre" revelado de Dios es, por supuesto, más que un rótulo; es una revelación de 10 que él es en relación con los hombres. En Éxodo 3 leemos que Dios anunció a Moisés su nombre diciendo: "Yo soy el que soy" (v. 14), frase de la cual YHVH (Jehová, "el SEÑOR") constituye una forma abreviada (v. 15). Este "nombre" no es una descripción de Dios, sino simplemente una declaración de su existencia autónoma, y de su eterna inmutabilidad; una manera de recordamos que él tiene vida en sí mismo, y de que 10 que es ahora, 10 es eternamente. En Éxodo 34, sin embargo, leemos que Dios proclamó "el nombre de Jehová" a Moisés mediante una lista de las diversas facetas de su santo carácter. "Jehová ¡Jehová! fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, y que de ningún modo tendrá por inocente al malvado; que visita la iniquidad de los padres sobre los hijos ... " (vv. 5ss). Esta proclamación complementa la de Éxodo 3 al decir 10 que en efecto es Jehová; y la de Éxodo 3 complementa a esta otra al decirnos que Dios es por siempre lo que tres mil años ha le decía a Moisés que era en ese momento. El carácter moral de Dios es incambiable. Por ello Santiago, en un pasaje que se refiere a la bondad y la santidad de Dios, a su generosidad para con los hombres y su hostilidad para con el pecado, habla acerca de Dios como aquel "en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación" (San. 1: 17).

3. La verdad de Dios no cambia

A veces los hombres dicen cosas que en realidad no sienten, sencillamente porque ellos mismos no saben lo que piensan; además, porque sus puntos de vista cambian, con frecuencia descubren que ya no pueden sostener lo que dijeron en algún momento del pasado. Algunas veces todas tenemos que retirar algo que hemos dicho, porque ya no expresa lo que pensamos; a veces tenemos que tragamos las palabras porque los mismos hechos las refutan. Las palabras de los hombres son cosas inestables. Pero no así las palabras de Dios. Permanecen para siempre, como inalterables expresiones válidas de su pensamiento. No hay circunstancias que lo obliguen a retiradas; no hay cambios en su propia manera de pensar que le exijan modificarlas. Isaías escribe que "toda carne es hierba… la hierba se seca… mas la palabra del Dios nuestro permanece para siempre" (Isa. 40: 6 ss). De igual modo, dice el salmista que "para siempre, oh Jehová, permanece tu palabra en los cielos". "Todos tus mandamientos son verdad… para siempre los has establecido" (Sal. 119.89, 151s). La palabra traducida "verdad" en el último versículo encierra la idea de estabilidad. Cuando lee más la Biblia, por lo tanto, tenemos que recordar que Dios sigue fiel a todas las promesas, demandas, declaraciones de propósitos, palabras de advertencia, que allí se dirigen a los creyentes neotestamentarios. No se trata de reliquias de una época pasada sino de revelación enteramente válida del pensamiento de Dios para su pueblo en todas las generaciones, mientras dure este mundo. Como nos lo ha manifestado nuestro propio Señor, "la Escritura no puede ser quebrantada" (Juan 10:35). Nada puede anular la eterna verdad de Dios.

4. La manera de obrar de Dios no cambia

Dios sigue actuando hacia los hombres pecadores como lo hacía en la historia bíblica. Sigue todavía demostrando su libertad y su señorío, discriminando entre pecadores, haciendo que algunos escuchen el evangelio mientras que otros no, y haciendo que algunos de los que escuchan se arrepientan mientras que otros permanezcan incrédulos; enseñando de este modo a los santos que él no le debe misericordia a nadie, y que es enteramente por la gracia divina, y de ningún modo por sus propios esfuerzos, que ellos mismos hayan podido encontrar la vida. Sigue todavía bendiciendo a aquellos a quienes concede su amor de un modo que los humilla, a fin de que toda la gloria sea de él solo. Todavía odia el pecado de su pueblo, y se vale de toda suerte de penas y dolores internos y externos para ganar el corazón de ese pueblo, a fin de que no desobedezca ni claudique. Sigue aún buscando la comunicación con su pueblo, y les manda tanto motivos de pesar como de gozo con el objeto de lograr que abandonen el amor por otras cosas y lo concentren en él. Sigue todavía enseñando al creyente a valorar los dones prometidos mediante el recurso de hacer que tenga que esperarlos, y obligándolo a orar por ellos persistentemente, antes de que se los conceda. Así leemos que fue su trato para con su pueblo en el relato de las Escrituras, y así trata con su pueblo hoy. Sus metas y los principios en que basa su acción permanecen constantes; en ningún momento actúa saliéndose de su carácter inalterable. El modo de obrar del hombre, bien lo sabemos, resulta patéticamente inconstante; pero no el de Dios.

5. Los propósitos de Dios no cambian

"La Gloria de Israel no mentirá, ni se arrepentirá", declaró Samuel, "porque no es hombre para que se arrepienta" (1 Sam. 15:29). Balaam había dicho lo propio: "Dios no es hombre, para que mienta, ni hijo de hombre para que se arrepienta. El dijo, ¿y no hará? Habló, ¿y no ejecutará?" (Núm. 23: 19). Arrepentirse significa revisar los juicios que hemos hecho, y cambiar el plan de acción. Dios jamás hace esto; jamás necesita hacerlo, por cuanto sus planes se hacen sobre la base de un conocimiento y un control completos que se extienden a todas las cosas, tanto pasadas y presentes como futuras, de manera que no puede haber casos imprevistos y repentinos que puedan tomarlo por sorpresa. "Una de dos cosas hace que el hombre cambie de parecer y modifique sus planes: la falta de visión para anticipar algo, o la falta de visión para ejecutados. Pero como que Dios es omnisciente y omnipotente jamás se le hace necesario modificar sus decretos" (A. W. Pink). "El consejo de Jehová permanecerá para siempre; los pensamientos de su corazón por todas las generaciones" (Salmo 33: 11). Lo que Dios hace en \ el tiempo, lo planificó desde la eternidad. Y todo lo que planificó en la eternidad lo lleva a cabo en el tiempo. Todo lo que se ha comprometido a hacer en su Palabra se cumpliera infaliblemente. Así, leemos acerca de "la inmutabilidad de su consejo" para hacer que los creyentes disfruten plenamente de la herencia prometida, y del juramento inmutable mediante el cual confirmó su consejo a Abraham, el creyente arquetípico, tanto para darle seguridad a Abraham como ¡también a nosotros (Heb. 6: 17 ss). Así es con todas las intenciones anunciadas por Dios. No cambian. Ningún aspecto de su plan eterno cambia.

Cierto es que hay un conjunto de versículos (Gen. 6: 6 ss; Sam. 15:11; II Sam. 24:16; Jon. 3:10; Joel 2:13 ss) que dicen que Dios se arrepintió. En cada caso se trata de una referencia a la inversión del trato dado anteriormente a alguna persona en particular, como consecuencia de la reacción de dichas personas al tratamiento en cuestión. Pero no .te sugiere que dicha reacción no hubiese sido prevista, o que ella había tomado a Dios por sorpresa, y que no estaba prevista en su plan eterno. Cuando Dios comienza a tratar a .un hombre de un modo diferente esto no implica en modo alguno un cambió en sus eternos propósitos.

6. El Hijo de Dios no cambia

Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos (Heb. 13:8), y su toque tiene todavía su antiguo poder. Sigue siendo cierto que "puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos" (Heb. 7:25). Jesucristo no cambia nunca. Este hecho es un poderoso motivo de consuelo para el pueblo de Dios.

III

¿Dónde está, entonces, la sensación de distancia y diferencia entre los creyentes de los tiempos bíblicos y nosotros? Queda excluida. ¿Sobre qué base? Sobre la base de que Dios no cambia. La comunión con Dios, la confianza en su Palabra, el acto de vivir por fe, de "descansar en las promesas de Dios", son esencialmente realidades idénticas para nosotros hoy como para los creyentes tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. Este pensamiento nos consuela al ir al encuentro de las perplejidades de cada día: en medio de todos los cambios e incertidumbres de la vida en la era nuclear, Dios y su

Cristo permanecen invariable -con todo el poder necesario para salvar. Pero al mismo tiempo este pensamiento nos presenta un desafío penetrante. Si nuestro Dios es el mismo Dios de los creyentes del Nuevo Testamento, ¿cómo podemos justificar el que nos conformemos cOn una experiencia de comunión con Dios, y con un nivel de conducta cristiana que están tan por debajo de los que tuvieron ellos? Si Dios es el mismo, se trata do una cuestión que ninguno de nosotros puede evadir.

CAPITULO 8: LA MAJESTAD DE DIOS

I

Nuestra palabra "majestad" viene del latín; significa grandeza. Cuando le conferimos majestad a alguien, estamos reconociendo grandeza en su persona, y haciendo conocer nuestro respeto por ella: como, por ejemplo, cuando hablamos acerca de Su Majestad la Reina.

Ahora bien, "majestad" es un vocablo que en la Biblia se emplea para expresar el concepto de la grandeza de Dios, nuestro Hacedor y Señor. "Jehová reina; se viste de majestad. Firme es tu trono desde la antigüedad (Sal. 93: 1 s., VM). "Yo meditaré en la hermosura de la gloria de tu majestad, y en tus obras maravillosas" (Sal. 145: 5). Pedro, al recordar la gloria real de Cristo en la transfiguración, dice, "habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad" (II Pedo 1: 16). En Hebreos, la frase "la Majestad" se usa dos veces con el sentido de "Dios"; Cristo, se nos informa, cuando ascendió se sentó "a la diestra de la Majestad en las alturas", "a la diestra del trono de la Majestad en los cielos" (Heb. 1: 3; 8: 1). La palabra "majestad", cuando se aplica a Dios, constituye siempre una declaración de su grandeza y una invitación a la adoración. Lo mismo es cierto cuando la Biblia habla de que Dios está "en las alturas" y "en los cielos"; la idea aquí no es la de que Dios está separado de nosotros por una gran distancia espacial, sino de que está muy por encima de nosotros en grandeza, y que por lo tanto es motivo de adoración. "Grande es J Jehová, y digno de ser en gran manera alabado" (Sal. 48: 1). "Jehová es Dios grande, y Rey grande… Venid, adoremos y postrémonos" (Sal. 95:3,6). El instinto cristiano de confiar y adorar recibe un poderoso estímulo ante el conocimiento de la grandeza de Dios.

Pero se trata de conocimiento que en buena medida está ausente para muchos cristianos: y esta es una de las razones que hacen que nuestra fe sea tan débil y nuestro culto tan flojo. Nosotros somos modernos, y los hombres de esta época, si bien tienen un gran concepto del hombre mismo, tienen un concepto bastante bajo de Dios. Cuando, para no hablar del hombre de la calle, un hombre de iglesia emplea la palabra "Dios", el pensamiento que le viene a la mente no es generalmente el de la majestad divina. A un libro reciente se lo ha titulado *Your God Is Too Small* (Tu Dios es demasiado pequeño); es un título apropiado para la época. Hoy nos encontramos en el polo opuesto a nuestros antepasados evangélicos en este orden, aun cuando confesemos nuestra fe con las mismas palabras que ellos. Cuando empezamos a leer a Lutero, a Edwards, o a Whitefie1d, aun cuando nuestra doctrina pueda ser igual que la de ellos, pronto comenzamos a damos cuenta de que tenemos muy poco que ver con ese Dios poderoso a quien ellos conocían tan íntimamente.

Hoy se pone gran énfasis en la idea de que Dios es personal, pero se expresa el concepto de tal modo que nos queda la impresión de que Dios es una persona tal como nosotros: débil, inadecuado, poco efectivo, más bien patético. ¡Pero este no es el Dios de la Biblia! Nuestra vida individual es cosa finita: está limitada en todas las direcciones, en el espacio, en el tiempo, en conocimiento, en poder. Pero Dios no está limitado. Es eterno, infinito, y todopoderoso. El nos tiene en sus manos; pero nosotros jamás podemos tenerlo a él en las nuestras. Como nosotros, él es un ser personal, pero a diferencia de nosotros es grande. A pesar de su constante prédica sobre la realidad del interés personal de Dios en su pueblo, y sobre la mansedumbre, la ternura, la benevolencia, la paciencia, y la anhelosa compasión que nos muestra, la Biblia nunca deja que perdamos de vista su majestad y su dominio ilimitado sobre todas sus criaturas.

II

Como ilustración de este concepto no es necesario ir más allá de los capítulos iniciales del Génesis. Desde el comienzo del relato bíblico, mediante la sabiduría de la divina inspiración, se cuenta la historia de tal modo que se nos graban las doctrinas gemelas de que el Dios que se nos presenta en sus páginas es tanto personal como majestuoso. En ninguna otra parte de la Biblia se expresa en términos más vívidos la naturaleza personal de Dios. Dios delibera consigo mismo, "Hagamos… "(Gen. 1:26). Le trae a Adán los animales para que Adán les ponga nombre (2: 19). Se pasea en el jardín, llamando a Adán (3:8 ss). Les hace preguntas a sus criaturas (3: 11ss; 4:9; 16:8). Baja del cielo a fin de enterarse de lo que están haciendo los hombres (11:5; 18:20ss). Lo entristece a tal punto la maldad de los seres humanos que se arrepiente de haberlos creado (6:6ss). Las representaciones de Dios, como las mencionadas, tienen por objeto hacemos ver que el Dios con el que tenemos que tratar no es un mero principio cósmico, impersonal e indiferente, sino una Persona viviente, pensante, que siente, que es activa, que aprueba el bien, que desaprueba el mal, y que está permanentemente interesada en sus criaturas.

Pero no hemos de colegir de estos pasajes que el conocimiento y el poder de Dios, son limitados, o de que normalmente está ausente, y por lo tanto no sabe lo que ocurre en el mundo, excepto cuando viene especialmente con el fin de investigar. Estos mismos capítulos aclaran adecuadamente esto, puesto que nos dejan ver la grandeza de Dios en forma no menos vívida que la de su personalidad. El Dios de Génesis es el Creador, que pone orden en el caos, que hace surgir la vida con el poder de su palabra, que modela a Adán con el polvo de la tierra y a Eva con la costilla de Adán (caps. 1-2). Y él es, además, Señor de todo 10 que ha creado. Maldice la tierra y somete a la humanidad a la muerte física, modificando así el orden universal perfecto en su origen (3: 17ss); cubre la tierra con las aguas del diluvio, destruyendo- así toda vida en señal de juicio, salvo aquella que se encuentra en el arca (caps. 6-8); confunde el lenguaje humano y desparrama a los edificadores de Babel (11: 7 ss); destruye a Sodoma y Gomorra mediante (aparentemente) una erupción volcánica (19: 24ss). Con razón Abraham lo llama "Juez de toda la tierra" (18:25), y adopta para él el nombre de Melquisedec, "Dios Altísimo, creador de los cielos y de la tierra" (14: 19-22). Está presente en todas partes, y observa todo: el crimen de Caín (4: 9ss), la corrupción de la humanidad (6:5), la destitución de Agar (16:7ss). Bien pudo Agar llamarle El Roi, "Dios que ve", ya su hijo Ismael, "Dios oye", porque, efectivamente, es un Dios que ve y oye, y nada se le

escapa. El mismo se ha dado el nombre de El Shaddai, "Dios Todopoderoso", y todos sus actos constituyen ilustración de la omnipotencia que su nombre proclama. Le promete a Abraham y a su mujer un hijo cuando ellos ya son nonagenarios, y reprende a Sara por su risa incrédula y, también, injustificada: "¿Hay para Dios alguna cosa difícil?" (18: 14). Además, no es sólo en momentos aislados que Dios toma el control de los acontecimientos; toda la historia está bajo su influjo. Prueba de ello lo constituyen sus detalladas predicciones del tremendo desastre que se había propuesto elaborar para la simiente de Abraham (12:1-3; 13:14-17; 15:13-21, etc.). Tal, en síntesis, es la majestad de Dios, según el Génesis.

III

¿Cómo podemos formamos una idea exacta de la grandeza de Dios? La Biblia nos indica dos pasos que debemos dar con este fin. El primero es eliminar de nuestros pensamientos sobre Dios limitaciones que puedan empequeñecerlo. El segundo es compararlo con poderes y fuerzas que nos parecen grandes.

Como ejemplo de lo que comprende el primer paso acudamos al Salmo 139, donde el salmista medita sobre la naturaleza infinita e ilimitada de la presencia, el conocimiento, y el poder de Dios en relación con los hombres. El hombre, dice, está siempre en la presencia de Dios; uno puede aislarse de los demás hombres, pero es imposible esconderse del Creador. "Detrás y delante me rodeaste... ¿Adónde me iré de tu Espíritu? ¿Y adónde iré de tu presencia?" Si subiere a los cielos (el cielo estrellado), o bajare hasta el infierno (es decir, el mundo de los muertos), o me fue re hasta los confines del mundo, aun así no podría escapar de la presencia de Dios- "he aquí, allí tú estás" (v. 5ss). Tampoco pueden las tinieblas, que me esconden de la vista humana, protegerme de la mirada de Dios (v. l1ss).

Por otra parte, así como no hay límites a su presencia conmigo, tampoco hay límites para su conocimiento de mí. Así como jamás me deja solo, tampoco paso desapercibido jamás. "Oh Jehová, tú me has examinado y conocido, tú has conocido mi sentarme y mi levantarme [todos mis actos y mis movimientos]; has entendido desde lejos mis pensamientos [todo lo que ocupa mi mente]... y todos mis caminos te son conocidos [todos mis hábitos, planes, metas, deseos, como también toda mi vida hasta la fecha]. Pues aún no está la palabra en mi lengua [dicha o pensada], y he aquí, oh Jehová, tú la sabes toda" (v. lss). Puedo encubrir mi corazón, mi pasado, y mis planes futuros de los hombres, pero de Dios nada puedo ocultar. Puedo hablar de un modo que engañe a otros hombres en cuanto a lo que realmente soy, pero nada de lo que diga o haga sirve para engañar a Dios. El descubre todo lo que me reservo y todo lo que aparento ser; me conoce tal como soy, mejor, en realidad, de lo que me conozco yo mismo. Un Dios cuya presencia, y escrutinio puedo eludir sería una deidad pequeña y trivial. Pero el Dios verdadero es grande y terrible, por el solo hecho de que está siempre conmigo y su vista está sobre mí constantemente. El vivir se toma pavoroso cuando se tiene conciencia de que cada momento de la vida acontece a la vista y en la compañía de un Creador omnisciente.

Esto, sin embargo, no es todo. Ese Dios que todo lo ve es al mismo tiempo un Dios Todopoderoso, los' recursos de cuyo poder ya me han sido revelados por la maravillosa

complejidad de mi propio cuerpo físico, cuerpo que él me ha dado. Enfrentado a esta realidad, las meditaciones del salmista se vuelven adoración. "Te alabaré; porque formidables, maravillosas son tus obras… "(v. 14).

He aquí, por consiguiente, el primer paso, en la tarea de aprehender la grandeza de Dios: consiste en comprobar cuán ilimitada es su sabiduría, su presencia, y su poder. Muchos otros pasajes de la Escritura enseñan lo mismo: especialmente Job 38-41, los capítulos en los cuales Dios mismo toma el reconocimiento que hace Eliu de la grandeza de Dios con las palabras "en Dios hay una majestad terrible" (37: 22), y presenta ante Job un tremendo despliegue de su sabiduría y poder en la naturaleza, le pregunta si puede igualar semejante "majestad" (40: 10), Y lo convence de que, ya que no puede, no tendría que pretender censurar a Dios por su manejo del caso, lo que está mucho más allá del entendimiento de Job mismo. Pero no podemos seguir con este tema ahora.

IV

Como ejemplo de lo que significa el segundo paso analicemos Isaías 40:12ss. Aquí Dios le habla a gente cuyo ánimo es el que tienen muchos cristianos en la actualidad -gente desesperanzada, acobardada, secretamente desesperada; gente contra la que el curso de los acontecimientos se viene batiendo desde hace mucho tiempo; gente que ha dejado de creer que la causa de Cristo puede volver a prosperar. Veamos cómo razona con ellos Dios a través de su profeta.

Miren las obras que he hecho, les dice. ¿Podrían hacerlas ustedes? ¿Puede hombre alguno hacerlas? "¿Quién midió las aguas con el hueco de su mano y los cielos con su palmo, con tres dedos juntó el polvo de la tierra, y pesó los montes con balanza y con pesas los collados?" (v. 12). ¿Son ustedes lo suficientemente sabios como para hacer estas cosas? ¿Tienen el poder necesario? En cambio yo sí; de otro modo no hubiera podido hacer este mundo. "¡He aquí vuestro Dios!"

Pasemos a mirar a las naciones, sigue diciendo el profeta: las grandes potencias nacionales, a cuya merced se sienten supeditadas ustedes. Asiría, Egipto, Babilonia -tan vastos son sus ejércitos y sus recursos, en comparación a los de ustedes, que les tienen temor, miedo. Pero consideren ahora la posición de Dios frente a esas poderosas fuerzas que ustedes tanto temen. "He aquí que las naciones le son como la gota de agua que cae del cubo, y como menudo polvo en las balanzas le son estimadas… Como nada son todas las naciones delante de él; y en su comparación serán estimadas en menos que nada, y que lo que no es" (v. 15s). Ustedes tiemblan ante las naciones porque son mucho más débiles que ellas; pero Dios es tanto más grande que las naciones que para él son como nada. "¡He aquí vuestro Dios!"

Luego, echemos un vistazo al mundo. Consideren su tamaño, su variedad, y su complejidad; piensen en los tres mil millones y más de personas que lo pueblan, y en el enorme cielo que está por encima de él. ¡Qué seres diminutos somos ustedes y yo en comparación con todo el planeta en que vivimos! Y, 'sin embargo, ¿qué es todo este portentoso planeta en comparación con Dios? "El está sentado sobre [por encima de] el círculo de la tierra, cuyos moradores son como langostas; él extiende los cielos como una cortina, los despliega como una tienda para morar" (v. 22). El mundo nos

empequeñece a todos, pero Dios empequeñece al mundo. El mundo es él estrado de sus pies, sobre el que él está sentado inexpugnablemente. El es más grande que el mundo y todo lo que en él hay de manera que toda la frenética actividad de sus tres mil millones de habitantes no lo afectan en mayor medida que a nosotros el ruido y los movimientos de las langostas en un día de sol. "He aquí vuestro Dios."

Miremos, en cuarto lugar, a los grandes hombres del mundo: los gobernantes cuyas leyes y programas políticos determinan el bienestar de millones de personas; los que aspiran a gobernar el mundo, los dictadores, los creadores de imperios, hombres que tienen en sus manos el poder necesario para desencadenar una guerra global. Piensen en Senaquerib y en Nabucodonosor, piensen en Alejandro, Napoleón, Hitler. Piensen, contemporáneamente, en Breznev, Carter, y Hua Kuo-feng. ¿Suponen ustedes que son realmente estos grandes hombres quienes determinarán el giro que ha de tomar el mundo? Vuelvan a pensar en esto; porque Dios es más grande que los más grandes entre ellos. "El convierte en nada a los poderosos, y a los que gobiernan la tierra hace como cosa vana" (v. 23). Dios es, como lo dice el Libro de Oración, "el único que gobierna a los príncipes". " He aquí vuestro Dios”
Pero no hemos terminado aún. Miren, finalmente, a las estrellas. La experiencia más universalmente impresionante que conoce el hombre es la de estar solo en una noche limpia mirando las estrellas. No hay otra cosa que nos dé una sensación semejante de distancia y lejanía; no hay experiencia que nos haga sentir más fuertemente nuestra propia pequeñez e insignificancia. Y nosotros, que vivimos en el umbral de la era espacial, estamos en condiciones de complementar esta experiencia universal con el conocimiento científico de los factores que están involucrados -millones de estrellas en número, a billones de años luz de distancia. La mente se marea; la imaginación no puede abarcarlo todo cabalmente; cuando intentamos imaginar las insondables profundidades del espacio exterior, nos quedamos mentalmente estupefactos y mareados. Pero, ¿qué es esto para Dios? "Levantad en alto vuestros ojos, y mirad quién creó estas cosas [las estrellas]; él saca y cuenta su ejército; a todas llama por sus nombres; ninguna faltará; tal es la grandeza de su fuerza, y el poder de su dominio" (v. 26). Es Dios quien saca las estrellas; fue Dios quien las puso en el espacio en primer lugar; él es su Hacedor y Amo: están todas en sus manos, y sujetas a su voluntad. Tal es su poder y su majestad. “¡He aquí vuestro Dios!"

V

A continuación dejemos que Isaías aplique a nuestro caso la doctrina bíblica de la majestad de Dios, haciéndonos las tres preguntas que aquí hace en nombre de Dios a esos israelitas desilusionados y abatidos.

1. "¿A quién pues me compararéis, para que yo sea como él? dice el Santo" (v. 25).

Esta pregunta censura los conceptos errados acerca de Dios. "Tus conceptos de Dios son demasiados humanos", le dijo Lutero a Erasmo. Es aquí justamente dónde muchos nos descaminamos. Nuestros conceptos de Dios no son suficientemente grandes; no tenemos en cuenta la realidad de su poder y su sabiduría ilimitados. Porque nosotros mismos somos limitados y débiles, nos imaginamos que en algún aspecto Dios también lo es, y nos resulta difícil aceptar que no lo sea. Pensamos en Dios como si fuera parecido a

nosotros. Rectifiquen este error, dice Dios; aprendan a reconocer la plena majestad de su incomparable Dios y Salvador.

2. "¿Por qué dices, pues, oh Jacob, y hablas, oh Israel, diciendo: Escondido está mi camino a Jehová, y mi causa va pasando desapercibida de mi Dios?" (v. 27, VM).

Esta pregunta censura los conceptos errados acerca de nosotros mismos. Dios no nos ha abandonado, así como no había abandonado a Job. Jamás abandona a la persona hacia quien dirige su amor; tampoco Cristo, el buen pastor, pierde jamás la huella de sus ovejas. Es tan falso como irreverente acusar a Dios de olvidar, de pasar por alto, de perder interés en la situación y las necesidades de su pueblo. Si nos hemos estado resignando a la idea de que Dios nos ha abandonado a nuestros propios recursos, busquemos la gracia necesaria para avergonzamos de nosotros mismos. Tal pesimismo incrédulo deshonra profundamente a nuestro gran Dios y Salvador.

3. "¿No has sabido, no has oído que el Dios eterno es Jehová, el cual creó los confines de la tierra? No desfallece, ni se fatiga con cansancio" (v. 28).

Esta pregunta censura nuestra lentitud en aceptar la majestad de Dios. Dios quiere sacamos de la incredulidad moviéndonos a la vergüenza. ¿Qué es lo que pasa? Dios pregunta: ¿Se han estado imaginando que yo, el Creador, estoy viejo y cansado? ¿Nadie les ha dicho la verdad sobre mí? Muchos somos merecedores de este reproche. ¡Qué lentos somos para creer en Dios como Dios, soberano, todopoderoso, que todo lo ve! ¡Qué poco tenemos en cuenta la majestad de nuestro Señor y Salvador Jesucristo! Lo que necesitamos es "esperar a Jehová" y meditar sobre su majestad, hasta que estas cosas se nos graben en el corazón y encontremos que de este modo nuestras fuerzas han sido renovadas.

CAPITULO 9: EL ÚNICO & SABIO DIOS

I

¿Qué quiere decir la Biblia cuando afirma que Díos es sabio? En la Escritura la sabiduría es una cualidad moral tanto como intelectual, más que mera inteligencia o conocimiento, así como también es más que mera habilidad o sagacidad. Para ser realmente sabio, en el sentido bíblico, la inteligencia y la habilidad deben ser puestas al servicio de una causa buena. La sabiduría consiste en la capacidad de ver, y en la inclinación a elegir, la meta mejor y más alta, juntamente con la forma más segura de alcanzarla.

La sabiduría es, en realidad, el lado práctico del bien moral. Como tal, sólo se encuentra en su plenitud en Dios mismo. Sólo él es enteramente, invariablemente, y naturalmente sabio. "Su sabiduría está por siempre alerta", dice el himno; y es cierto. Dios no puede menos que ser invariablemente sabio en todo lo que hace. La sabiduría, como decían los viejos teólogos, es su esencia, así como el poder, y la verdad, y el bien son su esencia -elementos integrales, vale decir, de su carácter.

En los hombres la sabiduría puede- verse frustrada por factores circunstanciales fuera del control del hombre sabio. Ahitofel, el asesor renegado de David, dio buen consejo cuando sugirió a Absalón que liquidase a David de inmediato, antes de que tuviese tiempo de recuperarse del primer sobresalto de la revuelta de Absalón; pero Absalón estúpidamente tomó otra determinación, y Ahitofel, hirviendo por su orgullo herido, y previendo, sin duda, que la revuelta habría de fracasar como consecuencia, y no pudiendo perdonarse a sí mismo por haber sido tan necio como para unirse a ella, se volvió a su casa y se suicidó (II Samuel 17).

Pero la sabiduría de Dios no puede verse frustrada, como ocurrió con el "acertado consejo" (v. 14) de Ahitofel, pues está aliada a la omnipotencia. El poder forma parte de la esencia de Dios tanto como la sabiduría. Un principio bíblico fundamental descriptivo del carácter divino dice que la omnisciencia gobierna la omnipotencia, el poder infinito es gobernado por la infinita sabiduría. "El es sabio de corazón, y poderoso en fuerzas" (Job 9:4). "Con Dios está la sabiduría y el poder" (12: 13). "Es poderoso en fuerza de sabiduría" (36: 5). "Tal es la grandeza de su fuerza… su entendimiento no hay quien lo alcance" (Isa. 40:26,28). "Suyos son el poder y la sabiduría" (Dan. 2:20). La misma coyuntura aparece en el Nuevo Testamento: "Y al que es poderoso para haceros estables, según mi evangelio… al solo sabio Dios… "(Rom. 16:25,27, VM). La sabiduría sin el poder resultaría patética, una caña quebrada; el poder sin la sabio daría resultaría simplemente aterrador; pero en Dios la sabio daría ilimitada y el poder infinito se unen, y esto hace que él sea enteramente digno de nuestra plena confianza.

La omnipotente sabiduría de Dios está siempre activa, y jamás fracasa. Todas sus obras de creación, providencia, y gracia la evidencian, y mientras no la veamos en ellas no estamos mirando como corresponde. Pero no podemos reconocer la sabiduría de Dios a menos que sepamos para qué realiza 'él sus obras. Aquí es donde muchos se equivocan. Entienden mal lo que quiere decir la Biblia cuando afirma que Dios es amor (véase 1 Juan 4:8 - 10). Piensan que Dios propone una vida libre de .problemas para todos, independientemente de su estado moral y espiritual, y por consiguiente llegan a la conclusión de que todo lo que sea doloroso y desconcertante (las enfermedades, los accidentes, los perjuicios, la falta de trabajo, el sufrimiento de un ser querido), indican que bien la sabiduría o el poder de Dios, o ambos, han fracasado, o que Dios, después de todo, no existe. Pero esta idea en cuanto a las intenciones de Dios está totalmente equivocada. La sabiduría de Dios nunca se comprometió a mantener la felicidad de un mundo caído, ni a hacer que la impiedad resulte beneficiosa. Ni siquiera a los cristianos les ha prometido una vida libre de penurias; más bien al revés. Para la vida en este mundo tiene previstos objetivos que no son simplemente hacer que las cosas les resulten fáciles a todos.

¿Qué es lo que busca Dios entonces? ¿Cuál es su meta? ¿Qué es lo que se propone? Cuando Dios hizo al hombre, su propósito era que el hombre lo, amase y lo honrase, alabándolo por la complejidad maravillosamente Ordenada y variada de su mundo, usufructuándolo según la voluntad de él, y disfrutando tanto del mundo como de él. Y aunque el hombre ha caído, Dios no ha abandonado su propósito inicial. Todavía tiene establecido que una gran hueste de seres humanos llegue a amarlo y a honrarlo. Su objetivo final es el de lograr que esos humanos alcancen un estado en que le agraden

enteramente y lo alaben adecuadamente, un estado en el que él sea el todo para ellos, y en que él y ellos se regocijen continuamente en el conocimiento del amor mutuo que se sienten -un estado en el que los hombres se regocijen en el amor salvador de Dios, dispensado desde toda la eternidad, y en el que Dios se regocije en el amor que los hombres le retribuyen, y que se manifiesta en ellos por la gracia mediante el evangelio.

En esto consistirá la "gloria" de Dios, y también la "gloria" del hombre, en todos los sentidos que este término tan rico puede denotar. Pero esto sólo se hará realidad plenamente en el otro mundo, en el contexto de una transformación de todo el orden creado. Mientras tanto, sin embargo, Dios sigue trabajando sin descanso para que se concrete. Sus objetivos inmediatos son encaminar a hombres y mujeres individualmente hacia él en una relación de fe, esperanza, y amor, librándolos del pecado y evidenciando en sus vidas el poder de su gracia; defender a su pueblo de las fuerzas del mal; extender por el mundo entero el evangelio por el cual ofrece su salvación. En el cumplimiento de cada una de las partes de este propósito el Señor Jesucristo ocupa un lugar central, por cuanto Dios lo ha ofrecido para que él sea el que salva del pecado, en quien los hombres deben confiar, tanto como para que sea el Señor de la iglesia, al que los hombres deben obedecer. Hemos considerado la forma en que la sabiduría divina se manifestó en la encarnación y en la cruz de Cristo. Agregamos ahora que la sabiduría de Dios en su trato con los individuos se ve a la luz del complejo propósito que acabamos de bosquejar.

II

En esto nos ayudan las biografías bíblicas. No encontraremos ilustraciones más claras de la sabiduría de Dios para organizar la vida de los seres humanos que las que ofrecen algunos de los relatos de las Escrituras. Tomemos, por ejemplo, la vida de Abraham. Abraham se dejó arrastrar al engaño rastrero repetidamente, con lo cual puso en real peligro la castidad de su mujer (Génesis 12:10ss, 20). Evidentemente, era por naturaleza un hombre de poca fortaleza moral, y al mismo tiempo excesivamente ansioso por proteger su seguridad personal (12:12s, 20:11). Además resultó ser vulnerable a las presiones: ante la insistencia de su mujer, aceptó tener un hijo con su sierva Agar, y cuando Sarai reaccionó con recriminaciones histéricas ante el orgullo de Agar cuando ésta se vio encinta, le permitió que echara a Agar de la casa (Cáp. 16:5,6). Es evidente, por lo tanto, que Abraham no era un hombre de sólidos principios por naturaleza, y su sentido de responsabilidad era más bien deficiente. Pero Dios en su sabiduría se ocupó de esta figura poco heroica y más bien floja con tal éxito que no sólo cumplió fielmente el papel que se le asignó en el escenario de la historia de la iglesia, como pionero de la ocupación de Canaán, primer recipiente del pacto de Dios (Cáp… 17), padre de Isaac, el niño prodigio, sino que, se transformó, además, en un hombre nuevo.

Lo que Abraham necesitaba más que nada era aprender la práctica de vivir en la presencia de Dios, entendiendo toda la vida en relación con él, y aceptándolo como su único jefe, defensor, y galardonador. Esta fue la gran lección que Dios en su sabiduría se propuso enseñarle. "No temas, Abraham; yo soy tu escudo, y tu galardón será sobremanera grande" (15:1). "Yo soy el Dios Todopoderoso, anda delante de mí y sé perfecto [honesto y sincero]" (17:1). Vez tras vez Dios hizo que Abraham se enfrentara

con él y de este modo lo condujo hasta el punto en que su corazón pudo decir, con el salmista, "¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra… la roca de mi corazón y mi porción es Dios para siempre" (Sal. 73:25s). A medida que se desarrolla la historia, vemos en la vida de Abraham los resultados de la lección aprendida. Sus viejas debilidades salen a la superficie de vez en cuando, pero a la par surge una nueva nobleza y una firme independencia, productos del hábito desarrollado por Abraham de caminar con Dios, de descansar sobre su voluntad revelada, confiando en él, esperando en él, inclinándose ante su providencia, y obedeciéndolo aun cuando le manda hacer algo extraño y poco convencional. De haber sido un hombre del mundo, Abraham se transforma en un hombre de Dios.

Así, cuando responde al llamado de Dios, abandona su hogar, y viaja por la tierra que han de poseer sus descendientes (12:7) -pero no él mismo, nótese; Abraham no llegó a poseer más que una tumba en Canaán (Cáp… 23)-, observamos en él una nueva mansedumbre cuando renuncia a su derecho a elegir antes que su sobrino Lot (13:8s). Vemos en él un nuevo coraje cuando sale con apenas trescientos hombres a rescatar a Lot de las fuerzas combinadas de cuatro reyes (14: 14s). Observamos una nueva paciencia cuando espera un cuarto de siglo, desde la edad de setenta y cinco hasta los cien, a que nazca el heredero prometido (12:4; 21:5). Lo vemos convertirse en un hombre de oración, un intercesor pertinaz cargado con un sentido de responsabilidad ante Dios por el bienestar de los demás (18:23s). Hacia el final lo vemos enteramente dedicado a la voluntad de Dios, y con tanta confianza en que Dios sabe lo que hace, que está dispuesto a matar a su propio hijo por orden de Dios, a ese heredero cuyo nacimiento había esperado tanto tiempo (Cáp. 22). ¡Con qué sabiduría le había enseñado Dios su lección! ¡Y qué bien aprendió Abraham esa lección!

Jacob, nieto de Abraham, tuvo que someterse a otra disciplina; Jacob era un caprichoso hijo de su mamá, bendecido (o maldecido) con todos los instintos oportunistas y la crueldad amoral del comerciante ambicioso y egoísta. En su sabiduría Dios había resuelto que Jacob, si bien era el hijo menor, obtuviese la primogenitura y la bendición consiguiente, y que de este modo fuese el portador de la promesa del pacto (cf. 28:13s); además, había resuelto que Jacob se casaría con sus primas Lea y Raquel y que sería padre de los doce patriarcas, a quienes debía pasar la promesa (cf. caps. 48,49).

Pero también, en su sabiduría, Dios había decidido inyectar en Jacob la verdadera religión. Toda la actitud de Jacob hacia la vida era irreligiosa, y tenía que ser cambiada; Jacob debía ser convencido de que tenía que dejar de confiar en su propia habilidad y poner su confianza en Dios, y debía también comprender que tenía que rechazar ese inescrupuloso doblez que le venía con tanta naturalidad. Por lo tanto Jacob debía llegar a darse cuenta de su propia debilidad y necedad hasta que llegara a desconfiar totalmente d sí mismo, de modo que ya no intentase triunfar explotando a los demás. La autosuficiencia de Jacob debía desaparecer en forma total y definitiva. Con paciente sabiduría (porque Dios siempre espera que llegue el momento apropiado) Dios condujo a Jacob al punto en que podía estampar en su alma el necesario sentido de impotencia en forma indeleble decisiva. Resulta aleccionador trazar los pasos que siguió Dios para lograrlo.

Primero, durante un período de unos veinte años, Dios le permitió a Jacob tejer las complejas madejas del engaño con las inevitables consecuencias -desconfianza mutua

amistades transformadas en enemistad, y el aislamiento de engañador. Las consecuencias de las astucias de Jacob constituyeron la maldición de Dios sobre ello. Cuando Jacob hubo soplado la primogenitura y la bendición a Esaú (25:29ss; Cáp. 27), Esaú se le volvió en contra (¡naturalmente!) y Jacob tuvo que abandonar la casa urgentemente Se fue a la casa de su tío Labán, que resultó ser un cliente tan artero como Jacob mismo. Labán explotó la situación de Jacob y con artimañas lo hizo contraer matrimonio no sólo con la hija linda y hermosa, a la que quería Jacob, sin también con la menos agraciada, para la que le hubiera resultado difícil encontrar un buen marido de otro modo (29: 15-30).

La experiencia de Jacob con Labán es el caso del mordedor que sale mordido; Dios se valió del caso para mostrarle a Jacob lo que significa encontrarse en el extremo recepto de una estafa - algo que Jacob debía aprender si habría de desencantarse alguna vez de su anterior manera de vivir. Pero Jacob no se habría curado todavía. Su reacción inmediata fue la de volver mal por mal; manipuló la cría de la ovejas de Labán con tal astucia, con tal pérdida para el patrón y beneficio para sí mismo, que Labán se puso furioso, y a Jacob le pareció prudente irse con su familia a Canaán, antes que comenzaran activamente las represalia (30:25- Cáp.. 31). Y Dios, que hasta aquí había soportado la deshonestidad de Jacob sin reproche, lo alentó para que si fuera (30:11ss; cf. 32.1s; 9s); porque Dios sabía lo que iba a ocurrir antes de que finalizara el viaje. Cuando Jacob se fue Labán salió en su persecución y le dejó bien claro que no quería verlo de vuelta (Cáp. 31).

Cuando la caravana de Jacob llegó a los linderos de la tierra de Esaú, Jacob envió a su hermano un cortés mensaje para comunicarle su llegada. Pero las noticias que le trajeron de vuelta le hicieron pensar que Esaú tenía un ejército armado para hacerle frente, para vengarse de la bendición hurtada por él veinte años atrás, por lo que a Jacob le vino una gran desesperación. Había llegado el momento de Dios. Esa noche, cuando Jacob estaba solo a la orilla del río Jacob, Dios le salió al encuentro (32:24ss). Transcurrieron horas de agudo conflicto espiritual y, según le pareció a Jacob, físico también. Jacob estaba asido de Dios; quería una bendición, seguridad del favor divino y protección ante la crisis que atravesaba, pero no conseguía lo que quería. En cambio, se volvía más y más consciente de su propia situación, completamente indefenso y, sin Dios, totalmente desesperanzado. Sintió que la gran amargura de sus caminos cínicos e inescrupulosos se volvía contra él. Hasta aquí había sido siempre autosuficiente, creyéndose amo de cualquier situación que pudiera presentársele, pero ahora se sentía completamente incapaz de manejar la situación, y comprendió con espeluznante certidumbre que jamás volvería a atreverse a confiar en sí mismo para resolver sus cosas y forjar su destino. Jamás volvería a intentar vivir apoyándose en su ingenio.

Para que Jacob estuviera doblemente convencido, mientras luchaban Dios le descoyuntó el muslo (v. 25), dejándolo cojo como perpetuo recuerdo de su propia debilidad espiritual, y la necesidad de apoyarse en Dios, así como por el resto de su vida tendría que apoyarse en un bastón para caminar. Jacob llegó a odiarse; con todo su corazón por primera vez en su vida sintió odio, verdadero odio, por esa astucia que tanto había apreciado en sí mismo. Por ella Esaú estaba en contra de él (justamente, por cierto), sin mencionar a Labán, y ahora, por la misma razón, le parecía a él, Dios se negaba a bendecirlo nuevamente. "Déjame… ", dijo Aquel con quien luchaba; parecía como si Dios estuviera por abandonarlo. Pero Jacob se aferró a él y dijo: "No te dejaré, si no me

bendices" (v. 26). Fue entonces que Dios pronunció sus palabras de bendición: porque a esta altura Jacob se reconocía débil y desesperado, humillado y dependiente; fue ahora que podía ser bendecido. "El debilitó mi fuerza en el camino", dijo el salmista (Sal. 102:23); y eso es justamente lo que había hecho Dios con Jacob. Cuando Dios hubo terminado con Jacob no le quedaba a este un ápice de autosuficiencia. El sentido en que Jacob "venció" en su lucha con Dios (v. 28) es simplemente que se aferró a Dios mientras Dios lo debilitaba y forjaba en él el espíritu de sumisión y auto desconfianza; que había anhelado la bendición de Dios hasta tal punto que se mantuvo asido de Dios mientras duró esa penosa humillación, hasta que llegó tan abajo que Dios lo levantó hablándole palabras de paz y asegurándole que no tenía por qué temer ya a Esaú. Cierto es que Jacob no se convirtió en un santo hecho y derecho de la noche a la mañana; no se portó del todo bien con Esaú al día siguiente (33:14-17); pero en principio Dios había ganado la batalla, y para siempre. Jacob no volvió a deslizarse jamás por sus viejos caminos. Jacob el cojo había aprendido la lección. La sabiduría de Dios había realizado su obra.

Un ejemplo más tomado del Génesis, distinto del anterior, es el de José. Los hermanos del joven José lo vendieron como esclavo en Egipto donde, calumniado por la maligna mujer de Potifar, fue encarcelado, aun cuando posteriormente escaló posiciones eminentes. ¿Con qué fin planeó esto Dios en su sabiduría? Por lo que hace a José personalmente, la respuesta la tenemos en el Salmo 105:19: "El dicho de Jehová le probó." José estaba siendo probado, preparado, pulido; se le estaba enseñando, durante el lapso en que fue esclavo, y en la prisión, a afirmarse en Dios, a mantenerse contento y caritativo en circunstancias adversas, y a esperar pacientemente al Señor. Con frecuencia Dios emplea penurias sostenidas para enseñar lecciones de esta clase. Por lo que hace a la vida del pueblo de Dios, José mismo dio la respuesta a nuestro interrogante cuando les reveló su identidad a sus hermanos, perturbados por la situación. "Dios me envió delante de vosotros, para preservaros posteridad sobre la tierra, y para daros vida de gran liberación. Así, pues, no me enviasteis acá vosotros, sino Dios… ". (45:7s). La teología de José era tan sana como profunda era su caridad. Una vez más tenemos aquí la sabiduría de Dios acomodando los acontecimientos de una vida humana para un doble fin: la santificación personal del hombre en cuestión, y el cumplimiento del ministerio y el servicio que le estaba encomendado en relación con la vida del pueblo de Dios. En la vida de José, igual que en la de Abraham y Jacob, vemos que se cumple cabalmente dicho propósito doble.

III

Estas cosas fueron escritas para nuestra instrucción: porque la misma sabiduría que encaminó las sendas que siguieron los santos de Dios en la época bíblica encamina la vida del cristiano en el día de hoy. No debiéramos, por lo tanto, desalentamos demasiado cuando nos ocurren cosas inesperadas y desconcertantes, cosas que nos desaniman. ¿Qué significan? Pues simplemente que Dios en su sabiduría tiene la intención de hacer de nosotros algo que aún no hemos alcanzado, y que lo que pasamos tiende a ese fin.

Tal vez tiene decidido fortalecemos en la paciencia, el buen humor, la compasión, la humildad, o la mansedumbre, dándonos un poco de práctica adicional en el ejercicio de

dichas gracias bajo condiciones particularmente difíciles. Quizá tenga lecciones nuevas que enseñamos en cuanto a la negación de uno mismo y el auto desconfianza. A lo mejor quiere eliminar nuestra tendencia a la autosatisfacción, o la falta de realidad, o a formas de orgullo y engreimiento no percibidas por nosotros. Tal vez su propósito sea simplemente el de acercamos más a él, en una comunión más consciente; porque ocurre a menudo, como lo saben todos los santos, que la comunión con el Padre y el Hijo resulta más real y dulce, y el gozo cristiano es mayor, cuanto más pesada sea la cruz. (¡Recordemos a Samuel Rutherford!) O tal vez Dios nos está preparando para tipos de servicio de los cuales al presente no tengamos la menor idea.

Pablo descubrió parte de la razón de sus propias aflicciones en el hecho de que Dios "nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios" (II Cor. 1:4). Hasta el propio Señor Jesús "por lo que padeció aprendió la obediencia", y de este modo fue "perfeccionado" para su ministerio sacerdotal de compasión y ayuda para con sus atribulados discípulos (Heb. 5:8s): Lo cual significa que como, por un lado, puede sostenemos y hacemos más que vencedores frente a todos nuestros problemas y preocupaciones, así también, por otro lado, no debemos sorprendemos si nos llama a seguir sus pisadas y a dejamos moldear para el servicio a los demás mediante dolorosas experiencias de las que no somos en realidad merecedores. "El conoce su camino", aun cuando por el momento nosotros no lo sepamos. A nosotros nos pueden resultar francamente desconcertantes algunas de las cosas que nos ocurren, pero Dios sabe muy bien lo que está haciendo, y lo que busca, y en sus manos están nuestros asuntos. Siempre, y en todo, Dios obra sabiamente: esto lo comprobaremos posteriormente, aun en los casos en que nosotros no lo veíamos antes. (Job conoce ahora en el cielo todas las razones de por qué fue afligido, aun cuando nunca llegó a saberlo durante su vida.) Mientras tanto, no debemos poner en tela de juicio su sabiduría, ni siquiera cuando nos deja a oscuras.

Más, ¿cómo hemos de hacer frente a estas situaciones desconcertantes y difíciles si no podemos por el momento saber cuál es el propósito divino que hay por detrás? Primero, tomándolas como de Dios, y preguntándonos cómo nos indica el evangelio de Dios que debemos reaccionar frente a ellas y en medio de ellas; segundo, buscando el rostro de Dios en forma concreta en procura de luz. Si procedemos de esta manera, nunca nos veremos completamente a oscuras en cuanto a los propósitos que tiene Dios en relación con nuestros problemas. Siempre hemos de ver por lo menos tanto propósito en ellas como el que Pablo descubrió con relación a su aguijón en la carne. Le vino, nos dice, como "un mensajero de Satanás" tentándole a pensar mal de Dios. Resistió la tentación, y buscó el rostro de Cristo tres veces, pidiendo que el aguijón le fuese quitado. La única respuesta que obtuvo fue: "Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad." Luego de reflexionar percibió un motivo para dicha aflicción: tenía como fin el que se mantuviese humilde "para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente". Este pensamiento, y las palabras de Cristo, lo consolaron. No quería más. He aquí su actitud final: "Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo" (II Cor. 12:7-9).

Esta actitud de Pablo nos sirve de modelo. Cualquiera sea el propósito que puedan o no tener las pruebas del cristiano, como medios de prepararlo para su futuro servicio siempre han de tener por lo menos el propósito que tenía el aguijón en la carne de

Pablo; nos habrán sido enviadas para hacemos y mantenemos humildes, y a fin de damos una nueva oportunidad para que se vea el poder de Cristo en nuestra vida mortal. ¿Acaso necesitamos saber más que eso? ¿No es esto suficiente en sí mismo para convencemos de que la sabiduría de Dios obra por ellas? Cuando Pablo se dio cuenta de que su tribulación le había sido mandada para que por ella pudiera glorificar a Dios, la aceptó como una medida sabia, y se regocijó en ella. Dios nos dé gracia, en medio de nuestras propias tribulaciones, para hacer lo mismo.

CAPITULO 10: LA SABIDURÍA DE DIOS Y LA NUESTRA

I

Cuando los viejos teólogos reformados se referían a los atributos de Dios, solían clasificados en dos grupos: los incomunicables y los comunicables.

En el primer grupo colocaban aquellas cualidades que realzan la trascendencia de Dios y que muestran la tremenda diferencia que hay entre él como ser Creador, y nosotros sus criaturas. Comúnmente la lista era la siguiente -la independencia de Dios (la existencia autónoma y la autosuficiencia); su inmutabilidad (enteramente libre de cambio, lo cual conduce a un proceder completamente invariable); su infinitud (libre de toda limitación de tiempo y espacio: es decir, su eternidad y su omnipresencia); y su simplicidad (el hecho de que en él no hay elementos que puedan entrar en conflicto, de manera que, a diferencia del hombre, no puede verse en conflicto entre deseos y pensamientos divergentes). Los teólogos llamaban incomunicables a dichas cualidades porque son características únicamente de Dios; el hombre, justamente por ser hombre y no Dios, no comparte ni puede compartir ninguna de ellas.

En el segundo grupo los teólogos reunían cualidades tales como la espiritualidad de Dios, su libertad, y su omnipotencia, junto con todos sus atributos morales -bondad, veracidad, santidad, justicia, etc. ¿Qué principio se aplicaba para esta clasificación? el siguiente: que cuando Dios hizo al hombre, le comunicó cualidades que correspondían a todas ellas. Esto es lo que quiere significar la Biblia cuando nos dice que Dios hizo al hombre a su propia imagen (Gen. 1:26s) - a saber, que Dios hizo al hombre como ser espiritual libre, agente moral responsable con facultades de elección y acción, capaz de tener comunión con él y de responder a él, y por naturaleza bueno, veraz, santo, recto (cf. Ecl. 7: 29), en una palabra, con cualidades divinas.

Las cualidades morales que pertenecían a la imagen divina las perdió el hombre en el momento de la caída; la imagen de Dios en el hombre ha sido universalmente empañada, por cuanto toda la humanidad, de un modo u otro, ha caído en la impiedad. Pero la Biblia nos dice que ahora, en cumplimiento de su plan de redención, Dios obra en los creyentes cristianos con el fin de reparar esa imagen arruinada, renovando en ellos dichas cualidades. Esto es lo que quiere decir la Escritura cuando afirma que los cristianos están siendo renovados a la imagen de Cristo (II Coro 3: 18) y de Dios (Col. 3: 10).

La Biblia tiene mucho que decir acerca del don divino de la sabiduría. Los primeros nueve capítulos de Proverbios constituyen una sola y sostenida exhortación a buscar este don. "Sabiduría ante todo; adquiere sabiduría; y sobre todas tus posesiones adquiere inteligencia… Retén el consejo, no lo dejes; guárdalo, porque eso es tu vida" (pro. 4:7,13). Se personifica a la sabiduría y se la hace defender su propia causa: "Bienaventurado el hombre que me escucha, velando a mis puertas cada día, aguardando a los postes de mis puertas. Porque el que me halle, hallará la vida, y alcanzará el favor de Jehová. Mas el que peca contra mí, defrauda su alma; todos los que me aborrecen aman la muerte" (Pro. 8: 34ss).

Como si se tratase de una anfitriona, la sabiduría convida a los necesitados a su banquete: "Dice a cualquier simple: Ven acá" (Pro. 9:4). Lo que se realza en todo momento es la buena voluntad de Dios para otorgar sabiduría (aunque la figura es la de la sabiduría misma dispuesta a darse) a todos los que anhelan el don y están dispuestos a dar los pasos necesarios para obtenerla. En el Nuevo Testamento la sabiduría recibe un énfasis similar. De los cristianos se requiere que adquieran sabiduría ("Mirad, pues, con diligencia cómo andéis, no como necios sino como sabios… No seáis insensatos, sino entendidos de cuál sea la voluntad del Señor" (Efe. 5: 15ss); "Andad sabiamente para con los de afuera…" (Col. 4: 5). Se ofrece oración para que les sea suministrada sabiduría: "que seáis llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría…" (Col. 1: 9). Santiago hace, en nombre de Dios, una promesa: "Si alguno de vosotros tiene falta sabiduría, pídala a Dios…, y le será dada" (San. 1: 5).

¿De dónde procede la sabiduría? ¿Qué pasos debe dar el hombre para obtener este don? Según la Escritura hay dos requisitos previos. Primero, uno tiene que aprender a reverenciar a Dios. "El principio de la sabiduría es el temor de Jehová" (Sal. 111:10; Pro. 9:10; cf. Job. 28:28; Pro. 1:7; (j 15:33). No podemos hacer nuestra la sabiduría divina sin 0 antes habemos hecho humildes, susceptibles de aprender, en actitud de reverencia ante la santidad y la soberanía de Dios (el "Dios… fuerte, grande y temible", Neh. 1:5; cf. 4:14; 9:32; Deu. 7:21; 10:17; Sal. 99:3; Jer. 20:11), reconociendo nuestra propia pequeñez, desconfiando de nuestros propios pensamientos, y dispuestos a que nuestra mente experimente un vuelco completo. Es de temer que muchos cristianos se pasan toda la vida en una actitud mental en la que anida el orgullo y la presunción, de tal modo que jamás pueden alcanzar la sabiduría de Dios. No es en vano que la Escritura dice, "con los humildes está la sabiduría" (Pro. 11: 2).

Segundo, uno tiene que aprender a aceptar la palabra de Dios. La sabiduría es forjada divinamente en quienes se dedican a estudiar la revelación de Dios, y sólo en ellos. "Me has hecho más sabio que mis enemigos con tus mandamientos", declara el salmista, "más que todos mis enseñadores he entendido". ¿Por qué? "Porque tus testimonios son mi meditación" (Sal. 119:98 ss). Así también Pablo aconseja a los colosenses: "La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros" (Col. 3: 16). ¿Cómo hemos de cumplir este requisito nosotros los hombres del siglo veinte? Empapándolas en las Escrituras, las que, como le dijo Pablo a Timoteo (¡y estaba pensando en el Antiguo Testamento solamente!), "te pueden hacer sabio para la salvación" mediante la fe en Cristo, y hacer perfecto al hombre de Dios "para toda buena obra" (II Tim. 3: 15-17).

Mucho nos tememos, en esto también, que muchos de los que profesan pertenecer a Cristo hoy en día nunca aprenden a ser sabios, porque no prestan la atención necesaria a

la palabra escrita de Dios. El leccionario del Libro de Oración de Cranmer (que se supone que todos los anglicanos deben seguir) nos conduce por todo el Antiguo Testamento una vez por año, y por todo el Nuevo Testamento dos veces. William Gouge, el puritano, leía regularmente quince capítulos por día. El fallecido archidiácono T. C. Hammond solía leer la Biblia entera cuatro veces por año. ¿Cuánto tiempo hace que hemos leído la Biblia de comienzo a fin? ¿Dedicamos tanto tiempo por día a la Biblia como el que dedicamos al diario? ¡Qué tontos somos algunos!, y seguimos siéndolo toda la vida, sencillamente porque no queremos molestamos en hacer lo que hay que hacer para recibir esa sabiduría que es un don gratuito de Dios.

II

Empero, ¿qué clase de cosa es el don de la sabiduría que da Dios? ¿Qué efecto tiene sobre la vida del hombre? Aquí es donde muchos se equivocan. Podemos dejar en claro el carácter del error que cometen mediante una ilustración.

Si nos ubicamos en el extremo de una plataforma de la estación ferroviaria de York, Inglaterra, podremos observar una sucesión constante de movimientos de máquinas y trenes, y si este tipo de escena nos entusiasma, el despliegue de actividad nos resultará fascinador. Obtendremos una idea muy vaga y general del plan total que determina todos los movimientos que vemos (es decir, el esquema operacional bosquejado en una planilla de horarios, y las modificaciones hechas minuto a minuto, si se da el caso, según se desarrolla el movimiento de los trenes en la práctica). Si, en cambio, tenemos el privilegio de que algún empleado jerárquico nos lleve a la espléndida cabina de señales eléctricas que se encuentra entre las plataformas 7 y 8, podremos ver en la pared más larga un diagrama de la disposición de las vías en una extensión de siete y medio kilómetros a cada lado de la estación, con pequeñas luces como luciérnagas en movimiento o estacionarias en las diversas vías, que les indican a los señalaros de un vistazo exactamente dónde se encuentra cada máquina o tren. De inmediato podremos ver la situación en su conjunto a través de los ojos de los hombres que tienen el control de la misma: podremos ver por el diagrama por qué hubo que indicarle a uno de los trenes que se detuviera, y a otro sacarlo de la vía que normalmente ocupa, y por qué a otro hubo que estacionarlo temporalmente en una vía muerta. El porqué y el para qué de todos estos movimientos se nos hace claro una vez que tenemos acceso a la situación total.

Ahora bien, el error que se comete diariamente es el de suponer que esto constituye una ilustración de lo que hace Dios cuando concede sabiduría: suponer, en otras palabras, que el don de la sabiduría consiste en una visión más profunda del significado y el propósito providencial de los acontecimientos que se desenvuelven alrededor de nosotros, en una capacidad para comprender por qué Dios hizo lo que hizo en algún caso particular, y en lo que va a hacer a continuación. La gente piensa que si realmente anduviera cerca de Dios, de modo que él pudiera impartirles sabiduría libremente, entonces podrían, por así decirlo, ver las cosas como si estuvieran en la cabina de señales; comprenderían los propósitos verdaderos de todo lo que les ocurre, y verían con claridad en todo momento la forma en que Dios hace todas las cosas obren para bien. Tales personas dedican mucho tiempo a escudriñar el libro de la providencia, tratando de averiguar por qué Dios permitió esto o aquello, si deberían tomarlo como una señal de que deben dejar de hacer algo y comenzar a hacer otra cosa, o, en fin, qué

es lo que deben- deducir de ello. Si a la postre salen confundidos le echan la culpa a su falta de espiritualidad.

Los cristianos que sufren de depresión, ya sea física, mental, o espiritual (¡nótese que se trata de tres cosas diferentes!) se vuelven locos, como se dice, con esta clase de investigación fútil. Porque realmente es inútil lo que hacen: de eso no tengamos la menor duda. Cierto es que cuando Dios nos indica algo mediante la aplicación de principios, en ocasiones nos lo puede confirmar mediante recursos providenciales, desusados, que de inmediato reconocemos como señales corroborativas. Pero esto es muy distinto de tratar de leer mensajes sobre los propósitos secretos de Dios en todas las cosas inesperadas que nos ocurren. El don de la sabiduría, lejos de consistir en la facultad de hacer esto, en realidad presupone la incapacidad consciente de hacerla, como veremos en seguida.

III

Volvemos a preguntar, entonces: ¿qué significa el don de la sabiduría que nos da Dios? ¿Qué clase de don es?

Si se nos permite usar otra ilustración relacionada con el transporte, es como cuando se nos enseña a conducir vehículos. Lo que interesa al conducir es la velocidad, la precisión de nuestras reacciones ante los acontecimientos, y el acierto en el cálculo de lo que cada situación nos permite. No nos preguntamos por qué el camino se vuelve angosto o sinuoso en un lugar determinado, ni por qué ese camión está estacionado precisamente donde lo está, ni por qué esa dama (o caballero) se aferra al centro de la calzada con tantas ganas; lo que pensamos es sencillamente cómo obrar acertadamente en la situación concreta tal como se presenta. La sabiduría divina tiene como fin ayudamos a hacer justamente esto en las situaciones concretas de la vida diaria.

Para conducir bien es preciso estar con los ojos atentos a fin de ver claramente lo que hay por delante de nosotros. Para vivir sabiamente tenemos que tener visión clara y ser realistas -implacablemente realistas- para ver la vida tal como es. La sabiduría nada tiene que ver con las ilusiones cómodas, el sentimentalismo falso, ni el uso de lentes de color rosa. La mayoría de las personas vivimos en un mundo de ensueño, andando por las nubes sin hacer apoyo en la tierra; jamás vemos el mundo, y tampoco nuestra propia vida, tal como es. Esta falta de realismo, tan profundamente arraigada y fomentada por el pecado, es una de las razones de que haya tan poca sabiduría entre nosotros, incluso en los más firmes y ortodoxos. La sana doctrina no basta para curamos de la falta de realismo. Hay, con todo, un libro de las Escrituras que tiene como expreso fin hacemos realistas: dicho libro es Eclesiastés. Deberíamos prestarle más atención de la que comúnmente le prestamos. Consideremos su mensaje brevemente.

IV

"Eclesiastés" (el equivalente griego del título hebreo, Qoheleth) significa simplemente "el predicador"; y el libro mismo es un sermón, con un texto ("vanidad de vanidades… ", 1: 2; 12: 8), una exposición de su tema (Cáp. 1-10), y la aplicación (Cáp. 11-12: 7).

Buena parte de la exposición tiene carácter auto biográfico. Qoheleth se identifica a sí mismo como "hijo de David, rey de Jerusalén" (1: 1). El que esto signifique que Salomón mismo era el predicador, o que el predicador puso su sermón en labios de Salomón como recurso didáctico, como lo han sostenido eruditos tan conservadores como Hengstenberg y E. J. Young, no tiene por qué preocupamos. El sermón es, por cierto, salomónico, en el sentido de que enseña lecciones que Salomón tuvo oportunidades únicas de aprender.

"Vanidad de vanidades, dijo el predicador; vanidad de vanidades, todo es vanidad". ¿En qué espíritu, y con qué propósito, anuncia el predicador este texto? ¿Se trata acaso de la confesión de un cínico amargado, la de "un viejo hombre de mundo egoísta e insensible, que al final de su vida encontró sólo una horrible desilusión"(W.H. Elliot), que ahora quiere compartir con los demás su sentido de la ordinariez y lobreguez de la vida? ¿O habla, más bien, como un evangelista, que trata de hacer ver al incrédulo la imposibilidad de encontrar la felicidad "debajo del cielo" aparte de Dios? La respuesta no es ninguna de las dos, si bien la segunda se acerca más a la realidad que la primera.

El autor habla como un experimentado maestro que le ofrece a su joven discípulo los frutos de su propia experiencia y reflexión (11: 9; 12: 1,12). Quiere conducir a ese joven creyente hacia la verdadera sabiduría, y evitar que caiga en el error de la "cabina de señales". Aparentemente el joven (como muchos otros después de él) quería equiparar la sabiduría con el conocimiento amplio, y suponer que se adquiere la sabiduría sencillamente con una asidua actividad librescas (12: 12). Está claro que daba por sentado que la sabiduría, cuando la alcanzara, le explicaría el porqué de las diversas modificaciones de Dios en el curso ordinario de la providencia. Lo que el predicador le quiere mostrar es que la verdadera base de la sabiduría está en un franco reconocimiento de que el curso de este mundo es enigmático, que .buena parte de lo que ocurre resulta enteramente inexplicable al hombre, y que la mayor parte de las cosas que ocurren "debajo del cielo" no ofrecen evidencia externa de que haya un Dios racional y moral por detrás de todas ellas. Como lo demuestra el sermón mismo, el texto tiene como fin servir de advertencia contra la búsqueda desacertada de entendimiento, pues declara la conclusión desesperanzada a que lleva en última instancia esta búsqueda, si se la persigue en forma honesta y realista. Podemos formular el mensaje del sermón como sigue:

Observemos (dice el predicador) la clase de mundo en que vivimos. Quitémonos las gafas de color rosa, restreguémonos los ojos, y echémosle un vistazo fijo y prolongado. ¿Qué es 10 que vemos? Vemos que en el trasfondo de la vida hay una sucesión de ciclos en la naturaleza que parecen no tener sentido (1:4ss). Vemos que su régimen está determinado por tiempos y circunstancias sobre los que no tenemos ningún control (3: lss; 9: 11s). Vemos que la muerte le llega a todos, tarde o temprano, pero en forma fortuita; su llegada nada tiene que ver con merecimientos, buenos o malos (7:15; 8: 8). Los hombres mueren como las bestias (3:19ss), buenos y malos, sabios y necios (2:14,17; 9:2s). Vemos que el mal corre sin coto (3:16;4:1; 5:8; 8:11; 9:3); hay sin vergüenzas que progresan, y hombres buenos que no (8:14). Al ver todo esto, nos damos cuenta de que Dios obra en forma inescrutable; por más que queramos entenderlo, no podemos (3:11; 7: 13s; 8:17; 11:5). Cuanto más nos dedicamos a procurar entender el propósito divino en el curso providencial ordinario de los acontecimientos, tanto más obsesivos nos volvemos y tanto más deprimidos nos

sentimos ante la aparente vanidad de todo, y tanto más nos sentimos tentados a llegar a la conclusión de que la vida, como pareciera serlo, realmente no tiene sentido.

Pero una vez que llegamos a la conclusión de que las cosas no tienen ton ni son, ¿qué "provecho" -valor, ganancia, sentido, propósito- puede haber de ahí en adelante, en cualquier empresa positiva que se acometa? (1:3; 2: 11,22; 3: 9; 5: 16). Si la vida no tiene sentido, tampoco entonces tiene ningún valor; y, en ese caso, ¿qué valor puede haber en crear cosas, en levantar un negocio, en hacer dinero, incluso en buscar sabiduría, ya que nada de esto nos resulta provechoso en forma evidente (2:15s, 22s; 5: 11)?; lo único que lograremos es que nos envidien (4:4); no podemos llevárnoslo (2:l8ss; 4:8; 5: 15s); y lo que dejamos probablemente sea mal aprovechado cuando ya no estemos (2:19). ¿Qué sentido tiene, por lo tanto, luchar y esforzamos por nada? ¿Acaso no se ha de juzgar "vanidad (vaciedad, frustración) y correr tras el viento" (1:14, VM) todo lo que hace el hombre, actividad que no podemos justificar como significativa en sí misma ni de valor alguno para nosotros mismos? A esta conclusión pesimista, dice el predicador, nos llevará finalmente la expectativa optimista de descubrir el propósito divino en todas las cosas (cf. 1: 17 ss). Y desde luego que tiene razón, por cuanto el mundo en que vivimos es efectivamente la clase de lugar que ha descrito. El Dios que lo gobierna se esconde. Raras son las veces en que pareciera que hay un poder racional por detrás de todo lo que ocurre. Con harta frecuencia lo que no tiene valor sobrevive, mientras que lo que tiene algún valor perece. Sé realista, dice el predicador; hazle frente a los hechos; toma la vida como viene. No serás realmente sabio mientras no lo tomes así.

A muchos nos viene bien esta admonición. Porque no sólo nos dejamos atrapar por el concepto de la "cabina de señales", o por una falsa noción de lo que es la sabiduría; sino que pensamos también que, por honor a Dios (y también, aun cuando esto no lo digamos, en honor a nuestra propia reputación como cristianos espirituales), es necesario que afirmemos que ya estamos, por así decido, en la cabina de señales, disfrutando aquí y ahora de información confidencial sobre el porqué y el cómo del obrar de Dios. Esa cómoda actitud de fingimiento se hace parte de nosotros; estamos seguros de que Dios nos ha permitido comprender sus caminos para con nosotros y nuestro círculo hasta aquí, y damos por descontado que hemos de poder ver de inmediato la razón de todo lo que nos ocurra en el futuro. Y entonces algo sumamente doloroso y enteramente inesperado nos ocurre, y aquella alegre ilusión de estar al tanto de los consejos secretos de Dios se viene abajo. Nos quedamos con el orgullo herido; nos parece que Dios nos ha desairado; y a menos que a esta altura nos arrepintamos y nos humillemos sinceramente por la soberbia que hemos manifestado anteriormente, toda nuestra vida espiritual subsiguiente puede quedar afectada.

Entre los siete pecados mortales de la tradición medieval se encontraba la desidia (acidia) -un estado de tenaz y sombría apatía de espíritu. En los círculos cristianos de nuestros días hay mucho de esto; los síntomas son una inercia espiritual personal combinada con un cinismo crítico sobre la iglesia, y un resentimiento altanero ante el empuje y la iniciativa que evidencian otros cristianos. Detrás de esta condición mórbida y letal yace el orgullo herido del que pensaba que conocía los caminos de Dios en la providencia y luego tuvo que aprender por amarga y desconcertante experiencia que en realidad no los conocía. Esto es lo que ocurre cuando hacemos caso omiso del mensaje de Eclesiastés. Porque la verdad es que Dios, en su sabiduría, a fin de que seamos

humildes y aprendamos a andar por fe, ha escondido de nosotros casi todo lo que nos agradaría saber acerca de los propósitos providenciales que está llevando a cabo en las iglesias y en nuestra propia vida. "Cae: tú no sabes cuál es el camino, del viento, o cómo crecen los huesos en el vientre de la mujer encinta, así ignoras la obra de Dios, el cual hace todas las cosas" (11: 15).

Pero, ¿qué es, en ese caso, la sabiduría? El predicador nos ha ayudado a verla que no es; ¿nos da alguna indicación sobre lo que sí es? Por cierto que sí, por lo menos: grandes trazos. "Teme a Dios, y guarda sus mandamiento" (12: 13); confía en él y obedécele, reveréncialo, adóralo, se humilde en su presencia, y jamás digas más de lo que en realidad piensas y estás dispuesto a sostener cuando hablas con él (5:17); haz el bien (3:12); recuerda que algún día Dios te llamará a cuentas (11:9; 12:14), por tanto evita aun en secreto, las cosas de las cuales pudieras avergonzarte cuando salgan a la luz en el tribunal de Dios (12:14). Vive en el presente y disfrútalo plenamente (7:14; 9:7ss; 11:9s): los goces presentes son dones de Dios. Aun cuando el Eclesiastés condena la impertinencia (cf. 7:4-6), se ve claramente que no tolera en absoluto esa súper espiritualidad que se manifiesta en un orgullo tal que jamás sonríe o se divierte. Procura tener esa gracia que te permita trabajar con todo ahínco en todo lo que la vida te pone en el camino (9:10) y disfruta de tu trabajo al ir cumpliéndolo (2:24; 3:12s: 5:18ss; 8:15). Deja a Dios los resultados del mismo; que él se encargue de medir su valor ulterior; tu parte consiste el emplear todo tu sentido común y la capacidad de empresa a tu disposición en explotar las oportunidades que yacen e tu camino (11:1-6).
Este es el camino de la sabiduría. Naturalmente que no es más que una faceta de la vida de fe. Porque, ¿qué es lo que está en la base y la sostiene? Pues la convicción de que el Dios inescrutable de la providencia es el mismo Dios de la creación y la redención, lleno de gracia y de sabiduría. Podemos estar seguros de que el Dios que hizo este maravillosamente complejo orden mundial, y que obró la redención de Egipto, y que luego obró la redención mayor aun del pecado y de Satanás, sabe lo que hace, y lo hace todo bien, aun cuando por el momento pueda esconder la mano. Podemos confiar en él y regocijamos en él, aun cuando no podamos discernir su senda. Así pues, el camino de la sabiduría se reduce a lo que expresó Richard Baxter: *Oh santos, que allí abajo os afanáis, adorad a vuestro Rey celestial, y al seguir adelante algún himno de gozo cantad. Recibid lo que él os da, y alabad aún, por el bien y por el mal, al que vive por siempre jamás.*

V

Tal es, pues, la sabiduría con que Dios nos hace sabios. Y nuestro análisis de ella nos hace ver aspectos adicionales de sabiduría del Dios que nos la da. Hemos dicho que la sabiduría consiste en elegir los mejores medios para el mejor fin. La obra de Dios al damos sabiduría es un medio para el fin elegido por él de restaurar y perfeccionar la relación entre sí mismo y los hombres Para la cual los hizo originalmente. Porque, ¿qué es esta sabiduría que nos da? Como hemos visto, no consiste en compartir todo su conocimiento sino en una disposición a confesar que él es sabio, y en aferrarnos a él a la luz de su Palabra en las buenas y en las malas.

Así pues, el efecto del don de la sabiduría es el de hacernos más humildes, más gozosos, más santos, más prontos a percibir su voluntad, más resueltos en su

cumplimiento, y menos agobiados (no menos sensitivos, sino menos perplejos) de lo que estamos ante las cosas oscuras y dolorosas de las que la vida en este mundo caído está llena. El Nuevo Testamento nos dice que el fruto de la sabiduría es la semejanza a Cristo -paz, humildad, y amor (San. 3:17)- y que su raíz es la fe en Cristo (I Cor. 3:18; cf. 1 Tim. 3:15) como manifestación de la sabiduría de Dios (I Cor. 1:24,30). Así, el tipo de sabiduría que Dios espera poder dispensar a los que se la piden es una sabiduría que nos liga a él, una sabiduría que ha de encontrar expresión en un espíritu de fe y en una vida de fidelidad.

Procuremos, pues, que nuestra búsqueda de la sabiduría sea una búsqueda de estas cosas, y que no frustremos el propósito sabio de Dios descuidando la fe y la fidelidad con el fin de perseguir un tipo de conocimiento que en este mundo no nos es dado poseer.

CAPITULO 11: TU PALABRA ES VERDAD

I

En todo pasaje bíblico se dan por supuestos, cuando no se expresan, dos hechos en relación con el Jehová trino. El primero es el de que él es rey -monarca absoluto del universo, que dirige todos sus asuntos, que obra su propia voluntad en todo lo que en él ocurre. El segundo hecho es el de que él habla -pronunciando palabras que expresan su voluntad a fin de que ella se cumpla. El primer tema, el del gobierno de Dios, ya ha sido tocado en capítulos anteriores. Es el segundo tema, el de la palabra de Dios, el que ahora nos concierne. El estudio del segundo tema aumentará de hecho nuestro entendimiento del primero, porque así como las relaciones de Dios con su mundo tienen que entenderse en términos de su soberanía, esta ha de entenderse en términos de lo que nos dice la Biblia acerca de su palabra.

El gobernante absoluto, como lo eran los reyes en el mundo antiguo, habla, en el curso ordinario de los acontecimientos, en dos niveles generalmente, y con dos fines. Por un lado, ha de promulgar decretos y leyes que directamente determinan el ambiente -judicial, fiscal, cultural- en el cual han de vivir en adelante sus súbditos. Por otro lado, hará discursos públicos con el fin de establecer, en lo posible, un lazo personal entre él y sus súbditos, y de despertar en ellos el máximo apoyo y cooperación para lo que hace. Para la Biblia la palabra de Dios tiene también este doble carácter. Su palabra se refiere tanto a lo que nos rodea como a nosotros mismos: habla tanto para establecer el ámbito de nuestro vivir como para captar nuestra mente y nuestro corazón.

En relación con lo primero, vale decir, la esfera de la creación y la providencia, la palabra de Dios consiste en un mandato soberano, "Sea… "En el segundo aspecto, la esfera en la cual la palabra de Dios se dirige a nosotros personalmente, ella consiste en la Tora real (Tora es la palabra hebrea que se traduce "ley" en el Antiguo Testamento, que en realidad denota "instrucción" en sus variadas formas). La Tora de Dios el rey tiene un triple carácter: parte de ella es ley (en el sentido estrecho de mandamientos o prohibiciones, con las correspondientes sanciones); parte es promesa (favorable o desfavorable, condicionada o incondicional); parte es testimonio (información suministrada por Dios mismo o los hombres, y sus respectivos actos, propósitos,

naturaleza, y expectativas).

La palabra que Dios nos dirige directamente a nosotros es (como lo es un discurso real, sólo que en mayor medida aun) un instrumento, no sólo de gobierno, sino también de comunión. Porque, por más que Dios sea un gran rey, no es o su deseo vivir distanciado de sus súbditos. Más bien todo lo contrario: él nos hizo con la intención de que él y nosotros pudiésemos andar juntos por siempre en una relación de amor. Pero una relación de este tipo sólo puede existir cuando las partes se conocen mutuamente. Dios, nuestro Hacedor, nos conoce a nosotros antes que digamos nada (Sal. 139.1-4); pero nosotros no podemos conocerlo a él a menos que se nos dé a conocer. Aquí, por lo tanto, tenemos una nueva razón de por qué Dios nos habla: no sólo para movemos a hacer lo que él quiere, sino para hacer posible el que lo conozcamos a él a fin de que podamos amarlo. Por ello Dios nos manda su palabra en carácter tanto de información como de invitación. Nos llega con el doble fin de atraemos e instruimos; no solamente nos pone en antecedentes de lo que Dios ha hecho y está haciendo sino que nos llama a una comunión personal con nuestro amante Señor.

II

La palabra de Dios nos sale al encuentro, en sus diversas manifestaciones, en los tres primeros capítulos de la Biblia. Miremos primeramente el relato de la creación en Génesis 1. Parte del propósito de dicho capítulo es el de aseguramos que cada uno de los elementos que constituyen el ambiente natural en que nos movemos ha sido colocado allí por Dios.

El primer versículo declara el tema que ha de ser desarrollado en el resto del capítulo - "En el principio creó Dios los cielos y la tierra." El segundo versículo se refiere al estado de cosas en el que se desarrollará la obra de Dios en la tierra: es un estado en el que la tierra estaba vacía y desolada, sin vida, oscura, y completamente anegada en agua. Luego el versículo tres nos informa de cómo en medio del caos y la esterilidad Dios habló -"Y Dios dijo: Sea la luz." ¿Qué ocurrió? Inmediatamente "fue la luz". Siete veces más (vv. 6, 9, 11, 14, 20, 24,26) se escuchó la palabra creadora de Dios, "Sea… ", y paso a paso las cosas comenzaron a existir y organizarse. El día y la noche (v. 5), el cielo y el mar (v. 6), el mar y la tierra seca (v. 9) fueron separados; la vegetación verde (v. 12), los cuerpos celestiales (v. 14), los peces y las aves (v. 20), los insectos y los animales (v. 24), y finalmente el hombre mismo (v. 26) hicieron su aparición. Todo fue creado por la palabra de Dios (cf. Sal. 33:6,9; Heb. 11:3; II Pedro 3:5).

Pero luego la historia nos traslada a una etapa posterior. Dios les habla al hombre y a la mujer que había creado. "Dios… les dijo… "(v. 28). Aquí Dios se dirige al hombre directamente; así se inaugura la comunión entre Dios y el hombre. Nótense las categorías a que corresponden las palabras dirigidas por Dios al hombre en el resto del relato. La primera palabra de Dios a Adán y Eva consiste en un mandato, llamándolos a cumplir la vocación del hombre de dominar el orden creado: "Fructificad… sojuzgadla (la tierra)… y señoread… "(v. 28). Luego viene la palabra de testimonio: "He aquí…" (v. 29), en la que Dios explica que las legumbres, los cultivos, y las frutas fueron hechos para que hombres y animales los comiesen. En seguida viene una prohibición, con la sanción correspondiente: "Del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás" (2:17). Finalmente, después de

la caída, Dios se arrima a Adán y Eva y les habla nuevamente, y esta vez sus palabras son palabras de promesa, tanto favorable como desfavorable, por cuanto si bien por una parte afirma que la simiente de la mujer ha de herir a la serpiente en la cabeza, por otra parte establece para Eva el dolor en el parto, y para Adán el trabajo fatigoso a la vez que para ambos la muerte segura (vv. 15-20).

Aquí, en el marco de estos breves capítulos, vemos la palabra de Dios en todas las relaciones en que aparece hacia el mundo, y hacia el hombre dentro de él. Por un lado, fijando las circunstancias y el ambiente; por otro, ordenando la obediencia del hombre, invitándolo a confiar, y dando a conocer al hombre la mente de su Hacedor. El resto de la Biblia nos ofrece muchos pronunciamientos posteriores de Dios, pero no aparecen otras categorías de relación entre las palabras de Dios y sus criaturas. En cambio, la presentación de la palabra de Dios en Génesis 1-3 se reitera y se confirma. Así, de principio a fin, la Biblia insiste por una parte en que todas las circunstancias y acontecimientos en el mundo están determinados por la palabra de Dios, el omnipotente "Sea… “del Creador. La Escritura describe todo lo que ocurre como cumplimiento de la palabra de Dios, desde los cambios en el tiempo (Sal. 147: 15-18; 148:8) hasta el surgimiento y la caída de las naciones. El hecho de que la palabra de Dios realmente determine los acontecimientos del mundo es la primera lección que Dios le enseñó a Jeremías cuando lo llamó a la función profética. "Mira -le dijo Dios- que te he puesto en este día sobre naciones y sobre reinos, para arrancar y para destruir, para arruinar y para derribar, para edificar y para plantar" (Jer. 1: 10).

¿Cómo podía ser esto, sin embargo? El llamado de Jeremías no era a ser un estadista o un potentado mundial sino a ser profeta, el portador de los recados de Dios (v. 7). ¿Cómo podía un hombre sin cargo oficial alguno, cuya única función era hablar, ser descrito como gobernador de las naciones, designado por Dios? Pues simplemente porque él tenía en su boca las palabras de Jehová (v. 9): y toda palabra que Dios le diera que hablase en relación con el destino de las naciones se habría de cumplir inevitablemente. A fin de grabar esto en la mente de Jeremías, Dios le proporcionó su primera visión. "¿Qué ves Jeremías? … una vara de almendro (shaked)… Bien has visto; porque yo velo (shoked) sobre mi palabra para darle cumplimiento" (Jer. 1: 11s, VM).

Por medio de Isaías Dios proclama la misma verdad en estos términos: "Como desciende de los cielos la lluvia y la nieve, y no vuelve allá sino que riega la tierra, y la hace germinar y producir … así será la palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero … " (Isa. 55: 10ss). Toda la Biblia insiste invariablemente en que la palabra de Dios constituye un instrumento ejecutivo en todos los asuntos humanos. De él puede decirse con la verdad, como no puede decirse de ningún otro, que lo que dice tiene vigencia. Es rigurosamente cierto que la palabra de Dios gobierna al mundo, y es la que determina nuestra fortuna.

Luego, también, la Biblia afirma sistemáticamente, por otra parte, que la palabra de Dios nos viene directamente en ese triple carácter en que fue presentada en el jardín de Edén. En algunos casos nos llega como ley -como en el caso del Sinaí, y de muchos de los sermones de los profetas, y en buena parte de la enseñanza de Cristo, como también en la exhortación evangélica a arrepentimos (Hech. 17:30) y creer en el Señor Jesucristo (I Juan 3:23). Otras veces nos , llega en forma de promesa -como en la promesa de

posteridad, Y en la promesa del pacto, dadas a Abraham (Gen. 15:5; 17: 1ss), la promesa de redención de Egipto (Exo. 3:7ss), las promesas del Mesías (cf. Isa. 9:6ss; 11: 1s) y del j reino de Dios (Dan. 2:44s; 7; 13s), y las promesas neotestamentarias de justificación, resurrección, y glorificación para I los creyentes.

Otras veces nos llega como testimonio -instrucción divina relativa a los hechos de la fe y los principios de la piedad, en forma de relatos históricos, argumentación teológica, salmodia, y sabiduría. En todos los casos se deja constancia de que lo que la palabra de Dios nos exige tiene carácter absoluto: la palabra ha de ser recibida, y obedecida, y en ella se ha de confiar porque se trata de la palabra del Dios rey. La esencia de la impiedad es el orgullo y la terquedad de "este pueblo malo, que no quiere oír mis palabras" (Jer. 13: 10). La marca de la verdadera humildad y santidad, por otra parte, está en el hombre que "tiembla a mi palabra" (Isa. 66:2).

III

Pero lo que la palabra de Dios exige de nosotros no depende meramente de nuestra relación con él como criaturas y subiditos. Hemos de creerla y obedecerla, no solamente porque él nos manda que lo hagamos sino también, y en primer lugar, porque se trata de palabras verdadera. Su autor es el "Dios de verdad" (Sal. 31; 5; Isa. 65: 16), "grande en…verdad" (Exo. 34:6); "hasta los cielos [llega] tu verdad" (Sal. 108:4; cf. 57: 10), es decir, es universal e ilimitada. Por lo tanto su "palabra es verdad" (Juan 17:17). "La suma de tu palabra es verdad" (Sal. 119: 160). "tú eres Días, y tus palabras son verdad" (Il Sam. 7:28).

La verdad en la Biblia es una cualidad de las personas principalmente, y de las proposiciones solamente en segundo término: significa estabilidad, confianza, firmeza, veracidad; la cualidad de la persona que es enteramente consecuente, sincera, realista, no engañada. Así es Dios: la verdad en este sentido es su naturaleza, y no está en él ser de otro modo. Por eso es que él no puede mentir (Tit. 1:2; cf. Num. 23:19; 1 Sam. 13:29; Heb. 6: 18). Es por eso que sus palabras son verdad y no puede ser otra cosa que verdad. Constituyen el índice de lo real: ellas nos muestran las cosas tal como son, y como lo serán para nosotros en el futuro, según que acatemos o no las palabras de Dios para nosotros. Consideremos esto un poco más, en dos sentidos.

1. Los mandamientos de Dios son verdaderos

"Todos tus mandamientos son verdaderos" (Sal. 119:151). ¿Por qué se los describe de este modo? Primero, porque tienen estabilidad y permanencia en cuanto establecen lo que Dios quiere ver en la vida de los seres humanos en todas las épocas; segundo, porque nos dicen la verdad inalterable acerca de nuestra propia naturaleza. Porque esto es parte del propósito de la ley de Dios: nos ofrece una definición práctica de lo que es la verdadera humanidad. Nos muestra, qué es lo que debió ser el hombre, nos enseña cómo es verdaderamente, y nos previene contra el auto destrucción moral. Este es asunto de gran importancia, asunto que requiere seria consideración en el momento actual.

Nos resulta familiar el concepto de que nuestro cuerpo es como una máquina, que requiere una rutina en cuanto a alimento, descanso, y ejercicio si ha de funcionar eficientemente, y que puede, si se le llena de combustible inadecuando -alcohol, drogas, veneno- perder su capacidad de funcionar saludablemente y acabar sucumbiendo a la muerte física. Lo que quizá no comprendamos tan fácilmente es que Dios desea que pensemos en el alma de manera similar. Como seres racionales fuimos creados para llevar la imagen moral de Dios -es decir, nuestra alma fue hecha para "funcionar" con la práctica de la adoración, de guardar la ley, de la verdad, de la honestidad, de la disciplina, del autocontrol, y del servicio a Dios y a los semejantes. Si abandonamos dichas prácticas, no solamente incurrimos en culpabilidad delante de Dios; de manera progresiva destruimos también nuestra propia alma. La conciencia se atrofia, el sentido de vergüenza se marchita, la capacidad para obrar con veracidad, lealmente y honestamente se desvanece, el carácter se desintegra. No sólo nos volvemos desesperadamente miserables; sino que gradualmente nos vamos deshumanizando. Este es un aspecto de la muerte espiritual. Richard Baxter tenía razón cuando formuló las alternativas de este modo: “Un santo - o un bruto"; esta, en definitiva, es la única elección, y todos, tarde o temprano, en forma consciente o inconsciente, hacemos la opción por uno u otro. Hoy en día sostendrán algunos, en nombre del humanismo, que la moralidad sexual "puritana" de la Biblia es hostil a la consecución de la verdadera madurez humana, y que algo más de libertad abre el camino hacia un vivir más rico. De esta ideología sólo diremos que el nombre adecuado para ella no es humanismo sino brutismo. El relajamiento sexual no nos hace más hombres, sino todo lo contrario; embrutece y destroza el alma. Lo mismo puede decirse de cualquier mandamiento de Dios que tienda a descuidarse. Sólo vivimos verdaderas vidas humanas en la medida en que nos esforzamos en cumplir los mandamientos de Dios; nada más que eso.

2. Las promesas de Dios son verdad

"Fiel es el que prometió" (Heb. 10:23). La Biblia proclama la fidelidad de Dios en términos superlativos. "Tu fidelidad alcanza hasta las nubes" (Sal. 36: 5); "de generación en generación es tu fidelidad" (Lam. 3:23). ¿Cómo se manifiesta la fidelidad de Dios? Mediante el fiel cumplimiento de sus promesas. El es un Dios que cumple sus pactos; jamás les falla a los que confían en su palabra. Abraham comprobó la fidelidad de Dios cuando esperó a lo largo de un cuarto de siglo, en su ancianidad, a que se produjese el nacimiento del heredero prometido; y millones de personas lo han comprobado posteriormente.

En los días en que la Biblia era aceptada universalmente en las iglesias como "la Palabra escrita de Dios", se entendía claramente que las promesas de Dios contenidas en la Escritura constituían la base adecuada, dada por Dios, para la vida de fe, y que la manera de fortalecer la fe estaba en depositarla en promesas particulares que nos decían algo. El puritano de nuestros días, Samuel Clark, en la introducción a sus *Scripture Promises; or, the Christian 's Inheritance, A colection the Promises of Scripture under their proper Heads* (Promesas de las Escrituras; o, la herencia del cristiano, colección de las promesas de las Escrituras bajo los encabezamientos correspondientes), escribió así:

Una atención firme y constante a las promesas, y una firme creencia en ellas, resolvería el afán y la ansiedad acerca de los problemas de esta vida. Haría que la mente estuviese

tranquila y serena ante cualquier cambio, y mantendría en alto el espíritu, desfalleciente bajo las presiones diversas de la vida… Los cristianos se privan de los más sólidos consuelos a causa de su incredulidad y olvido de las promesas de Dios. Porque no hay necesidad tan grande para la que no haya alguna promesa adecuada, y sobradamente suficiente para nuestro alivio.

Un conocimiento pleno de las promesas sería de la mayor ventaja en la oración. ¡Con qué consuelo puede el cristiano dirigirse a Dios en Cristo cuando considera las repetidas aseveraciones de que sus oraciones han de ser oídas! ¡Con cuánta satisfacción ha de ofrecer ante el altar los diversos anhelos de su corazón cuando reflexiona sobre los versículos que contienen las promesas de su misericordia! ¡Con qué fervor de espíritu y fortaleza de fe ha de presentar sus súplicas, haciendo valer las diversas promesas de la gracia que se relacionan expresamente con su caso!

Estas cosas se entendían en otros tiempos; pero la teología liberal, con su negativa a identificar las Escrituras con la Palabra de Dios, nos ha privado en buena medida del hábito de meditar en las promesas, y de fundar nuestras oraciones en ellas, y de aventuramos a encarar con fe la vida de todos los días sólo en la medida en que nos lo permiten las promesas. Hoy la gente hace un gesto de desprecio ante las cajitas de promesas que solían usar nuestros abuelos, pero esta actitud no tiene nada de sabia; puede que se haya abusado de las cajitas de promesas, pero la actitud hacia la Escritura y hacia la oración que evidenciaban era correcta. Es algo que nosotros hemos perdido y tenemos que recuperar.

IV

¿Qué es un cristiano? Se lo puede describir desde muchos ángulos, pero por lo que hemos dicho resulta claro que podemos abarcarlo todo diciendo que es una persona que acepta la Palabra de Dios y vive amparado en ella. Se somete sin reserva a la Palabra de Dios que está escrita "en el libro de la verdad" (Dan. 10: 21), cree su enseñanza, confía en sus promesas, sigue sus mandamientos. Sus ojos se dirigen al Dios de la Biblia como su Padre, y hacia el Cristo de la Biblia como su Salvador. Dirá, si se le pregunta, que la Palabra de Dios no solamente lo ha convencido de pecado sino que le ha asegurado el perdón. Su conciencia, como la de Lutero, está cautiva a la Palabra de Dios, y aspira, como el salmista, a que su vida toda esté en línea con ella. "¡Ojala fuesen ordenados mis caminos para guardar tus estatutos!" "No me dejes desviar de tus mandamientos." "Enséñame tus estatutos. Hazme entender el camino de tus mandamientos." "Inclina mi corazón a tus testimonios." "Sea mi corazón íntegro en tus estatutos" (Sal. 119:5, 10,26s, 36,80). Las promesas están delante de él cuando ora, y los preceptos están también delante de él cuando se mueve entre los hombres. Sabe que además de la palabra de Dios que le habla directamente por las Escrituras, la palabra de Dios ha salido también a crear, y a controlar y ordenar las cosas que lo rodean; pero como las Escrituras le dicen que Dios dispone todas las cosas para su bien, el pensamiento de que Dios ordenando todas sus circunstancias no le trae más que gozo. Es un hombre independiente, porque usa la palabra de Dios como piedra de toque para probar los diversos puntos de vista que se le ofrecen, y no acepta nada que no esté seguro de que reciba la sanción de la Escritura.

¿Por qué es que esta descripción nos cuadra a tan pocos de los que profesamos ser cristianos en estos días? Al lector le resultará provechoso consultar a su propia conciencia, y que ella misma le responda.

CAPITULO 12: EL AMOR DE DIOS

I

La declaración que San Juan repite dos veces, "Dios es amor" (1 Juan 4:8,16), es una de las expresiones más formidables de la Biblia - y también una de las que más se han interpretado mal. Alrededor de ella se han tejido ideas falsas como una cerca de espinas, ocultando de la vista su verdadero significado, y no resulta nada fácil atravesar esta maraña de maleza mental. Mas el esfuerzo mental que ello requiere resulta más que compensado cuando el verdadero sentido de dichos versículo s se hace claro al alma del creyente. Los que escalan una montaña no se quejan del esfuerzo una vez que contemplan el panorama que se ve desde la cima.

Felices, por cierto, los que pueden decir, como dice Juan en las palabras que preceden al segundo "Dios es amor", "nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros" (v. 16). Conocer el amor de Dios equivale realmente a tener el cielo en la tierra. El Nuevo Testamento expone este conocimiento no como un privilegio para unos pocos favorecidos sino como parte normal de la experiencia cristiana corriente, algo de lo cual únicamente el que no disfruta de buena salud espiritual o el que ostenta una mala formación espiritual ha de carecer. Cuando Pablo dice, "el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado" (Rom. 5:5), no quiere decir el amor hacia Dios, como pensaba Agustín, sino el conocimiento del amor de Dios hacia nosotros. Y aun cuando no conocía a los cristianos de Roma a quienes escribía, daba por sentado que lo que les decía había de ser tan real en ellos como lo era en él.

Tres puntos en las palabras de Pablo merecen comentario. Primero, notemos el verbo "derramado". Significa literalmente eso. Es el vocablo que se emplea al hablar del "derramamiento" del Espíritu Santo en Hechos 2: 17,18,33; 10:45; Tit. 3:6. Sugiere un fluir libre y una gran cantidad, es decir, una inundación. De allí la traducción que adopta la *New English Bible*: "El amor de Dios ha inundado lo más profundo de nuestro corazón." Pablo no se refiere a impresiones inciertas y caprichosas, sino a impresiones profundas y sobrecogedoras.

Luego, en segundo lugar, notemos el tiempo del verbo. Es el tiempo perfecto, lo cual indica un estado permanente resultante de una acción completada. La idea es la de que el conocimiento del amor de Dios, habiendo inundado nuestro corazón, ahora lo mantiene colmado, del mismo modo en que un valle que ha sido inundado permanece lleno de agua. Pablo da por supuesto que todos sus lectores, como él mismo, viven disfrutando de un sentido fuerte y perdurable del amor de Dios en ellos.

Tercero, notemos que se considera que parte del ministerio regular del Espíritu para con los que reciben a Cristo consiste en impartirles dicho conocimiento, esto es, a todos los que nacen de nuevo, todos los verdaderos creyentes. Sería de desear que este aspecto

del ministerio del Espíritu fuese apreciado más altamente de lo que pareciera serio en nuestros días. Con una perversidad que resulta tan patética como lo es empobrecedora, nos hemos vuelto obsesivos hoy en día con los ministerios esporádicos y no universales del Espíritu, en detrimento de sus ministerios corrientes y generales. Por ejemplo, mostramos mucho más interés en los dones de curación y de lenguas -dones que, como lo indicó Pablo, no son ciertamente para todos los cristianos (I Cor. 12:28-30)- que en la obra corriente del Espíritu de impartir paz, gozo, esperanza, y amor mediante el derramamiento en nuestro corazón del conocimiento del amor de Dios. Y, sin embargo, este último aspecto es mucho más importante que el otro. A los corintios, que habían dado por sentado que cuanto más hablaran en lenguas tanto mejor, y tanta más piedad demostrarían también, Pablo tuvo que recalcarles insistentemente que sin amor -santificación, semejanza a Cristo- las lenguas no valían absolutamente nada (I Cor. 13: 1ss).

Seguramente que encontraría razón suficiente para emitir una amonestación similar en la actualidad. Resultaría trágico que el anhelo de avivamiento que se evidencia en la actualidad en muchas partes se desvirtuase metiéndose en el callejón sin salida de un nuevo brote de corintianismo. Lo mejor que les podía desear Pablo a los efesios en relación con el Espíritu era el que pudiese continuar con ellos el ministerio descrito en Romanos 5:5 con creciente poder, llevándolos a un conocimiento más y más profundo del amor de Dios en Cristo. La versión de Efesios 3: 14ss que ofrece la versión del Nuevo Testamento realizada por Felipe de Fuenterrabía dice así: "Doblo mis rodillas ante el Padre… El os conceda… ser vigorizados por la acción de su espíritu para robustecimiento de vuestro hombre interior… Así … podréis en unión con todos los fieles comprender cuál es la anchura y largura, la altura y profundidad, y conocer la caridad en Cristo que excede todo conocimiento … " El avivamiento consiste en que Dios restaure en el seno de una iglesia moribunda, de un modo fuera de lo común, las normas de vida y experiencia cristianas que para el Nuevo Testamento son enteramente comunes; y la actitud adecuada del que desea el avivamiento se ha de expresar, no en la apetencia del don de lenguas (en última instancia no tiene ninguna importancia si hablamos en lenguas o no) sino más bien en un ferviente anhelo de que el Espíritu derrame el amor de Dios en nuestro corazón con más poder. Porque es con esto con lo que comienza el avivamiento personal, y es por medio de esto que el avivamiento en la iglesia, una vez iniciado, se mantiene.

Nuestro objetivo en este capítulo es el de mostrar la naturaleza del amor divino que el Espíritu derrama. Con este fin concentramos la atención en esa gran aseveración de Juan de que Dios es amor: que, en otras palabras, el amor que Dios muestra para con el hombre, y que los cristianos conocen y en el que se regocijan, es una revelación de su propio ser interior. Nuestro tema nos introducirá en el misterio de la naturaleza de Dios en la medida en que puede profundizarlo el hombre, y mucho más de lo que hemos logrado hacerla en los estudios anteriores. Cuando consideramos la sabiduría de Dios vimos algo de su pensamiento; pero ahora, al contemplar su amor, hemos de introducimos en su corazón. Estaremos pisando tierra santa; necesitamos la gracia de la reverencia, a fin de que podamos pisada sin pecar.

II

Dos comentarios generales sobre la declaración de Juan aclararán el camino que tenemos por delante.

1. La expresión "Dios es amor" no encierra la verdad total acerca de Dios en lo que respecta a la Biblia.

No se trata de una definición abstracta y aislada sino de un resumen, desde el punto de vista del creyente, de lo que toda la revelación que aparece en la Escritura nos dice acerca de su Autor. Esta afirmación presupone todo el resto del testimonio bíblico acerca de Dios. El Dios del que habla Juan es el Dios que hizo el mundo, el que lo juzgó con el diluvio, el que llamó a Abraham y lo hizo nación, el que castigó al pueblo del Antiguo Testamento mediante su conquista, cautiverio, y exilio, el que envió a su Hijo a salvar al mundo, el que desechó al Israel incrédulo, el que poco antes de que Juan escribiese destruyó a Jerusalén, y el que algún día habrá de juzgar al mundo con justicia. Es este Dios, dice Juan, el que es amor. Es perverso citar la declaración de Juan, como lo hacen algunos, como si con ella pusiera en tela de juicio el testimonio bíblico de la severidad de la justicia de Dios. No es posible argumentar que un Dios que es amor no puede ser al mismo tiempo un Dios que condena y castiga la desobediencia; porque es precisamente del Dios que hace estas cosas que habla Juan.

Si hemos de evitar el entender mal la declaración de Juan, debemos tomarla juntamente con otras dos declaraciones importantes y de forma gramatical exactamente igual que encontramos en otras partes de sus escritos, y ambas, resulta interesante notarlo, tomadas directamente de Cristo. La primera procede del evangelio de Juan. Se trata de las propias palabras de nuestro Señor dirigidas a la mujer samaritana, de que "Dios es espíritu" (Juan 4:24, VM, BJ, etc.; la versión "Dios es un espíritu, es incorrecta). [La RVR tiene "Espíritu" con mayúscula - N. del Trad.] La segunda se encuentra en el comienzo de la epístola donde aparece la de "Dios es amor". Juan la ofrece como una síntesis del "mensaje que hemos oído de él [Jesús], y os anunciamos", y es este, que "Dios es luz" (I Juan 1: 5). La afirmación de que Dios es amor tiene que ser interpretada a la luz de lo que estas otras dos afirmaciones nos enseñan, y nos convendrá analizarlas brevemente a continuación.

"Dios es espíritu." Cuando nuestro Señor dijo esto estaba tratando de desengañar a la mujer samaritana en cuanto a la idea de que sólo puede haber un lugar verdadero para adorar, como si Dios estuviera de 'algún modo reducido a algún lugar en particular. "Espíritu" contrasta con "carne"; la cuestión que Cristo señala es la de que mientras que el hombre, por ser "carne", sólo puede estar presente en un solo lugar a la vez, Dios, por ser "espíritu", no está limitado de la misma manera. Dios es inmaterial, incorpóreo, y por lo tanto no es lá localizado. Así (prosigue Cristo), la condición verdadera para la adoración aceptable no es la de que se tenga los pies ya sea en Jerusalén o en Samaria, ni en ningún otro lado, para el caso, sino que el corazón sea receptivo y que responda a su revelación. "Dios es espíritu; y los que le adoran, es menester que le adoren en espíritu y en verdad" (VM).

El primero de los Treinta y nueve Artículos, de la Iglesia Anglicana, aclara aun más el sentido de la "espiritualidad" (como le llama el libro) de Dios mediante la aseveración algo extraña de que él es "sin cuerpo, ni partes, ni pasiones". Mediante estas negaciones se está expresando algo sumamente positivo. Dios no tiene cuerpo, por lo tanto, como

acabamos de decir, está libre de todas las limitaciones de espacio, y distancia, y es omnipresente. Dios no tiene partes, esto significa que su personalidad, poderes, y cualidades están perfectamente integrados, de tal modo que nada hay en él que pueda sufrir alteraciones. Con él "no cabe variación, ni sombra que resulte de cambio alguno" (San. 1: 17, VHA). Por ello está enteramente libre de todas las limitaciones de tiempo y de procesos naturales, y se mantiene eternamente el mismo. Dios no tiene pasiones, esto no significa que no sienta (que sea impasible), o que no haya en él nada que corresponda a nuestras emociones y afectos, sino que, en tanto que las pasiones humanas -especialmente las dolorosas, el temor, la pena, la compunción, la desesperación- son, en cierto sentido, pasivas e involuntarias, que responden a circunstancias fuera de nuestro control, las actitudes correspondientes en Dios tienen el carácter de elecciones deliberadas y voluntarias, y por lo tanto 110 son en absoluto del mismo orden que las pasiones humanas.

De manera que el amor del Dios que es espíritu no es algo caprichoso y fluctuante, como lo es el amor del hombre, ni es tampoco un mero anhelar impotente por cosas que pueden no ser nunca; es, más bien, una determinación espontánea del ser total de Dios manifestada en una actitud de benevolencia y favor, una actitud libremente elegida, y firmemente establecida. No hay inconsecuencias ni vicisitudes en el amor del todopoderoso Dios que es espíritu. Su amor "fuerte es como la muerte… Nada puede separarla de aquellos a quienes una vez ha abrazado" (Rom. 8:35-9).

Mas, se nos afirma, el Dios que es espíritu es también "luz". Juan hizo esta declaración contra ciertos cristianos profesantes que habían perdido contacto con las realidades morales y que afirmaban que nada de lo que pudieran hacer ellos constituía pecado. La fuerza de las palabras de Juan surge de la frase siguiente: "Y no hay ningunas tinieblas en él." "Luz" significa santidad y pureza, medidas con la ley de Dios; "tinieblas" significa perversidad moral e iniquidad, medidas con la misma ley (cf. 1 Juan 2: 7 -11: 3: 10). Lo que Juan quiere decir es que solamente los que "andan en luz", procurando ser como Dios en santidad y justicia de vida, y evitando todo lo que no sea consecuente con ello, disfrutando de comunión con el Padre y el Hijo; los que "andan en tinieblas", sea lo que fuere lo que afirman en cuanto a sí mismos, son extraños a dicha relación (v. 6s).

De manera que el Dios que es amor es; primero y principalmente, luz, y las ideas sentimentales de que su amor sea blandura indulgente y benevolente, divorciado de toda norma y consideración morales, debe quedar excluida de entrada. El amor de Dios es un amor santo. El Dios a quien Jesús dio a conocer no es un Dios que sea indiferente a las distinciones morales, sino un Dios que ama la justicia y odia la iniquidad, un Dios cuyo ideal para sus hijos es el de que sean "perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto" (Mal. 5:48). Dios no recibe a ninguna persona, por ortodoxa que sea en su manera de pensar, que no siga el camino de la santidad en su vida, y a aquellos a los cuales acepta los somete a una drástica disciplina con el fin de que alcancen lo que buscan. "El Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo… para lo que nos es provechoso, para que participemos en su santidad… Da fruto [la disciplina] apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados" (Heb. 12:6-11). El amor de Dios es severo, porque es expresión de santidad en el que ama y procura la santidad de aquel a quien ama. La Escritura no nos permite suponer que porque Dios es amor podemos pedirle que conceda felicidad a quienes no buscan la santidad, o que proteja

del peligro a los que ama cuando sabe que no necesitan afligirse más por su santificación.

2. La expresión "Dios es amor" es toda la verdad acerca de Dios por lo que concierne al cristiano.

Decir que "Dios es luz" equivale a decir que la santidad de Dios encuentra expresión en todo lo que dice y hace. Semejantemente, la afirmación de que "Dios es amor" significa que su amor encuentra expresión en todo cuanto hace y dice. El conocimiento de que esto es así para él personalmente es el consuelo supremo del cristiano. Como creyente, encuentra en la cruz de Cristo seguridad de que él, como individuo, es amado por Dios; "el Hijo de Dios… me amó y se entregó a sí mismo por mí (Gal. 2:20). Sabiendo esto, puede el creo yente aplicar a sí mismo la promesa de que todas las cosas obran para el bien de los que aman a Dios y que son llamados según su propósito (Rom. 8:28). ¡No se trata de algunas cosas, nótese, sino de todas las cosas! Cada una de las cosas que, sin excepción alguna, le ocurren, expresa el amor de Dios hacia él. Por lo tanto, por lo que a él concierne, Dios es amor para él amor santo y omnipotente- en todo momento y en todo acontecimiento de su vida diaria. Incluso cuando no puede ver el cómo ni el porqué del proceder de Dios, sabe que el amor está en ello, de modo que puede regocijarse siempre, incluso cuando, hablando humanamente, las cosas andan mal. Sabe que la verdadera historia de su vida, cuando se conozca, será una vida, como lo dice el himno, de "misericordia de comienzo a fin -y esto lo satisface plenamente.

III

Pero hasta ahora todo lo que hemos hecho es circunscribir el amor de Dios, mostrando en términos generales cómo y cuándo funciona, y esto no basta. ¿Qué es, esencialmente?, nos preguntamos. ¿Cómo hemos de definirlo y analizarlo? Para responder a esta pregunta la Biblia desarrolla un concepto de Dios que podemos formular de la siguiente manera:

El amor de Dios es un *ejercicio de su bondad para con los pecadores individuales, por el cual, habiéndose identificado con el bienestar de los mismos, ha dado a su Hijo para que fuese su Salvador, y ahora los induce a conocerlo y a gozarse en él en una relación basada en un pacto.*

Expliquemos las partes constituyentes de esta definición.

1. El amor de Dios es un ejercicio de su bondad

Por la bondad de Dios la Biblia entiende su generosidad cósmica. La bondad en Dios, escribe Berkhof, es "esa perfección en Dios 'que lo lleva a tratar generosamente y amablemente a todas sus criaturas. Es el afecto que el Creador siente hacia sus criaturas conscientes como tales" (Systematic Theology, p. 70 Grand Rapids, Michigan, EE.UU.; T.E.L.L., 1969; citando Salmo 145:9, 15,16; cf. Lucas 6:26; Hechos 14:17). De esta bondad el amor de Dios es la manifestación suprema y más gloriosa. "Generalmente, el amor -escribió James Orr- es ese principio que lleva a un ser moral a desear a otro y a deleitarse en él, y alcanza su forma más elevada en esa comunión personal en la que

cada una de las partes vive en la vida del otro y encuentra su gozo en impartirse al otro, y en recibir de vuelta el afecto de ese otro" (Hastings, Dictionary of the Bible /Diccionario de la Biblia, III, 153). Tal es el amor de Dios.

2. El amor de Dios es un ejercicio de su bondad para con los pecadores.

Como tal, tiene el carácter de la gracia y la misericordia. Es una manifestación de la generosidad de Dios que no sólo no es merecida sino que es contraria a los merecimientos; porque los que son objeto del amor de Dios son seres racionales que han quebrantado la ley de Dios, cuya naturaleza está corrompida a los ojos de Dios, y que merecen solamente la condenación y la exclusión definitiva de su presencia. Es tremendo el qué Dios ame a los pecadores; pero es cierto. Dios ama a seres que se han hecho inmerecedores del amor y que (podríamos pensar) no pueden ser amados. No había, en quienes constituyen el objeto de su amor, nada que lo provocara; nada hay en el hombre que pudiera granjear o provocar dicho amor. Entre los hombres el amor lo despierta algo en el ser amado; pero el amor de Dios es libre, espontáneo, inmotivado, encausado. Dios ama a los hombres porque ha elegido amados –como lo expresó Charles Wesley: "Nos ha amado, nos ha amado, porque quiso amar" (con reminiscencias de Deuteronomio 7:8)- y para su amor no se pueden dar razones, salvo su soberana buena voluntad. El mundo griego y el mundo romano de la época neotestamentaria ni siquiera habían soñado con tal amor; a menudo se consideraba que sus dioses codiciaban mujeres, pero no que amasen a los pecadores; y los escritores del Nuevo Testamento tuvieron que introducir lo que virtualmente constituía un nuevo vocablo griego, ágape, para expresar el amor de Dios como ellos lo conocían.

3. El amor de Dios es un ejercicio de su bondad para con pecadores individuales.

No se trata de buena voluntad difusa y vaga, manifestada para con todos en general y para con nadie en particular; más bien, por ser función de la omnisciente omnipotencia, su carácter lo lleva a particularizar tanto el objeto como los efectos. Los propósitos de amor de Dios, que tuvieron su origen antes de la creación (cf. Efe. 1:4), involucraban, primero, la elección y selección de aquellos a quienes había de bendecir y, segundo, la designación de los beneficios que se les otorgarían y los medios por los cuales dichos beneficios habrían de ser procurado s y disfrutados. Todo esto quedó establecido desde el principio. De modo que Pablo escribe a los cristianos de Tesalónica: "Debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el Señor, de que Dios os haya escogido [selección], mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad [el medio indicado]" (lI Tes. 2: 13). El ejercicio del amor de Dios para con pecadores individuales en el tiempo es la ejecución del propósito de bendecir a esos mismos pecadores individuales que ya había adoptado en la eternidad.

4. El amor de Dios para con los pecadores conlleva el que él se identifique con el bienestar de ellos.

En toda expresión de amor está involucrada esta clase de identificación: es, más aun, la prueba de si el amor es genuino o no. Si un padre sigue alegre y despreocupado mientras su hijo se está metiendo en líos, o si un esposo permanece impasible cuando su mujer está angustiada, nos preguntamos en el acto cuánto amor puede haber en su relación, porque sabemos que los que realmente aman sólo están contentos cuando

aquellos a quienes aman están verdaderamente contentos también. Así es con Dios en su amor para con el hombre.

En capítulos anteriores hemos demostrado que el fin último de Dios en todas las cosas es su propia gloria que él sea manifestado, conocido, admirado, adorado. Esta afirmación es verdad, pero es incompleta. Tiene que ser equilibrada por el reconocimiento de que, al centrar su amor en los hombres, Dios ha ligado voluntariamente su propia felicidad definitiva con la de ellos. No es por nada que la Biblia habla habitualmente de Dios como el amante Padre y Esposo de su pueblo. Se sigue de la misma naturaleza de estas relaciones que la felicidad de Dios no será completa hasta que todos sus amados estén definitivamente libres de problemas y peligros:

Hasta que toda la iglesia redimida de Dios sea salva para no pecar más.

Dios era feliz sin el hombre antes que el hombre fuese creado; y hubiera seguido siendo feliz si se hubiese limitado simplemente a destruir al hombre después que pecó; pero, tal como están las cosas, ha derramado su amor para con pecadores particulares, y esto significa que, por su propia y libre elección, ya no ha de conocer la felicidad perfecta y permanente mientras no haya llevado al cielo a cada uno de ellos. En efecto, Dios ha resuelto que en adelante, y para toda la eternidad, su felicidad estará condicionada por la nuestra. Así Dios salva, no sólo para su gloria, sino también para su felicidad. Esto sirve en buena medida para explicar por qué es que hay gozo (el gozo de Dios mismo) en la presencia de los ángeles cuando un pecador se arrepiente (Luc. 15:10), y por qué habrá "gran alegría" cuando Dios nos presente sin culpa en el día final en su propia presencia sacrosanta (Jud. 24). Este pensamiento sobrepasa el entendimiento y casi agota la fe, pero no cabe duda de que, según la Escritura, tal es el amor de Dios.

5. El amor de Dios para con los pecadores se expresó mediante el don de su Hijo para que fuese su Salvador.

La medida del amor depende de cuanto da, y la medida del amor de Dios es el don de su Hijo único para hacerse hombre, y para morir por los pecados, y de este modo hacerse el único mediador que puede llevamos a Dios. No es de sorprender que Pablo hable del amor de Dios como "grande", y "que excede a todo conocimiento" (Efe. 2:4; 3: 19) ¿Hubo jamás munificencia tan costosa? Pablo arguye que este don supremo es él mismo la garantía de todos los demás: "El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará con él todas las cosas?" (Rom. 8: 32). Los escritores del Nuevo Testamento señalan constantemente a la Cruz de Cristo como la prueba culminante de la realidad y el carácter ilimitado del amor de Dios. Así, Juan pasa directamente de su primer "Dios es amor" a decir: "En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados" (I Juan 4:9s). De igual modo, dice en su evangelio que "de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree… tenga vida eterna" (Juan 3: 16). Así, también, Pablo escribe: "Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros" (Rom. 5:8) y

encuentra la prueba de que el "Hijo de Dios… me amó" en el hecho de que "se entregó a sí mismo por mi'" (Gal. 2:20).

6. El amor de Dios para con los pecadores alcanza su objetivo en cuanto los lleva a conocerlo ya gozarse en él en una relación basada en un pacto

La relación conforme a un pacto es aquella en que dos partes están obligadas permanentemente la una a la otra en mutuo servicio y dependencia (ejemplo: el matrimonio). La promesa que responde a un pacto es aquella por la cual se establece una relación pactada (ejemplo: los votos matrimoniales). La religión bíblica tiene la forma de una relación pactada con Dios. La primera ocasión en que los términos de la relación fueron especificados fue cuando Dios se mostró a Abraham como El Shaddai (Dios Todopoderoso, Dios Todo suficiente), y formalmente le entregó la promesa del pacto, "para ser tu Dios" (Gen. 17:lss,7). Todos los cristianos heredan esta promesa mediante la fe en Cristo, como insiste Pablo en Gálatas 3:15ss (nótese el versículo 29). ¿Qué significa? Es en verdad una promesa múltiple: lo contiene todo. "Esta es la primera y fundamental promesa", declaró Sibbes el puritano, "en realidad es la vida y el alma de todas las promesas" (Works / Obras, VI, 8). Brooks, otro puritano, la describe así: "… es como si Dios dijera, Tendrás un interés tan real en todos mis atributos para tu bien, como lo son míos para mi propia gloria… Mi gracia, dice Dios, será tuya para perdonarte, y mi poder será tuyo para dirigirte, y mi bondad será tuya para aliviarte, y mi misericordia será tuya para proveerte, y mi gloria será tuya para coronarte. Esta es una promesa amplia, que Dios sea nuestro Dios: lo incluye todo. *Deus meus et omnia* (Diós es mío, y todo es mío), dijo Lutero" (Works / Obras, V, 308).

"Esto es amor verdadero para con cualquiera", dijo Tillotson, "que hagamos lo mejor que podamos para su bien." Esto es lo que hace Dios para los que ama -lo mejor que puede hacer; ¡y la medida de 10 mejor que puede hacer Dios es la omnipotencia! Así, la fe en Cristo nos introduce a una relación plena de incalculable bendición, tanto ahora como por la eternidad.

IV

¿Es cierto que Dios es amor para conmigo como cristiano? ¿Y significa el amor de Dios todo 10 que se ha dicho? Si es así, surgen ciertas interrogantes. ¿Por qué me quejo y doy evidencias de descontento y resentimiento ante las circunstancias en que me ha colocado Dios? ¿Por qué soy desconfiado, o me siento temeroso o deprimido? ¿Por qué me permito enfriarme, volverme formal, hacer sin ganas el servicio para ese Dios que me ama así?

¿Por qué permito que mis lealtades estén divididas, de tal modo que Dios no tiene todo mi corazón? Juan escribió que "si Dios nos ha amado así, debemos también nosotros amamos unos a otros" (I Juan 4: 11). ¿Podría un observador aprender de la calidad y el grado de amor que le muestro yo a otros -mi mujer, mi esposo, mi familia, mis vecinos, la gente de la iglesia, la gente en el trabajo- algo acerca de la grandeza del amor de Dios para conmigo? Meditemos sobre estas cosas. Examinémonos a nosotros mismos.

CAPITULO 13: LA GRACIA DE DIOS

I

Es un lugar común en todas las iglesias el caracterizar al cristianismo como la religión de la gracia. Constituye un axioma de la erudición cristiana el que la gracia, lejos de ser una fuerza impersonal, una especie de electricidad celestial que se recibe como la carga de una batería conectando una línea a los sacramentos, sea una actividad personal por la que Dios obra en amor para con el hombre. Se señala repetidamente, tanto en libros como en sermones, que la palabra para gracia (charis) en el Nuevo Testamento griego, como la que denota amor (ágape), tiene un uso específicamente cristiano, y que expresa la noción de una espontánea bondad auto determinada y que anteriormente era totalmente desconocida en la ética y la teología greco-romana. En la escuela dominical la dieta incluye comúnmente la gracia en forma de "las riquezas de Dios a expensas de Cristo". Y sin embargo, a pesar de estos factores, no parece que hubiera muchos en nuestras iglesias que realmente crean en la gracia.

Desde luego que siempre están los que encuentran que la doctrina de la gracia es tan sobrecogedoramente maravillosa que nunca se han podido acostumbrar a la idea. La gracia se ha vuelto el tema constante de su conversación y sus oraciones. Han escrito himnos sobre el tema, algunos de los himnos más hermosos de la lengua inglesa -y se requiere tener gran sensibilidad para escribir un buen himno. Han luchado por ella, aceptando el ridículo y la pérdida de privilegios, en caso necesario, como precio de su posición; así como Pablo combatió a los judaizantes, también Agustín combatió a los pelagianos, los reformistas combatieron el escolasticismo, y los descendientes espirituales de Pablo y Agustín, y los reformadores vienen combatiendo desde entonces las doctrinas romanistas y pelagianas. Con Pablo, su testimonio es "Por la gracia de Dios soy lo que soy" (I Coro 15:10), y su norma de vida es "No desecho la gracia de Dios" (Gal. 2:21). Pero mucha gente de iglesia no es así. Puede que crean en la idea de la gracia de labios afuera, pero de allí no pasan. El concepto que tienen de la gracia no es tanto un concepto bajo sino inexistente. El concepto no significa nada para ellos; no entra en el campo de su experiencia para nada. Si se les habla de cuestiones como la calefacción de la iglesia, o el balance del año pasado, demuestran entusiasmo en el acto; pero si se les habla acerca de las realidades que denota la palabra "gracia", su actitud es la de una deferente laguna mental. No acusan al interlocutor de estar hablando tonteras; no cuestionan el hecho de que lo que dice pueda tener sentido; pero les parece que, sea lo que fuere lo que se les está diciendo, está fuera del alcance de ellos; y, cuanto más tiempo hayan vivido sin ella, tanto más seguros están de que en su etapa de la vida ya no la necesitan realmente.

¿Qué es lo que impide a tantas personas que profesan creer en la gracia creer realmente? ¿Por qué es que el tema significa tan poco, incluso para algunos de los que hablan mucho sobre el mismo? La raíz del problema parece estar en un descreimiento arraigado no sólo en la mente sino en el corazón, en el nivel más profundo de las cosas que jamás cuestionamos, porque las damos por sentado. La gracia presupone cuatro verdades cruciales en esta esfera, y si no se las acepta ni se las siente en el corazón, una decidida fe en la gracia de Dios se hace imposible. Desgraciadamente el espíritu de nuestra época

está directamente opuesto a ellas, y no podría estarlo más. No es de sorprender, por lo tanto, que la fe en la gracia sea algo raro en el día de hoy. Las cuatro verdades son estas:

1. La falta de merecimiento del hombre moralmente

El hombre moderno, consciente de sus tremendos éxitos científicos en los últimos años, naturalmente tiende a tener alto concepto de sí mismo. Considera las riquezas materiales como más importantes, en cualquier caso, que el carácter moral; y en la esfera moral se trata a sí mismo en forma decididamente amable, estimando que las pequeñas virtudes compensan los grandes vicios, y rehusando tomar en serio la idea de que, moralmente hablando, haya algo de malo en su comportamiento. Tiende a descartar la mala conciencia, tanto en sí mismo como en otros, como si fuese una rareza psicológica malsana, señal de enfermedad o' de aberración mental, más que índice de realidad moral. Por que el hombre moderno está convencido de que, a pesar de todos sus pecadillos, la bebida, los juegos de azar, el conducir en forma irresponsable, la holgazanería, las mentiras piadosas y las otras, la deshonestidad en el comercio, las lecturas pornográficas, y todo lo demás, en el fondo es un tipo excelente. Luego, al igual que los paganos (y el corazón del hombre moderno es pagano, de eso no tengamos dudas), imagina a Dios como si fuera una imagen magnificada de él mismo, y supone que Dios comparte su propia complacencia consigo mismo. La idea de que él puede ser una criatura que ha perdido la imagen de Dios, un rebelde contra la ley de Dios, culpable y sucio a la vista de Dios, digno de la condenación de Dios, jamás se le ocurre.

2. La justicia retributiva de Dios

El método del hombre moderno es el de hacer la vista gorda a la maldad, hasta donde le conviene. La tolera en otros, porque piensa que allí, de no haber sido por el accidente de va las circunstancias, va él. Los padres titubean cuando tienen que corregir a los hijos, y los maestros cuando tienen que castigar a los alumnos, y el público aguanta el vandalismo y el comportamiento antisocial de todo tipo casi sin chistar. La máxima aceptada parece ser la de que mientras se pueda olvidar el mal, así debe hacerse; sólo se debe castigar como último recurso, y aun en ese caso sólo en la medida necesaria para impedir que el mal tenga consecuencias sociales demasiado graves. La buena voluntad para tolerar y dar rienda suelta al mal en la medida de lo posible se considera una virtud, mientras que se censura por algunos como algo moralmente dudoso el intento de vivir en forma consecuente con principios fijos del bien y del mal. Siguiendo esta orientación pagana damos por descontado que Dios siente y piensa como nosotros. La idea de que la retribución pudiera ser la ley moral del mundo de Dios, y expresión de su santo carácter parece al hombre moderno enteramente imaginaria: los que la sostienen se ven acusados de proyectar sobre Dios sus propios impulsos patológicos de ira y venganza. Sin embargo, la Biblia insiste constantemente en que este mundo creado por Dios en su bondad es un mundo moral, en el que la retribución es un hecho tan básico como lo es la respiración. Dios es el Juez de toda la tierra, y él ha de obrar rectamente, vindicando al inocente, si lo hubiere, pero castigando "en ellos su pecado" a los que quebrantan la ley (cf. Gen. 18: 25). Dios no es fiel a sí mismo a menos que castigue el pecado. Y a menos que uno sepa y sienta la verdad de este hecho, que los que hacen el

mal no tienen ninguna esperanza, en el orden natural de las cosas, de recibir de Dios sino el juicio retributivo, uno no puede jamás compartir la fe bíblica en la gracia divina.

3. La impotencia espiritual del hombre

El libro de Dale Carnegie titulado *How to Win Friends and Influence People* (Cómo ganar amigos e influir sobre los demás, hay ediciones en castellano), es casi como una Biblia moderna; y toda una técnica de relaciones públicas se ha creado en los últimos años siguiendo el principio de colocar a la otra persona en una posición en la que no puede decentemente decir "no". Esto ha confirmado al hombre moderno en la esperanza que han alentado las religiones paganas desde que tales cosas existen, a saber, la creencia de que podemos reparar nosotros mismos nuestra relación con Dios, mediante la técnica de colocar a Dios en una posición donde ya no pueda decir no. Los paganos de la antigüedad pensaban que podrían lograr esto multiplicando dones y sacrificios; los paganos modernos procuran hacerla mediante la moralidad y la actividad eclesiástica. Reconocen que no son perfectos, pero, aun así, no les cabe la menor duda de que su honorabilidad, de aquí en adelante, es garantía de que van a ser finalmente aceptados por Dios, cual quiera haya sido su vida pasada. Pero la posición de la Biblia es la que expresa Toplady:

No son las obras de mis manos las que pueden cumplir las demandas de tu ley. Aunque mi cielo no conociera el descanso, aunque mis lágrimas corrieran interminablemente, nada de esto podría expiar mi pecado -lo cual conduce a la admisión de la propia impotencia y a la conclusión de que: Tú tienes que salvar, y sólo tú.

"Por las obras de la ley [es decir, la moralidad y la actividad eclesiástica] ningún, ser humano será justificado delante de él", declara Pablo (Rom. 3: 20). El reparar nuestra propia relación con Dios, reconquistando su favor luego de haberlo perdido, está más allá de lo que puede hacer ninguno de nosotros. Y es preciso ver esto y aceptado humildemente antes de poder compartir la fe bíblica en la gracia divina.

4. La libertad soberana de Dios

El paganismo de la antigüedad consideraba que cada uno de sus dioses estaba ligado a los que lo adoraban con lazos egoístas, porque dependía de sus servicios y dones para su propio bienestar. El paganismo moderno tiene en el fondo un sentimiento similar de que Dios está de algún modo obligado a amamos y ayudamos, por poco que lo merezcamos nosotros. Este es el pensamiento del que se hizo eco el librepensador francés que murió diciendo:"Dios ha de perdonar -es su oficio (*c'est son métier*)". Pero es un sentimiento que no está fundado adecuadamente. El Dios de la Biblia no depende de sus criaturas humanas para su bienestar (véase Salmo 50:8-13; Hechos 17:25), ni tampoco, ya que nosotros hemos pecado, está obligado a mostramos ningún favor. Todo lo que podemos exigirle es justicia -y justicia, para nosotros, significa condenación segura. Dios no tiene por qué evitar que la justicia siga su curso. No está obligado a tener lástima ni a perdonar; si lo hace es un acto que hace, como se dice, "por su propia y libre voluntad", y nadie lo obliga hacer lo que no quiere. "No depende de querer o de esforzarse, sino de que Dios tenga compasión" (Rom. 9:16, VP). La gracia es libre, en el sentido de que se origina en sí misma, y en el sentido de proceder de aquél que estaba en libertad de no

obrar con gracia. Sólo cuando se comprende que lo que decide el destino de cada hombre es el que Dios haya resuelto o no salvado de sus pecados, y que se trata de una decisión que Dios no está obligado a tomar en ningún caso, se puede comenzar a comprender la perspectiva bíblica de la gracia.

II

La gracia de Dios es amor libremente manifestado hacia pecadores culpables, a pesar de lo que merecían o, mejor dicho, a despecho de su falta de mérito. Es Dios manifestando su bondad hacia personas que sólo merecen severidad, y que no tenían razón alguna para esperar otra cosa que severidad. Hemos visto por qué es que el concepto de la gracia significa tan poco para mucha gente de la iglesia -a saber, que no comparten las creencias acerca de Dios y el hombre que la presuponen. Ahora tenemos que preguntar: ¿por qué es que este concepto significa tanto para otros? No es necesario andar mucho para encontrar la respuesta; más aun, resulta evidente de lo que ya se ha dicho. De seguro que queda claro que, una vez que el hombre se convence de que su estado y su necesidad son tales como se han descrito, el evangelio neotestamentario de la gracia no puede menos que infundida gran alegría y admiración. Porque nos cuenta la forma en que nuestro Juez se ha transformado en nuestro Salvador.

La "gracia" y la "salvación" son conceptos que van juntos como causa y efecto. "Por gracia sois salvos" (Efe. 2: 5, cf. v. 8). "La gracia de Dios se ha manifestado para salvación" (Tito 2: 11). El evangelio declara que "de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" (Juan 3: 16); que "Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros" (Rom. 5:8); que un manantial ha sido abierto, según la profecía (Zac. 13: 1) para el pecado y la inmundicia, y que el Cristo viviente ahora llama a todos los que escuchan el evangelio diciendo: "Venid a mí … y yo os haré descansar" (Mat. 11: 8).

Como lo expresó Isaac Watts, en su poesía más evangélica, si no la más exaltada, estamos por naturaleza en un estado de total extravío, Pero hay una voz de gracia principesca que resuena de la Santa Palabra de Dios; ¡ah! pobres pecadores cautivos, venid, y confiad en el Señor. Mi alma obedece al soberano llamado, y corre hacia este alivio; quiero creer tu promesa, Señor, oh, ayuda mi incredulidad. A la bendita fuente de tu sangre, Dios encarnado, acudo, para lavar mi alma de manchas escarlata, y pecados del tinte más profundo. Como gusano vil, débil e impotente, en tus manos me entrego; tú eres el Señor, mi justicia, mi Salvador, y mi todo.

El hombre que pueda sinceramente repetir con: sus propios labios las palabras de Watts no se ha de cansar fácilmente de cantar las alabanzas de la gracia.

El Nuevo Testamento declara la gracia de Dios en tres sentidos particulares, cada uno de los cuales constituye un motivo constante de maravilla para el creyente cristiano.

1. La gracia como fuente del perdón del pecado

El evangelio se centra en la justificación; es decir, en la remisión de pecados y en la consecuente aceptación de nuestra persona. La justificación es la transición verdaderamente dramática del estado del criminal condenado que espera una terrible sentencia, al de un heredero que espera una herencia fabulosa. La justificación viene por fe; se produce en el momento en que el hombre pone su confianza en forma incondicional en el Señor Jesucristo como su Salvador. La justificación es gratuita para todos, pero a Dios le resultó costosa, por cuanto su precio fue la muerte expiatoria del Hijo de Dios. ¿Por qué fue que Dios "no escatimó ni a -su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros" (Rom. 8: 32)? A causa de su gracia. Su propia decisión, tomada libremente; de salvar dio como resultado la expiación. Pablo deja esto bien en claro. Somos justificados, dice, "gratuitamente [es decir, sin pago alguno] por su gracia [es decir, como consecuencia de la misericordiosa decisión de Dios], mediante la redención que es en Cristo Jesús: a quien Dios puso como propiciación [es decir, el que desvía la ira divina expiando los pecados] por medio de [es decir, haciéndose efectiva para los individuos] la fe en su sangre" (Rom. 3: 24s; cf. Tito 3: 7). Pablo también nos dice que en Cristo "tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia" (He. 1: 7). La reacción del corazón cristiano que contempla todo esto, que compara cómo eran las cosas con lo que son ahora, como consecuencia de la presencia de la gracia en el mundo, recibió expresión sublime en el que fuera presidente de la Universidad de Princeton, Samuel Davies:

¡Gran Dios de maravillas! Todos tus caminos despliegan los atributos divinos; pero innumerables actos de gracia perdonadora brillan más allá de tus otras maravillas; ¿quién es Dios perdonador como tú? ¿O quién tiene gracia tan rica y gratuita? Envueltos en el asombro, con tembloroso gozo, aceptamos el perdón de nuestro Dios; perdón para los crímenes del más profundo tinte, perdón comprado con la sangre de Jesús: ¿quién es Dios perdonador como tú? ¿O quién tiene gracia tan rica y gratuita? ¡Oh, que esta extraña, esta incomparable gracia, este divino milagro de amor, llene este ancho mundo con agradecida alabanza, como ya llena los coros celestiales! ¿Quién es Dios perdonador como tú? ¿O quién tiene gracia tan rica y gratuita?

2. La gracia como el motivo del plan de salvación

El perdón es la médula del evangelio, pero no constituye toda la doctrina de la gracia. Porque el Nuevo Testamento coloca el don del perdón divino en el contexto de un plan de salvación que comenzó con la elección antes que el mundo fuera y se completará sólo cuando la Iglesia sea perfeccionada en la gloria. Pablo se refiere brevemente a este plan en varias partes (véase, por ejemplo, Rom. 8:29s; 11 Tes. 2: 12s), pero la versión más completa del mismo se encuentra en un largo párrafo -porque, a pesar de las subdivisiones, la continuidad del pensamiento hace que sea un sólo párrafo- que comienza en Efesios 1: 3 y sigue hasta 2: 10. Como otras veces, Pablo comienza con un breve resumen y luego dedica el resto del párrafo a analizarlo y explicarlo. El resumen dice que "Dios… nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales [es decir, el reino de las realidades espirituales] en Cristo" (v. 3). El análisis empieza con la elección y predestinación eternas para ser hijos en Cristo (v. 4), prosigue con la redención y remisión de pecados en Cristo (v. 7), y sigue luego con la esperanza de glorificación en Cristo (v. 11s) y el don del Espíritu en Cristo para sellamos como posesión de Dios para siempre (v. 13s). De allí, Pablo pasa a concentrar su atención en el acto de poder mediante el cual Dios regenera en Cristo a los pecadores (1: 19; 2: 7),

despertando en ellos la fe como parte del proceso (cf. 2: 8). Pablo pinta todos estos elementos como partes de un sólo y grande propósito de salvación (1:5,9,11) y nos dice que la gracia (la misericordia, el amor, la bondad, 2:4,7) es su fuerza motivadora (véase 2:4-8); que "las riquezas de su gracia" aparecen en el transcurso de su administración (1:7, 2:7); y que la alabanza de su gracia es su meta última (1: 6, cf. 12,14, 2: 7). De manera que el creyente puede alegrarse en el conocimiento de que su conversión no fue ningún accidente sino un acto de Dios que tuvo su lugar en un plan eterno para bendecirlo con el don gratuito de la salvación del pecado (2:8-10); Dios promete, y se propone cumplir su plan hasta el final, y, en razón de que se ejecuta el mismo con su soberano poder (1: 19ss), nada puede desbaratarlo. Bien podía Isaac Watts exclamar, en palabras que son tan magníficas como verdaderas:

Anunciemos su maravillosa fidelidad, y proclamemos su poder por doquier; cantemos la dulce promesa de su gracia, ya nuestro actuante Dios. Grabada como en bronce eterno brilla la poderosa promesa; no pueden los poderes de las tinieblas borrar esas líneas imperecederas.

Su misma palabra de gracia es fuerte como aquella que hizo los cielos; la voz que hace trasladarse a las estrellas anuncia todas las promesas. Las estrellas, por cierto, podrán caer, pero las promesas de Dios permanecerán y se cumplirán. El plan de la salvación se llevará a cabo en forma triunfante; y así se dejará ver que la gracia es soberana.

3. La gracia como garantía de la preservación de los santos

Si el plan de salvación se ha de cumplir ineludiblemente, el I futuro del cristiano está asegurado. "Sois [y seréis] guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación" (I Pedro 1: 5). No necesita atormentarse con el temor de que su fe fracase; como la gracia lo encaminó hacia la fe en primer término, así también la gracia lo ayudará a mantenerse en la fe hasta el final. La fe en su origen y en su continuidad es un don de la gracia (cf. F n. 1: 29). De manera que el cristiano puede decir con Dodridge:

La gracia primero inscribió mi nombre, en el eterno libro de Dios: fue la gracia la que me llevó al Cordero, quien quitó todos mis pesares. La gracia enseñó a mi alma a orar, y a conocer el amor perdonador; fue la gracia la que me guardó hasta este día, y que no me dejará.

III

No necesitamos pedir disculpas por haber echado mano tan libremente a nuestro rico acervo de "himnos de la gracia gratuita" (pobremente representados, lamentablemente, en la mayoría de los himnarios corrientes del siglo veinte), porque ellos destacan lo que queremos decir en forma más penetrante de lo que jamás se podría hacer con la prosa. Tampoco necesitamos pedir disculpas por el que citaremos en seguida, al volver, a modo de conclusión, a pensar un momento en la respuesta que el conocimiento de la gracia de Dios debiera arrancar de nosotros. Se ha dicho que en el Nuevo Testamento la doctrina es gracia, y la ética gratitud; algo anda mal con cualquier forma de cristianismo en el que, experimental y prácticamente, no se verifique este dicho. Quienes suponen que la doctrina de la gracia de Dios tiende a favorecer el relajamiento moral ("la

salvación final está asegurada de todos modos, hagamos lo que hagamos; por lo tanto nuestra conducta no interesa") demuestran simplemente que, en el sentido más literal, no saben lo que están diciendo. Porque el amor despierta amor a su vez; y el amor, una vez que ha sido despertado, desea complacer; y la voluntad revelada de Dios es la de que aquellos que han sido receptores de la gracia deben en adelante entregarse a las "buenas obras" (Efe. 2: 10, Tito 2: 11s); y la gratitud ha de impulsar a todo hombre que en verdad ha recibido la gracia a obrar como Dios desea, y a exclamar diariamente de este modo:

¡Oh! ¡Qué gran deudor a la gracia diariamente estoy obligado a ser! ¡Que esa gracia ahora como una cadena ligue mi descarriado corazón a ti! Inclinado a vagar, Señor, la siento; ¡toma mi corazón, oh, tómalo y séllalo, séllalo desde tu trono celestial!

¿Estima el lector que conoce el amor y la gracia de Dios en su propia vida? Pues que lo demuestre, entonces, orando de este modo.

CAPITULO 14: DIOS EL JUEZ

I

¿Creemos en el juicio divino? Por esto quiero decir, ¿creemos en un Dios que actúa como nuestro Juez?

Parecería que muchos no creen. Si se les habla acerca de Dios como Padre, amigo, ayudador, el que nos ama a pesar de toda nuestra debilidad y pecado, toda nuestra necedad, se les ilumina el rostro; estamos en la misma onda de inmediato. Pero si se les habla de Dios como Juez, fruncen el ceño y sacuden la cabeza. Se resisten a aceptar semejante idea. La encuentran repelente e indigna.

Pero pocas cosas en la Biblia se recalcan más enfáticamente que la realidad de la obra de Dios como Juez. La palabra "Juez" se aplica a Dios con frecuencia. Abraham, intercediendo por So doma, esa ciudad parecida a Londres que Dios estaba a punto de destruir, exclamó diciendo: "El Juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo?" (Gen. 18:25). Jefté, concluyendo su ultimátum a los invasores amonitas, les declaró: "Yo nada he pecado contra ti, mas tú haces mal conmigo peleando contra mí Jehová, que es el juez, juzgue hoy entre los hijos de Israel y los hijos de Amón" (Jue. 11:27); "Dios es el juez", declaró el salmista (Sal. 75: 7); "Levántate, oh Dios, juzga a la tierra" (Sal. 82:8). En el Nuevo Testamento el escritor de Hebreos habla de "Dios el Juez de todos" (Heb. 12: 23).

Pero no es cuestión de palabras meramente; la realidad del juicio divino, como hecho, aparece en página tras página del relato de la Biblia. Dios juzgó a Adán y Eva expulsándolos del jardín de Edén y pronunciando maldiciones sobre su futura vida terrenal (Gen. 3). Dios juzgó al mundo corrompido de la época de Noé enviando un diluvio que destruyese a la humanidad (Gen. 6-8). Dios juzgó a Sodoma y Gomorra, envolviéndolas en una catástrofe volcánica (Gen. 18-19). Dios juzgó a los capataces

egipcios de los israelitas, exactamente como había dicho que 10 haría (Gen. 15: 14), desencadenando contra ellos los terrores de las diez plagas (Exo. 7-12). Dios juzgó a los que adoraron al becerro de oro, valiéndose de los levitas como ejecutores (Exo. 32: 26-35). Dios juzgó a Nadab y Abiú por ofrecer fuego extraño (Lev. 10: 1s), como más tarde juzgó a Coré, Datán, y Abiram, las que fueron tragadas por un temblor de tierra. Dios juzgó a Acán por un robo; él y los suyos fueron exterminados (Jos. 7). Dios juzgó a Israel por su infidelidad después de haber entrado en Canaán, haciendo que fueran subyugados por otras naciones (Jue. 2: 11ss; 3: 5ss; 4: 1 ss). Mucho antes de que entraran en la tierra prometida, Dios amenazó a su pueblo con la deportación, como castigo por su impiedad, y, eventualmente, luego de repetidas advertencias por parte de los profetas, los juzgó dando cumplimiento a su amenaza: el reino del norte (Israel) fue víctima de los asirios y el pueblo fue llevado cautivo; el reino del sur (Judá) sufrió la cautividad babilónica (II Rey. 17; 22: 15ss; 23: 26s). En Babilonia, Dios juzgó tanto a Nabucodonosor como a Belsasar por su impiedad. Al primero se le dio tiempo para que enmendara su vida, al segundo no (Dan. 4: 5). Los relatos de juicio divino no se limitan tampoco al Antiguo Testamento. En el relato neotestamentario reciben juicio los judíos por rechazar a Cristo (Mat. 21 :43s; 1 Tes. 2: 14ss), Ananías y Safira por mentirle a Dios (Hec. 5), Herodes por su orgullo (Hec. 12:21ss), Elimas por su oposición al evangelio (Hec. 13: 8ss), los cristianos en Corinto, que fueron afligidos con enfermedad (la que en algunos casos resultó fatal), en razón de su grosera irreverencia en relación, particularmente, con la Cena del Señor (I Coro 11:29-32). Esta no es más que una selección de los abundantes relatos de actos divinos de juicio que contiene la Biblia.

Cuando pasamos de la historia bíblica a la enseñanza bíblica -la ley, los profetas, los libros sapienciales, las palabras de Cristo y sus apóstoles- encontramos que el pensamiento de la acción de Dios como juez domina todo lo demás. La legislación mosaica es promulgada en nombre de Dios, que es justo juez, y no titubeará en aplicar penas mediante la acción providencial directa, si su pueblo quebranta la ley. Los profetas retornan este tema; más todavía, la mayor parte de la enseñanza registrada consiste en exposición y aplicación de la ley, en amenazas de juicio contra los que hacen caso omiso de la ley y contra los impenitentes. ¡Dedican mucho más tiempo a predicar juicio que a 'predecir la venida del Mesías y su reino! En la literatura sapiencial encontramos el mismo punto de vista: la consideración básica, invariable y segura, que está en la raíz de todas las discusiones sobre los problemas de la vida en Job y Eclesiastés, y todas las máximas prácticas de los Proverbios, es la de que "te juzgará Dios", "Dios traerá toda obra a juicio, juntamente con toda cosa encubierta, sea buena o sea mala" (Ecl. 11:9; 12: 14).

La gente que en realidad no lee la Biblia confiadamente nos asegura que, cuando pasamos del Antiguo Testamento al Nuevo, el tema del juicio divino pasa a un segundo plano; pero si examinamos el Nuevo Testamento, aun del modo más superficial, encontramos de inmediato, que el énfasis del Antiguo Testamento relativo a la acción de Dios como Juez, lejos de reducirse, se acentúa. Todo el Nuevo Testamento está dominado por la certidumbre de que en un día venidero habrá un juicio universal, y por el problema que esto plantea: ¿cómo podemos nosotros los pecadores arreglar cuentas con Dios mientras todavía hay tiempo? El Nuevo Testamento contempla a la distancia "el día del juicio”, "el día de la ira", "la ira venidera", y proclama a Jesús como el divino Salvador, como el Juez divinamente señalado. "El juez" que "está delante de la puerta" (Sant. 5: 9), listo "para juzgar a los vivos y a los muertos" (I Pedo 4:5), el "juez

justo" que le dará a Pablo su corona (lI Tim. 4:8), es el Señor Jesucristo el que "Dios ha puesto por Juez de vivos y muertos" (Hec. 10:42). "Dios… ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien determinó", les dijo Pablo a los atenienses (Hec. 17: 30s); y a los romanos les escribió que "Dios juzgará por Jesucristo los secretos de los hombres, conforme a mi evangelio" (Rom. 2: 16). El propio Jesús dice lo mismo. "El Padre… todo el juicio dio al Hijo… el Padre… le dio autoridad de hacer juicio… vendrá la hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a 'resurrección de condenación" [la New English Bible dice aquí: "se levantarán para oír su sentencia"] (Juan 5:22,26s, 28s). El Jesús del Nuevo Testamento, que es el Salvador del mundo, es también su Juez.

II

¿Qué significa esto, pues? ¿Qué involucra la idea de que el Padre, o Jesús, sea juez? Comprende por lo menos cuatro cosas.

1. El juez es una persona con autoridad

En el mundo bíblico el rey era siempre el juez supremo, porque era la autoridad suprema. Es sobre esta base, según la Biblia, que Dios es juez de este mundo. Como nuestro: Hacedor, somos propiedad de él, y corno nuestro Propietario, tiene derecho a disponer de nosotros; tiene, por lo tanto, derecho a dictar leyes y a recompensarnos según que las guardemos o no. En la mayoría de los estados modernos la legislatura y la jurisprudencia están separadas a fin de que el juez no haga las leyes que tiene que aplicar; pero en el mundo antiguo no era así, y tampoco lo es con Dios. El es tanto el Legislador corno el Juez.

2. El juez es la persona que se identifica con lo que es bueno y justo

La idea moderna de que el juez tiene que ser frío y desapasionado no tiene cabida en la Biblia. El juez bíblico tiene que amar la justicia y el juego limpio, y tiene que detestar todo lo que sea mal trato del hombre por el hombre. Un juez injusto, que no tiene interés en asegurarse de que el bien triunfe sobre el mal, constituye, según las normas bíblicas, una monstruosidad. La Biblia no nos deja con dudas de que Dios ama la justicia y odia la iniquidad, y de que el ideal del juez totalmente identificado con todo lo bueno y justo se cumple perfectamente en él.

3. El juez es una persona con sabiduría, para discernir la verdad

En el mundo bíblico la primera tarea del juez es la de constatar los hechos del caso que se le presenta. No hay jurado; es responsabilidad de él, y de él solo, interrogar, volver a interrogar en caso necesario, y descubrir las mentiras, ver a través de las evasivas, y establecer como son las cosas realmente. Cuando la Biblia muestra a Dios como juez, destaca su omnisciencia y su sabiduría, como el que escudriña los corazones y el que descubre los hechos. Nada se le escapa; podremos engañar a los hombres, pero no podemos engañar a Dios. El nos conoce, y nos juzga, tal como realmente somos. Cuando Abraham se encontró con el Señor en forma humana en el encinar de Mamre, el

Señor le dio a entender que estaba en camino a Sodoma para establecer la verdad acerca de la situación moral imperante allí. "Por cuanto el clamor contra So doma y Gomorra se aumenta más y más, y el pecado de ellos se ha agravado en extremo, descenderé ahora, y veré si han consumado su obra según el clamor que ha venido hasta mí; y si no, lo sabré" (Gen. 18:20s). Así es siempre. Dios lo sabrá. Su juicio es según verdad - verdad factual, tanto como verdad moral. El juzga "los secretos de los hombres", no solamente la fachada exterior. No en vano dice Pablo que "todos hemos de ser manifestados ante el tribunal de Cristo" (Cor. 5: 10, VM).

4. El juez es la persona con poder para ejecutar sentencia

El juez moderno no hace más que pronunciar la sentencia; otro departamento de tribunal judicial se encarga luego de cumplirla. Así era también en el mundo antiguo. Pero Dios es su propio ejecutor. Así como legisla y sentencia, también ~ castiga. Todas las funciones judiciales se juntan en él. .

III

De lo que se ha dicho queda claro que la proclamación bíblica de la obra de Dios como Juez es parte de su testimonio del carácter divino. Confirma lo que se dice en otra parte acerca de su perfección moral, su justicia, su sabiduría, su omnisciencia, y su omnipotencia. Nos muestra, igualmente, que la médula de la justicia que expresa el carácter de Dios es la retribución, el dar a los hombres lo que ellos han merecido; porque esta es en esencia la tarea del juez. El otorgar bien por bien y mal por mal es natural a Dios. De manera que cuando el Nuevo Testamento habla del juicio final, 19 representa siempre en términos de retribución. Dios ha de juzgar a todos los hombres, dice, "conforme a sus obras" (Mat. 16:27; Apo. 20: 12s). Pablo amplía: "Dios… pagará a cada uno conforme a sus obras: vida eterna a los que, perseverando en bien hacer, buscan gloria y honra e inmortalidad, pero ira y enojo a los que son contenciosos y no obedecen a la verdad, sino que obedecen a la injusticia; tribulación y angustia sobre todo ser humano que hace lo malo pero … gloria y honra y paz a todo el que hace lo bueno porque no hay acepción de personas para con Dios … "(Rom. 2:6-11). El principio de la retribución se aplica a todos: los cristianos, tanto como los no cristianos, recibirán según sus obras. Los cristianos están incluidos explícitamente en la referencia cuando Pablo dice que "todos hemos de ser manifestados ante el tribunal de Cristo; para que cada uno reciba otra vez las cosas hechas en el cuerpo, según lo que haya hecho sea bueno o malo" (II Cor. 5: 10, VM).

De modo que la retribución aparece como la expresión natural y predeterminada de la naturaleza divina. Dios ha resuelto ser el Juez de todo hombre, para recompensar a cada cual según sus obras. La retribución es la ineludible ley moral de la creación; Dios se asegurará de que todo hombre reciba tarde o temprano lo que se merece -si no aquí, en el más allá. Este es uno de los hechos básicos de la vida. Además, habiendo sido hechos a la imagen de Dios, todos sabemos en el fondo que es justo que así sea. Así es como tiene que ser. Con frecuencia nos quejamos de que, como dijo cierto malhechor, "no hay justicia". El problema del salmista, que veía como hombres inocentes estaban siendo víctimas, y que los impíos "no saben de desdichas de mortales" sino que prosperan y tienen paz (Sal. 73, EA), se re plantea vez tras vez en la experiencia

humana. Pero el carácter de Dios es la garantía de que todos los males serán rectificados algún día; cuando llegue "el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios" (Rom. 2: 5), la retribución será exacta, y no habrá problemas de injusticia cósmica para atormentamos. Dios es el Juez, de modo que se hará justicia.

¿Por qué es, entonces, que los hombres esquivan el pensamiento de Dios como Juez? ¿Por qué sienten que se trata de un concepto indigno de Dios? La verdad está en que parte de la perfección moral de Dios es su perfección para juzgar. ¿Acaso un Dios a quien no le interesara la diferencia entre el bien y el mal sería un ser bueno y admirable? ¿Acaso un Dios que no hiciera distinción entre las bestias de la historia, los Hitler y los Stalin (si nos atrevemos a mencionar nombres), y los santos sería moralmente digno de alabanza y perfecto? La indiferencia moral sería una imperfección en Dios, no una perfección. Pero no juzgar al mundo sería mostrar indiferencia moral. La prueba definitiva de que Dios es un ser moral perfecto, a quien preocupan cuestiones de bien y mal, es el hecho de que se ha comprometido a juzgar al mundo.

Resulta claro que la realidad del juicio divino tiene que tener un efecto directo sobre nuestra perspectiva de la vida. Si sabemos que el juicio retributivo nos espera al final del camino no viviremos como de otro modo lo haríamos. Pero no debemos olvidar que la doctrina del juicio divino, y particularmente la del juicio final, no debe entenderse como un fantasma con el cual asustar a los hombres para obligarlos a adoptar una apariencia exterior de "justicia" convencional. Indudablemente tiene aterradoras derivaciones para los impíos; pero su función principal consiste en revelar el carácter moral de Dios, y en impartir significación moral a la vida humana. Lean Morris escribió así:
La doctrina del juicio final… destaca la responsabilidad del hombre y la seguridad de que la justicia ha de triunfar finalmente sobre todos los males que son parte integrante de la vida aquí y ahora. Lo primero acuerda dignidad a la acción más humilde, lo segundo otorga paz y seguridad a quienes se encuentren en lo más intenso de la lucha.' Esta doctrina le da sentido a la vida… El punto de vista cristiano del juicio significa que la historia se mueve hacia una meta… El juicio protege la idea del triunfo de Dios y del bien. Resulta inconcebible que el conflicto actual entre el bien y el mal haya de ser resuelto de forma autoritaria, decisiva, y definitiva. El juicio significa que al final la voluntad de Dios se hará en forma perfecta (The Bíblical Doctrine al Judgment/La doctrina bíblica del juicio, p.72).

IV

No siempre se comprende que la autoridad principal, en cuanto al juicio final en el Nuevo Testamento, es el propio Señor Jesucristo. Con toda razón el ceremonial fúnebre anglicano se dirige a Jesús en una misma frase con las palabras "santo y misericordioso Salvador, dignísimo Juez eterno". Porque Jesús afirmaba constantemente que en aquel día cuando todos comparezcan ante el trono de Dios para recibir las consecuencias permanentes y eternas de la vida que han vivido, él mismo será el agente judicial del Padre, y que su palabra de aceptación o rechazo será definitiva. Pasajes que deben considerarse en relación con esto son, entre otros, Mateo 7:13-27; 10:26-33; 12:36s, 13:24-49; 22:1-14; 24:36-25:46; Lucas 13:23-30; 16: 19-31; Juan 5:22-29.

La prefiguración más clara de Jesús como juez se encuentra en Mateo 25:31ss: "El Hijo del Hombre… se sentará en su trono de gloria, y serán reunidas delante de él todas las naciones [es decir, todos]; y apartará a los unos de los otros… Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad… Entonces dirá también a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno … " El relato más claro de la prerrogativa de Jesús como juez se encuentra en Juan 5: 22ss: "El a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre … el Padre … le dio autoridad de hacer juicio, por cuanto es el Hijo del Hombre [a quien le fue prometido dominio, incluyendo funciones Judiciales; Daniel 7: 13s] … vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación." El mandato de Dios mismo ha hecho inescapable a Cristo Jesús. Se encuentra al final del camino de la vida para todos sin excepción. "Prepárate para venir al encuentro de tu Dios" fue el mensaje de Amós a Israel (Amós 4: 12); "prepárate para venir al encuentro del Cristo resucitado" es el mensaje de Dios al mundo en la actualidad (véase Hec. 17:31). Podemos estar seguros de que aquel que es verdadero Dios y perfecto hombre obrará como juez perfecto.

V

El juicio final, como vimos, será según nuestras obras, es decir, nuestros actos, Todo el curso de nuestra vida. La relevancia de nuestros "actos" no está en que jamás merezcan un premio del tribunal -son demasiado imperfectos para que así sea- sino en que proporcionan un índice de lo que hay en el corazón, lo que, en otras palabras, constituye la verdadera naturaleza de cada agente. Jesús dijo cierta vez que "de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio. Porque por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado" (Mat. 12: 36ss). ¿Qué significación tienen las palabras que emitimos (emisión que constituye, desde luego, una "obra" en el sentido que aquí corresponde)? Nada más que, esta: las palabras demuestran lo que uno es por dentro. Jesús acababa de decir esto mismo. "Por el fruto se conoce el árbol… ¿Cómo podéis hablar lo bueno, siendo malos? Porque de la abundancia del corazón habla la boca" (v. 33ss). De igual modo, en el pasaje de las ovejas y los cabritos, se apela al hecho de si los hombres habían o no aliviado las necesidades de los cristianos. ¿Qué importancia tiene esto? No se trata de que un modo de obrar fuese meritorio mientras que el otro no, sino de que estas acciones pueden determinar si hubo amor a Cristo, el amor que surge de la fe, en el corazón (véase Mat. 25:34ss).

Una vez que comprendamos que la importancia de las obras en el juicio final es la de ofrecer un índice del carácter espiritual, se hace posible contestar un interrogante que desconcierta a muchas personas. Lo podemos formular de este modo. Jesús dijo: "El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, más ha pasado de muerte a vida" (Juan 5:24). Pablo dijo: "Es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo" (II Cor. 5:10). ¿Cómo podemos conciliar estas dos afirmaciones? ¿Pueden ser compatibles el perdón gratuito y la justificación por la fe con el juicio según las obras? La respuesta parece ser la siguiente. Primero, el don de la justificación protege indudablemente a los creyentes de la

condenación y de la expulsión de la presencia de Dios como pecadores. Esto surge de la visión de juicio en Apocalipsis 20:11-15, donde, a la par de "los libros" que contienen las obras de cada hombre, se abre también "el libro de la vida", y aquellos cuyos nombres están escritos en él no son lanzados "al lago de fuego", como el resto de los hombres. Pero, segundo, el don de la justificación no impide en absoluto que el creyente sea juzgado como tal, ni lo protege contra la pérdida del bien que disfrutarán otros, si resulta que como cristiano ha sido negligente, malicioso, y destructivo. Esto es lo que surge de la advertencia de Pablo a los corintios, en el sentido de que tuvieran cuidado en cuanto al estilo de vida que edificaban en Cristo, el único fundamento. "Si sobré este fundamento alguno edifica oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, hojarasca, la obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará, pues por el fuego será revelada… Si permaneciere la obra de alguno que sobre edificó, recibirá recompensa. Si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego" (I Coro 3: 12-15). La "recompensa" y la "pérdida" significan una relación enriquecida o empobrecida con Dios, aunque en qué forma no nos es dado saberlo en el presente.

El juicio final se hará también según nuestro conocimiento. Todo el mundo tiene algún conocimiento de la voluntad de Dios a través de la revelación general, aun cuando no hayan sido instruidos en la ley o el evangelio, y todo el mundo es culpable ante Dios por no haber cumplido según su grado de conocimiento del bien. Pero el castigo merecido será graduado según haya sido ese conocimiento del bien; véase Romanos 2:12, y compárese con Lucas 12:47s. El principio que está en juego aquí es el de que "a todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le demandará" (v. 48). La justicia de esto resulta obvia. En cada caso el Juez de toda la tierra obrará con justicia.

VI

Pablo se refiere al hecho de que todos hemos de comparecer ante el tribunal de Cristo denominándolo "el temor del Señor" (II Cor. 5: 11), y nada más justo. Jesús el Señor, igual que su Padre, es santo y puro; nosotros no somos ninguna de las dos cosas. Vivimos a la vista del Señor, él conoce nuestros secretos, y en el día del juicio la totalidad de nuestra vida será pasada en revista, por así decido, en su presencia. Si realmente nos conocemos, sabemos que no estamos en condiciones de aparecer delante de él. ¿Qué hemos de hacer, entonces? La respuesta del Nuevo Testamento es esta: pedidle al Juez que ha de venir que sea vuestro Salvador presente. Como Juez, él es la ley, pero como Salvador es el evangelio. Si nos escondemos de él ahora, nos encontraremos con él luego como Juez -y ya sin esperanza. Busquémoslo ahora, y lo encontraremos (porque "el que busca halla"), y entonces descubriremos que pode mas esperar ese futuro encuentro con alegría, sabiendo que ahora' ya "ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús" (Rom. 8:1).

Por lo tanto, Mientras haya de vivir; y al instante de expirar, cuando vaya a responder, a tu augusto tribunal, sé mi escondedero fiel, Roca de la eternidad.

CAPITULO 15: LA IRA DE DIOS

I

La palabra "ira" puede definirse como "enojo e indignación intensa y profunda". El "enojo" se define como "el desagrado, el resentimiento, y el profundo antagonismo que se experimenta ante la presencia de los daños ocasionados o los insultos"; la "indignación" es "el enojo justo que producen la injusticia y la bajeza". Tal es la ira. Y la ira, nos informa la Biblia, es un atributo de Dios.

La costumbre moderna en toda la iglesia cristiana es la de restarle importancia a este tema. Los que todavía creen en la ira de Dios (porque no todos creen;' hablan poco de ella; tal vez no le den mayor importancia. A un mundo que se ha vendido descaradamente a los dioses de la codicia, el orgullo, el sexo, y la autodeterminación, la iglesia le sigue hablando desganadamente acerca de la bondad de Dios, pero no le dice nada virtualmente sobre el juicio. ¿Cuántas veces en los doce meses transcurridos ha oído el lector un sermón sobre la ira de Dios? ¿O cuántas veces, si se trata de un ministro del evangelio, ha predicado sobre el tema? Me pregunto cuánto tiempo hace que algún cristiano ha encara. do el tema en programas de radio o televisión, o en alguno de esos breves sermones de media columna que aparecen en algunos diarios y revistas. (Y si alguien lo hiciese, me pregunto cuánto tiempo pasaría antes que le volviese a pedir que hable o escriba.) El hecho es que el tema de la ira divina se ha convertido en un tabú en la sociedad moderna; y en general los cristianos han aceptado el tabú y se han acomodado de tal modo que jamás mencionan la cuestión.

Haremos bien en preguntamos si está bien que así sea; porque la Biblia obra de modo muy diferente. Es fácil imaginar que el tema del juicio divino no deba haber sido nunca muy popular, y, sin embargo, los escritores bíblicos se. refieren al mismo constantemente. Una de las cosas más notables sobre la Biblia es el vigor con que ambos testamentos destacan la realidad y el terror de la ira de Dios. "Una mirada a la concordancia nos revelará que en las Escrituras hay más referencias al enojo y al furor y la ira de Dios, que a su amor y su benevolencia" (A. W. Pink, The Attributes of God, p. 75/Los atributos de Dios, Lima, Perú, El Estandarte de la Verdad, 1971, pp. 101-02.)

La Biblia elabora el concepto de que así como Dios es bueno con los que confían en él, también es terrible para con aquellos que no lo hacen. "Jehová es Dios celoso y vengador; Jehová es vengador y lleno de indignación; se venga de sus adversarios, y guarda enojo para sus enemigos. Jehová es tardo para la ira y grande en poder, y no tendrá por inocente al culpable… ¿Quién permanecerá delante de su ira? ¿Y quién quedará en pie en el ardor de su enojo? Su ira se derrama como fuego, y por él se hienden las peñas. -Jehová es bueno, fortaleza en el día de la angustia; y conoce a los que en él confían. Mas… tinieblas perseguirán a sus enemigos ('a sus enemigos persigue hasta en las tinieblas', BJ)" (Nah. 1: 2-8).

La esperanza de Pablo de que el Señor Jesús aparecerá un día "en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo, los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia

del Señor y de la gloria de su poder cuando venga en aquel día para ser glorificado en sus santos" (II Tes. 1: 8ss), es indicación suficiente de que lo que destacaba Nahum no es peculiar al Antiguo Testamento. En efecto, en todo el Nuevo Testamento "la ira de Dios", "la ira", o simplemente "ira", constituyen virtualmente términos técnicos para expresar la acometida de Dios con fines retributivos, por cualquier medio, contra los que lo han desafiado (véase Rom. 1:18; 2:5;5:9; 12:19; 13:48; 1 Tes. 1:10; 2:16; 5:9; Apo. 6:16s; 16:19; Luc. 21:22-24; etc.).

La Biblia tampoco se limita a dar a conocer la ira de Dios mediante afirmaciones generales como las que hemos citado. La historia bíblica, tal como la vimos en el capítulo anterior, proclama vivamente la severidad, tanto como la bondad, de Dios. En el mismo sentido en que podría llamarse al Progreso del peregrino un libro sobre los caminos al infierno, la Biblia podría llamarse el libro de la ira de Dios, porque está llena de descripciones de castigo divino, desde la maldición y el destierro de Adán y Eva en Génesis 3 hasta la caída de "Babilonia" y los grandes juicios de Apocalipsis 17, 18,20.

Es evidente que los escritores bíblicos no sentían inhibición alguna al encarar el tema de la ira de Dios. ¿Por qué, entonces, hemos de tenerla nosotros? ¿Por qué, si la Biblia la proclama, hemos de sentimos nosotros obligados a guardar silencio? ¿Qué es lo que nos hace sentir incómodos y avergonzados cuando surge el tema, y qué nos lleva a suavizado e, incluso, a eludirlo, cuando se nos pregunta sobre el mismo? ¿Cuál es la causa de nuestros titubeos y dificultades? No estamos pensando ahora en aquellos que rechazan la idea de la ira divina simplemente porque no están preparados para tomar en serio ninguna parte de la fe bíblica. Estamos pensando, más bien, en los muchos que consideran que están "adentro", que tienen creencias firmes, que creen firmemente en el amor y la misericordia de Dios, y en la obra redentora del Señor Jesucristo, y que siguen fielmente las enseñanzas de las Escrituras en otros aspectos, pero que vacilan cuando se trata del asunto que nos ocupa aquí. ¿Qué es realmente lo que falla aquí?

II

La razón fundamental de nuestra infelicidad parece ser una inquietante sospecha de que el concepto de la ira es de uno u otro modo indigno de Dios.

A algunos, por ejemplo, la palabra ira les sugiere pérdida del dominio propio, una explosión que consiste en "ver todo rojo", lo cual es, en parte, si no totalmente, irracional. A otros les sugiere un ataque de impotencia (consciente), o de orgullo herido, o de mal humor liso y llano. Es indudable, arguyen, que está mal atribuir a Dios semejantes actitudes.

La respuesta es esta: claro que estaría mal, pero la Biblia no nos pide que lo hagamos. Parecería haber aquí una confusión en cuanto al lenguaje "antropomórfico" de la Escritura, es decir, la costumbre bíblica de describir las actitudes y los afectos de Dios en términos que se emplean ordinariamente para hablar sobre los hombres. La base de esta costumbre está en el hecho de que Dios hizo al hombre a su propia imagen, de modo que la personalidad y el carácter del hombre se parecen más al ser de Dios que ninguna otra cosa creada. Pero cuando la Escritura se refiere a Dios

antropomorfitamente, no está queriendo decir que las limitaciones e imperfecciones que corresponden a las características personales de nosotros las criaturas pecadoras se correspondan también con las cualidades correspondientes de nuestro Santo Creador; más bien da por sentado que no es así. Por ejemplo, el amor de Dios, como se refleja en la Biblia, jamás lo conduce a cometer acciones necias, impulsivas, o inmorales, como ocurre con el amor humano, que con harta frecuencia nos lleva justamente a esto. Del mismo modo, la ira de Dios en la Biblia jamás es algo caprichoso, desenfrenado, producto de la irritabilidad, moralmente indigno, como suele serlo frecuentemente la ira humana. Todo lo contrario, constituye una reacción objetiva y moral, correcta y necesaria para con la maldad. Dios sólo se enoja cuando corresponde enojarse. Incluso entre los hombres existe lo que se denomina la ira justa, aunque probablemente sea bastante rara. Pero toda la indignación que manifiesta Dios es justa. ¿Acaso sería un Dios bueno el que encontrara tanto placer en la ira como en la bondad? ¿Acaso sería, por otra parte, moralmente perfecto un Dios que no reaccionara adversamente ante el mal en su propio mundo? Por cierto que no. Pero es justamente esta reacción adversa al mal, la cual constituye una parte necesaria de la perfección moral, la que contempla la Biblia cuando habla sobre la ira de Dios.

A otros, el pensamiento de la "ira" de Dios les sugiere crueldad. Piensan, quizá, en lo que se les ha contado sobre el famoso sermón evangélico de Jonathan Edwards, Sinners in the Hands of an Angry God (Pecadores en las manos de un Dios airado), que fue utilizado por Dios para iniciar un avivamiento en el pueblo de Enfield, en Nueva Inglaterra, Estados Unidos, en 1741. En dicho sermón, Edwards, desarrollando el tema de que "los hombres naturales están sostenidos en las manos de Dios sobre el foso del infierno", empleaba las más vívidas imágenes infernales para lograr que su congregación sintiera el horror de su situación, y para darle fuerza a su conclusión: "Por lo tanto, todo aquel que esté sin Cristo, debe despertarse y escapar de la ira que vendrá." Cualquiera que haya leído el sermón sabrá que A. H. Strong, el gran teólogo bautista, tenía razón cuando recalcó que las imágenes de Edwards, por agudas que fuesen, no eran más que imágenes, que, en otras palabras, Edwards no consideraba que el infierno consistiera en fuego y azufre, sino, más bien, en la infidelidad y la separación de Dios, producto de la conciencia culpable y acusadora, y de la que el fuego y el azufre constituyen símbolos (Systematic Theology, p. 1035, Teología sistemática). Pero esto no resuelve totalmente la crítica que se le hace a Edwards, esto es, la de que el Dios que puede infligir castigo tal que requiera semejante lenguaje para describirlo tiene que ser un monstruo cruel y feroz.

¿Se sigue esto? Hay dos consideraciones bíblicas que nos demuestran que no es así.

En primer lugar, en la Biblia la ira de Dios es siempre judicial, es decir, es la ira del juez, cuando administra justicia. La crueldad es siempre inmoral, pero el presupuesto explícito de todo lo que encontramos en la Biblia -y en el sermón de Edwards, para el caso- sobre los tormentos de quienes experimentan toda la ira de Dios, es el de que cada cual recibe precisamente lo que merece. "El día de la ira", nos dice Pablo, es también el día "de la revelación del justo juicio de Dios, el cual pagará a cada uno conforme a sus obras" (Rom. 2.5s). Jesús mismo -que tuvo más que decir sobre este tema que cualquier otra figura del Nuevo Testamento- dejó claro que la retribución sería en proporción con el merecimiento individual. "Aquel siervo que conociendo la voluntad de su Señor no se preparó, ni hizo conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes. Mas el que sin

conocerla hizo cosas dignas de azotes, será azotado poco; porque a todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le demandará; y al que mucho se le haya confiado, más se le pedirá" (Luc. 12:47s). Dios se encargará, dice Edwards en el sermón a que hemos hecho referencia, "de que no sufráis más de lo que la estricta justicia exige"; pero precisamente "lo que la estricta justicia exige", insiste, es lo que resultará tan penoso para quienes mueran en la incredulidad. Si se hace la pregunta: ¿Es posible que la desobediencia a nuestro Creador realmente merezca castigo tan grande y atroz? , la respuesta es que todo el que haya sido convencido de pecado alguna vez sabe sin la menor sombra de duda que sí, y sabe también que aquellos cuya conciencia no ha sido despertada aún para comprender, como lo expresó Anselmo, "qué pesado es el pecado" no tienen derecho a opinar.

En segundo lugar, en la Biblia la ira de Dios es algo que los hombres eligen por sí mismos. Antes que el infierno sea una experiencia infligida por Dios, es un estado por el cual el hombre mismo opta, rechazando la luz que Dios hace brillar en su corazón para dirigido hacia él mismo. Cuando Juan escribe "el que no cree [en Jesús], ya está juzgado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Días", agrega en seguida la siguiente explicación: "Y este es el juicio, que la luz ha venido al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas" (Juan 3: 18s, VHA). Quiere decir exactamente eso: la acción decisiva de juicio contra los perdidos es el juicio que ellos mismos se dictan cuando rechazan la luz que les llega en y mediante Jesucristo. En último análisis, todo lo que hace Dios subsiguientemente como acción judicial para con el incrédulo, ya sea en esta vida o más allá, es mostrada, o guiado hacia, las consecuencias plenas de la elección que ha hecho.

La elección básica fue y sigue siendo siempre: ya sea responder a la invitación "Venid a mí .. , llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí" (Mat. 11:28s), o no; ya sea "salvar" la vida, para lo cual es preciso evitar que Jesús pueda censurada, y resistir su exigencia de hacerse cargo de ella, o "perderla", para lo- cual es necesario negarse a sí mismo, tomar la cruz, hacerse discípulo, y permitir que Jesús cumpla su voluntad quebrantadora en nosotros. En el primer caso, nos dice Jesús, podemos ganar el mundo, pero no nos hará ningún bien porque perderemos el alma; mientras que, en el segundo caso, si perdemos nuestra vida por amor de él, la encontraremos (Mat. 16:24ss).

¿Qué significa, empero, perder el alma? Para responder a esta pregunta Jesús se vale de sus propias y solemnes imágenes: "Gehena" ("infierno" en Marcos 9:47 y una decena de versículos evangélicos más), el valle fuera de Jerusalén donde se quemaba la basura; el "gusano" que "no muere" (Mar. 9:47) es, aparentemente, figura de la interminable disolución de la personalidad por efecto de la conciencia condenatoria; el "fuego" es figura de la agonía que resulta de tener conciencia del disgusto de Dios; las "tinieblas de afuera" son figura de conocimiento de la pérdida, no sólo de Días, sino de todo bien y de todo lo que hacía que la vida pareciera valer la pena; el "crujir de dientes" es figura de la auto condenación y el auto desprecio. Estas cosas son, sin duda, indescriptiblemente espantosas, aunque quienes han sido convencidos de pecado tienen algún conocimiento de lo que significan. Pero no se trata de castigos arbitrarios; representan, más bien, un desarrollo consciente del estado en que se ha elegido estar. La esencia del accionar de Dios en ira es la de dar a los hombres lo que han elegido, con todas sus consecuencias: nada más y, asimismo, nada menos. La disposición de ánimo de Dios de respetar la elección humana hasta este punto puede parecer desconcertante y

hasta aterradora, pero está claro que en esto su actitud es soberanamente justa, y que está lejos de ser un castigo caprichoso e irresponsable, que es lo que queremos decir cuando hablamos de crueldad.

Necesitamos, por lo tanto, recordar que la clave para interpretar los muchos pasajes bíblicos, a menudo altamente figurativos, que pintan al divino Rey y Juez en una actitud iracunda y vengativa es comprender que 10 que Dios hace en ese caso no es sino ratificar y confirmar los juicios que aquellos a quienes "visita" ya han emitido por sí mismas en el curso que han elegido seguir. Esto se ve en el relato del primer acto de ira de Dios hacia el hombre, en Génesis 3, donde vemos que Adán ya había escogido esconderse de Dios, y eludir su presencia, antes de que Dios lo echara del jardín de Edén; este mismo principio tiene aplicación en toda la Biblia.

III

El análisis clásico de la ira de Dios en el Nuevo Testamento se encuentra en la Epístola a los Romanos, que según Lutero y Calvino constituye la puerta de entrada a la Biblia, y que contiene más referencias explícitas a la ira de Dios que todas las otras cartas de Pablo sumadas. Terminaremos este capítulo analizando lo que nos dice Romanos sobre el tema: esto nos servirá para clarificar algunas de las cosas que ya hemos mencionado.

1. El significado de la ira de Dios

La ira de Dios en Romanos denota la decidida acción de Dios de castigar el pecado. Es tanto una expresión de una actitud personal y emocional del trino Dios como lo es su amor para con los pecadores: es la manifestación activa de su odio hacia la irreligiosidad y el pecado moral. La frase "la ira" puede referirse específicamente a la manifestación culminante, en el futuro, de su odio en "el día de la ira" (5:9; 2:5), pero puede también referirse a hechos y procesos providenciales y actuales en los que se evidencia el castigo divino por el pecado. De este modo el magistrado que sentencia a los criminales es "ministro de Dios, vengador suyo, para ejecutar ira sobre aquel que obra mal" (13:4, cf. 5, VM). La ira de Dios es su reacción ante nuestro pecado, y "la ley produce ira" (4: 15), porque la ley hace surgir el pecado que está latente dentro de nosotros y hace que la trasgresión -el comportamiento que provoca la ira- abunde (5:20; 7:7-13). Como reacción contra el pecado, la ira de Dios es expresión de su justicia, y Pablo rechaza indignado la sugerencia de que "sea injusto Dios que da castigo" (3:5, VHA). A los que son "preparados para destrucción" los describe como "vasos de ira" -es decir, objeto de la ira en un sentido similar al que en otro lugar llama a los esclavos del mundo, la carne, y el mal, "hijos de ira" (Efe. 2:3). Tales personas, por el solo hecho de ser lo que son, acarrean sobre sí mismos la ira de Dios.

2. La revelación de la ira de Dios

"La ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad" (1:18). El tiempo presente, "se revela", implica un revelar constante, que prosigue todo el tiempo; "desde el cielo", que se opone a "en el evangelio", en el versículo anterior, implica una revelación universal que incluye a quienes no han sido alcanzados aún por el evangelio.

¿Cómo se efectúa esta revelación? Se imprime directamente en la conciencia de cada hombre: aquellos a quienes Dios ha entregado a una "mente reprobada" (1:28), a cometer lo malo sin restricciones, conocen, sin embargo, "el juicio de Dios, que los que practican tales cosas son dignos de muerte" (1:32). Ningún hombre ignora totalmente que hay un juicio venidero. Esa revelación inmediata que tiene se confirma con la palabra revelada del evangelio, que nos prepara para sus buenas nuevas dándonos información acerca de las malas noticias de un futuro "día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios" (2: 5).

Pero esto no es todo. Para quienes tienen ojos para ver aparecen aquí y ahora pruebas de la ira activa de Dios en la situación actual de la humanidad. En todas partes el cristiano observa un esquema de degeneración, que se va desarrollando en forma constante -desde el conocimiento de Dios hasta la adoración de aquello que no es Dios, y desde la idolatría hasta la inmoralidad de un tipo todavía más grosero, de manera que cada generación prepara una nueva cosecha de "impiedad e injusticia de los hombres". En esta decadencia hemos de reconocer la acción 'presente de la ira divina, en un proceso de endurecimiento judicial y de anulación de restricciones, por los que los hombres van siendo entregados a sus preferencias corruptas, y algunos llegan a poner en práctica en forma cada vez más desenfadada las concupiscencias de su corazón pecaminoso. Pablo describe el proceso, tal como lo conocía él por su Biblia y el mundo de su día, en Romanos 1: 19-31, donde las frases claves son, "Dios los entregó a la inmundicia", "Dios los entregó a pasiones vergonzosas", "Dios. los entregó a una mente reprobada" (v. 24, 26,28). Si queremos pruebas de que la ira de Dios, revelada como un hecho en nuestra conciencia, ya opera en el mundo como fuerza, diría Pablo, basta con que miremos al mundo a nuestro alrededor, para ver a qué ha entregado Dios a los hombres. ¿Y quién en el día de hoy, diecinueve siglos después de cuando él escribió, se atrevería a rebatir su tesis?

3. La salvación de la ira de Dios

En los tres primeros capítulos de Romanos Pablo se propone llamar nuestra atención a la cuestión de, si "la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres", y "el día de la ira" viene cuando Dios "pagará a cada uno conforme a sus obras", ¿cómo podrá escapar al desastre ninguno de nosotros? La cuestión urge porque "todos están bajo pecado", -"no hay justo, ni aun uno"; "todo el mundo" está "bajo el juicio de Dios" (3:9, 10,19). La ley no puede salvamos, por cuanto su efecto único es estimular el pecado y mostramos qué lejos estamos de ser justos. Los adornos externos de la religión no pueden salvamos tampoco, como tampoco puede la mera circuncisión salvar al judío. ¿Existe por lo tanto algún medio de liberación de la ira que vendrá? Lo hay, y Pablo lo conoce. "Estando ya justificados en su sangre", proclama Pablo, por él "seremos salvos de la ira" [de Dios] (5:9). ¿Por la sangre de quién? La sangre de Jesucristo, el Hijo encarnado de Dios. ¿Y qué significa estar "justificados"? Significa ser perdonados y aceptados como justos. ¿Y cómo podemos ser justificados? Mediante la fe, o sea, la confianza absoluta en la obra y la persona de Jesús. ¿Y cómo puede la sangre de Jesús vale decir, su muerte expiatoria- constituir la base de nuestra justificación? Pablo lo explica en Romanos 3: 24s, donde habla de "la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre". ¿Qué significa "propiciación"? Es un sacrificio que conjura la ira por medio de la expiación del pecado y la anulación de la culpa.

Esto, como veremos en mayor detalle más adelante, constituye la médula misma del evangelio: que Cristo Jesús, en virtud de su muerte en la cruz, como nuestro sustituto y portador de nuestro pecado, "es la propiciación por nuestros pecados" (I Juan 2:2). Entre nosotros los pecadores y las tormentosas nubes de la ira divina está ubicada la cruz del Señor Jesucristo. Si somos de Cristo, por la fe, entonces somos justificados por su cruz, y la ira no nos alcanzará jamás, ni aquí ni en el más allá. Jesús "nos libra de la ira venidera" (I Tes. 1: 10).

IV

No cabe duda de que el tema de la ira divina ha sido considerado en el pasado en forma especulativa, irreverente, y hasta maliciosa. No cabe duda que ha habido quienes han predicado la ira y la condenación sin lágrimas en los ojos ni dolor en el corazón. No cabe duda de que el espectáculo de algunas sectas que alegremente consignan a todo el mundo, aparte de ellos mismos, al infierno ha sido motivo de disgusto para muchos. Más si queremos conocer a Dios, es imprescindible que nos enfrentemos con la verdad relativa a su ira, por más que esté pasada de moda la idea, y por fuertes que sean nuestros prejuicios iniciales contra ella. De otro modo no podremos entender el evangelio de la salvación de la ira, ni la propiciación lograda por la cruz, ni la maravilla del amor redentor de Dios. Tampoco entenderemos la mano de Dios en la historia, y el proceder actual de Dios con los hombres de hoy; no le veremos pie ni cabeza al libro de Apocalipsis; nuestro evangelismo no tendrá la urgencia que recomienda Judas -Ha otros salvad, arrebatándolos del fuego" (Jud. 23). Ni nuestro conocimiento de Dios ni nuestro servicio para él se conformarán a su Palabra.

La ira de Dios [escribió A. W. Pink] es una perfección del carácter divino sobre el cual debemos meditar frecuentemente. Primero, para que nuestro corazón sea debidamente impresionado por el hecho de que Dios de testa el pecado. Siempre nos sentimos inclinados a considerar el pecado con ligereza, a disimular su fealdad, a excusado. Mas cuanto más estudiamos y meditamos sobre la forma en que Dios lo aborrece, y su terrible venganza sobre él, tanto más probable es que nos demos cuenta de su perversidad. Segundo, para crear en nuestro corazón un verdadero temor de Dios. "Tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia; porque nuestro Dios es fuego consumidor" (Heb. 12:28,29). No podemos servir a Dios "agradándole" a menos que haya la debida "reverencia" ante su abrumadora Majestad, y "temor" ante su justa ira; y la mejor forma de promover entre nosotros dichas actitudes es la de traer a la memoria frecuentemente el hecho de que "nuestro Dios es fuego consumidor". Tercero, para que nuestra alma se proyecte en ferviente alabanza [a Jesucristo] por habernos librado de "la ira venidera" (I Tes. 1: 10). El hecho de que estemos dispuestos o no a meditar sobre la ira de Dios constituye la prueba más segura de cómo está realmente nuestro corazón para con él (op. cit., p. 77).

Pink tiene razón. Si realmente queremos conocer a Dios y ser conocidos por él, debemos pedirle que nos enseñe aquí y ahora a enfrentar la solemne realidad de su ira.

CAPITULO 16: BONDAD Y SEVERIDAD

I

"Mira, pues, la bondad y la severidad de Dios", escribe Pablo en Romanos 11: 22. La palabra clave aquí es "y". El apóstol está explicando la relación entre judío y gentil en el plan de Dios. Acaba de recordarles a los lectores gentiles que Dios rechazó a la gran masa de los judíos de la época por su incredulidad, mientras que al mismo tiempo colocó a muchos paganos como ellos en una situación de fe salvadora. Ahora los invita a que tomen nota de los dos lados del carácter de Dios que aparecen en la transacción. "Mira, pues, la bondad y la' severidad de Dios; la severidad ciertamente para con los que cayeron, pero la bondad para contigo." Los cristianos de Roma no han de considerar únicamente la bondad de Dios, ni únicamente su severidad, sino a ambas juntas. Ambas constituyen atributos de Dios, es decir, son aspectos del carácter revelado de Dios. Ambas aparecen a la par en la economía de la gracia. Ambas han de ser reconocidas juntas si hemos de conocer verdaderamente a Dios.

Tal vez nunca, desde que escribió Pablo, haya sido tan necesario como lo es hoy explanar esta cuestión. La estupidez y la confusión modernas en cuanto al significado de la fe en Dios resultan casi indescriptibles. Los hombres dicen creer en Dios pero no tienen idea de quién es aquel en el cual creen, ni qué puede significar el creer en él. El cristiano que quiere ayudar al prójimo que se debate en la incertidumbre a fin de que disfrute de lo que un famoso tratado de otros tiempos llamaba "seguridad, certeza, y gozo" se encuentra constantemente perplejo porque no sabe por dónde empezar: la abrumadora mezcolanza de fantasías acerca de Dios con que se enfrenta prácticamente lo deja sin respiración. ¿Cómo ha llegado la gente a semejante estado? se pregunta. ¿Cuál es la causa de semejante confusión? Para estas preguntas existen varias series de respuestas contemporáneas. Una es la de que la gente se ha acostumbrado a seguir sus propios presentimientos religiosos más bien que a aprender de Dios en su propia Palabra; y tenemos que ayudarlas a anular el orgullo, y, en algunos casos, las concepciones equivocadas acerca de la Escritura que dieron lugar a dicha actitud, y en adelante a afirmar sus convicciones, no en lo que sienten sino en lo que dice la Biblia. Una segunda respuesta es que el hombre moderno considera que todas las religiones son iguales y equivalentes, y adopta un conjunto de ideas acerca de Dios, tomándolas tanto de fuentes paganas como cristianas; y tenemos que tratar de demostrarle a la gente el carácter único y definitivo del Señor Jesucristo, la última palabra de Dios al hombre. Una tercera respuesta es la de que los hombres han dejado de reconocer la realidad de su propio pecado, lo cual imparte un grado de perversidad y enemistad contra Dios a todo lo que piensan y hacen; y es tarea nuestra enfrentar a la gente con este hecho a fin de que dejen de confiar en sí mismos y se hagan accesibles a la corrección por medio de la palabra de Cristo. Una cuarta respuesta, no menos importante que las tres anteriores, es la de que la gente hoy en día tiene la costumbre de disociar el pensamiento de la bondad de Dios del de su severidad; y tenemos que procurar erradicar esta costumbre, por cuanto lo único que cabe mientras persiste dicha costumbre es la incredulidad.

La costumbre en cuestión, aprendida primeramente de ciertos teólogos alemanes del siglo pasado, ha invadido al protestantismo occidental y moderno todo. En el hombre común hoy en día constituye más bien la regla que la excepción el rechazar toda idea de

ira divina y juicio, y dar por sentado que el carácter de Dios, desfigurado (¡por cierto!) en muchas partes de la Biblia, es en realidad un carácter de indulgente benevolencia sin severidad alguna. Cierto es que algunos teólogos recientes, como reacción, han procurado reafirmar la doctrina de la santidad de Dios, pero sus esfuerzos han resultado débiles y sus palabras en general han caído en oídos sordos. Los protestantes modernos no van a abandonar su adhesión "esclarecida" a la doctrina de un Papá Noel celestial simplemente porque un Brunner o un Niebuhr sospechen que aquí no termina la historia. La certidumbre de que no hay más que decir sobre Dios (si es que hay Dios) que afirmar que es infinitivamente indulgente y bueno es tan difícil de erradicar como la correhuela. Una vez que ha echado raíces, el cristianismo, en el verdadero sentido de la palabra, sencillamente se muere. Porque la sustancia del cristianismo es la fe en el perdón de pecados mediante la obra redentora de Cristo en la cruz. Más, según la teología del Papá Noel, los pecados no ocasionan ningún problema y la expiación resulta innecesaria; el favor activo de Dios se extiende no menos a quienes desoyen sus mandamientos que a quienes los guardan. La idea de que la actitud de Dios hacia mí se afecta por el hecho de que yo haga o no lo que él me dice no tiene lugar en el pensamiento del hombre de la calle, y cualquier intento de indicar la necesidad de sentir temor ante la presencia de Dios, y de temblar ante su palabra, se descarta como algo irremediablemente pasado de moda -como un concepto "victoriano", "puritano”, o "sub-cristiano”.

Mas la teología del Papá Noel lleva en sí la semilla de su propio 'colapso, porque no puede dar razón del mal. No es accidental que cuando la creencia en el "buen Dios" del liberalismo alcanzó difusión, a principios de siglo, el así llamado "problema del mal" (que hasta entonces no había sido ningún problema) súbitamente adquirió prominencia como la cuestión prioritaria de la apologética cristiana. Esto era inevitable, porque no era posible ver la buena voluntad de un Papá Noel celestial en cosas tan desgarradoras y destructivas como la crueldad, la infidelidad matrimonial, la muerte en las calles, o el cáncer al pulmón. La única forma de salvar la perspectiva liberal de Dios es la de disociado de estas cosas, y negar que él tenga relación directa con ellas o control sobre ellas; en otras palabras, negar su omnipotencia y su señorío sobre el mundo. Los teólogos liberales adoptaron esta posición hace cincuenta años, y el hombre de la calle la acepta hoy. De este modo ha quedado con un Dios bueno que quiere hacer el bien, pero que no siempre puede aislar a sus hijos del dolor y las dificultades. Cuando se presentan las dificultades, en consecuencia, no hay otra solución que sonreír y aguantar. De este modo, mediante una irónica paradoja, la fe en Dios que es toda bondad y nada de severidad, tiende a afirmar a los hombres en su actitud fatalista y pesimista hacia la vida.

He aquí, por lo tanto, una de las Veredas religiosas de nuestro día, que conducen (como lo hacen todas de un modo o de otro) al país del Castillo de la Duda y del Gigante Desesperación. ¿Cómo pueden los que se han descarriado de este modo volver al camino verdadero? Solamente aprendiendo a relacionar la bondad de Dios con su severidad, según las Escrituras. El propósito del presente capítulo es el de bosquejar la sustancia de la enseñanza bíblica sobre este asunto.

II

La bondad, tanto en Dios como en el hombre, significa algo admirable, atractivo, digno de alabanza. Cuando los escritores bíblicos llaman a Dios "bueno", están pensando en general en todas aquellas cualidades morales que hacen que su pueblo lo llame "perfecto", y, en particular, en la generosidad que los lleva a llamado "misericordioso" y lleno de "gracia", como también a hablar de su "amor". Ampliemos esto un poco.
La Biblia proclama constantemente el tema de la perfección moral de Dios, como la declaran sus propias palabras y se verifica en la experiencia de su pueblo. Cuando estaba con Moisés en el monte Sinaí "proclamando el nombre (es decir, el carácter revelado) de Jehová (es decir, Dios como el Jehová de su pueblo, el soberano salvador que dice de sí mismo 'Yo soy el que soy' en el pacto de la gracia)", lo que dijo fue esto: "¡Jehová! ¡Jehová! fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, y que de ningún modo tendrá por inocente al malvado… “(Exo. 34: 5-7). Y este proclamar de la perfección moral de Dios se llevó a cabo como el cumplimiento de su promesa de hacer pasar delante de Moisés todo su bien, su bondad (Exo. 33: 19). Todas las perfecciones particulares que se mencionan aquí, y todas las que van con ellas -toda la veracidad y absoluta honestidad de Dios, su inagotable justicia y sabiduría, su ternura, su paciencia, y su total suficiencia para todos cuantos buscan penitentemente su auxilio, la nobleza de su bondad al ofrecer a 'los hombres el exaltado destino de la comunión con él en santidad y amor-, todas estas cosas en conjunto constituyen la bondad de Dios, en el sentido pleno de la suma total de sus reveladas excelencias. Y cuando David declaró, "En cuanto a Dios, perfecto es su camino" (II Sam. 22: 31; Sal. 18: 30), lo que quiso significar fue que el pueblo de Dios encuentra en la experiencia, como lo había encontrado él mismo, que Dios jamás obra sino encuadrado en el marco de la bondad que ha manifestado poseer. "Perfecto es su camino, y acrisolada la palabra de Jehová; escudo es a todos los que en él esperan." Este salmo en general constituye la declaración retrospectiva de David sobre la forma en que él mismo había comprobado que Dios es fiel a sus promesas y del todo suficiente como escudo y defensor; y todo hijo de Dios que no ha perdido el derecho a la primogenitura reincidiendo, comparte una experiencia similar.

(Incidentalmente, si el lector no ha leído cuidadosamente todo este salmo, preguntándose en cada punto en qué medida su testimonio se compara con el de David, le sugeriría que lo hiciese de inmediato -y que luego lo siga haciendo con frecuencia. Descubrirá que se trata de una disciplina saludable, si bien demoledora.)

Con todo, hay más todavía. Dentro del conjunto de perfecciones morales de Dios hay una en particular a la que apunta el término "bondad" ("misericordia"): la cualidad que Dios destacó en forma específica dentro del total cuando proclamó "todo su bien" (cf. BJ: toda su bondad) a Moisés. Habló sobre sí mismo con la expresión "grande en misericordia y verdad" (Exo. 34: 6). Esta es la cualidad de la generosidad. La generosidad significa una disposición a dar a otros en forma que no tiene motivo mercenario alguno y que no está limitada por lo que merecen los destinatarios, sino que invariablemente va más allá. La generosidad expresa el simple deseo de que otros tengan lo que necesitan para que sean felices. La generosidad es, por decido así, el foco \ central de la perfección moral de Dios; es la cualidad que determina cómo se han de desplegar todas las restantes excelencias de Dios. Dios es "grande en misericordia" -ultra bonus, como solían expresado los teólogos latinos de otros tiempos, espontáneamente bueno, rebosante de generosidad. Los teólogos de la escuela reformada

emplean la palabra neotestamentaria "gracia" (favor gratuito) para cubrir todo acto de generosidad divina, del tipo que sea, y por lo tanto distinguen entre la "gracia común" de la "creación, preservación, y todas las bendiciones de esta vida", y la "gracia especial" manifestada en la economía de la salvación. El sentido del contraste entre "común" y "especial" está en que todos se benefician de la primera, pero no a todos alcanza la segunda. El modo bíblico de trazar la diferencia sería el de decir que Dios es bueno con todos en algunas maneras y con algunos en todas las maneras.

La generosidad de Dios, consistente en conceder bendiciones naturales, es aclamada en el Salmo 145. "Bueno es Jehová para con todos, y sus misericordias sobre todas sus obras… Los ojos de todos esperan en ti, y tú les das su comida a su tiempo. Abres tu mano, y colmas de bendición a todo ser viviente (vv. 9, 15,16; cf. Hec. 14:17). Lo que quiere decir el salmista es que, desde el momento que Dios controla todo lo que ocurre en su mundo, toda comida, toda alegría, toda posesión, todo momento de sol, toda noche de sueño, todo momento de salud y seguridad, todo cuanto sustenta y enriquece la vida, es don divino. ¡Y cuán abundantes son estos dones! "Cuenta tus bendiciones, menciónalas una por una", dice la canción (el "corito") infantil, y todo el que con sinceridad se dedique a enumerar solamente sus bendiciones naturales comprenderá a poco andar la fuerza de la línea siguiente: "y te sorprenderá lo que ha hecho el Señor". Pero las misericordias de Dios en el plano natural, por abundantes que sean, se empequeñecen ante las bendiciones mayores de la redención espiritual. Cuando los cantores de Israel llamaban al pueblo a dar gracias a Dios "porque él es bueno; porque para siempre es su misericordia" (Sal. 106: 1; 107: 1; 118: 1; cf. 100:4s; II Cro. 5: 13; 7: 13; Jer. 33: 11), generalmente estaban pensando en misericordias redentoras: misericordias tales como "las poderosas obras" de Dios al salvar a Israel de Egipto (Sal. 106: 2ss, 136), su disposición para ser paciente y perdonar cuando sus siervos caen en el pecado (Sal. 86: 5), y su ánimo pronto para enseñar al hombre 'su camino (Sal. 119: 68). Y la bondad a que se refería Pablo en Romanos 11: 22 era la misericordia de Dios de injertar gentiles "silvestres" en el olivo -es decir, la comunión del pueblo del pacto, la comunidad de los creyentes salvados.

La exposición clásica de la bondad de Dios es el Salmo 107. Allí, para reforzar su llamado a alabar "a Jehová, porque él es bueno", el salmista generaliza basado en experiencias pasadas de Israel en la cautividad, y de israelitas con necesidades personales, para dar cuatro ejemplos de cómo "clamaron a Jehová en su angustia, y los libró de sus aflicciones"(vv. 6, 13, 19,28). El primer ejemplo es el de Dios redimiendo a los impotentes de manos de sus enemigos y conduciéndolos por el desierto hasta encontrar lugar donde vivir; el segundo es el de Dios librando de las "tinieblas y sombra de muerte" a quienes él mismo había llevado a esa condición a causa de su rebeldía contra él; el tercero es el de Dios sanando las enfermedades con las que había castigado a los "insensatos" que no lo tuvieron en cuenta; el cuarto es el de Dios protegiendo a los que andaban en el mar cuando la tempestad amenazaba hundir el barco. Cada uno de los episodios termina con el estribillo" Alaben la misericordia de Jehová, y sus maravillas para con los hijos de los hombres" (vv. 8, 15, 21,31). El Salmo todo constituye un majestuoso panorama de las operaciones de la bondad divina en la tarea de transformar vidas humanas.

III

Veamos ahora lo que es la severidad de Dios. La palabra que emplea Pablo en Romanos 11: 22 significa literalmente I "cortar"; denota el retiro terminante por parte de Dios de (su bondad para con los que la han despreciado. Nos recuerda un hecho en relación con Dios que él mismo declaró I cuando proclamó su nombre ante Moisés; a saber, que si bien él es "grande en misericordia y verdad", "de ningún modo tendrá por inocente al malvado" -vale decir, los culpables obstinados e impenitentes (Exo. 34:6s). El acto de severidad al que se refería Pablo era el rechazo por parte de Dios de Israel como cuerpo -separándolos del olivo, del que constituían ellos ramas naturales- porque no creyeron el evangelio de Jesucristo. Israel calculaba que contaba con la misericordia de Dios, pero no tuvieron en cuenta la manifestación concreta de su misericordia en el Hijo; y la reacción de Dios fue veloz: cortó a Israel. Pablo aprovecha la ocasión para advertir a los cristianos gentiles que si se alejaban como ocurrió con Israel, Dios los cortaría a ellos también. "Tú por la fe estás en pie. No te ensoberbezcas, sino teme. Porque si Dios no perdonó a las ramas naturales, a ti tampoco te perdonará" (Rom. 11:20s).

El principio que Pablo aplica en este caso es el de que, por detrás de todo acto de misericordia divina, se yergue una amenaza de severidad en juicio si dicha misericordia es menospreciada. Si no permitimos que ella nos acerque a Dios en espíritu de gratitud y de amor recíproco, no podemos echarle la culpa a nadie sino a nosotros mismos cuando Dios se nos vuelve en contra. En la misma carta a los Romanos Pablo ya se había dirigido al crítico no cristiano y satisfecho de sí mismo en los siguientes términos: "su benignidad te guía al arrepentimiento", es decir, como lo expresa correctamente J. B. Phi1lips en su paráfrasis, "tiene como fin guiarte al arrepentimiento". "Tú que juzgas a los que tal hacen, y haces lo mismo", y, sin embargo, Dios ha cargado con tus faltas, las mismas faltas que 'en tu opinión merecen el juicio divino cuando las ves en otros, y tendrías que sentirte muy humillado y muy agradecido. Mas si, mientras despellejas a otros, tú mismo no te vuelves a Dios, entonces "menosprecias las riquezas de su benignidad, paciencia y longanimidad", y, de este modo, "por tu dureza y por tu corazón no arrepentido, atesoras para ti mismo ira" (Rom. 2: 1-5). De modo semejante, Pablo les dice a los cristianos romanos que la misericordia de Dios sería su porción si se daba una condición: "si permaneces en esa bondad pues de otra manera tú también serás cortado" (Rom. 11: 22). Es el mismo principio en cada caso. Quienes rehúsan responder a la bondad de Dios arrepintiéndose, y expresan do fe, confianza, y sumisión a su voluntad, no pueden sorprenderse o quejarse si, tarde o temprano las pruebas de su bondad son quitadas, la oportunidad para beneficiarse de ella termina, y sobreviene el castigo.

Pero Dios no es impaciente en su severidad; todo lo contrario. Dios es "tardo ["lento"] para la ira" (Neh. 9: 17; Exo. 34:6; Num. 14: 18; Sal. 86: 15; 103:8; 145:8; Joel 2: 13; Jon. 4:2). La Biblia da gran importancia a la paciencia y la tolerancia de Dios, por cuanto pospone juicios merecidos con el fin de extender el día de la gracia y dar mayor oportunidad para el arrepentimiento. Pedro nos recuerda cómo, cuando la tierra estaba corrompida y clamaba pidiendo juicio, con todo, "esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé" (I Ped. 3:20) -referencia, probablemente, a los ciento veinte años de tregua (como parece haberlo sido) que se mencionan en Gen. 6: 3. Asimismo, en Romanos 9: 22, Pablo nos dice que, a lo largo del curso de la historia,

Dios "soportó con mucha paciencia los vasos de ira preparados para destrucción". Además, Pedro explica a sus lectores del primer siglo que la razón de que el prometido regreso de Cristo para juzgar no ha ocurrido aún es que Dios "es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento" (II Pedo 3: 9); y esa misma explicación tiene vigencia hasta hoy aparentemente. La paciencia que Dios manifiesta al dar "tiempo para que se arrepienta" (Apo. 2:21), antes de que se produzca el juicio; constituye una de las maravillas de la historia bíblica. No es de sorprender que el Nuevo Testamento recalque el hecho de que la paciencia es una virtud y una obligación cristianas; es en verdad parte de la imagen de Dios (Gal. 5:22; Efe. 4:2; Col. 3: 12).

IV

Siguiendo la línea de pensamiento expresada arriba podemos aprender por lo menos tres lecciones.

1. Debemos apreciar la bondad de Dios

Debemos contar nuestras bendiciones. Aprendamos a no dar por sentados los beneficios naturales, capacidades, y deleites; aprendamos a darle gracias a Dios por todo. No menospreciemos la Biblia, ni el evangelio de Jesucristo, con una actitud ligera f hacia cualquiera de los dos. La Biblia nos muestra un Salvador que sufrió y murió con el objeto de que nosotros los pecadores pudiésemos ser reconciliados con Dios; el Calvario es la medida de la bondad de Dios; tomémoslo a pechos. Hagámonos la pregunta del salmista: "¿Qué pagaré a Jehová por todos sus beneficios para conmigo?" Procuremos tener la gracia suficiente para hacer nuestra su propia respuesta: "Tomaré la copa de la salvación, e invocaré el nombre de Jehová… Oh Jehová, ciertamente soy yo tu siervo… A Jehová pagaré ahora mis votos … " (Sal. 116: 12ss).

2. Debemos apreciar la paciencia de Dios

Pensemos en cómo nos ha aguantado, y nos sigue aguantando, cuando tanto de lo que hay en nuestra vida es indigno de él, y cuando hemos merecido que nos rechace sin contemplación. Aprendamos a maravillamos de su paciencia, y a buscar la gracia necesaria para imitada en nuestro trato con los demás; y procuremos en adelante no poner a prueba su paciencia.

3. Debemos apreciar la disciplina de Dios

El es tanto nuestro sustentador como, en último análisis, nuestro medio; todas las cosas vienen de él y hemos probado su bondad todos los días de nuestra vida. ¿Nos ha llevado esta experiencia al arrepentimiento, y a la fe en Cristo? Si no, estamos jugando con Dios, y estamos expuestos a la amenaza de su severidad. Pero si, ahora, él, en la frase de Whitefield, coloca espinas en nuestra cama, es con el único fin de despertamos del sueño de la muerte espiritual y para hacernos levantar para buscar su misericordia. O si somos verdaderos creyentes, y él todavía nos pone espinas en la cama, es con el único fin de impedir que caigamos en el sopor de la complacencia, y para asegurar que "permanezcamos en esa bondad", permitiendo que nuestro sentido de necesidad nos

lleve constantemente a buscar su rostro en actitud de humillación y fe. Esta benévola disciplina, en la que la severidad de Dios nos toca por un momento en el contexto de su bondad, tiene como fin evitar que tengamos que afrontar todo el peso de su severidad sin dicho contexto. Se trata de una disciplina de amor, -y ha de ser aceptada en conformidad. "Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor" (Heb. 12:5). "Bueno me es haber sido humillado, para que aprenda tus estatutos" (Sal. 119:71).

CAPITULO 17: EL DIOS CELOSO

I

"El Dios celoso"… suena ofensivo, ¿no es cierto? Porque conocemos el celo, "ese monstruo de ojos verdes", como un vicio, uno de los defectos más voraces y destructivos que existen, mientras que Dios, lo sabemos muy bien, es perfectamente bueno. ¿Cómo, entonces, es posible que alguien pudiera imaginar jamás que haya celo en él?

El primer paso en la elaboración de una respuesta a esta pregunta es el de aclarar que no se trata de imaginar nada. Si estuviéramos imaginando un Dios, entonces, naturalmente, le asignaríamos únicamente características que admira más, y el celo no entraría en escena para nada. A nadie se le daría por imaginar un Dios celoso. Pero no estamos fabricando una idea sobre Dios en base a nuestra imaginación; más bien, estamos procurando escuchar la voz de la Sagrada Escritura, en la que Dios mismo nos dice la verdad sobre sí mismo. Porque Dios, nuestro Creador, ha quien jamás hubiéramos podido descubrir mediante el ejercicio de la imaginación, se ha revelado a sí mismo. Ha hablado. Ha hablado mediante muchos agentes humanos, y en forma suprema por su Hijo, nuestro Señor Jesucristo. Y no ha dejado que sus mensajes, y el recuerdo de sus portentosos hechos, fue sen torcidos y perdidos por los procesos deformatorios de la transmisión oral. En vez de esto, ha dispuesto que quedasen registrados en forma de escritos permanentes. Y allí en la Biblia, el "registro público" de Dios, como la llamaba Ca1vino, encontramos que Dios habla repetidas veces de su celo.

Cuando Dios sacó a Israel de Egipto y lo llevó al Sinaí, para darle la ley y el pacto, su celo fue uno de los primeros hechos que le enseñó en cuanto sí mismo. La sanción del segundo mandamiento, que le fue dado a Moisés en forma audible y escrita "con el dedo de Dios" en tablas de piedra (Exo. 31:18), se hizo con estas palabras: "Yo soy Jehová tu Dios celoso" (20:5). Poco después Dios le dio a Moisés el mismo concepto en forma más sorprendente: "Jehová, cuyo nombre es Celoso, Dios celoso es" (34: 14). Por encontrarse en el lugar que se encuentra, este texto resulta sumamente significativo. El hacer conocer el nombre de Dios -es decir, como siempre en la Escritura, su naturaleza y su carácter- constituye un tema básico de Éxodo. En el capítulo 3 Dios había declarado que su nombre era "Yo soy el que soy", o, simplemente, "yo SOY", y en el capítulo 6, "Jehová" ("el SEÑOR"). Dichos nombres hacían referencia a su existencia propia, su autodeterminación, y su soberanía. Luego, en el capítulo 34: 5ss, Dios había proclamado a Moisés su nombre diciéndole que Jehová es "misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad;' que guarda misericordia que perdona la iniquidad que visita la iniquidad… ". He aquí un nombre que destacaba su

gloria moral. Finalmente, siete versículos más adelante, como parte de la misma conversación con Moisés, Dios resumió y redondeó la revelación sobre su nombre declarando que era "Celoso". Está claro' que esta palabra inesperada representaba una cualidad en Dios que, lejos de ser incompatible con la exposición anterior de su nombre, era en algún sentido su resumen. Y como esta cualidad era en el sentido verdadero su "nombre", es evidente que era muy importante que su pueblo la comprendiera.

En realidad, la Biblia habla bastante sobre el celo de Dios. Hay otras referencias a él en el Pentateuco (Num. 25:11; Deú. 4:24; 6:15; 29:20; 32:16,21), en los libros históricos (Jos. 24: 19; 1 Rey. 14:22), en los profetas (Eze. 8:3-5; 16:38,42; 23:25; 36:5ss; 38: 19; 39:25; Joel 2: 18; Nah. 1:2; Sof. 1: 18; 3:8; Zac. 1: 14, 8:2), y en los Salmos (78:58; 79:5). Se lo presenta constantemente como motivo para la acción, ya sea en ira o en misericordia. "Me mostraré celoso por mi santo nombre" (Eze. 39:25); "Celé con gran celo a Jerusalén y a Zion" (Zac. 1: 14); "Jehová es Dios celoso y vengador" (Nah. 1: 2). En el Nuevo Testamento Pablo les pregunta a los insolentes corintios: "¿Provocaremos a celos al Señor?" (I Cor 10: 22); Santiago 4:5, versículo de difícil interpretación, dice así en la RVR: "El Espíritu que él ha hecho morar en nosotros nos anhela celosamente. "

II

Empero, ¿de qué naturaleza es este celo divino? nos preguntamos. ¿Cómo puede ser una virtud en Dios cuando es un defecto en los hombres? Las perfecciones de Dios son asunto para la alabanza; pero, ¿cómo podemos alabar a Dios por ser celoso?

La respuesta a estas interrogantes la encontraremos teniendo en cuenta dos factores. Primero: las afirmaciones bíblicas acerca del celo de Dios son antropomorfismos, vale decir, descripciones de Dios en lenguaje tomado de la vida humana. La Biblia está llena de antropomorfismo -el brazo, la mano, el dedo de Dios, su facultad de oír, de ver, de oler; su ternura, enojo, arrepentimiento, risa, gozo, etcétera. La razón de que Dios' emplee estos términos para hablamos acerca de sí mismo es la de que el lenguaje tomado de nuestra propia vida personal constituye el medio más preciso de que disponemos para comunicar nociones 'sobre él. El es un ser personal, y también lo somos nosotros, de un modo que no lo comparte ninguna otra cosa creada. Sólo el hombre, de todas las criaturas físicas, fue hecho a la imagen de Dios. Como nos parecemos más a Dios que ningún otro ser que conozcamos, resulta más instructivo, y menos desconcertante, que Dios se nos ofrezca en términos humanos de lo que lo sería si se valiese de cualquier otro medio. Esto ya lo dejamos aclarando en el capítulo 15.

Ante los antropomorfismos de Dios, sin embargo, es fácil tomar el rábano de las hojas. Hemos de tener presente que el hombre no es la medida de su Hacedor, y que, cuando se emplea para Dios el lenguaje relacionado con la vida de los seres ,humanos no debe suponerse que están incluidas las limitaciones de la criatura humana de conocimiento, poder, visión, fuerza, o consistencia, o cualquiera otra semejante. Y debemos recordar que aquellos elementos de las cualidades humanas que evidencian el efecto corruptor del pecado no tienen contrapartida en Dios. Así, por ejemplo, su ira no es esa innoble erupción de cólera humana tan frecuente en nosotros, señal de orgullo y debilidad, sino

que es la santidad que reacciona ante el mal, de un modo que resulta moralmente justo y glorioso. "La ira del hombre no obra la justicia de Dios" (San. 11: 20), pero la ira de Dios es precisamente su justicia manifestada en acción judicial. Del mismo modo, el celo de Dios no es un compuesto de frustración, envidia, despecho, como lo es tan a menudo el celo humano, sino que aparece en cambio como un fervor (literalmente) digno de alabanza para preservar algo supremamente precioso. Esto nos lleva al segundo punto.

Segundo: hay dos clases de celos entre los hombres, y sólo uno de ellos constituye un defecto. El celo vicioso (la envidia) es una expresión de la actitud que dice: "Yo quiero lo que tienes tú, y te odio porque no lo tengo." Se trata de un resentimiento infantil que brota como consecuencia de la codicia no reprimida, que se expresa en envidia, malicia, y mezquindad de proceder. Es terriblemente potente, porque se nutre y a la vez es alimentado por el orgullo, la raíz principal de nuestra naturaleza caída. El celo puede volverse obsesivo y, si se le da rienda suelta, puede llegar a destrozar totalmente una personalidad que antes era firme. "Cruel es la ira, e impetuoso el furor; mas ¿quién podrá sostenerse delante de la envidia?", pregunta el sabio (Pro. 27:4). Lo que con frecuencia se denomina el celo sexual, la loca furia de un pretendiente rechazado o suplantado, es de este tipo.

Pero hay otra clase de celo: el celo por proteger una I relación amorosa, o por vengarla cuando ha sido rota. Este celo opera igualmente en la esfera del sexo; allí, sin embargo, aparece, no como la reacción ciega del orgullo herido sino como fruto del afecto conyugal. Como lo ha expresado el profesor Tasker, las personas casadas "que no sintieran celo ante la irrupción de un amante o un adúltero en el hogar carecerían por cierto de percepción moral; porque la exclusividad en el matrimonio es la esencia del mismo" (The Epistle 0f James/La Epístola de Santiago, p. 106). Este tipo de celo es una virtud positiva, por cuanto denota una real comprensión del verdadero significado de la relación entre marido y mujer, juntamente con el celo necesario para mantenerla intacta. El Antiguo Testamento reconocía la justicia de dicho celo, y especificaba una "ofrenda de celos", y una prueba con una maldición aparejada a ella, por la que el esposo que sospechaba que su mujer le había sido infiel y que en consecuencia estaba poseído de un "espíritu de celos", pudiera salir de la duda, en un sentido u otro (Num. 5: 11-32). Ni aquí ni en la otra referencia al esposo ofendido, en Proverbios 6: 34, sugiere la Escritura que el "celo" sea cuestionable en este caso; más bien, trata su decisión de cuidar su matrimonio contra la invasión, y de tornar medidas contra cualquiera que ose violarlo, corno algo natural, normal y justo, y como prueba de que valora el matrimonio corno corresponde.

Ahora bien, para la Escritura, invariablemente, el celo de Dios es de este último tipo: vale decir, corno un aspecto de su amor hacia su pueblo del pacto. El Antiguo Testamento considera el pacto de Dios corno su casamiento con Israel, que lleva en sí la demanda de un amor y una lealtad incondicionales. La adoración de ídolos, y toda relación comprometedora con idólatras no israelitas, constituía desobediencia e infidelidad, lo cual Dios veía corno adulterio espiritual que lo provocaba al celo y la venganza. Todas las referencias. mosaicas al celo de Dios tienen que ver con la adoración de ídolos de un modo o de otro, todas tienen su origen en la sanción del segundo mandamiento, que citamos anteriormente. Lo mismo se puede decir de Josué 24: 19; 1 Reyes 14:22; Salmo 78:58, y en el Nuevo Testamento 1 Corintios 10:22. En

Ezequiel 8:3, a un ídolo que se adoraba en Jerusalén se le llama, "imagen de celos, la que provoca a celos", En Ezequiel 16 Dios caracteriza a Israel como su esposa adúltera, embrollada en impías alianzas con ídolos e idólatras de Canaán, Egipto, y Asiría, y pronuncia sentencia corno sigue: "Yate juzgaré por las leyes de las adúlteras, y de las que derraman sangre; y traeré sobre ti sangre de ira y de celos" (v. 38; cf. v. 42; 23:25).

Por estos pasajes podemos ver claramente lo que quería decir Dios cuando le dijo a Moisés que su nombre era "Celoso". Quiso significar que exige de aquellos a quienes ha amado y redimido total y absoluta lealtad, y que vindicará .su exigencia mediante acción rigurosa contra ellos si traicionan su amor con infidelidad. Calvino dio en el clavo cuando explicó la sanción del segundo mandamiento corno sigue:

El Señor con frecuencia se dirige a nosotros en el carácter de esposo… Así corno él cumple todas las funciones de un esposo fiel y verdadero, requiere de nosotros amor y castidad; es decir, que no prostituyamos nuestra alma con Satanás… Así como cuanto más puro y casto sea un marido, tanto más gravemente se siente ofendido cuando ve que su mujer se vuelve hacia un rival; así también el Señor, que en verdad nos ha desposado consigo, declara que arde con el celo más ardiente cada vez que, ignorando la pureza de su santo matrimonio, nos contaminamos con concupiscencias abominables, y especialmente cuando la adoración de su Deidad, que tendría que haber sido mantenida incólume con el mayor cuidado, se transfiere a otro, o se adultera con alguna superstición; por cuanto de este modo no sólo violamos nuestro desposorio sino que contaminamos el lecho nupcial, permitiendo en él a los adúltero s (Institutes, II, viii, 18; Institución de la Religión Cristiana, Países Bajos: Fundación Editora de literatura Reformada, 1968, en dos volúmenes).

Empero, si hemos de ver la cuestión en su verdadera dimensión, tendremos que aclarar algo más. El celo de Dios por su pueblo, como hemos visto, presupone el amor que' responde al pacto; y dicho amor no es un afecto transitorio, accidental y sin objeto, sino que es la expresión de un propósito soberano. El objetivo del amor de Dios en el pacto es 1 el de contar con un pueblo en la tierra mientras dure la historia, y posteriormente el de tener a todos los fieles de todas las épocas consigo en la gloria. El amor pactado es el centro del plan de Dios para su mundo. Y esa la luz del plan total de Dios para su mundo que debe entenderse, en último análisis, su celo. Porque el objetivo último de Dios como lo declara la Biblia, es triple: el de vindicar su gobierno y su justicia mostrando su soberanía al juzgar el pecado; el de rescatar y redimir a su pueblo elegido; y el de ser amado y alabado por ellos por sus gloriosos actos de amor y auto vindicación. Dios busca lo que nosotros deberíamos buscar -su gloria, en y a través de los hombres-, y su celo tiene como fin asegurar al cabo dicho propósito. Su celo es, precisamente, en todas sus manifestaciones, "el celo de Jehová de los ejércitos" (Isa. -9:7; 37:32; cf. Eze. 5:13) para lograr el cumplimiento de su propósito de Misericordia y justicia.

De manera que el celo de Dios lo lleva, de un lado, a juzgar y destruir a los infieles entre su pueblo, los que caen en la idolatría y el pecado (Deu. 6:14s; Jos. 24:19; Sof. 1: 18) ;y, más aun, a juzgar a los enemigos de la justicia y la misericordia en todas partes (Nah. 1:2; Eze. 36:5s; Sof. 3:8); también lo lleva, de otro lado, a restaurar a su pueblo luego que el juicio nacional los ha castigado y humillado (el juicio de la cautividad,

Zacarías 1: 14; 8:2; el juicio de la plaga de langostas, Joel 2: 18). ¿Y qué es lo que motiva estas acciones? Simplemente el hecho de que se muestra "celoso por [su] santo nombre" (Eze. 39:25). Su "nombre" es su naturaleza y su carácter como Jehová, el Señor, soberano de la historia, el "nombre" que debe ser conocido, honrado, alabado. "Yo Jehová, este es mi nombre; y a otro no daré mi gloria, ni mi alabanza a esculturas." "Por mí, por amor de mí mismo lo haré, para que no sea mancillado mi nombre, y mi honra no la daré a otro"(Isa. 42:8; 48: 11). He ahíla quintaesencia del celo de Dios.

III

¿Qué relación práctica tiene todo esto con los que se dicen pueblo del Señor? La respuesta podemos dada bajo dos encabezamientos.

1. El celo de Dios exige que seamos celosos para con Dios

Como la respuesta adecuada al amor de Dios para con nosotros es amor para con él, así también la respuesta adecuada a su celo por nosotros es el celo para con él. Su ' interés en nosotros es grande; por ello nosotros también r debemos ocupamos grandemente de él. Lo que implica la 1 prohibición de la idolatría en el segundo mandamiento es que el pueblo de Dios ha de dedicarse en forma positiva y apasionada a su persona, su causa, y su honor. La palabra bíblica para tal devoción es justamente celo, a veces denominado precisamente celo de Dios. Dios mismo, como hemos visto, ostenta dicho celo, y los fieles han de manifestarlo también.

La descripción clásica del celo de Dios la hizo el obispo C. Ryle. Lo citamos extensamente: El celo en lo religioso es un deseo ardiente de agradar a Dios, hacer su voluntad, y proclamar su gloria en el mundo en todas sus formas posibles. Es un deseo que ningún hombre siente por naturaleza -que el Espíritu pone en el corazón de todo creyente cuando se convierte-, pero que algunos creyentes sienten en forma mucho más fuerte que otros, al punto de que sólo ellos merecen que se los considere "celosos"…

El hombre celoso en lo religioso es prominentemente hombre de una sola cosa. No basta con decir que es diligente, sincero, inflexible, cabal, activo, ferviente en espíritu. Sólo ve una cosa, está envuelto en una sola cosa; y esa sola cosa es agradar a Dios. Sea que viva o que muera: sea que tenga salud, sea que padezca enfermedad; sea rico o sea pobre; sea que agrade a los hombres o que los ofenda; sea que se lo considere sabio, o que se lo considere tonto; sea que reciba alabanza o que reciba censura; sea que reciba honra o pase vergüenza; al hombre que tiene celo nada de esto le importa. Siente fervor por una sola cosa; y esa sola cosa es agradar a Dios y proclamar su gloria. Si ese fervor ardiente lo consume, esto tampoco le importa; está contento. Siente que, como una lámpara, ha sido hecho para arder; y si se consume al arder, no ha hecho más que cumplir con la tarea para la que Dios lo ha señalado. Tal persona siempre encontrará campo para su celo. Si no puede predicar, trabajar, dar dinero, podrá llorar, suspirar, orar. … Si no puede luchar en el valle con J Josué, hará la obra de Moisés, Aarón, y Hur en el monte (Exo. 17:9-13). Si se le impide trabajar a él mismo, no le dará descanso al Señor hasta que la ayuda necesaria surja de alguna parte y la obra se realice. Esto es lo que quiero decir cuando hablo de "celo" en lo religioso (Practical Religion/Religión práctica, ed. 1959, p. 130).

El celo, anotamos, es un mandato en las Escrituras. Se lo alaba. Los cristianos han de ser "celosos de buenas obras" (Tit. 2: 14). Por su "celo", luego de haber sido reprendidos, los corintios fueron aplaudidos (II Coro 7: 11). Elías sintió "un vivo celo por Jehová Dios de los ejércitos" (1 Rey. 19: 10,14), y Dios honró su celo enviando un carro de fuego que lo llevase al cielo y eligiéndolo como el representante de la "compañía de los profetas" para estar con Moisés en el monte de la transfiguración y hablar con el Señor Jesús. Cuando Israel provocó la ira de Dios por su idolatría y su prostitución, y Moisés hubo sentenciado a los culpables a muerte y el pueblo lloraba, y un hombre eligió ese momento para aparecer con una mujer madianita del brazo, y Finees, prácticamente loco de desesperación, alanceó a ambos, Dios ensalzó a Finees por haber tenido "celo por su Dios", "llevado de celo entre ellos; por lo cual yo no he consumido en mi celo a los hijos de Israel" (Num. 25: 11,13). Pablo era un hombre celoso, concentrado enteramente en la obra para su Señor. Estando en peligro de ser encarcelado, y del sufrimiento consiguiente, declaró: "De ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios" (Hec. 20: 24). Y el propio Señor Jesús fue un ejemplo supremo de celo. Cuando lo vieron limpiar el templo "se acordaron sus discípulos de que está escrito: El celo de tu casa me consume" (Juan 2:17).

¿Y qué de nosotros, entonces? ¿Nos consume el celo por la casa de Dios y la causa de Dios? ¿Nos posee? ¿Arde realmente en nosotros? ¿Podemos decir, con el Maestro, "Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra" (Juan 4: 34)? ¿Qué clase de discipulado es el nuestro? ¿Tenemos o no necesidad de orar, con aquel ardiente evangelista, George Whitefield -hombre tan humilde como lo era celoso-, "Señor, ayúdame a comenzar a comenzar"?

2. El celo de Dios amenaza a las iglesias que no tienen celo de Dios

Amamos a nuestras iglesias; ellas tienen para nosotros recuerdos sagrados; no podemos imaginar que desagraden a Dios, por lo menos, no seriamente. Pero el Señor Jesús en ' cierta ocasión le mandó un mensaje a una iglesia muy parecida a algunas de las nuestras -la engreída iglesia de Laodicea- en el que le decía a la congregación que su falta de celo constituía fuente de supremas ofensas para él. "Yo conozco tus obras, ni eres frío ni caliente. ¡Ojala fueses frío o caliente!" ¡Cualquier cosa hubiera sido mejor que esa apatía satisfecha de sí misma! "Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca… Sé, pues, celoso, y arrepiéntete" (Apo. 3: 15s, 19). ¿Cuántas de nuestras iglesias en el día de hoy son ortodoxas, respetables… y tibias? ¿Cuál ha de ser entonces, la palabra de Cristo para ellas? ¿Qué esperanza podemos alentar, a menos que, por la misericordia de ese Dios que en su ira recuerda la misericordia, encontremos el celo necesario para el arrepentimiento? ; Avívanos, Señor, antes de que se desencadene el juicio.

CAPITULO 18: LA ESENCIA DEL EVANGELIO

I

El príncipe Paris se había llevado a la princesa Elena a Troya. La fuerza expedicionaria griega se había embarcado con el fin de recuperada, pero se vio detenida a mitad de camino por persistentes vientos contrarios. Agamenón, el general griego, mandó traer a su hija y ceremonialmente la mató en sacrificio a fin de apaciguar a los dioses, que evidentemente le eran hostiles. El recurso dio resultado; los vientos del occidente volvieron a soplar, y la flota llegó a Troya sin mayores dificultades.

Este incidente en la leyenda guerrera de Troya, que data del 1000 A.C., refleja la idea de la propiciación en que se basan las religiones paganas en todo el mundo y en todas las épocas. El concepto es como sigue. Hay diversos dioses, ninguno de los cuales disfruta del dominio absoluto, pero cada uno con cierta facultad de hacer que la vida sea más fácil o más difícil. Su humor es uniformemente imprevisible; se ofenden ante las cosas más insignificantes, o se ponen celosos porque consideran que se les está prestando demasiada atención a otros dioses o personas en detrimento de ellos, y se desquitan manipulando las circunstancias en contra del ofensor. El único recurso a esa altura es seguidas la corriente y aplacados ofreciendo un sacrificio. La regla con los sacrificios es la de que cuanto mayor sea tanto mejor, por cuanto los dioses. Refieren algo más bien grande. En esto son crueles e implacables; pero ellos tienen la ventaja, y, por lo tanto, ¿qué se puede hacer? El hombre sabio se inclina ante lo inevitable, y se asegura de que ofrece algo lo suficientemente atractivo como para obtener el resultado deseado. Los sacrificios humanos, en particular, resultan costosos pero son efectivos. De modo que la religión pagana aparece como un comercialismo insensible, cuestión de manejar y manipular a los dioses mediante astutos sobornos; y, dentro del paganismo, la propiciación, el aplacamiento del mal humor celestial, tiene su lugar como parte normal de la vida, una de las muchas necesidades fastidiosas que no se pueden eludir.

Ahora bien; la Biblia nos saca completamente de ese mundo que es la religión pagana. Condena al paganismo de entrada, tomándolo como una distorsión monstruosa de la verdad. En lugar de un núcleo de dioses hechos todos obviamente a la imagen del hombre, y que se comportan como muchas de las estrellas de cine de Hollywood, la Biblia coloca al único Dios todopoderoso, el único Dios real y verdadero, en el que toda bondad y verdad tienen su fuente, y al que toda perversión moral resulta aborrecible. En él no hay mal humor, ni capricho, ni vanidad, ni mala voluntad. Podría suponerse, por ello, que no cabría en la religión bíblica la noción de la propiciación.

Pero de ningún modo encontramos esto: todo lo contrario. La idea de la propiciación -es decir, la de conjurar el furor de Dios mediante el sacrificio- recorre toda la Biblia. En el Antiguo Testamento dicha idea está en la base de los rituales establecidos para "el sacrificio expiatorio", el "sacrificio por la culpa", el día de la expiación (Lev. 4: 1-6:7;16); además, encuentra expresión clara en relatos tales como el de Números l6:41ss, donde Dios amenaza con destruir al pueblo por difamar su juicio sobre Coré, Datán, y Abiram: "Y dijo Moisés a Aarón: Toma el incensario, y pon en él fuego del altar, y sobre él pon incienso, y ve pronto a la congregación, y haz expiación por ellos, porque el furor ha salido de la presencia de Jehová; la mortandad ha comenzado. Entonces…,

Aarón… hizo expiación por el pueblo… y cesó la mortandad" (v.46ss).

En el Nuevo Testamento el grupo de vocablos relacionados con la "propiciación" se encuentra en cuatro pasajes de importancia tan trascendental que conviene que nos detengamos a considerados a fondo.

El primero es la clásica declaración de Pablo relativa a la exposición razonada de la justificación de los pecadores por Dios. Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios… la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él. Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús" (Rom: 3:22-26).

El segundo es parte de la exposición en Hebreos relativa a la exposición racional de la encarnación de Dios Hijo. "Convenía que en todo fuese semejado a sus hermanos, a fin de que les fuese un sumo sacerdote misericordioso y fiel, en lo perteneciente a Dios, para hacer propiciación por los pecados del pueblo" (Heb. 2: 17, VM).

El tercero es el testimonio de Juan sobre el ministerio celestial de nuestro Señor. "Si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. Y él es la propiciación por nuestros pecados" (I Juan 2: ls).

El cuarto es la definición del amor de Dios que hace Juan. "Dios es amor. En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su hijo en propiciación por nuestros pecados" (I Juan 4: 8-10).

¿Tiene la palabra "propiciación" algún lugar en nuestro cristianismo? En la fe neotestamentaria ocupa un lugar central. El amor de Dios, el acto de hacerse hombre el Hijo, el significado de la cruz, la intercesión celestial de Cristo, y el camino de la salvación, se explican todos por ella, como lo demuestran los pasajes transcriptos; y toda explicación en la que falte la noción de la propiciación será incompleta; más todavía, conducirá al error, según los cánones neotestamentarios. Al decir esto, nadamos en contra de la corriente de buena parte de la enseñanza moderna, y condenamos de un solo trazo los puntos de vista de un gran número de distinguidos dirigentes eclesiásticos del día de hoy; pero esto no lo podemos evitar. Pablo dijo: "Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, [cuanto más un ministro, obispo, profesor o maestro, o algún conocido escritor] os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema" ["Sea puesto bajo maldición", VP; "sea maldito", Fuenterrabía] (Gál. 1:8). Y un evangelio sin propiciación en su centro es otro evangelio, diferente del que predicaba Pablo. Las implicaciones de esto no deben eludirse.

II

En algunos casos las versiones castellanas han empleado la palabra expiación (o

"sacrificio expiatorio", "expiar") en lugar de propiciación. ¿Dónde está la diferencia? La diferencia está en que expiación tiene la mitad del significado de la propiciación. La expiación es una acción que tiene como su objeto el pecado; denota el acto de esconder, cubrir, apartar, borrar el pecado [cf. aquí la VP - N. del T.], de modo que no constituya ya una barrera para una amistosa comunión entre el hombre y Dios. La propiciación, sin embargo, en la Biblia, denota todo lo que significa la expiación, además de la consiguiente pacificación de la ira de Dios. Así han sostenido, por lo menos, los eruditos cristianos a partir de la Reforma, cuando estas cosas comenzaron a estudiarse por primera vez con vigor; y lo mismo puede sostenerse convincentemente hoy (véase León Morris, The Apostolic Preaching of the cross / La predicación apostólica de la cruz, pp. 125-285, para un ejemplo de ello). Pero en el presente siglo una cantidad de investigadores, notablemente el DI. C. H. Dodd, han redescubierto el punto de vista del unitario Socino del siglo dieciséis, una perspectiva que ya había sido retornada hacia fines del siglo diecinueve por Albrecht Ritschl, uno de los fundadores del liberalismo alemán, en el sentido de que no hay en Dios tal cosa como furor ocasionado por el pecado humano, y en consecuencia no hay necesidad alguna, ni posibilidad, de propiciación. Dodd se ha esforzado en demostrar que el grupo de palabras relacionado con la "propiciación" en el Nuevo Testamento no lleva en sí el sentido de apaciguar el furor de Dios, sino que denota solamente el apartamento del pecado, y que; por consiguiente, resulta más acertado traducir "expiación".

¿Logra dicho autor lo que se propone? No podemos entrar aquí en los tecnicismos de lo que constituye esencialmente una disquisición entre eruditos; más, por lo que pudiera valer, adelantamos aquí nuestro veredicto. Dodd, parece, ha demostrado que este conjunto de palabras no significa más que "expiación", si el contexto no requiere un significado más amplio; pero no ha demostrado que el conjunto no puede significar "propiciación" en contextos donde se requiere dicho significado. Esta es, no obstante, la cuestión crucial: en la epístola a los Romanos (para referirnos al pasaje más claro y más obvio de entre los cuatro) el contexto sí requiere el significado de "propiciación" en 3:25.

Porque en Romanos 1: 18 Pablo prepara su escena para la declaración del evangelio afirmando que "la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres". "La ira de Dios es dinámicamente y efectivamente operativa en el mundo de los hombres, y por cuanto procede del cielo, el trono de Dios, es que resulta así de activa" (John Murray, The Epistle to the Romans / La epístola a los Romanos, tomo 1, pág. 34). En lo demás de Romanos 1 Pablo traza la actividad presente de la ira de Dios en el endurecimiento judicial del hombre apóstata, expresada en la triple repetición de la frase "Dios los entregó" (vv. 24, 26,28). Luego, en Romanos 2:1-16, Pablo nos coloca ante la certidumbre del "día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios, el cual pagará a cada uno conforme a sus obras: … a los que… no obedecen a la verdad, sino que obedecen a la injusticia, tribulación y angustia… en el día en que Dios juzgará por Jesucristo los secretos de los hombres, conforme a mi evangelio" (vv. 5s, 8,16). En la primera parte de Romanos 3 Pablo prosigue con el argumento para probar que todo hombre, tanto judío como gentil, por estar "bajo pecado" (v. 9), está expuesto a la ira de Dios, tanto en su manifestación presente como futura. Aquí tenemos, por tanto, a todo hombre en su estado natural, sin el evangelio; la realidad definitiva en su vida, esté consciente de ello o no, es el furor activo de Dios. Pero ahora, dice Pablo, a todos aquellos que antes eran "impíos" (4: 5) y "enemigos de Dios"

(5: 10), pero ahora depositan su fe en Cristo Jesús, "a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre", les son dados gratuitamente aceptación, perdón, y paz. Y los creyentes saben que "mucho más, estando justificados' ya en su sangre, por él seremos salvos de la ira" (5:9).

¿Qué ha ocurrido? La ira de Dios contra nosotros, tanto presente como venidera, ha sido sofocada. ¿Cómo se operó esto? Mediante la muerte de Cristo. "Siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo" (5: 10). La "sangre" -es decir, la muerte expiatoria de Jesucristo- anuló la ira de Dios contra nosotros, y aseguró el que su relación con nosotros habrá de ser para siempre ya propicia y favorable. De allí en más, en lugar de aparecer contrario a nosotros, habrá de manifestarse a favor de nosotros en nuestra vida y nuestra experiencia. ¿Qué es lo que expresa, en consecuencia, la frase "propiciación por medio de… su sangre"? Expresa, en el contexto de la argumentación de Pablo, precisamente el siguiente pensamiento: que por su muerte expiatoria a favor de nuestros pecados Cristo apaciguó la ira de Dios.

Cierto es que en la generación anterior Dodd intentó eludir esta conclusión arguyendo que la ira de Dios en Romanos es un principio cósmico e impersonal de retribución, en el que la mente y el corazón de Dios hacia los hombres no encuentra verdadera expresión; en otras palabras, la ira de Dios es un proceso externo a la voluntad de Dios mismo. Pero ahora se admite en forma creciente que este intento resultó ser un elegante fracaso. "Resulta inadecuado -escribe T. V. G. Tasker- considerar al término ira meramente como una descripción del "inevitable proceso de causa y efecto en un universo moral", o como otra manera de hablar acerca de los resultados del pecado. Es una cualidad más bien personal, sin la cual Dios dejaría de ser plenamente justo y su amor se degeneraría hasta transformarse en sentimentalismo" (New Bible Dictionary /Nuevo Diccionario Bíblico, ver bajo "Ira"). La ira de Dios es tan personal, y tan potente, como lo es su amor; y, como el derramamiento de la sangre del Señor Jesús fue la manifestación directa del amor de su Padre para nosotros, así también fue la directa conjura de la ira de su Padre para con nosotros.

III

¿Qué viene a ser esa ira de Dios que fue propiciada en el Calvario? No es el furor caprichoso, arbitrario, mal humorado y consentido que los paganos atribuyen a sus dioses. No es el furor pecaminoso, resentido, malicioso, infantil que encontramos entre los hombres. Es una función de esa santidad que le expresa en las demandas de la ley moral de Dios ("Sed santos, porque yo soy santo"- 1 Pedo 1: 16) y de esa justicia que se expresa en los actos divinos de juicio y recompensa. "Conocemos al que dijo: Mía es la venganza, yo daré el pago" (Heb. 10: 30). La ira de Dios es "la santa revulsión del ser de Dios contra aquello que es' la contradicción de su santidad"; da como resultado "una positiva: exteriorización del desagrado divino" (John Murray, loco cit.). Y esto es ira justa -la reacción correcta de la perfección moral en el Creador hacia la perversión moral en la criatura. Lejos de ser moralmente dudosa la manifestación de la ira de Dios al castigar el pecado, lo que sería realmente dudoso moral mente sería que él no mostrase su ira de este modo. Dios no es justo -es decir, no obra del modo que es correcto, no hace lo que corresponde que haga el juez- a menos que castigue como se lo merece todo lo que sea pecado y obrar indigno. Dentro de un momento veremos a Pablo mismo razonando sobre esta base.

IV

Notemos, a continuación, tres hechos en relación con la propiciación, como la describe Pablo.

1. La propiciación es obra de, Dios mismo

En el paganismo el hombre propicia a sus dioses, y la religión se transforma en una especie de comercialización y, más todavía, de soborno. En el cristianismo, empero, Dios propicia su ira con su propia actuación. Dios puso a Cristo Jesús, dice Pablo, como propiciación; envió a su Hijo, dice Juan, para ser la propiciación de nuestros pecados. No fue el hombre, a quien Dios era hostil, el que tomó la iniciativa para obtener la amistad de Dios, ni fue Cristo Jesús, el Hijo eterno, quien tomó la iniciativa para volver la ira del Padre en amor. La idea de que el bondadoso Hijo le hizo cambiar la actitud a su despiadado Padre, ofreciéndose en lugar del hombre pecador, no tiene parte en el mensaje evangélico, es un concepto sub-cristiano, más aun, anti-cristiano, porque niega la unidad de la voluntad en el Padre y el Hijo y por ello pasa a ser en realidad 'politeísmo, con su creencia en dos dioses diferentes. Pero la Biblia elimina esta posibilidad totalmente al insistir en que fue Dios mismo quien tomó la iniciativa cuando sofocó su propia ira contra aquellos a quienes, a pesar de no merecido, amó y eligió para salvar.

La doctrina de la propiciación es precisamente esto, que Dios tanto amó a los objetos de su ira que dio a su propio Hijo con la mira de que él, por su sangre, hiciera provisión para la remisión de su ira. Correspondía a Cristo resolver la cuestión de la ira de modo que quienes Dios amó no volvieran a ser objeto de su ira, y que el amor lograse su objetivo, consistente en hacer de los hijos de la ira los hijos de la buena voluntad de Dios (John Murray, The Atonement/ La expiación, p. 15).

Tanto Pablo como Juan afirman esto en forma explícita y enfática. Dios revela su justicia, dice Pablo, no solamente por medio de la retribución y el juicio según la ley de Dios, sino también "aparte de la ley", al declarar justos a los que ponen su fe en Jesucristo. Todos han pecado, más son todos justificados (absueltos, aceptados, rehabilitados, puestos en la debida relación con Dios) en forma libre y gratuita (Rom. 3:21-24). ¿Cómo se lleva a cabo esto? "Por gracia" (es decir, misericordia por oposición a mérito; amor para con los que no aman ni, podría decirse, son dignos de ser amados). ¿En qué forma obra la gracia? "Mediante la redención" (liberación por rescate) "que es en Cristo Jesús". ¿Cómo es que, para qUienes depositan su fe en él, Cristo Jesús es la fuente, el medio, y la sustancia de la redención? Porque, dice Pablo, Dios lo puso para ser propiciación. De esta iniciativa divina surgen la realidad y la disponibilidad de la redención.

El amor entre hermanos, dice Juan, es la semejanza familiar de los hijos de Dios; el que no ama a los cristianos evidentemente no forma parte de la familia, por cuanto "Dios es amor", y él comunica amor como parte de su naturaleza a todos los que lo conocen (I Juan 4:7s). Pero "Dios es amor" es una fórmula vaga; ¿cómo podemos formamos una idea cabal del amor que Dios quiere reproducir en nosotros? "En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios mandó a su Hijo unigénito… para que vivamos por él." Y esto que Dios hizo no fue en reconocimiento de alguna devoción real de

nuestra parte, en absoluto. "En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino que (en una situación en que nosotros no lo amábamos a él, y no había en nosotros nada que lo moviera a hacer otra cosa que maldecimos y desahuciamos por nuestra inveterada religiosidad] él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados." Mediante esta iniciativa divina, dice Juan, podemos conocer el sentido y la medida del amor que tenemos que emular.

El testimonio de ambos apóstoles a la iniciativa de Dios en la propiciación no podía ser menos claro.

2. La propiciación es producto de la muerte de Jesucristo

La palabra "sangre", como lo indicamos más arriba, se refiere a la muerte violenta que padecían los animales sacrificados según el pacto antiguo. Dios mismo instituyó dichos sacrificios con mandamientos directos, y en Levítico 17: 11 explica por qué. "La vida de la carne en la sangre está, y yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas; y la misma sangre hará expiación ... " Cuando Pablo nos dice que Dios puso a Jesús para ser la propiciación "por su sangre", lo que quiere decir es que lo que apagó la ira de Dios, y con ello nos redimió de la muerte, no fue la vida o las enseñanzas de Jesús, ni su perfección moral, ni su fidelidad al Padre, como tales, sino el derramamiento de su sangre al morir. Con los otros escritores del Nuevo Testamento Pablo señala la muerte de Jesús como el acto expiatorio, y explica la expiación en términos de sustitución representativa -en la que el inocente toma el lugar del culpable, en el nombre del culpable y por su bien, bajo el hacha del castigo judicial de Dios. Para ilustrar esto podemos citar dos pasajes.

"Cristo nos redimió de la maldición de la ley." ¿Cómo? "Hecho por nosotros maldición" (Gal. 3: 13). Cristo llevó la maldición de la ley que era para nosotros, para que no tuviésemos que llevada nosotros. Esto es sustitución representativa.

"Uno murió por todos", y en la muerte de Jesús Dios estaba "reconciliando consigo al mundo". ¿Qué envuelve esta reconciliación? "No tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados", sino haciendo que en Cristo fuesen "hechos justicia de Dios", vale decir, aceptados como justos por Dios. ¿Cómo se logra esto de que no se les tome en cuenta sus pecados? Imputando los pecados a otro, quien soportó las consecuencias. "Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado". De este modo surge que fue en sacrificio por los pecadores, sufriendo la pena de muerte en su lugar, que "uno murió por todos" (II Coro 5: 14,18-21). Esto es sustitución representativa.

La sustitución representativa, como forma y medio de expiación, fue enseñada típicamente por el sistema de sacrificios instituido por Dios en el Antiguo Testamento. Allí, al animal perfecto que iba a ser ofrecido por el pecado se lo constituía simbólicamente en representante, para lo cual el pecador ponía su mano sobre la cabeza del animal identificando de este modo al animal consigo y a sí mismo con el animal (Lev. 4: 4,24; 29: 33); luego este era muerto como sustituto del oferente y la sangre era rociada "delante de Jehová" y aplicada a uno de los altares, o a los dos, en el santuario (vv. 6s, l7s, 25,30), como señal de que se había cumplido la expiación, conjurando la ira y restaurando la comunión. En el día anual de expiación se utilizaban dos machos cabríos: uno era muerto como sacrificio por el pecado en la forma acostumbrada, y el

otro, luego de que el sacerdote hubiese puesto sus manos sobre la cabeza del animal y puesto los pecados de Israel "sobre la cabeza" del animal mediante la confesión de los mismos, era enviado al desierto para que llevara "sobre sí todas las iniquidades de ellos a tierras inhabitadas" (Lev. 16:21s). Este doble ritual enseñaba una sola lección: que mediante el sacrificio de un sustituto representativo se conjura la ira de Dios y se trasladan los pecados a un lugar fuera de la vista, de modo que no vuelvan a perturbar la relación del individuo con Dios. El segundo macho cabrío (la víctima propiciatoria) ilustra lo que, según el tipo, se lograba mediante la muerte del primer macho cabrío. Dichos rituales constituyen el trasfondo inmediato de la enseñanza de Pablo sobre la propiciación: es el cumplimiento del sistema de sacrificios del Antiguo Testamento lo que proclama Pablo.

3. La propiciación manifiesta la justicia de Dios

Lejos de poner en tela de juicio la moralidad del método divino para resolver la cuestión del pecado, dice Pablo, la doctrina de la propiciación la establece, y justamente tenía como fin explícito el establecerla. Dios puso a su Hijo como propiciación de su propia ira "para manifestar su justicia… a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús". La palabra "puso" implica una exhibición pública. Lo que Pablo quiere significar es que el espectáculo público de la propiciación, en la cruz, fue una manifestación pública, no sólo de misericordia justificante de parte de Dios, sino de justicia como base de esa misericordia justificante.

Tal manifestación se hacía necesaria, dice Pablo, "a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados". Lo que importa aquí es que aun cuando los hombres eran, y lo habían sido desde tiempos inmemorables, tan malos como los pinta Romanos 1, Dios no se había propuesto en ningún momento desde el diluvio darle públicamente a la raza lo que se merecía. Si bien los hombres no habían sido en nada mejores desde el diluvio, de lo que fueron sus padres antes del mismo, Dios no había reaccionando ante su impenitencia, su irreligiosidad, y desobediencia con actos públicos de providencia adversa. En cambio de ello había obrado "haciendo bien, dándonos lluvia… y tiempos fructíferos, llenando de sustento y de alegría nuestros corazones" (Hech. 14: 17). Este "pasar por alto" de los pecados "en su paciencia" no era, desde luego, perdón, sino postergación del juicio solamente; no obstante, sugiere una pregunta. Si, como ocurre, los hombres hacen lo malo, y el Juez de toda la tierra sigue haciéndoles el bien, ¿puede él seguir preocupándose de la moralidad y la santidad, la distinción entre el -bien y el mal en la vida de sus criaturas, como parecía preocuparse anteriormente, y como parecería requerirlo la justicia perfecta? Más aun, si permite que los pecadores sigan sin castigo, ¿no podría decirse acaso que está lejos de ser perfecto en el cumplimiento de su oficio de Juez de todo el mundo?

Pablo ya ha contestado la segunda parte de esta pregunta con su doctrina del "día de la ira y… del justo Juicio" en Romanos 2: 1-6. Aquí responde a la primera parte, diciendo en efecto que, lejos de no importarle a Dios las cuestiones morales, y la justa retribución del mal obrar, a Dios le preocupan tanto estas cosas que no perdona -aun más, nos parece que Pablo diría rotundamente que no puede perdonar- a los pecadores, ni justifica a los incrédulos, salvo sobre la base de la justicia que se manifiesta en la retribución. Nuestros pecados ya han sido castigados; la rueda de la retribución ya ha girado; el juicio ya ha sido desencadenando sobre nuestra impiedad- pero cayó sobre

Jesús, el cordero de Dios, que ocupó nuestro lugar. De este modo Dios es justo -y además el que justifica a los que depositan su fe en Jesús, "el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación" (4: 25).

De modo que la justicia de Dios Juez, que se declara en forma tan vívida en la doctrina de la ira divina en la primera parte de la carta de Pablo, vuelve a declararse en la doctrina paulina sobre el modo en que esa ira divina fue conjurada. Resulta vitalmente importante para su argumentación demostrar que las doctrinas de la salvación y de la condenación manifiestan ambas la esencial justicia retributiva inherente al carácter divino. En cada caso -la salvación de los que se salvan, y la condenación de los que se pierden- se produce la retribución; se inflige castigo; Dios es justo, y la justicia se cumple.

V

Lo que hemos dicho hasta aquí puede re sumirse del siguiente modo. El evangelio nos dice que nuestro Creador es ahora nuestro Redentor. Anuncia que el Hijo de Dios se ha hecho hombre para nosotros los hombres y nuestra salvación, y ha muerto en la cruz para salvamos del juicio eterno. La descripción básica de la muerte salvante de Cristo en la Biblia es que se trata de una propiciación, es decir, aquello que sofocó la ira de Dios contra nosotros borrando nuestros pecados de su vista. La ira de Dios es su justicia reaccionando con la injusticia; ella se muestra en la justicia retributiva. Pero Cristo Jesús nos ha protegido de la alucinadora perspectiva de la justicia retributiva haciéndose nuestro sustituto representativo, en obediencia a la voluntad de su Padre, y recibiendo el pago de nuestro pecado en nuestro lugar. De este modo se ha hecho justicia, por cuanto los pecados de todos los que alguna vez serán perdonados fueron juzgados y perdonados en la persona de Dios Hijo, y es sobre esta base que ahora se nos ofrece perdón a nosotros los que hemos ofendido. El amor redentor y la justicia retributiva unieron sus manos, por decirlo así, en el Calvario, porque allí Dios se mostró "justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús"

-¿Entendemos esto? En caso afirmativo hemos penetrado hasta el corazón mismo del evangelio cristiano. Ninguna versión de dicho mensaje va más profunda que aquella que declara que el problema fundamental del hombre ante Dios es su pecado, pecado que despierta la ira, y que la provisión básica de Dios para el hombre es la propiciación, propiciación que surgiendo de la ira produce paz. En verdad, algunas versiones del evangelio son dignas de censura porque jamás llegan a este nivel.

Todos habremos oído presentaciones del evangelio como si fuese la respuesta triunfante de Dios para los problemas humanos -problemas de relación del hombre consigo mismo, con sus semejantes, y con su medio. Bien es cierto que el evangelio aporta soluciones para dichos problemas, pero lo hace resolviendo primero un problema más profundo -el más profundo de los problemas humanos, el problema de la relación del hombre con su Hacedor; y a menos que dejemos bien en claro que la solución de aquellos problemas depende de que resolvamos primeramente el problema básico, falseamos el mensaje y somos testigos falsos de Dios; porque una media verdad presentada como si fuera toda la verdad se transforma por ese mismo hecho en una falsedad. Ningún lector del Nuevo Testamento puede dejar de ver que sus escritores conocen perfectamente todos nuestros problemas humanos -temor, cobardía moral, debilidad corporal y mental, soledad,

inseguridad, desesperanza, desesperación, crueldad, abuso de poder, y todo lo demás-, pero de la misma manera ningún lector del Nuevo Testamento puede perder de vista el hecho de que, de un modo u otro, todos esos problemas tienen su origen en el problema fundamental que es el pecado contra Dios. Por pecado el Nuevo Testamento no entiende los errores sociales o los fracasos, en primera instancia, sino la rebelión contra el Dios Creador, el desafío a su soberanía, el apartamento de él, y la consiguiente culpabilidad ante él; y el pecado, dice el Nuevo Testamento, es el mal principal del cual necesitamos ser liberados; justamente, para salvamos de él murió Cristo. Todo lo que ha andado mal en la vida humana entre hombre y hombre es, en última instancia, debido al pecado; y nuestra situación actual, la de estar en malas relaciones con nosotros mismos y con nuestros semejantes, no puede ser remediada mientras no hayamos arreglado nuestra situación con Dios.

La falta de espacio nos impide embarcamos aquí en una demostración de que el tema del pecado, el de la propiciación, y el del perdón, constituyen los aspectos estructurales básicos del evangelio neotestamentario; mas si nuestros lectores quisieran repasar atentamente Romanos 1-5, Gálatas 3, Efesios 1-2, Hebreos 8-10, 1 Juan 1-3, y los sermones en Hechos, creemos que encontrarán que no cabe duda alguna en cuanto a esto. Si surgiera un interrogante sobre la base de que la palabra "propiciación" sólo aparece en el Nuevo Testamento cuatro veces, la respuesta es que el concepto de la propiciación aparece constantemente.

Algunas veces la muerte de Cristo se describe como reconciliación, o la concertación de la paz luego del odio y la guerra (Rom. 5: lOs; II Coro 5: 18ss; Col. 1:20ss); a veces se la describe como redención, o liberación por rescate del peligro y la cautividad (Rom. 3:24; Gal. 3: 13; 4:5; 1 Pedo 1: 18, Apo. 5: 9); otras veces se la pinta como un sacrificio (Efe. 5:2; Heb. 9 - 10: 18), como un acto de entrega voluntaria (Gal. 1: 4; 2: 20; 1 Tim. 2: 6), de cargar con el pecado (Juan 1: 29; 1 Pedo 2: 24; Heb. 9: 28), y de derramamiento de sangre (Mar. 14:24; Heb. 9:14; Apo. 1:5). Todos estos aspectos tienen que ver con la idea de quitar el pecado y la restauración de una comunión franca entre el hombre y Dios, como lo demuestra la lectura de los versículos mencionados; y todos ellos tienen como su trasfondo la amenaza del juicio divino, juicio que fue conjurado por la muerte de Jesús. En otras palabras, son otras tantas figuras e ilustraciones de la realidad de la propiciación, vista desde distintos puntos de vista. Es falaz imaginar, como lo hacen muchos investigadores lamentablemente, qué esa variedad de lenguaje deba significar al mismo tiempo variación en el pensamiento.

A esta altura debemos agregar una consideración más. No es solamente que la doctrina de la propiciación nos lleve al corazón del evangelio neotestamentario; también nos conduce a una posición ventajosa desde la cual podemos ver lo fundamental de muchas otras cosas. Cuando estamos en la cumbre de una montaña, podemos ver toda la campiña alrededor, y disfrutamos de una amplitud de visión que resulta imposible desde cualquier otro punto en la zona. De igual manera, cuando hemos dominado la doctrina de la propiciación, podemos ver toda la Biblia en perspectiva, y estamos en posición de medir cuestiones vitales que no pueden comprenderse adecuadamente en ninguna otra condición. En lo que sigue, hemos de tocar cinco de dichas cuestiones: la fuerza motriz en la vida de Jesús; el destino de aquellos que rechazan a Dios; el don de la paz con Dios; las dimensiones del amor de Dios; y el significado de la gloria de Dios.

VI

Pensemos primero, entonces, en la fuerza motora en la vida de Jesús. Si dedicamos una hora a leer enteramente el evangelio según Marcos (un ejercicio sumamente provechoso:' encarecemos al lector que lo haga aquí y ahora), obtenemos una impresión de Jesús que incluye por lo menos cuatro aspectos.

La impresión básica será la de un hombre de acción: un hombre que está siempre en movimiento, invariablemente modificando situaciones y provocando cosas, obrando milagros; llamando y formando discípulos; desbaratando errores que pasaban por verdades, y la irreligiosidad que pasaba por piedad; y, finalmente, dirigiéndose directamente y con los ojos abiertos hacia la traición, la condenación, y la crucifixión, una especie de antojadiza secuencia de irregularidades sobre las que nos queda, del modo más extraño, la impresión de que él mismo las controlaba en todo momento.

La impresión siguiente será la de un hombre que se sabía persona divina (Hijo de Dios), que cumplía un papel mesiánico (Hijo del Hombre). Marcos nos muestra claramente que cuanto más se entregaba Jesús a sus discípulos, tanto más tremendamente enigmático lo encontraban; cuanto más próximos estaban a él, tanto menos lo entendían. Esto suena paradójico, pero es estrictamente cierto, porque a medida que aumentaba su intimidad con él se acercaban más a la comprensión que él tenía de sí mismo como Dios y Salvador, y esto es algo a lo cual ellos no le veían pie ni cabeza. Pero esa singular autoconciencia doble de Jesús, confirmada por la voz de su Padre desde el cielo en el bautismo y la transfiguración (Mar. 1:11; 9:7), surgía constantemente. Basta pensar, de una parte, en la pasmosa naturalidad con la que asumía autoridad absoluta en todo lo que decía y hacía (véase 1: 22,27; 14: 27 -33), Y por otra, su respuesta a la doble pregunta del sumo sacerdote durante su proceso judicial: "¿Eres tú el Cristo [Mesías, el Rey-salvador de Dios], el Hijo del Bendito [persona sobrenatural y divina]?" - a lo cual Jesús respondió categóricamente: "Yo soy" (14:61s).

A continuación nuestra impresión será la de un ser cuya misión mesiánica se centraba en el hecho de que sería entregado a la muerte un ser que se estaba preparando conscientemente y sin distracciones de este modo mucho antes de que la idea de un Mesías sufriente fuera captada por nadie. Cuatro veces por lo menos, después de que Pedro lo hubiera saludado como el Cristo en Cesárea de Filipo, Jesús predijo que habría de ser muerto y que resucitaría, aunque sin que los discípulos pudieran comprender lo que les decía (8:31, cf. v. 34s; 9:9; 9:31; 10:33s). En otras ocasiones hablaba del hecho de su muerte como algo seguro (12:8; 14: 18ss), algo predicho ya en la Escritura (14:21,49), y algo que habría de conquistar para muchos una trascendental relación con Dios. "El Hijo del Hombre… vino para dar su vida en rescate por muchos" (10: 45). "Esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada" (14:24).

La impresión final será la de un ser para el cual esta experiencia de la muerte fue la más tremenda prueba. En Getsemaní "comenzó a entristecerse y a angustiarse. Y les dijo: Mi alma está muy triste, hasta la muerte" (14:34). La gran ansiedad manifestada en su oración (para la que "se postró en tierra" en lugar de arrodillarse o quedarse en pie) era índice del rechazo y la desolación que sentía al contemplar lo que le esperaba. Jamás sabremos hasta qué punto se habrá sentido tentado a decir amén después de la expresión "aparta de mí esta copa", más bien que agregar "mas no lo que yo quiero, sino lo que

tú" (14: 36). Luego, en la cruz, Jesús evidenció que se encontraba en oscuridad interior cuando exclamó ante su soledad: "Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" (15:34).

¿Cómo podemos explicar la creencia de Jesús en la necesidad de su muerte? ¿Cómo podemos dar cuenta del hecho de que lo que lo empujaba durante su ministerio público, como lo afirman los cuatro evangelios, era la convicción de que debía ser muerto? ¿Y cómo podemos explicar el hecho de que, mientras que los mártires como Esteban afrontaban la muerte con gozo, y hasta Sócrates, el filósofo pagano, bebió la cicuta y murió sin estremecerse, Jesús el siervo perfecto de Dios, que jamás había demostrado anteriormente el menor temor hacia el hombre, ni dolor, ni sentido de pérdida, en el Getsemaní parecería estar muerto de miedo, y en la cruz se declaró abandonado por Dios? "Jamás hombre alguno temió a la muerte como este hombre", comentó Lutero. ¿Por qué? ¿Qué significa esto?

Quienes ven en la muerte de Jesús nada más que un trágico accidente, en nada diferente esencialmente de la muerte de cualquier otro hombre condenado falsamente, no pueden sacar nada en limpio de todos estos hechos. El único curso que les queda, sobre la base de sus principios, es el de suponer que Jesús tenía en su ser un mórbido rasgo de timidez que de tanto en tanto lo traicionaba: primero, induciendo en su ánimo una especie de deseo de morir, y luego abrumándolo con el pánico y la desesperación cuando llegó el momento de la muerte. Pero como Jesús fue resucitado de la muerte, y en el poder de su vida resucitada siguió enseñándoles a sus discípulos que su muerte había sido una necesidad (Luc. 24:26s), esta así llamada explicación pareciera ser tanto absurda como penosa. Con todo, quienes niegan la realidad de la expiación no tienen nada mejor que decir.

Más, si relacionamos los hechos en cuestión con la enseñanza apostólica acerca de la propiciación, las cosas se aclaran de inmediato. "¿Acaso no podemos argumentar", preguntaba James Denney, "que estas experiencias de temor mortal y de desamparo son de una pieza con el hecho de que, en su muerte y en la agonía del Getsemaní, por los que aceptó esa muerte como la copa que su Padre le había dado que bebiese, Jesús estaba cargando sobre sí los pecados del mundo, aceptando que se lo contase entre los transgresores, e incluso llegando a serlo?" (The Death of Christ/ La muerte de Cristo, ed. 1911, p. 46). Si a Pablo o a Juan se le hubiese hecho esta pregunta no cabe duda alguna de lo que hubieran contestado. Jesús tembló en el Getsemaní porque iba a ser hecho pecado, e iba a recibir el juicio de Dios por el pecado; y fue porque efectivamente sufrió el juicio que se declaró abandonado por Dios en la cruz. La fuerza motora en la vida de Jesús era su decisión de hacerse "obediente hasta la muerte, y muerte de cruz" (Fil. 2:8), y el carácter único y tremendo de su muerte radica en el hecho de que gustó en el Calvario la ira de Dios que nos correspondía a nosotros; pero de este modo hizo propiciación por nuestros pecados. Siglos antes ya lo había declarado Isaías. "Le tuvimos por herido de Dios…; el castigo de nuestra paz fue sobre él…; Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros; por la rebelión de mi pueblo fue herido con todo eso, Jehová quiso quebrantarlo; cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado… verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho" (lsa. 53:4-10).

¡Oh Cristo, qué cargas te hicieron inclinar la cabeza! Nuestra carga fue depositada sobre ti; tú ocupaste el lugar del pecador, llevaste todas mis enfermedades por mí.

Llevado como víctima, tu sangre fue derramada; ahora ya no hay carga para mí. El Santo escondió su rostro, oh Cristo, ese rostro fue escondido de ti: la muda oscuridad envolvió tu alma por un momento, esa oscuridad nacida de mi culpa. Pero ahora ese rostro de gracia radiante brilla y me da a m í la luz. Hemos discurrido en extenso en esto, dada su importancia para comprender los hechos básicos del cristianismo; las secciones que siguen no necesitan ser tan largas.

VII

Pensemos, en segundo lugar, en el destino de los que rechazan a Dios. Los universalistas suponen que la clase de personas mencionadas en este encabezamiento terminará finalmente por no tener miembros; pero la Biblia indica lo contrario. Las decisiones que se toman en esta vida tienen consecuencias eternas. "N o os engañéis [como ocurriría si hicieseis caso a los universalistas]; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará" (Gal. 6:7). Aquellos que en esta vida rechazan a Dios serán rechazados para siempre por Dios. El universalismo es la doctrina de que, entre otros, Judas será salvo; pero Jesús no creyó así. "A la verdad el Hijo del Hombre va, según está escrito de él, mas ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del Hombre es entregado! Bueno le fuera a ese hombre no haber nacido" (Mar. 14: 21). ¿Cómo hubiera podido decir esas últimas palabras Jesús si pensaba que en última instancia Judas iba a ser salvo?

Algunos, por lo tanto, tendrán que afrontar una eternidad en el destierro. ¿Cómo podemos comprenderlo que se acarrean para sí dichas personas? Desde luego que no podemos formamos ninguna idea acertada del infierno, como tampoco podemos hacerlo del cielo, y sin duda es mejor que no podamos; pero quizá la noción más clara que podamos formarnos es la que se deriva de la contemplación de la cruz.

En la cruz, Dios juzgó nuestros pecados en la persona de su Hijo, y Jesús soportó los resultados de la acción retributiva correspondiente a nuestro mal obrar. Contemplemos la cruz, por lo tanto, y veremos cómo será en definitiva la reacción judicial de Dios para con el pecado de la humanidad. ¿Cómo será? En una palabra, retiro del bien y anulación de sus efectos. En la cruz Jesús perdió todo el bien que tuvo antes: todo sentido de la presencia y el amor de Dios, todo sentido de bienestar físico, mental, y espiritual, todo disfrute de Dios y de las cosas creadas, todo lo agradable y reconfortante de las amistades, le fueron retirados, y en su lugar no quedó sino soledad, dolor, y un tremendo sentido de la malicia y la insensibilidad humanas, y el horror de una gran oscuridad espiritual. El dolor físico, si bien grande (porque la crucifixión sigue siendo la forma más cruel de ejecución judicial que el mundo haya conocido), era, no obstante, una parte pequeña de su agonía; los sufrimientos principales de Jesús fueron mentales y espirituales, y lo que estaba contenido en un lapso de menos de cuatrocientos minutos era en sí mismo una eternidad, como bien lo saben los que sufren mentalmente.

Así, también, los que rechazan a Dios tienen que prepararse- para el momento en que se verán desprovistos de todo bien, y la mejor forma de hacerse una idea de lo que será la muerte eterna es la de considerar este hecho. En la vida corriente, jamás notamos todo el bien de que disfrutamos, como consecuencia de la gracia común de Dios, hasta que nos vemos privados de ella. Jamás valoramos la salud, o condiciones seguras de vida, o la amistad y el respeto de los demás, como debiéramos hacerla, hasta que los perdemos.

El Calvario nos muestra que bajo el juicio final de Dios nada podremos retener de lo que hayamos valorado, o pudiéramos valorar; nada de lo que podamos llamar bueno. Es un pensamiento terrible, pero podemos estar seguros de que la realidad es más terrible aun. "Bueno le fuera a ese hombre no haber nacido… “Que Dios nos ayude a aprender esta lección, lección que el espectáculo de la propiciación mediante la sustitución penal en la cruz nos enseña tan claramente, y que al final cada cual sea hallado en Cristo, con los pecados cubiertos por su sangre.

VIII

Tercero, pensemos en el don de la paz de Dios. ¿Qué es lo que nos ofrece el evangelio de Dios? Si decimos "la paz de Dios" no habrá objeción, ¿pero entenderán todos? ¡El empleo de las palabras adecuadas no garantiza que se entiendan bien! Con harta frecuencia se piensa que la paz de Dios fuera esencialmente un sentimiento de tranquilidad interior, alegre y despreocupada, que nace del conocimiento de que Dios nos va a proteger de los golpes más duros de la vida. Pero esto es falso, porque, por una parte, Dios no proporciona a sus hijos un lecho de rosas de esta manera, y el que así piensa se llevará un chasco; y, por otra, lo que resulta básico y esencial para la paz de Dios no entra para nada que ver con este concepto. Las realidades que este concepto de la paz de Dios busca (aunque las falsea, como hemos dicho) son las de que la paz de Dios proporciona tanto el poder para enfrentar las propias bajezas y fracasos, y aprender a vivir con ellos, como también la aceptación de "las hondas y flechas de la fortuna desaforada" (para lo cual la denominación cristiana es la sabia providencia de Dios). La realidad que esta noción ignora es la de que el ingrediente básico de la paz de Dios, sin el cual las demás no pueden existir, es el perdón y la aceptación en el pacto, es decir, adopción en la familia de Dios. Pero donde no se proclama este cambio de relación con Dios -de la hostilidad a la amistad, de la ira a la plenitud del amor, de la condenación a la justificación- tampoco se está proclamando verazmente el evangelio de la gracia. La paz de Dios es, primero y principalmente, paz con Dios; es el estado de cosas en que Dios, en lugar de estar contra nosotros, está por nosotros. Ninguna relación de la paz de Dios que no comience por allí puede hacer sino daño. Una de las miserables ironías de nuestro tiempo es la de que, mientras los teólogos liberales y "radicales" creen que están re-descubriendo el evangelio para hoy, en su mayor parte han rechazado las categorías de la ira, la culpa, la condenación, y la enemistad de Dios, y de este modo no pueden presentar jamás el evangelio, porque ya no pueden proclamar el problema básico que el evangelio de la paz resuelve.

La paz de Dios, por lo tanto, es primaria y fundamentalmente, una nueva relación de perdón y aceptación, y la fuente de la cual proviene es la propiciación. Cuando Jesús llegó a donde estaban sus discípulos en el aposento alto, al atardecer del día de la resurrección, les dijo: "Paz a vosotros. Y cuando les hubo dicho esto, les mostró las manos y el costado" (Juan 20: 19s). ¿Por qué hizo eso? No solamente para establecer su identidad sino para recordarles la muerte propiciatoria en la cruz mediante la cual había hecho la paz para ellos ante el Padre. Habiendo sufrido en lugar de ellos, como su sustituto, para lograr la paz para ellos, ahora volvía en el poder de su resurrección para traerles esa paz. "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo." Es aquí o sea, en el reconocimiento de que -mientras que nosotros por naturaleza estamos de punta con Dios, y Dios con nosotros- Jesús ha hecho "la paz mediante la sangre de' su cruz" (Col. 1: 20), donde comienza el verdadero conocimiento de la paz de Dios.

IX

Pensemos, en cuarto lugar, en las dimensiones del amor de Dios. Pablo ora pidiendo que los lectores de su carta a los Efesios sean "plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento" (Efe. 3: 18s). El toque de incoherencia y de paradoja en su lenguaje refleja el sentido que tenía Pablo de que la realidad del amor divino es inexpresablemente grande; con todo, piensa que alguna medida de comprensión del mismo puede alcanzarse. ¿Cómo? La respuesta en Efesios es esta: considerar la propiciación en su contexto, vale decir, todo el plan de la gracia como aparece en los primeros dos capítulos de la carta (elección, redención, regeneración, preservación, glorificación), en cuyo plan el sacrificio expiatorio de Cristo ocupa el lugar central. Véanse las referencias clave a la redención y la remisión de pecados, y el acercamiento a Dios de los que estaban lejos, mediante la sangre (sacrificio de muerte) de Cristo (1: 7; 2: 13). Véase también la enseñanza del capítulo 5, la que dos veces señala el sacrificio propiciatorio de Cristo como demostración y medida de su amor por nosotros, ese amor que hemos de imitar en nuestro trato con los demás. "Andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante" (v. 2). "Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella" (v. 25). El amor de Cristo fue gratuito, no fue resultado de ninguna bondad en nosotros (cf. 2: lss); fue eterno, siendo uno con la elección de los pecadores, para salvar a los cuales el Padre "los escogió en él antes de la fundación del mundo" (1:4); fue sin reservas, porque condujo al Señor a las profundidades de la humillación, y, más todavía, a las profundidades del infierno mismo, en el Calvario; y fue soberano, por cuanto ha logrado lo que se proponía: la gloria final de los redimidos, su perfecta santidad y felicidad en. la fruición de su amor (cf. 5:25-27), están ya garantizadas y aseguradas (cf. 1:14; 2:7ss; 4: 30; 4: 11-16). Mediten en estas cosas, urge Pablo, si quieren obtener una vista, por borrosa que sea, de la grandeza y la gloria del amor divino. Son estas cosas las que conforman "la gloria de su gracia" (1: 6); solamente aquellos que las conocen pueden alabar el nombre del trino Dios como corresponde. Y esto nos lleva al último punto.

X

Pensemos, finalmente, en el significado de la gloria de Dios. En el aposento alto, después de que Judas hubo salido a la oscuridad de la noche para traicionado, Jesús dijo: "Ahora es glorificado el Hijo del Hombre, y Dios es glorificado en él" (Juan 13:31). ¿Qué quiso decir? "Hijo del Hombre" era su nombre en la función de Rey-Salvador que antes de ser entronizado debía cumplir lo que profetizó Isaías 53; y cuando habló de la glorificación del Hijo del Hombre en ese momento, y de la glorificación de Dios en él, estaba pensando específicamente en la muerte expiatoria, en el "ser levantado" en la cruz, lo cual Judas había ido a precipitar. ¿Alcanzamos a ver la gloria de Dios en su sabiduría, poder, justicia, verdad, y amor, exhibidos en forma suprema en el Calvario, en el acto de hacer propiciación por nuestros pecados? La Biblia sí la ve; y nos atrevemos a agregar que si sintiésemos la carga y la presión de nuestros propios pecados en su real dimensión, nosotros también la veríamos. En el cielo, donde estas cosas se comprenden mejor, los ángeles y los hombres se unen para alabar al "Cordero que fue inmolado" (Apo. 5: 11ss; 7:9ss). Aquí en la tierra quienes por la gracia se han

constituido en realistas espirituales hacen lo propio.

Soportando la vergüenza y desestimando el vituperio fue condenado en mi lugar; selló mi perdón con su sangre: ¡Aleluya! ¡Qué salvador! …Dejó el trono de su Padre en el cielo, tan gratuita, tan infinita su gracia; se vació de todo menos el amor y sangró por la impotente raza de Adán. ¡Asombroso amor! ¿Cómo puede ser? ¡Pues me encontró, oh Dios, a mí …Si tú has procurado mi libertad, y soportado gratuitamente en mi lugar la plenitud de la ira divina, Dios no puede exigir dos veces el pago, primero de la mano de mi ensangrentado fiador, y luego nuevamente la mía. Vuélvete luego, mi alma, a tu descanso; los méritos de tu gran Sumo Sacerdote han comprado tu libertad. Confía en su sangre eficaz, y no temas que seas expulsado por Dios, ¡porque Jesús murió por ti!

Estas son las canciones de los herederos del cielo, aquellos que han visto "la iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz [es decir, la persona, el ministerio, la obra terminada] de Jesucristo" (II COL 4:6).

Las buenas nuevas del amor redentor y de la misericordia propiciatoria, que es lo que constituye la médula del evangelio, los estimula a alabar incesantemente. ¿Estamos nosotros entre ellos?

CAPITULO 19: HIJOS DE DIOS

I

¿Qué es un cristiano? Esta pregunta puede contestarse de muchas maneras, pero la respuesta más idónea que conozco es la de que cristiano es aquel que tiene a Dios por Padre. Más, ¿no puede decirse esto con respecto a todos los hombres, sean cristianos o no? ¡Por cierto que no! La idea de que todos los hombres son hijos de Dios no se encuentra en la Biblia en ninguna parte. El Antiguo Testamento muestra a Dios corno el Padre, no de todos los hombres, sino de su propio pueblo, la simiente de Abraham. "Israel es mi hijo, mi primogénito. Ya te he dicho que dejes ir a mi hijo… "(Exo. 4:22s). El Nuevo Testamento ofrece una visión mundial, pero él también muestra a Dios como Padre, no de todos los hombres, sino de aquellos que, sabiéndose pecadores, ponen su confianza en el Señor Jesucristo como el enviado divino que lleva sus pecados, y corno su maestro, y son así contados corno simiente espiritual de Abrahán. "Todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús;… todos vosotros sois corno uno en Cristo Jesús. Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abrahán sois" (Gal. 3:26ss). El ser hijo de Dios no es, por lo tanto, una condición que adquirimos todos por nacimiento natural, sino un don sobrenatural que se recibe por aceptar a Jesús. "Nadie viene al Padre [en otras palabras, es reconocido por Dios como hijo] sino por mi (Juan -14:6). El don de la relación filial para con Dios se hace nuestro por el nuevo nacimiento y no por el nacimiento natural. "A todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios" (Juan 1: 12s).

El derecho de ser Hijo de Dios es, por lo tanto, un regalo de la gracia. No tiene carácter natural sino adoptivo: y así lo describe explícitamente el Nuevo Testamento. En la ley romana constituía práctica reconocida el que el adulto que quisiera heredero, alguien

que perpetuase el nombre de la familia, adoptase un varón como hijo; generalmente cuando ya era mayor de edad, más bien que en la infancia, como es la práctica usual hoy en día. Los apóstoles declaran que Dios de tal modo ama a quienes ha redimido en la cruz que los ha adoptado a todos como herederos suyos, para que conozcan y compartan la gloria de que ya disfruta su Unigénito Hijo. "Dios envió a su Hijo… para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos" (Col. 4:4s): nosotros, vale decir, los que fuimos "predestinados para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo" (Efe. 1: 5). "Mirad cual amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios… cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es" (I Juan 3:1s).

Hace algunos años escribí lo que sigue: Se resume la totalidad de la enseñanza del Nuevo Testamento en una sola frase cuando se habla de que ella sea la revelación de la paternidad del santo Creador. Del mismo modo, resumimos la totalidad de la religión neotestamentaria cuando la describimos como el conocimiento de Dios como nuestro santo Padre. Si queremos juzgar en qué medida alguien comprende el cristianismo procuramos establecer qué es lo que piensa acerca del concepto de que es hijo de Dios, y de que tiene a Dios como Padre. Si no es este el pensamiento que impulsa y rige su adoración y sus oraciones y toda su percepción de la vida, significa que no entiende nada bien lo que es el cristianismo. Porque todo lo que Cristo enseñó, todo lo que hace que el Nuevo Testamento sea nuevo, y mejor que el Antiguo, todo cuanto sea distintamente cristiano por oposición a lo judaico, se resume en el conocimiento de la paternidad de Dios. "Padre" es el nombre cristiano para Dios (Evangelical Magazine. 7, p. 19s).

Esto me sigue pareciendo enteramente cierto, y sumamente importante. Nuestra comprensión del cristianismo no puede ser mejor que nuestra comprensión de lo que significa la adoración. Este capítulo tiene como fin ayudamos a. comprender mejor este hecho.

La revelación de que Dios es su Padre es, para el creyente, en un sentido, el clímax de la Biblia, así como fue un paso final del proceso revelante que registra la Biblia. En los tiempos del Antiguo Testamento, como hemos visto, Dios le dio a su pueblo un nombre relacionado con el pacto, que debían usar para hablar de él y dirigirse a él: el nombre Yahvé ("Jehová", "el SEÑOR"). Por este nombre Dios se anunció como "el gran YO SOY" -el que es totalmente y congruentemente él mismo. El es: y es porque él es lo que es, que todo lo demás es como es. El es la realidad detrás de toda la realidad, la causa que está en la base de todas las causas y todos los acontecimientos. Ese nombre proclama su existencia propia, su soberanía, su existencia enteramente libre de toda restricción o dependencia de lo externo a sí mismo. Si bien Yahvé era su nombre conforme al pacto, a Israel le recordaba lo que su Dios era en sí mismo, más bien que lo que sería para ellos. Era el nombre oficial del Rey de Israel, y había en él cierta reserva real. Se trataba (le un nombre enigmático, un nombre calculado para despertar humildad y admiración ante el misterio del Ser divino antes que otra cosa.

En plena conformidad con esto, el aspecto de su carácter que Dios enfatizaba mayormente en el Antiguo Testamento era el de su santidad. El canto de los ángeles que Isaías oyó en el templo, con sus repeticiones enfáticas -"Santo, Santo, Santo, Jehová de

los ejércitos" (Isa. 6:3)-, podría usarse como texto lema para resumir el tema de la totalidad del Antiguo Testamento. La idea básica que expresa la palabra "santo" es la de separación, o el estado correspondiente. Cuando se declara que Dios es "santo", el pensamiento se refiere a todo lo que lo separa y lo hace distinto de sus criaturas: su grandeza ("la Majestad en las alturas", Heb. 1:3; 8: 1), y su pureza ("Muy limpio eres de ojos para ver el mal, ni puedes ver el agravio", Hab. 1: 13). El espíritu todo de la religión del Antiguo Testamento estaba determinado por el pensamiento de la santidad de Dios. El énfasis constante era que el hombre, a causa de su debilidad como criatura y su corrupción como criatura pecaminosa, debía aprender a humillarse y ser reverente ante Dios. La religión era "el temor de Jehová", lo que se manifestaba en conocer la propia pequeñez, confesar las propias faltas, y humillarse en la presencia de Dios, en cobijarse agradecido al amparo de sus promesas de misericordia, y en cuidarse por sobre todo de no cometer pecados infames. Vez tras vez se recalcaba que el hombre debía guardar su lugar, y su distancia, en la presencia de un Dios santo. Este énfasis eclipsa a todo lo demás.

Pero en el Nuevo Testamento encontramos que las cosas han cambiado. Dios y la religión siguen siendo lo que fueron; la antigua revelación de la santidad de Dios, y su exigencia de la humildad del hombre, se presuponen en toda su extensión. Pero se ha agregado algo. Se ha incorporado un factor nuevo. Los creyentes neotestamentarios tratan a Dios como a su Padre. El nombre por el que lo llaman es justamente "Padre". "Padre" es ahora el nombre relacionado con el pacto -por cuanto el pacto que lo liga a su pueblo aparece revelado ahora como referido a la familia. Los cristianos son sus hijos, sus hijos propios y sus herederos. Y el énfasis del Nuevo Testamento ya no es sobre las dificultades y los peligros de acercarse al santo Dios, sino sobre la confianza y la seguridad con las que el creyente puede acercársele: confianza que surge directamente de la fe en Cristo, y del conocimiento de su obra de salvación. "Tenemos seguridad y acceso con confianza por medio de la fe en él" (Efe. 3: 12). "Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió… acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe… "(Heb. 10: 19ss). Para quienes son de Cristo, el Santo Dios es un Padre Amante; ellos pertenecen a su familia; pueden acercarse a él sin temor, con la invariable seguridad de que se ocupará de ellos, como un padre. Esta es la médula del mensaje neotestamentario.

¿Quién es capaz de captar esto? He oído argumentar seriamente que el concepto de la paternidad divina no puede significar nada a quienes tienen padres humanos inadecuados, faltos de sabiduría, faltos de afecto, o de ambas cosas, ni para los muchos que han tenido la desgracia de criarse sin padres. He oído una defensa de la reveladora omisión de toda referencia a la paternidad divina en la obra Honest to God (Sincero para con Dios, Barcelona: Ediciones Ariel, 1967) del obispo Robinsón sobre el argumento de que es la actitud correcta para recomendar la fe cristiana a una generación para la cual la vida de familia se ha desmoronado en gran medida. Pero el tal es un argumento pueril. Porque, en primer lugar, sencillamente no es verdad que en el campo de las relaciones personales los conceptos positivos no puedan formarse por contraste, que es la conclusión implícita en este caso. Muchas personas jóvenes se casan resueltas a no permitir que su matrimonio Sea un fracaso como lo fue el de sus padres: ¿acaso no es este un ideal positivo? Desde luego que sí. De modo semejante, la idea de que nuestro Hacedor pueda ser nuestro padre perfecto -fiel en amor y cuidados, generoso y

comprensivo, interesado en todo lo que hacemos, respetuoso de nuestra individualidad, capaz de educamos, sabio para guiarnos, siempre a nuestra disposición, ayudándonos a desarrollamos con madurez, integridad, y rectitud- es una idea que puede tener sentido para todos, ya que llegamos a ella pudiendo decir "tuve un padre maravilloso, y veo que Dios es así sólo que en mayor medida" , o diciendo, "mi padre me desilusionó en esto, y en esto, y en esto, pero Dios, alabado sea su nombre, es seguro que ha de ser diferente", o diciendo, incluso, "nunca he sabido lo que es tener un padre en la tierra, pero gracias a Dios ahora tengo uno en el cielo" . La verdad es que todos tenemos un ideal positivo de la paternidad que nos sirve de base para juzgar a nuestros padres y a los de los demás, y puede afirmarse con confianza que no existe persona para quien la idea de la paternidad perfecta de Dios no signifique nada o le resulte repulsiva.

Pero de todos modos (y este es el segundo punto), Dios no nos ha dejado con dudas en cuanto a lo que supone su paternidad, y lo hace estableciendo analogías con la paternidad humana. Dios nos reveló su significado pleno de una vez y para siempre por medio de nuestro Señor Jesucristo, su propio Hijo encarnado. Así como de Dios "toma nombre toda la paternidad del cielo y sobre la tierra" (Efe. 3: 15, BA), así también, de su actividad manifestada como "-el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo" (1:3), aprendemos, en este caso que constituye también una norma universal, lo que realmente significa para nosotros los que somos de Cristo la revelación paternal de Dios. Porque Dios quiere que la vida de los creyentes sea un reflejo y una producción de la comunión entre Jesús y su Padre Celestial.

¿Dónde podemos aprender esto? Principalmente en el evangelio de Juan y en su primera epístola. En el evangelio de Juan la primera bendición evangélica que se menciona es la adopción (1: 12), y el punto culminante de la primera aparición después de la resurrección es la afirmación de Jesús de que subía "a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios" (20: 17). En la primera epístola de Juan ocupan lugar central los conceptos relativos a la posición de hijo como supremo don del amor de Dios (1 Juan 3: 1); de amor al Padre (2: 15, cf. 5: 1-3) y hacia los hermanos en la fe (2:9-11; 3: 10-17; 47:21) como la ética de la relación filial; de comunión con Dios Padre como el privilegio de la misma relación (2: 13, 23s); de justicia y evitación del pecado como evidencia de la relación filial (2:29; 3:9s-5: 18); y de ver a Jesús, y asemejarnos a él, como la esperanza de esa misma relación filial (3: 3). Estos dos libros, tomados conjuntamente, nos enseñan muy claramente lo que significaba para Jesús la paternidad de Dios, y lo que ahora significa para los cristianos:

Según el testimonio del propio Señor en el evangelio de Juan, la relación paternal de Dios hacia él supone cuatro cosas. Primero, autoridad. El Padre manda y dispone; la iniciativa que él espera de su Hijo es la de una resuelta obediencia a la voluntad del Padre. "Porque he descendido del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió.' "He acabado la obra que me diste que hiciese." "No puede el Hijo hacer nada por sí mismo." "Mi comida es que haga la voluntad del que me envió" (Juan 6:38; 17:4; 5:19; 4:34).

Segundo, la paternidad implicaba afecto. "El Padre ama al Hijo". "El Padre me ha amado… he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor" (5:20; 15:9s).

Tercero, la paternidad implicaba comunión. "No estoy solo, porque el Padre está conmigo." "El que me envió, conmigo está: no me ha dejado solo el Padre, porque yo hago siempre lo que le agrada" (16:32; 8:29).

Cuarto, la paternidad implicaba honor. Dios desea exaltar a su Hijo. "Padre… glorifica a tu Hijo." "El Padre… todo el juicio dio al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre" (17: 1; 5:22s).

Todo esto se aplica a los hijos adoptivos de Dios. En Cristo Jesús su Señor, mediante él, Y bajo él, son gobernados, amados, acompañados, y honrados por su Padre Celestial. Como Jesús obedecía a Dios, también deben hacerla ellos. "Este es el amor de Dios [el Dios que engendró'], que guardemos sus mandamientos" (I Juan 5: 1 ,3). Dios ama a sus hijos adoptivos como amó a su Hijo Unigénito. "El Padre mismo nos ama" (Juan 16:27). Como Dios tenía comunión con su Hijo, así también la tiene con nosotros. "Nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo" (I Juan 1:3). De la manera en que Dios exaltó a Jesús exalta también a los seguidores de Jesús, como hermanos de una misma familia. "Si alguno me sirviere, mi Padre le honrara." "Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo" -para que vean y compartan la gloria que disfruta Jesús (Juan 12:26; 17:24). En tales términos la Biblia nos enseña a comprender la forma y la sustancia de la relación padre-hijo que liga al Padre de Jesús y al siervo de Jesús.

A esta altura se requiere una definición y análisis formal de lo que significa adopción. He aquí una excelente, tomada de la Confesión de Westminster (Capítulo XII):

Dios garantiza que todos los que son justificados, en su unigénito Hijo Jesucristo y por él, serán hechos partícipes de la gracia de la adopción: mediante la cual son incluidos en el número, y disfrutan de las libertades y los privilegios, de los hijos de Dios; se hacen acreedores a su nombre, y reciben el Espíritu de adopción; obtienen acceso al trono de la gracia con confianza; tienen derecho a exclamar Abba, Padre; Dios siente compasión hacia ellos, provee a sus necesidades, y los castiga como un padre; mas jamás son abandonados, sino sellados para el día de la redención, y heredan las promesas como herederos de eterna salvación.

Este es el carácter de la divina relación filial que se ofrece a los creyentes, relación que pasamos a estudiar.

II

Nuestra primera consideración acerca de la adopción es la de que se trata del privilegio más grande que ofrece el evangelio: más grande aun que la justificación. Esto puede parecer extraño, por cuanto la justificación es el don de Dios al que, desde Lutero, han prestado los evangélicos la mayor atención; estamos acostumbrados a decir, casi sin pensarlo, que la justificación gratuita es la bendición suprema de Dios para nosotros los pecadores. No obstante, si consideramos seriamente la afirmación que al principio hacemos veremos que es verdad.

No se discute que la justificación -por la cual queremos decir el perdón de Dios de nuestro pasado, junto con su aceptación para el futuro- sea la bendición primaria y

fundamental. La justificación es la bendición primaria porque resuelve nuestra necesidad espiritual primaria. Por naturaleza todos estamos bajo el juicio de Dios; su ley nos condena; la conciencia de culpa nos carcome, haciéndonos sentir inquietos, miserables, y, en los momentos de lucidez, atemorizados; no tenemos paz en nosotros mismos porque no tenemos paz con nuestro Hacedor.

Por lo tanto, necesitamos el perdón de nuestros pecados y la seguridad de una relación restablecida con Dios más que ninguna otra cosa en el mundo; y esto es lo que el evangelio nos ofrece antes de ofrecemos ninguna otra cosa. Los primeros sermones evangélicos que se predicaron, los que aparecen en Hechos, terminan con la promesa del perdón de pecados para todos los que se arrepientan y reciban a Jesús como su Salvador y Señor (Hch. 2:38; 3: 19; 10:43; 13:38; cf. 5:31; 17:30s; 19:21; 22: 16; 26:18; Luc. 24:47). En Romanos, la exposición paulina más completa del evangelio -"el evangelio más claro de todos", en la opinión de Lutero-, se expone en primer lugar la justificación mediante la cruz de Cristo (capítulos 1-5), Y se la considera como la base para todo 10 demás. En forma regular Pablo habla acerca de la justicia, la remisión de pecados, y la justificación como la consecuencia inmediata para nosotros de la muerte de Jesús (Rom. 3:22-26; II Coro 5:18-21; Gal. 3: 13s; Efe. 1:7; etc.). Y así como la justificación constituye la bendición primaria, también es la bendición fundamental, en el sentido de que todo lo demás que se relaciona con nuestra salvación la supone y. descansa sobre ella -incluida la adopción.

Pero esto no es lo mismo que decir que la justificación es la bendición más grande del evangelio. La adopción es más grande, por razón de la relación más rica con Dios que envuelve. Algunos libros de texto sobre la doctrina cristiana -el de Berkhof, por ejemplo- consideran a la adopción Hijos de Dios como si fuese una mera sub sección de la justificación; pero esto no resulta satisfactorio. Las dos ideas son distintas, y la adopción es la más sublime de las dos. La justificación es una idea forense, concebida en términos de la ley, y que ve a Dios como juez. En la justificación Dios declara que los creyentes penitentes no están, ni estarán jamás, sujetos a la muerte que merecen sus pecados, porque Cristo Jesús, su sustituto y sacrificio, gustó la muerte en lugar de ellos en la cruz. A decir verdad, este don gratuito de absolución y paz, obtenido para nosotros al costo del Calvario, es por cierto maravilloso; pero la justificación no implica en sí misma ninguna relación íntima ni profunda con Dios el juez. Como concepto, por lo menos, se podría gozar de la realidad de la justificación sin que surja ninguna comunión muy cercana con Dios. Pero comparemos ahora esto con la adopción. La adopción es un concepto relacionado con la familia, concebida en términos de amor, y que ve a Dios como padre. En la adopción Dios nos recibe en su familia y a su comunión, y nos coloca en la posición de hijos y herederos suyos. La intimidad, el afecto, y la generosidad están en la base de dicha relación. Estar en la debida relación con el Dios juez es algo realmente grande, pero es mucho más grande sentirse amado y cuidado por el Dios padre.

Este concepto no se ha expresado mejor que en el siguiente extracto de The Doctrine of Justification (La doctrina de la justificación), por James Buchanan:

Según las Escrituras, el perdón, la aceptación, y la adopción, son, en ese mismo orden, privilegios independientes, siendo cada uno de ellos mayor que el anterior … mientras que los dos primeros pertenecen propiamente a la justificación (del pecador), ya que

ambos se fundan en la misma relación -la de un Gobernante y su Súbdito-, el tercero es radicalmente diferente de ellos, ya que se funda en una relación más cercana, más tierna, y más cariñosa: la que existe entre un Padre y su Hijo .... Hay una diferencia manifiesta entre la posición del siervo y el amigo, y también entre el siervo y el hijo ... Se afirma que existe entre Cristo y su pueblo una intimidad más cercana y amorosa que la que existe entre un amo y su siervo: "Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no .sabe lo que hace su señor; pero os llamaré amigos" (Juan 15: 15); y se afirma que existe una relación aun más cercana y preciosa como consecuencia de la adopción, pues "ya no eres esclavo, sino hijo; Y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo" (Gál. 4:7). El privilegio de la adopción presupone el perdón y la aceptación, pero es mayor que ambos, pues "a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad [no "poder" (BJ, BA) en el sentido de fuerza interior, sino autoridad, "derecho" (VP), o "privilegio" (VM)] de ser hechos hijos de Dios" (Juan 1: 12). Este es un privilegio mayor que el de la justificación, ya que se funda en una relación más íntima y más cariñosa -"Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios"(I Juan 3: 1) (p.276s).

No sentimos plenamente la maravilla del paso de la muerte a la vida que se opera en el nuevo nacimiento hasta que la vemos como una transición, no ya simplemente como un rescate de la condenación hacia la aceptación sino de la esclavitud y la destitución, hacia la "seguridad, la certidumbre, y el gozo" de la familia de Dios. Así ve Pablo ese gran cambio en Gálatas 4: 1-7, donde contrasta la vida anterior de sus lectores, sujeta al legalismo esclavizante y a la superstición religiosa (v. 5 y 3), con el conocimiento presente que tienen de su Creador como Padre (v. 6) y benefactor (v. 7). Este, dice Pablo, es el lugar al que la fe en Cristo los ha llevado; han recibido "la adopción de hijos" (v. 5); "ya no eres esclavo, sino hijo, y si hijo, también heredero" (v. 7).

Cuando Charles Wesley encontró a Cristo el domingo de Pentecostés en 1738, su experiencia quedó plasmada en unos versos maravillosos ("The Wesleys' Conversion Hymn", Methodist Hymn Book 361, El Himno de la Conversión de los Wesley, Himnario Metodista 361), en los que la transición de la esclavitud a la relación filial constituye el tema principal.

¿Dónde ha de comenzar mi alma maravillada? ¿Cómo ha de aspirar mi todo al cielo? Siendo un esclavo redimido de la muerte y del pecado, un tizón arrancado del fuego eterno, ¿cómo he de alcanzar triunfos semejantes, o cantar la alabanza de mi gran Libertador? ¿Cómo he de expresar la bondad, PADRE, que tú me has mostrado?

¡Que yo, hijo de la ira y del infierno, sea llamado hijo de Dios, sepa que mis pecados son perdonados, sea bendecido con este anticipo del cielo! Tres días más tarde, nos dice Wesley en su diario, su hermano Juan entró precipitadamente con un grupo de amigos para anunciar que él también se había hecho creyente, y "cantamos el himno con gran gozo". ¿Hubiéramos podido unimos sinceramente al canto si hubiésemos estado allí? ¿Podemos hacer nuestras las palabras de Wesley? Si realmente somos hijos de Dios y "el Espíritu de su Hijo" está en nosotros, las palabras de Wesley ya habrán provocado un eco en nuestro corazón; pero si nos han dejado fríos, no veo cómo podemos imaginamos que somos cristianos en absoluto.

Para mostrar cuán grande es la bendición de la adopción tenemos que agregar algo más,

a saber: que es una bendición que permanece. Los expertos sociales insisten en la actualidad en que la unidad familiar debe ser estable y segura, y que toda falta de estabilidad en la relación padre-hijo se resuelve en tensión, neurosis, y retraso en el desarrollo del niño. Las depresiones, las irregularidades del comportamiento, las faltas de inmadurez que señalan al hijo del hogar quebrantado son conocidas por todos. Pero en la familia de Dios las cosas no son así. Allí hay estabilidad y seguridad absolutas; el padre es enteramente sabio y bueno, y la posición del hijo está permanentemente asegurada. El concepto mismo de la adopción es en sí prueba y garantía de la preservación de los santos, porque solamente los padres malos echan a los hijos de la familia, aun cuando exista provocación; y Dios no es un padre malo, sino buena. Cuando se detecta depresión, irregularidad, e inmadurez en el cristiano, cabe preguntar si ha aprendido realmente el hábito saludable de considerar la perdurable seguridad de los hijos de Dios.

III

Nuestra segunda consideración en relación con la adopción es la de que por ella ha de entenderse toda la vida cristiana. La relación filial tiene que ser el factor regulador -la categoría normativa, si se quiere- en cada etapa. Esto se sigue de la naturaleza del caso, y recibe confirmación sorprendente en el hecho de que toda la enseñanza de nuestro Señor relativa al discipulado cristiano está modelada en dichos términos.

Resulta claro que, así 'como Jesús siempre se consideró Hijo de Dios en un sentido único, así también consideró a sus seguidores como hijos de su Padre celestial, miembros de la misma familia divina a la que él también pertenecía. Al comienzo de su ministerio vemos que dice: "Todo aquel que hace la voluntad de Dios, ese es mi hermano, y mi hermana, y mi madre" (Mar. 3:35). Y dos de los evangelistas indican que después de su resurrección llamó hermanos a sus discípulos. "Mientras iban [las mujeres] a dar las nuevas a los discípulos, he aquí, Jesús les salió al encuentro… Entonces Jesús les dijo: No temáis, id, dad las nuevas a mis hermanos, para que vayan a Galilea, y allí me verán" (Mat. 28:9s). "Ve a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y a nuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios. Fue entonces María Magdalena para dar a los discípulos las nuevas de que… él le había dicho estas cosas" (Juan 20: 17s). El escritor de hebreos nos asegura que el Señor Jesús considera a todos aquellos por los cuales ha muerto, y que son sus discípulos, como hermanos. El Hijo "no se avergüenza de llamados hermanos, diciendo: Anunciaré a mis hermanos tu nombre… " y, luego, "He aquí, yo y los hijos que Dios me dio" (Heb. 2: 11ss). Así como nuestro Hacedor es nuestro Padre, así también nuestro Salvador es nuestro hermano cuando ingresamos en la familia de Dios.

Ahora bien, de la misma manera que el conocimiento de su exclusivo carácter filial servía para regular el desarrollo de la vida de Jesús en la tierra, insiste también él en que el conocimiento de nuestra adopción filial debe asimismo regular nuestra propia vida. Esto surge repetidamente en su enseñanza, pero en ninguna parte con mayor claridad que en el Sermón del Monte. Llamado con frecuencia la Carta Magna del Reino de Dios, este sermón podría con igual exactitud describirse como el código de la familia real, pues la idea de la relación filial entre el discípulo y Dios resulta básica para las cuestiones principales en tomo a la obediencia cristiana a que se refiere. Vale la pena analizar esto detalladamente, especialmente dado el hecho de que raramente se le

otorga, en las exposiciones, la atención que le corresponde.

Primero, pues, la adopción aparece en el sermón como la base de la conducta cristiana. Se comenta con frecuencia que el Sermón enseña la conducta cristiana, no ofreciendo un código completo de reglas y una casuística detallada, para seguirse con precisión mecánica sino indicando en forma amplia y general el espíritu, la dirección, los objetivos, los principios directrices, y los ideales, con arreglo a los cuales el cristiano debe regir su vida. A menudo se destaca el hecho de que se trata de una ética de la libertad responsable, enteramente diferente del tipo de instrucción precisa y rígida a que echaban mano los escribas y doctores judíos en la época del Señor Jesús. Lo que no se percibe con tanta frecuencia es que se trata precisamente del tipo de instrucción moral que los padres constantemente procuran inculcar a sus hijos, la enseñanza de principios generales imaginativos y concretos fundados 'en casos particulares, procurando al mismo tiempo que los hijos aprecien el valor de los puntos de vista de los padres y los compartan, como también su actitud ante la vida. La razón que hace que el Sermón del Monte tenga esta cualidad no es difícil de descubrir: es que se trata justamente de instrucción para los hijos de una familia: la familia de Dios. La orientación básica se deja ver en tres principios de conducta de muy amplio alcance que enuncia nuestro Señor.

El principio número uno es el de imitar al Padre. "Yo os digo: Amad a vuestros enemigos… para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos… Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto" (Mat. 5: 44s,48). Los hijos han de mostrar en su conducta el parentesco familiar. Aquí Jesús está indicando que deben "ser santos porque yo soy santo", y lo hace relacionando la idea con la familia.

El principio número dos es el de glorificar al Padre. "Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos" (5: 16). Es muy hermoso que los hijos estén orgullosos de sus padres, que deseen que los demás vean lo maravilloso que es, y que procuren comportarse en público en forma que le haga honor; de igual modo, dice Jesús, los cristianos deben procurar portarse entre los hombres de forma que promuevan alabanzas al Padre que está en el cielo. Su preocupación constante tiene que ser la que se les ha enseñado a articular al comienzo de sus oraciones:

"Padre nuestro… santificado sea tu nombre" (6:9). El principio número tres es el de agradar al Padre. En el capítulo 6: 1-18 Jesús se refiere a la necesidad de agradar sinceramente a Dios con nuestra religión, y enuncia el principio en los siguientes términos: "No practiquen su religión delante de la gente sólo para que las vean. Si lo hacen así, su Padre que está en el cielo no les dará ningún premio" (6: 1, VP}. Dicho "premio" o recompensa, no es, desde luego, algo mercenario; será una recompensa en el seno de la familia, una muestra adicional de amor, como la que les encanta proporcionar a los padres cuando los hijos han hecho un verdadero esfuerzo por agradar o cumplir. El propósito que tiene la promesa de recompensa que hace nuestro Señor (vv. 4, 6,18) no es el de hacemos pensar en términos de salario y de un quid pro qua, sino simplemente de recordamos que nuestro Padre celestial tiene en cuenta, y demuestra gran placer, cuando hacemos esfuerzos por agradarle a él y sólo a él.

Segundo, la adopción aparece en el Sermón como la base de la oración cristiana. "Vosotros, pues, oraréis así: Padre nuestro… " (6:9). Jesús siempre oraba a su Dios como Padre ("Abba" en arameo, palabra íntima, usada en el seno de la familia) y así deben hacerlo también sus seguidores. Jesús podía decirle a su Padre "siempre me oyes" (Juan 11:42), y quiere que sus discípulos sepan que, como hijos adoptados por Dios, eso mismo vale para ellos. El Padre está siempre accesible a sus hijos, y nunca está demasiado ocupado para escuchar lo que tienen que decirle. Esta es la base de la oración cristiana.

Se siguen dos cosas según el sermón. Primero, la oración no debe concebirse en términos impersonales ni mecánicos, como una técnica para ejercer presión sobre alguien que de otro modo no podría hacer caso. "Orando, no uséis vanas repeticiones, como los gentiles, que piensan que por su palabrería serán oídos. No os hagáis, pues, semejantes a ellos; porque vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis" (6:7s). Segundo, la oración ha de ser libre y franca. No tenemos por qué titubear en imitar la sublime "frescura" del chico que no tiene miedo de pedirles cualquier cosa a sus padres, porque sabe que puede contar con su amor en forma total. "Pedid, y se os dará…, porque todo aquel que pide, recibe… Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan?" (7:7-11).

No es, por cierto, que nuestro 'Padre celestial contesta siempre las oraciones de sus hijos en la forma en que las ofrecemos. ¡A veces hacemos peticiones equivocadas! Es prerrogativa de Dios el dar cosas buenas, cosas que necesita-. mas, y si, en nuestra falta de sabiduría, pedimos cosas que no caben bajo dichos encabezamientos, Dios, como cualquier padre bueno, se reserva el derecho de decir: "No, eso no; no te hará bien; en cambio te doy esto otro." Los padres buenos jamás se limitan a desoír lo que dicen sus hijos, ni ignoran sencillamente sus sentimientos de necesidad, como tampoco lo hace Dios; pero a menudo nos da 10 que tendríamos que haber pedido, más bien que lo que realmente hayamos solicitado. Pablo le pidió al Señor Jesús que en su gracia le quitase el aguijón de la carne, pero el Señor le contestó dejándole, en su gracia, el aguijón, y fortaleciéndolo para que pudiese vivir con él (II Cor. 12:7 - 8). ¡El Señor sabía lo que hacía! Sería una gran equivocación sugerir que porque la oración de Pablo fue contestada de esta forma en realidad no fue contestada en absoluto. He aquí una fuente que arroja luz sobre 10 que a veces se denomina "el problema de la oración no contestada".

Tercero, la adopción aparece en el Sermón del Monte como la base de la vida de fe, es decir, la vida que consiste en confiar en Dios para la satisfacción de las necesidades materiales mientras se busca su reino y su justicia. No es necesario, empero, aclarar que se puede vivir la vida de fe sin tener que abandonar una ocupación lucrativa. Cierto que algunas personas han sido llamadas a hacer eso, pero intentarlo sin un llamado específico no es fe sino insensatez. ¡Hay una gran diferencia! En realidad, todos los cristianos son llamados a vivir una vida de fe, en el sentido de hacer la voluntad de Dios cualquiera sea el costo y confiando en él hasta las últimas consecuencias. Pero todos somos tentados, tarde o temprano, a considerar el status y la seguridad, en términos humanos, antes que la lealtad al llamado de Dios; y luego, si resistimos a la tentación, nos sentimos tentados de inmediato a preocupamos sobre el posible efecto de la posición que hemos adoptado, particularmente cuando, como les pasó a los discípulos a quienes

fue predicado el sermón primeramente, y como les ha ocurrido a muchas personas desde entonces, la resolución de seguir a Jesús las ha obligado a abandonar una cierta medida de seguridad y prosperidad de la que de otro modo probablemente habrían podido disfrutar. Para quienes son tentados de este modo en su vida de fe, Jesús enuncia el concepto de adopción.

"No se preocupen por lo que van a comer o beber para vivir, ni por la ropa que han de ponerse", dice el Señor (6: 25, VP). Pero, nos dice alguien, esto no es ser realista; ¿cómo puedo dejar de preocuparme cuando me veo en tal o cual situación? A esto Jesús contesta: tu fe es demasiando pequeña; ¿has olvidado que Dios es tu Padre? "Miren las aves que vuelan por el aire…, el Padre de ustedes que está en el cielo les da de comer. ¡Cuánto más valen ustedes que las aves!" (v. 26). Si Dios cuida de las aves sin ser el Padre de ellas, ¿no está claro que indudablemente los cuidará a ustedes, que son sus hijos? En los versículos 31-33 la cuestión aparece en términos positivos. "Por eso, no se preocupen diciendo: "¿Qué vamos a comer? o ¿qué vamos a beber? … ustedes tienen un Padre celestial que ya sabe que necesitan todo eso. Así que, pongan su atención en el reino de Dios -el de su Padre- y en hacer lo que él requiere, y recibirán también todas estas cosas." "A lo mejor chocamos", dijo la niña preocupada mientras la familia se desplazaba entre el tránsito en su automóvil. "Confía en papá; es un buen conductor", dijo la madre. La niña se sintió segura Y se relajó inmediatamente. ¿Confiamos nosotros en nuestro Padre celestial de este modo? Y si no, ¿por qué? Ese tipo de confianza es vital; constituye en verdad el móvil principal en la vida de fe; sin esa confianza, la fe deriva hacia la incredulidad.

IV

En un capítulo anterior vimos que el concepto de propiciación, que sólo aparece expresamente cuatro veces en el Nuevo Testamento, es no obstante vitalmente importante ya que es el núcleo y el punto central de toda la perspectiva neotestamentaria de la obra redentora de Cristo. Aquí ocurre algo semejante. La palabra "adopción" (la que significa "instalar como hijo") aparece sólo cinco veces, Y de ella solamente tres se refieren a la relación presente del cristiano con Dios en Cristo (Rom. 8: 14; Gal. 4:5; Efe. 1:5); y, sin embargo, el concepto mismo constituye el núcleo y el punto central de toda la enseñanza neo testamentaria sobre vida cristiana. Ciertamente, los dos conceptos van juntos; si se me pidiese que caracterizara el mensaje del Nuevo Testamento en tres palabras, yo propondría adopción mediante propiciación, y creo que no voy a encontrar jamás una síntesis más rica ni más fecunda del evangelio. Pero no es sólo en los cuatro evangelios que la noción de nuestra relación filial y divina se presenta como lo que regula el pensamiento y la vida. Las epístolas también están llenas del tema. Al pasar a demostrar, a continuación, que la realidad de nuestra adopción nos proporciona las más profundas percepciones que nos ofrece el Nuevo Testamento sobre cinco asuntos más, vamos a basar las pruebas en las epístolas, principalmente. Las cinco cuestiones son: primera, la grandeza del amor de Dios; segunda, la gloria de la esperanza cristiana; tercera, el ministerio del Espíritu Santo; cuarta, el significado y los motivos de lo que los puritanos llamaban la "santidad evangélica"; quinta, el problema de la certidumbre del cristiano.

Primero, la adopción muestra la grandeza de la gracia de Dios. El Nuevo Testamento nos ofrece dos criterios para calcular el amor de Dios. El primero es la cruz (véase

Rom. 5:8; 1 Juan 4: 8-10); el segundo es el don de la relación filial. "Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios" (1 Juan 3: 1). De todos los dones de la gracia, la adopción es el mayor. El don del perdón por el pasado es grande: el saber que

Sufriendo la vergüenza y despreciando la grosería ocupó mi lugar de condenación, y selló mi perdón con su sangre, constituye una fuente perpetua de maravilla y de gozo. Rescatado, sanado, restaurado, perdonado ¿quién como yo habría de cantar sus alabanzas?

Así también, el don de la inmunidad y de la aceptación -ahora y para el futuro es grande: una vez que el extático epitome de Charles Wesley sobre Romanos 8 se hace nuestro. Ninguna condenación temo ahora; Jesús, y todo lo que él es, es mío; vivo en él, mi Señor viviente, y arropado en divina justicia me acerco al trono eterno con confianza y reclamo la corona, en los méritos de mi Cristo nuestro espíritu adquiere alas y vuela, como ya lo sabrán seguramente algunos de los que lean este capítulo. Pero al tener conciencia de que Dios nos ha levantado de la calle, por así decirlo, y nos ha hecho hijos de su propia casa -a nosotros, pecadores perdonados milagrosamente, culpables, desagradecidos, desafiantes, perversos en gran modo- nuestro sentido del inmenso amor de Dios adquiere proporciones que no podemos expresarlo en palabras. Nos hacemos eco de la pregunta de Charles Wesley:

¿Cómo he de expresar, Padre, la bondad que tú me has mostrado? ¡Que yo, un hijo de la ira y del infierno sea llamado hijo de Dios! Como él, nosotros también habremos de sentir que no sabemos cómo dar una respuesta adecuada.

En el mundo antiguo la adopción la practicaban de ordinario únicamente los de buena posición que no tenían hijos. Los favorecidos, como lo señaláramos antes, normalmente no eran niños, como suele ser el caso hoy, sino jóvenes que habían demostrado tener la capacidad necesaria para llevar el nombre de la familia en forma digna. En este caso, no obstante, Dios nos adopta por puro y gratuito amor, no porque nuestro carácter y nuestros antecedentes nos señalen como dignos de ocupar un lugar en la familia de Dios; la idea de que él nos ame y nos exalte siendo nosotros pecadores, de la misma manera en que amó y exaltó al Señor Jesús, parecería ridícula y disparatada, y sin embargo, eso, y nada menos que eso, es lo que significa la adopción.

La adopción, por su misma naturaleza, es un acto libre de bondad manifestado hacia la persona que se adopta. Si al adoptar a alguien le hacemos padres es porque hemos elegido hacerla, no porque estemos obligados a ello. De modo semejante, Dios adopta porque ha elegido hacerla. No tiene ninguna obligación de hacerla. Podría no haber hecho nada por nuestros pecados, salvo castigarnos como correspondía. Mas nos amó de este modo; nos redimió, nos perdonó, nos tomó como hijos, y se nos dio él mismo como Padre.

Pero su gracia no se detiene en ese acto inicial, como tampoco el amor de los padres humanos que adoptan se detiene una vez que se ha completado el proceso legal que les confiere el niño. El hecho de determinar la: posición del niño como miembro de la familia es sólo el comienzo. La verdadera tarea está por delante: la de establecer una relación filial entre el niño adoptado y sus nuevos padres. Este es el aspecto que

realmente interesa. En consecuencia, los nuevos padres se dedican a conquistar el amor del niño tratándolo con amor. Así hace Dios. A lo largo de nuestra vida en este mundo, y hasta la eternidad, nos dará constantemente, de un modo o de otro, más y más de su amor, con lo cual aumenta continuamente nuestro amor por él también. Lo que el futuro ofrece a los hijos que adopta Dios es una eternidad de amor.

Una vez conocí a una familia cuyo hijo mayor había sido adoptado porque entonces los padres pensaban que no podían tener hijos. Cuando más tarde llegaron los hijos nacidos del matrimonio, todo el afecto de los padres se dirigió hacia ellos, y el hijo adoptivo quedó relegado en forma muy evidente. Era un espectáculo penoso, y, a juzgar por la expresión en el rostro del hijo adoptivo, constituía una experiencia dolorosa para él. Se trataba, desde luego, de un miserable fracaso de la función paternal. Pero en la familia de Dios no ocurren cosas así. Como el hijo pródigo de la parábola, tal vez no podamos hacer otra cosa que decir: "He pecado, ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros" (Luc. 15: 18s). Pero Dios nos recibe como a hijos y nos ama con el mismo amor inmutable con el que ama eternamente a su bien amado unigénito. En la familia divina no hay grados de afecto. Todos somos amados tan plenamente como lo es Jesús. Es como un cuento de hadas -el monarca reinante adopta granujas y descarriados para convertirlos en príncipes-, pero, alabado sea Dios, este no es un cuento de hadas: es un hecho real y verdadero que se apoya en el fundamento de la gracia libre y soberana. Esto es lo que significa la adopción. Con razón Juan exclama: "Mirad cuál amor. … “Una vez que comprendamos lo que es la adopción haremos esta misma exclamación nosotros mismos. Pero esto no es todo.

Segundo, la adopción nos muestra la gloria de la esperanza cristiana. El cristianismo del Nuevo Testamento es una religión de esperanza, una fe que mira hacia adelante. Para el cristiano lo mejor está siempre por delante. ¿Pero cómo podemos formamos una idea adecuada de lo que nos espera al final del camino?- Aquí, también, la doctrina de la adopción nos sale al encuentro. Para comenzar, nos enseña a pensar en nuestra esperanza como algo perfectamente asegurado, y no como una posibilidad o algo simplemente verosímil, porque se trata de una herencia prometida. La razón para adoptar a alguien en el mundo del primer siglo era específicamente la de contar con un heredero al que se pudieran dejar las posesiones. Así, también, la adopción por parte de Dios nos convierte en herederos, y ello nos garantiza, de derecho (podríamos decir), la herencia que tiene preparada para nosotros. "Somos hijos de Dios. Y si hijos también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo" (Rom. 8: 16s). "Ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo" (Gal. 4:7). La riqueza de nuestro Padre es inconmensurable y hemos de heredar todo.

Seguidamente la doctrina de la adopción nos dice que la suma y' sustancia de la herencia prometida es la participación en la gloria de Cristo. Seremos hechos semejantes a nuestro hermano mayor en todos los sentidos, y el pecado y la mortalidad, esa doble corrupción de la buena obra de Dios en las esferas moral y espiritual respectivamente, serán cosas del pasado. "Coherederos de Cristo… para que juntamente con él seamos glorificados" (Rom. 8: 17). "Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado 10 que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él" (I Juan 3:2). Esta semejanza se extenderá al cuerpo físico tanto como a la mente y al carácter; más todavía, Romanos 8: 23 se refiere al hecho de que la adopción consiste en el otorgamiento de la semejanza en el aspecto físico, empleando

claramente la palabra en el sentido de la herencia para la cual fuimos adoptados. "Nosotros… que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo." Esta, la bendición del día de la resurrección, hará real y actual para nosotros todo lo que estaba implícito en la relación de la adopción, porque nos introducirá a la plena experiencia de la vida celestial que ahora disfruta nuestro hermano mayor. Pablo se refiere al esplendor de este acontecimiento, y nos asegura que toda la creación, en forma real, si bien inarticulada, anhela "la manifestación de los hijos de Dios. Porque '" también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios" (Rom. 8: 19ss). Independientemente de todo lo demás que este pasaje pudiera significar (y no fue escrito, recuérdese, para satisfacer la curiosidad del especialista en ciencias naturales), el mismo subraya claramente la sobrecogedora grandiosidad de lo que nos espera según el buen designio de Dios. Cuando pensamos en Jesús exaltado en la gloria, en la plenitud del gozo por el que soportó la cruz (hecho sobre el que los cristianos debieran meditar frecuentemente), debiéramos tener siempre presente que todo lo que él tiene algún día será compartido con nosotros, por cuanto es nuestra herencia tanto como lo es suya; nosotros nos contamos entre los "muchos hijos" que Dios está llevando a la gloria (Heb. 2: 10), y la promesa que nos ha hecho Dios, tanto como su obra en nosotros, no van a fallar.

Finalmente, la doctrina de la adopción nos dice que la experiencia del cielo será la de una reunión familiar, cuando la gran hueste de los redimidos se reúna en comunión cara a cara Con su Dios-Padre y Jesús su hermano mayor. Este es el cuadro más profundo y más claro del cielo que nos ofrece la Biblia. Muchas partes de las Escrituras se refieren a él. "Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria" (Juan 17: 24). "Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios" (Mat. 5:8). "Le veremos cara a cara" (I Coro 13: 12). "Así estaremos siempre con el Señor" (I Tes. 4: 17). Será como el día en que el niño sale por fin del hospital, y encuentra al padre y a toda la familia afuera para recibirlo -una gran ocasión para todos. "Me veo ahora al final del viaje; los días fatigosos han terminado- dijo Perseverante, el personaje de Bunyan, cuando se encontraba en medio del río Jordán-, los pensamientos acerca de lo que voy a hallar, y de la conducta que me espera del otro lado, están como brasas encendidas a la puerta de mi corazón '" hasta aquí he viajado de oídas, y por fe, pero ahora me encamino hacia donde viviré en la luz, y estaré con Aquel en cuya compañía me deleito." Lo que hará que el cielo sea cielo es la presencia de Jesús, y la de un Padre divino reconciliado que por amor a Jesús nos ama a nosotros no menos de lo que ama al propio Jesús. El ver, conocer, amar al Padre y al Hijo y ser amado por ellos, en compañía del resto de la vasta familia de Dios, es la esencia misma de la esperanza cristiana. Como lo expresó Richard Baxer en su versión poética del pacto con Dios que su prometida "suscribió de buena gana" ello de abril de 1660: Mi conocimiento de esa vida es pequeño; el ojo de la fe está empañado: pero basta que Cristo lo sepa todo; porque yo estaré con él. Si somos creyentes, y por lo tanto hijos, el porvenir que esto nos anuncia nos satisface; sino es así, parecería entonces que todavía no somos ninguna de las dos cosas.

Tercero, la adopción nos proporciona la clave para entender el ministerio del Espíritu Santo. Existen peligros y confusiones en abundancia entre los cristianos en el día de hoy en torno al tema del ministerio del Espíritu Santo. El problema no está en encontrar rótulos adecuados sino en saber en la práctica qué es lo que corresponde a la obra de

Dios en relación con lo que designan dichos rótulos. Así, todos sabemos que el Espíritu nos hace conocer la mente de Dios, y que glorifica al Hijo de Dios; la Escritura nos lo dice; nos informa además que el Espíritu es el agente del nuevo nacimiento y que obra dándonos entendimiento a fin de que podamos conocer a Dios, y un corazón nuevo para que podamos obedecerle; también, que el Espíritu mora en nosotros, nos santifica, y nos capacita para el peregrinaje diario; asimismo, que la certidumbre, el gozo, la paz, y el poder constituyen sus dones especiales para nosotros. Pero muchas personas se quejan de que están llenas de dudas porque las afirmaciones que anteceden no son más que fórmulas para ellos, que no corresponden a nada que puedan reconocer en su propia vida. Naturalmente, dichos cristianos sienten que están perdiendo algo vital, y preguntan con ansiedad cómo pueden hacer para achicar la distancia entre el cuadro neotestamentario de la actividad del Espíritu y la propia sensación de aridez en la experiencia diaria. Luego, quizás, se lanzan desesperados a buscar un evento psíquico único que los transforme, de tal manera que lo que para ellos es la "barrera no espiritual" personal puede ser eliminada de una vez para siempre. El acontecimiento de referencia, "una experiencia en un retiro o campamento", "entrega total", "el bautismo del Espíritu Santo", "la satisfacción completa", "el sello del espíritu", o el don de lenguas, o (si navegan os orientados por estrellas de la órbita católica más que de la protestante) "una segunda conversión", o la oración queda, o la de unión. Mas, aun cuando ocurra algo que piensan que pueden identificar con lo que están buscando, no tardan en darse cuenta de que la "barrera no espiritual" no ha sido eliminada en absoluto; de modo que comienzan nuevamente a buscar otra cosa diferente. Muchas personas se ven envueltas en este tipo de trajín en el día de hoy. ¿Qué es lo que hace falta en estos casos? nos preguntamos. La luz que emana de la doctrina de la adopción acerca del ministerio del Espíritu proporciona la respuesta.

La causa de los problemas que hemos descrito está en un sobrenaturalísimo falso de tipo mágico, que lleva a la gente a apetecer un toque transformador como el de una potencia eléctrica impersonal que les haga sentirse libres de las cargas y esclavitudes de tener que vivir consigo mismos y con los demás. Creen que esto constituye la esencia de la genuina experiencia espiritual. Piensan que la obra del Espíritu consiste en proporcionarles experiencias semejantes a lo que producen las drogas. (Qué daño hacen los evangelistas que llegan a prometer justamente esto, o los drogadictos que equiparan sus fantasías con la verdadera experiencia religiosa. ¿Cuándo aprenderá este mundo a distinguir entre cosas que difieren?) En realidad, empero, esta búsqueda de una explosión interior, antes que de una comunión interior, es evidencia de una profunda falta de entendimiento de 10 que es el ministerio del Espíritu. Porque lo que es esencial entender aquí es que el Espíritu le es dado a los creyentes como "el Espíritu de adopción", y en todo ministerio para con los cristianos obra justamente como Espíritu de adopción. Como tal, su función y su propósito en todo momento consisten en hacer comprender a los cristianos, con creciente claridad, el significado de su relación filial con Dios en Cristo, y llevarlos a responder en forma cada vez más profunda a Dios a base de dicha relación. Pablo señala esta verdad cuando escribe que los creyentes han recibido "el Espíritu que los hace hijos de Dios. Y este Espíritu nos hace decir: ¡Padre nuestro!" (Rom. 8: 15, VP). "Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!" (Gal. 4: 6). La adopción es el pensamiento clave para descubrir la perspectiva neotestamentaria de la vida cristiana Y el pensamiento central para unificada. Del mismo modo, el reconocimiento de que el Espíritu nos viene como Espíritu de adopción constituye el pensamiento clave para descubrir todo lo que el

Nuevo Testamento nos explica en cuanto a su ministerio para con el cristiano.

Desde el punto de mira que nos proporciona este pensamiento central, vemos que la obra del Espíritu tiene tres aspectos. En primer lugar, nos hace y nos mantiene conscientes -a veces en forma vívidamente consciente, Y siempre en alguna medida, aun cuando la parte perversa de nosotros nos incita a negarlo- de que somos hijos de Dios por pura gracia mediante Cristo Jesús. Esta es la obra que consiste en damos fe, seguridad, y gozo. En segundo lugar, nos ayuda ver a Dios como un padre y a mostrar hacia él esa confianza respetuosa e ilimitada que es natural en hijos que se sienten seguros en el amor de un padre al que adoran. Esta es la obra que consiste en hacemos exclamar "Abba, Padre" -la actitud es la que expresa la exclamación. En tercer lugar, nos impulsa a actuar de conformidad con nuestra posición como hijos de la realeza, manifestando la semejanza de familia (es decir, conformándonos a Cristo), y promoviendo el honor de la familia (es decir, buscando la gloria de Dios). Esta es la obra de santificación. Mediante esta progresiva profundización de la conciencia Y el carácter filial, con el consiguiente efecto en la búsqueda de lo que Dios ama y la evitación de lo que aborrece, "nos vamos transformando en esa misma imagen [la del Señor} cada vez más gloriosos, conforme a la acción del Señor, que es Espíritu" (II Cor. 3: 18, BJ). De modo que no es cuando nos esforzamos por sentir cosas o tener experiencias, de cualquier tipo, que la realidad del ministerio del Espíritu se hace visible en nuestra vida, sino cuando buscamos a Dios mismo, buscándolo como nuestro Padre, atesorando su comunión, y descubriendo en nosotros mismos un creciente deseo de conocerlo y serle agradables. Este es el conocimiento que tanto necesitamos para salir del atolladero de los conceptos no espirituales sobre el Espíritu, atolladero en el que tantas personas se encuentran envueltas en el día de hoy.

Cuarto, partiendo de lo que acabamos de decir, la adopción nos muestra el significado y los motivos de la "santidad evangélica: La "santidad evangélica" es una frase que sin duda a algunos les resultará conocida. Era una especie de taquigrafía puritana para hacer referencia a la vida cristiana auténtica, que surge del amor y la gratitud hacia Dios, por contraste con la "santidad legal" espuria que consistía meramente en fórmulas, rutinas, y apariencia exterior, mantenidas por motivos egoístas. Aquí sólo queremos referimos brevemente a dos cuestiones en relación con la "santidad evangélica". Primero, lo que ya se ha dicho nos muestra lo esencial de su carácter. Se trata de un vivir en armonía con nuestra relación filial con Dios, en la que nos ha colocado el evangelio. Consiste sencillamente en que el hijo de Dios sea fiel al modelo, fiel a su Padre, a su Salvador, y a sí mismo. Consiste en expresar la adopción en la vida. Consiste en ser un buen hijo, a diferencia del pródigo o de la oveja negra de la familia real. Segundo, la relación adoptiva, que pone de manifiesto tan íntimamente la gracia de Dios, proporciona ella misma el motivo para este auténtico vivir santamente. Los cristianos saben que Dios los ha "predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo", y que esto comprende su intención eterna de que "fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor" (Efe. 1:4s). Saben que se dirigen hacia el día en que dicho destino se realizará en forma plena y definitiva. "Sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos como él es" (I Juan 3:2).

¿En qué redunda dicho conocimiento? Pues en esto: que "todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro" (v. 3). Los hijos saben que la santidad es la voluntad del Padre para ellos, y que es tanto un medio como una

condición, además de un componente de su felicidad, aquí y en el más allá; y porque aman a su Padre se dedican activamente a cumplir ese propósito benéfico. La disciplina paternal ejercida mediante presiones y pruebas exteriores contribuye al proceso: el cristiano que se encuentra hasta los ojos con problemas puede consolarse en el conocimiento de que en el misericordioso plan de Dios todo tiene un propósito positivo, para el progreso de santificación. En este mundo, los hijos de la realeza, a diferencia de los demás, tienen que someterse a disciplina y educación adicionales con el fin de estar preparados para cumplir su elevado destino. Así es también con los hijos del Rey de reyes. La clave para entender la forma en que los trata es recordar que en el curso de la vida Dios los está preparando para lo que les espera, y modelándolos para que se asemejen a la imagen de Cristo. Algunas veces el proceso de modelado resulta penoso, y la disciplina difícil; pero el Espíritu nos recuerda que "el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo. Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos… Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de. tristeza; pero después da fruto apacible de justicia… "(Heb. 12:6s, 11). Únicamente el hombre que ha comprendido esto puede entender Romanos 8:28: "A los que aman a Dios, todas las cosas ayudan a bien"; igualmente, sólo ese hombre puede retener la seguridad de su relación filial frente a los ataques satánicos cuando las cosas andan mal. Pero el que ha hecho suya la doctrina de la adopción disfruta de certidumbre y recibe bendición en tiempos difíciles: este es uno de los aspectos dé la victoria de la fe sobre el mundo. Mientras tanto, sin embargo, queda el hecho de que el motivo principal del cristiano para vivir santamente no tiene carácter negativo -la esperanza (¡vana!) de que así podrá evitar la disciplina- sino positivo: el impulso a mostrar al Dios que lo ha adoptado su amor Y su gratitud identificándose con la voluntad del Padre para él.

Esto de inmediato arroja luz sobre la cuestión del lugar de la ley de Dios en la vida cristiana. A muchas personas les ha resultado difícil ver en qué sentido la ley puede tener vigencia para el cristiano. Estamos libres de la ley, dicen; nuestra salvación no depende de que guardemos la ley; somos justificados por la sangre y la justicia de cristo. ¿Qué importancia tiene, entonces? ¿O qué puede significar el que en adelante guardemos o no la ley? Y puesto que la justificación significa el perdón de todo pecado, pasado, presente, y futuro, y la completa aceptación para toda la eternidad, ¿por qué hemos de preocupamos, sea que pequemos o no? ¿Por qué vamos a pensar que a Dios le preocupa esto? ¿Acaso no es una indicación de una comprensión imperfecta de la justificación el que el cristiano se preocupe por sus pecados diarios y se dedique a lamentarse por ellos y a buscar perdón por los mismos? ¿Acaso no es la negativa a acudir a la ley en busca de instrucción, o a preocupamos por las faltas diarias, parte de la verdadera confianza en la, fe que justifica?

Los puritanos tuvieron que enfrentarse con estas ideas "antinómicas" y a veces les resultaba bastante difícil responder a ellas. Si aceptamos la suposición de que la justificación constituye el todo y el fin del don de la salvación, siempre resultará difícil contrarrestar tales argumentos. La verdad está en que dichas ideas han de ser contestadas en términos de adopción y no de justificación: realidad que los puritanos no llegaron a destacar suficientemente. Una vez que se traza la diferencia entre estos dos elementos del don de la salvación, la respuesta correcta se hace evidente.

¿Cual es esa respuesta? Es esta: que, si bien es cierto que la justificación libra a la persona para siempre de la necesidad de guardar la ley, o de intentado, como medio de

salvar la vida, es igualmente cierto que la adopción obliga a guardar la ley, como forma de agradar al nuevo Padre que hemos obtenido. El guardar la leyes un aspecto de la semejanza familiar de los hijos de Dios; Jesús cumplió toda justicia, y Dios nos pide que nosotros hagamos lo propio. La adopción coloca la obligación de guardar la ley sobre una nueva base: como hijos de Dios reconocemos la autoridad de la ley como regla para nuestra vida, porque sabemos que esto es lo que nuestro Padre desea. Si pecamos, confesamos nuestra falta y pedimos perdón a nuestro Padre sobre la base de la relación familiar, como nos lo enseñó Jesús -"Padre nuestro… perdónanos nuestros pecados" (Luc. 11: 2,4). Los pecados de los hijos de Dios no destruyen su justificación ni anulan su adopción, pero dañan la comunión entre ellos y su Padre. "Sed santos, porque yo soy santo" es la voz que oímos de nuestro Padre, y no constituye parte de la fe justificadora el perder de vista el hecho de que Dios, el Rey, quiere que sus hijos reales vivan vidas dignas de su paternidad y su posición.

Quinto, la adopción aporta la clave que necesitamos para guiamos a través del problema de la certidumbre. He aquí una madeja enmarañada, como no habrá otra. Este tópico ha sido motivo de discusión permanente en la iglesia a partir de la Reforma. Los reformadores, y Lutero en particular, solían distinguir entre "fe histórica" -lo que Tyndale llamaba "fe como de cuento", vale decir, la creencia en los hechos cristianos sin respuesta o compromiso- y la verdadera fe salvadora. Esto último, afirmaban, era esencialmente certidumbre. La llamaban fiducia, "confianza" confianza, vale decir, primero en el concepto de la promesa de Dios de perdonar y otorgar vida a los pecadores que creían, y, segundo en su aplicación a uno mismo como creyente. "La fe -declaró Lutero- es una confianza viviente y deliberada en la gracia de Dios, tan segura que por ella uno podría morir mil veces, y tal confianza, nos hace gozosos, intrépidos, y alegres para con Dios y toda la creación". Y atacó "esa perniciosa doctrina de los papistas que enseñaba que ningún hombre sabe con seguridad si está en el favor de Dios o no; con lo cual mutilaban completamente la doctrina de la fe, atormentaban la conciencia de los hombres, echaban a Cristo de la Iglesia, y negaban todos los beneficios del Espíritu Santo". En esa misma época los reformadores reconocían que la fiducia, la certidumbre de la fe, podía existir en el hombre que bajo la tentación estaba seguro de que ella no existía en él, y que no tenía esperanza en Dios. (Si esto nos pareciera paradójico, demos gracias de que jamás hayamos sido expuestos a ese tipo de tentación que hace que este sea el estado real de nuestra alma, como lo fue en algunas ocasiones el estado real del alma de Lutero, y de muchos otros de su época.)

Los católico-romano no podían entender esto: como respuesta a los reformadores reafirmaban el punto de vista tradicional en la Edad Media, el de que si bien la fe espera el cielo, no puede tener seguridad de que va a llegar allí, y de que el armar que se tiene esta seguridad constituye presunción.

Los puritanos del siglo siguiente se propusieron enseñar que lo que es esencial en la fe no es la seguridad de la salvación, sea presente o futura, sino el arrepentimiento y la entrega verdadera a Cristo Jesús. Con frecuencia hablaban de la certidumbre como si fuese algo distinto de la fe, algo que el creyente no habría de experimentar ordinariamente a menos que lo buscan específicamente.

En el siglo dieciocho Wesley se hizo eco de b. insistencia de Lutero en que el testimonio del Espíritu, y la seguridad resultante, es de la esencia misma de la fe, si

bien más tarde cualificó la afirmación al distinguir entre la fe del siervo, en la que la certidumbre no tiene parte, y la fe del hijo, en la que sí tiene parte. Parece haber llegado II la conclusión de que su experiencia temprana era como la fe del siervo -una. fe que está al borde de la experiencia cristiana plena, que busca la salvación y prosigue a conocer al Señor, pero que no está segura todavía de estar al amparo de la gracia. Como todos los luteranos posteriores, sin embargo - ¡aunque no como Lutero mismo!-, Wesley sostenía que la certidumbre se relaciona solamente con la aceptación presente por Dios, pero que no puede haber seguridad presente de que se mantendrá.

Entre los evangélicos el debate sigue, y sigue confundiendo. ¿Qué es la certidumbre? ¿Ya quiénes da certidumbre Dios? - ¿a todos los creyentes, a algunos, a ninguno? Cuan. do concede certidumbre, ¿de qué nos da certidumbre? ¿En qué formase manifiesta la certidumbre? La maraña es tremenda, pero la doctrina de la adopción nos puede ayudar a desenredada.

Si Dios en su amor ha convertido en hijos suyos a los cristianos, y si como Padre él es perfecto, dos cosas parecerían seguirse de esto, dada la naturaleza del caso. Primero, la relación familiar tiene que ser de carácter perdurable, para siempre. Los padres perfectos no abandonan a sus hijos. El cristiano puede hacerse el pródigo, pero Dios no ha de dejar de cumplir el lugar del padre del hijo pródigo.

Segundo, Dios hará lo inimaginable para lograr qUe sus hijos perciban el amor que les siente, y que tomen conciencia de su privilegio y de la seguridad que pueden disfrutar como miembros de su familia. Los hijos adoptivos necesitan sentirse seguros de que son aceptados, y el padre perfecto hará que así se sientan.

En Romanos 8, el pasaje clásico del Nuevo Testamento sobre la certidumbre, Pablo confirma las dos inferencias mencionadas. Primero, nos dice que los que predestinó para que fuesen hechos conforme a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos -a los que, en otras palabras, resolvió que aceptaría como hijos en su familia, al lado de su Hijo unigénito-, los "llamó … justificó … glorificó" (Rom. 8: 29s). "Glorificó", anotamos, está en el tiempo pasado, aun cuando el hecho mismo sigue siendo futuro; esto demuestra que en el parecer de Pablo la cuestión vale como si ya hubiese sido cumplida, ya que ha sido establecida por el decreto de Dios. Por ello Pablo puede declarar con toda confianza: "Estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios [del amor redentor, paternal, y electivo de Dios] que es en Cristo Jesús Señor nuestro" (v. 38s).

Segundo, Pablo nos dice que aquí y ahora "el Espíritu da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos" (v. 16s). Esta afirmación es inclusiva: si bien Pablo dice que no había visto nunca a los romanos, pensaba que podía con seguridad suponer que eran cristianos, y que por 10 tanto conocerían este testimonio interior del Espíritu de que eran hijos y herederos de Dios. Bien pudo James Denney observar cierta vez que mientras que la certidumbre es un pecado en el romanismo, y una obligación en buena parte del protestantismo, en el Nuevo Testamento es sencillamente un hecho.

Notamos que en este versículo el testimonio sobre la adopción proviene de dos fuentes

diferentes: de nuestro espíritu (vale decir, nuestro propio ser consciente), y del Espíritu de Dios, que da testimonio juntamente con nuestro espíritu, y, de este modo, a nuestro espíritu. (Este punto no queda invalidado si, siguiendo la versión inglesa llamada Revised Standard Versión, modificamos la puntuación y traducimos: "Cuando clamamos ¡Abba! ¡Padre!, es el Espíritu mismo el que da testimonio con nuestro espíritu… " Lo que quiere decir, pues, es que la exclamación filial, y la actitud filial que la misma expresa, es evidencia de que el testimonio doble es una realidad en el corazón.)

¿De qué naturaleza es este doble testimonio? El análisis que hace Robert Ha1dane, análisis que destila la esencia de más de dos siglos de exposición evangélica, prácticamente no puede ser superado. El testimonio de nuestro. espíritu, escribe, se hace realidad "en la medida en que el Espíritu Santo nos capacita para determinar nuestra relación filial, al ser conscientes de las verdaderas marcas de un estado renovado y al descubrirlas en nosotros mismos". Esta es la certidumbre por inferencia, siendo una conclusión basada en el hecho de que uno conoce el evangelio, confía en Cristo, hace obras dignas de arrepentimiento, y pone de manifiesto los instintos de un hombre renovado.

Pero [sigue diciendo Ha1dane] decir que esto es todo lo que significa el testimonio del Espíritu Santo sería falsear lo que se afirma en este texto; porque en ese caso el Espíritu Santo únicamente ayudaría a la conciencia a ser un testigo, pero no podría decirse que el Espíritu mismo fuese un testigo… El Espíritu Santo testifica a nuestro espíritu con un testimonio claro e inmediato, y también con nuestro espíritu, en un testimonio concurrente. Este testimonio, si bien no se puede explicar, lo siente no obstante el creyente; lo siente también, en sus variaciones, como algo más fuerte y palpable unas veces, y otras veces como algo más débil, menos discernible … Su realidad está indicada en la Escritura por expresiones tales como las que se refieren a que el Padre y el Hijo vienen a nosotros, y hacen su morada con nosotros -Cristo se manifiesta a nosotros, y cena con nosotros en el acto de damos el maná escondido, y la piedrecilla blanca, denotando la comunicación del conocimiento de la absolución de la culpa, y un nombre nuevo, que nadie conoce sino el que lo recibe. "El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado" (Romanos, p. 363)…

Esta es la certidumbre inmediata, la obra directa del Espíritu en el corazón regenerado, que viene a complementar el testimonio generado por Dios de nuestro propio espíritu (es decir, el de nuestra propia conciencia y conocimiento de nosotros mismos como creyentes). Aunque este doble testimonio puede quedar temporalmente nublado por retirada divina o ataques satánicos, todo cristiano verdadero que no entristece ni apaga al Espíritu con infidelidad comúnmente disfruta de ambos aspectos del testimonio en mayor o menor medida, como su experiencia viva, como lo indica el tiempo presente empleado por Pablo ("da testimonio a' nuestro espíritu").

'De manera que la doctrina de la certidumbre viene a ser esto: Nuestro Padre celestial quiere que sus hijos conozcan el amor que siente por ellos, y la seguridad de que disfrutan como miembros de su familia. No sería Padre perfecto si no anhelase esto y si no obrase a fin de concretado. Su acción va dirigida a hacer que el doble testimonio que hemos descrito constituya parte de la experiencia regular de sus hijos. Así los lleva a regocijarse en su amor. El mismo doble testimonio es también un don -el elemento culminante del complejo don de la fe, aquel por el cual los creyentes adquieren un

"conocimiento palpable" de que su fe y adopción, y esperanza del cielo, y el infinito y soberano amor de

Dios para con ellos, son "realmente reales". Sobre esta dimensión de la experiencia de la fe sólo podemos decir, como dijo alguien con respecto a la naturaleza, que es "más fácil concebida que describirla" -"más fácilmente sentida que mentada", como se dice que dijo una dama escocesa; mas todos los cristianos disfrutan de ella en alguna medida, por cuando es en verdad parte de sus derechos de nacimiento. Siendo que somos propensos a la autodecepción, haremos bien en poner a prueba nuestra certidumbre aplicando los criterios doctrinales y éticos que proporciona 1 Juan para este mismo fin (véase 1 Juan 2:3,29; 3:6-10, 14,18-21; 4:7s, 15s; 5: 1-4,18), y de esta manera el elemento ilativo en nuestra certidumbre se verá fortalecido, y el brillo de la certidumbre en su conjunto podrá aumentar gradualmente. La fuente de la certidumbre, sin embargo, no la constituyen nuestras inferencias como tales, sino la obra del Espíritu, aparte de nuestras inferencias y a través de ellas, convenciéndonos de que somos hijos de Dios, y de que el amor y las promesas redentoras de Dios se aplican directamente a nosotros.

¿Qué hay, entonces, cuanto a las disputas historias? Los romanistas estaban equivocados: vista a la luz de la adopción y la paternidad de Dios, su negación tanto de la preservación como de la certidumbre se toma una ridícula monstruosidad. ¿Qué clase de padre es el que jamás les dice a sus hijos individualmente que los ama, pero que se propone echarlos de la casa a menos que se porten bien? La negación wesleyana y luterana a aceptar la reservación está igualmente equivocada. Dios es mejor padre de lo que esta negativa le acuerda: Dios guarda a sus hijos en la fe y la gracia, y no ha de permitir que se deslicen de su mano. Los reformadores y Wesley tenían razón cuando decían que la certidumbre es parte integrante de la fe; los puritanos, sin embargo, también tenían razón cuando acordaban mayor importancia que los anteriores al hecho de que los cristianos que contristan al Espíritu pecando, y que no buscan a Dios de todo su corazón, habrán de perder la plena fruición de este don culmínate del doble testimonio, de igual modo que los hijos malos y descuidados detienen la sonrisa de los padres y en cambio provocan su gesto de desagrado. Algunos dones o regalos son demasiado preciosos para darse a hijos malos y descuidados, y este es un don que nuestro Padre celestial, en cierta medida por lo menos, ha de escatimar si ve que estamos en un estado en que nos haría daño al hacemos pensar que a Dios no le interesa el que vivamos vidas santas o no.

V

Resulta extraño que la doctrina de la adopción haya recibido tan poca atención en la historia cristiana. Aparte de dos libros del siglo pasado, ahora apenas conocidos (R. S. Candlish, The Fatherhood 0f God, La paternidad de Dios; R.A. Webb, The Relormed Doctrine 0f Adoption, La doctrina reformada de la adopción), no existen obras evangélicas sobre el tema, y no las ha habido en ningún momento desde la Reforma, como tampoco antes. La comprensión que tuvo Lutero de la adopción fue tan definida y clara como su comprensión de la justificación, pero sus discípulos se aferraron a esta última e hicieron caso omiso de la primera. La enseñanza puritana sobre la vida cristiana, tan fuerte en otros sentidos, fue notablemente deficiente aquí, lo cual es razón

de por qué surgen malentendidos legalísticos de ella con tanta facilidad. Tal vez los meto distas primitivos, y los santos metodistas posteriores como Billy Bray, "el Hijo del Rey", con su inolvidable actitud hacia la oración -"tengo que hablar con un Padre sobre esto" - son los que llegaron más cerca que nadie a la vida que refleja la relación filial como la pinta el Nuevo Testamento.

En la enseñanza cristiana de hoy ciertamente que cabe darle más lugar a la adopción. Mientras tanto, el mensaje inmediato para nuestros corazones fundado en lo que hemos estudiado en el presente capítulo es indudablemente el siguiente: ¿Me entiendo a mí mismo como cristiano? ¿Tengo conciencia de mi verdadera identidad, de mi verdadero destino? Soy hijo de Dios. Dios es mi Padre; el cielo es mi hogar; cada día que pasa es un día más cerca. Mi Salvador es mi hermano; todo cristiano es mi hermano también. Repitámoslo constantemente como primera cosa al levantamos, como lo último al acostamos; mientras esperamos el ómnibus; cada vez que la mente esté desocupada; pidamos que se nos ayude a vivir como quienes sabemos que todo esto es total y absolutamente cierto. Porque este es el secreto de ¿una vida feliz para el cristiano? cierto que lo es, pero tenemos algo no sólo más elevado sino más profundo que decir.

Este es el secreto de la vida cristiana, y de la vida que honra a Dios: y estos son los aspectos de la cuestión que realmente importan. Mi deseo es que, tanto para el escritor como para el lector, este secreto sea plenamente nuestro. Para hacemos comprender más adecuadamente qué somos y quiénes somos, como hijos de Dios, y lo que somos llamados a ser, he aquí algunas preguntas que nos dan base para examinamos bien una y otra vez. ¿Entiendo la adopción de que he sido objeto? ¿Le doy su valor? ¿Me recuerdo a mí mismo diariamente el privilegio que es mío como hijo de Dios? ¿He procurado obtener plena certidumbre en cuanto a su adopción? ¿Pienso diariamente acerca del amor de Dios para conmigo? ¿Trato a Dios como mi Padre que está en los cielos, amándolo, honrándolo, y obedeciéndolo, buscando y deseando su comunión, y tratando de agradarle en todo, como querría cualquier padre humano que hiciese su hijo?

¿Pienso en Jesucristo, mi Salvador y mi Señor, como mi hermano también, que extiende hacia mí no sólo autoridad divina sino también simpatía humana? ¿Pienso todos los días cuán cerca está él de mí, cuán totalmente me entiende, y cuánto, como pariente-redentor, se preocupa por mí? ¿He aprendido a odiar las cosas que desagradan a mi Padre? ¿Soy sensible a las cosas malas a las que es sensible él? ¿Me propongo evitarlas para no contristarlo? ¿Pongo diariamente mi esperanza en esa gran ocasión familiar en que los hijos de Dios se reunirán por fin en el cielo ante el trono de Dios, su Padre, y el Cordero, su hermano y Señor? ¿He sentido la emoción de esta esperanza? ¿Amo a mis hermanos cristianos, con los cuales vivo día a día, de un modo que no me avergonzaré cuando en el cielo piense en ello? ¿Estoy orgulloso de mi Padre, y de su familia, a la que por su gracia pertenezco?

¿Aparece en mí la semejanza familiar? Y si no, ¿por qué? Dios nos humille; Dios nos intuya; Dios nos haga hijos suyos en verdad.

CAPITULO 20: TU ERES NUESTRO GUIA

I

Para muchos cristianos la cuestión de la dirección es un problema crónico. ¿Por qué? No porque duden de que la dirección divina sea un hecho, sino precisamente porque están seguros de que lo es. Saben que Dios puede guiar, y ha prometido guiar, a todo creyente cristiano. Libros, amigos, oradores, les informan sobre la forma en que la dirección divina ha obrado en las vidas de otros. Su tema, por lo tanto, no es que no haya guía, disponible para ellos sino de que puedan perder la guía que Dios les provee por alguna falta en ellos mismos. Cuando cantan:

Guíame, oh tú gran Jehová, peregrino por esta tierra árida; soy débil, pero tú eres poderoso,. tenme con tu mano fuerte: pan del cielo dame ahora y por siempre jamás, no les cabe la menor duda de que Dios puede guiados y alimentarlos, tal como piden. Pero la ansiedad los acosa porque no están seguros de su propia receptividad a la dirección que Dios les ofrece. No todos, sin embargo, han llegado a ese punto. En nuestros días, como ya lo hemos indicado con frecuencia, el conocimiento de Dios ha sido oscurecido -transformado, en efecto, en ignorancia de Dios- porque nuestros pensamientos acerca de él han sido desviados. Así, por ejemplo, la realidad del gobierno de Dios, de la independencia de Dios, de la bondad moral de Dios, de que Dios habla, hasta de la personalidad de Dios, ha sido cuestionada no sólo fuera sino dentro de la Iglesia también. Esto ha hecho que resulte difícil para muchos creer que pueda existir siquiera la dirección divina. ¿Cómo puede existir, si Dios no es la clase de ser que puede, o desea dada? -y esto es lo que, de un modo o de otro, implican todas estas inquietudes. Vale la pena, por ello, recordar a este punto algunos de los conceptos básicos que presupone la dirección divina.

II

La creencia de que la dirección divina es real descansa sobre dos hechos fundamentales: primero, la realidad del plan de Dios para nosotros; segundo la habilidad de Dios para comunicarse con nosotros. Sobre estos dos hechos la Biblia tiene mucho que decimos.

¿Tiene Dios un plan individual para cada uno? Por cierto que sí. Dios tiene un "designio eterno" (literalmente un "plan para las edades"), un "designio … para realizado en la plenitud de los tiempos", en consonancia con 10 cual "realiza todo conforme a la decisión de su voluntad" (Efe. 3: 11; 1: 9ss, BJ). Tuvo un plan para la redención de su pueblo de la esclavitud egipcia cuando los guió a través del mar y el desierto mediante una columna de nube de día y una de fuego de noche. Tuvo un plan para volver a su pueblo del exilio babilónico, donde él guió colocando a Ciro en el trono y "despertando" su espíritu (Esd. 1: 1) para que mandase a los judíos de vuelta a edificar su templo. Tuvo un plan para Jesús (véase Luc. 18:31; 22:24, etc.); toda la misión de Jesús en la tierra consistió en hacer la voluntad de su Padre (Juan 4:34; Heb. 10:7,9). Dios tuvo un plan para Pablo (véase Hechos 21: 14; 22: 14; 26: 16-19; I Tim. 1: 16); en cinco de sus cartas Pablo se anuncia como apóstol "por la voluntad de Dios". Dios tiene un plan para cada uno de sus hijos.

Pero, ¿puede Dios comunicarnos su plan? Claro que sí. Así como el hombre es un animal comunicativo, también su Hacedor es un Dios comunicativo. Hizo conocer su voluntad a los profetas del Antiguo Testamento, y mediante ellos al pueblo. Guió a Jesús y a Pablo. Los Hechos registran varios casos de dirección detallada (cuando Felipe fue enviado al desierto para encontrarse con el eunuco etíope, 8: 26,29; cuando Pedro recibió instrucciones de visitar a Comelio, 10: 19s; cuando la iglesia de Antioquia fue encargada de enviar a Pablo y Bemabé como misioneros, 13:2; cuando Pablo y Silas fueron llamados a Europa, 16:6-10; cuando Pablo fue instruido para que siguiera adelante con .su ministerio en Corinto, 18:9s); y, si bien la dirección divina mediante sueños y mensajes verbales directos ha de considerarse excepcional y no normal, incluso para los apóstoles y sus contemporáneos, con todo, dichos eventos por lo menos muestran que Dios no tiene ninguna dificultad para hacer conocer su voluntad a sus siervos.

Más aun, la Escritura contiene promesas explícitas de dirección divina por las que podemos conocer el plan de Dios para nosotros. "Te haré entender, y te enseñaré el camino en que debes andar", dice Dios a David (Salmo 32: 8). Isaías 58: 11 asegura que si el pueblo se arrepiente y obedece "Jehová te guiará de continuo". La dirección de Dios es tema principal en el Salmo 25, donde leemos que "bondadoso y recto es Jehová; por lo tanto dirigirá a los pecadores en el camino; encaminará a los humildes en la justicia; enseñará a los humildes su camino ... ¿quién es el hombre que teme a Jehová? a este le dirigirá por el camino que él escogiere" (vv. 8,9,12, VM). Así también en Proverbios 3: 6: "Reconócelo en todos tus caminos, y él enderezará tus veredas."

En el Nuevo Testamento surge la misma esperanza en cuanto a la dirección divina. La oración de Pablo de que los colosenses sean "llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual", y la oración de Epafras de que estuviesen "firmes ... en todo lo que Dios quiere" (Col. 1:9; 4: 12), suponen claramente que Dios está listo y dispuesto a hacer conocer su voluntad. En las Escrituras la "sabiduría significa siempre conocimiento del curso de acción que ha de agradar a Dios y asegurar la vida, de manera que la promesa de Santiago 1: 5 - "si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada" - es en efecto una promesa de guía. "Transforma os mediante la renovación de vuestra mente -aconseja Pablo-, de forma que podáis distinguir lo que es la voluntad de Dios: lo bueno, 10 agradable, lo perfecto" (Rom. 12:2, BJ).

Otras líneas de doctrina bíblica intervienen a esta altura para confirmar esta confianza en que Dios ha de guiar. Primero, los cristianos son hijos de Dios; y si los padres humanos tienen responsabilidad de guiar a sus hijos en asuntos en los que la ignorancia y la incapacidad pueden significar peligro, no tenemos por qué dudar de que en la familia de Dios ocurra lo mismo. "Si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto mas vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que le pidan?" (Mat. 7: 11).

Además, la Escritura es la Palabra de Dios, "útil", leemos, "para enseñar, para reargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra" (II Tim. 3: 16). "Enseñar" significa instruir ampliamente en doctrina y ética, en la obra y la voluntad de Dios; "reargüir",

"corregir", e "instruir en justicia" significan la aplicación de dicha instrucción a nuestra vida desordenada; "preparado para toda buena obra" -es decir, una vida dedicada a seguir el camino de Dios- es el resultado prometido.

Además, los cristianos tienen un Instructor que mora en ellos, el Espíritu Santo. "Vosotros tenéis la unción del Santo … la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros … la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira … " (1 Juan 2: 20,27). Las dudas en cuanto a la disponibilidad de la dirección divina constituirían una mancha en la fidelidad del Espíritu Santo para con su ministerio. Es notable que en Hechos 8:29; 10: 19; 13:2; 16:6, y más marcadamente en el decreto del concilio de Jerusalén -"Ha parecido bien al Espíritu Santo, y a nosotros … " (15:28)-, la tarea de ofrecer guía se le asigna específicamente al Espíritu.

Además, Dios busca su propia gloria en nuestra vida, y él es glorificado en nosotros únicamente cuando acatamos su voluntad. Se sigue que, como medio para sus propios fines, tiene que estar dispuesto a enseñamos el camino, para que podamos andar en él. La confianza en la buena disposición de Dios para enseñar a quienes desean obedecer está en la base de todo el Salmo 119. En el Salmo 23:2 David proclama la' realidad de la dirección divina para la propia gloria de Dios: "Me guiará por sendas de justicia por amor de su nombre. "

Y así podríamos seguir, pero la cuestión está suficientemente demostrada. Es imposible dudar de que la dirección divina sea una realidad destinada y prometida a todo hijo de Dios. Los cristianos que no la conocen evidencian por esto mismo que no la buscaron como debían. Es razonable, por lo tanto, que nos preocupemos por saber si somos receptivos a la dirección de Dios, y que procuremos aprender cómo se obtiene.

III

Hay cristianos sinceros que con frecuencia se equivocan cuando se ponen a buscar la dirección divina. ¿Por qué ocurre esto? Frecuentemente la razón es que la idea que tienen de la naturaleza y el método que emplea Dios para guiar es errónea. Buscan fuegos fatuos; pasan por alto la guía que está al alcance de la mano, y se exponen a toda suerte de decepciones. El error básico está en pensar en la dirección divina como si fuese especialmente un impulso interno que da el Espíritu Santo, desligado de la Palabra escrita. Esta idea, que es tan vieja como los profetas falsos del Antiguo Testamento y tan nueva como el Grupo de Oxford y el Rearme Moral, es un semillero en el que pueden brotar toda clase de fanatismos y necedades.

¿Cómo puede haber cristianos serios y conscientes que cometan este error? Parece que lo que ocurre es como si que. Oyen la palabra "guía" y enseguida piensan en una clase particular de "problemas" que surgen en relación con la dirección divina -problemas que quizá los libros que han leído, y los testimonios que han oído, tendían a machacar exclusivamente. Es la clase de problemas relativos a lo que podríamos llamar "decisiones vocacionales" - decisiones, vale decir, entre opciones contrarias, todas las cuales aparecen en sí mismas como buenas y aceptables. Ejemplos: ¿Debo pensar en casarme o no? ¿Me convendrá casarme con tal persona o no? ¿Convendrá que procuremos tener otro hijo? ¿Conviene que me haga miembro de tal iglesia, o de tal

otra? ¿Debo servir al Señor en mi país natal, o en otra parte? ¿Cuál de las profesiones que se me abren debo elegir? ¿Cuál de los cargos que se me ofrecen en la profesión debo aceptar? ¿Será mi esfera actual aquella donde debo estar? ¿Qué derechos tiene esta persona, o causa, sobre mí, sobre mis energías y mi generosidad? ¿Qué cosas han de tener prioridad respecto a mi tiempo y mi servicio voluntario? … la lista es interminable. Naturalmente, en razón de que determinan nuestra vida de manera decisiva, y tienen tanto que ver con nuestra futura alegría o tristeza, dedicamos mucho tiempo a pensar en las "decisiones vocacionales", y es justo que sea así. Pero lo que no está bien es que nos hagamos a la idea de que, en último análisis, todos los problemas relacionados con la dirección divina son de este único tipo. Aquí, al parecer, está la raíz del mal.

Dos aspectos de la dirección divina se destacan en el caso de las "decisiones vocacionales". Ambos surgen de la naturaleza de la situación misma. Primero, estos problemas no pueden ser resueltos mediante la aplicación directa de enseñanzas bíblicas. Todo lo que puede hacerse con la Escritura es circunscribir las posibilidades aceptables entre las que hay que hacer la elección. (Ningún texto bíblico, por ejemplo, le indicó al escritor de estas páginas que debía declarársele a la dama que ahora es su esposa, o que se ordenara, o que comenzase su ministerio en Inglaterra, o que comprase ese enorme automóvil viejo que tiene.) Segundo, por el hecho mismo de que la Escritura no puede determinar directamente las elecciones que uno tiene que hacer, el factor del impulso y la inclinación provenientes de Dios se vuelve decisivo. Ese factor hace que uno se incline hacia un conjunto de responsabilidades antes que a otro, y que logre la paz mental al contemplar el resultado de la elección. La base del error que estamos tratando de detectar es suponer, primero, que todos los problemas de dirección divina tienen estas dos características, y, segundo, que la vida toda debiera ser tratada como un campo en el que dicho tipo de dirección o guía ha de buscarse.

Las consecuencias de este error entre cristianos sinceros han sido tanto cómicas como trágicas. La idea de una vida en la que la voz interior decide y dirige todo suena muy atractiva, por cuanto parecería exaltar el ministerio del Espíritu Santo y prometer la mayor intimidad con Dios; pero en la práctica esta búsqueda de la súper-espiritualidad lleva sencillamente a la confusión o a la locura. Hennah Whitall Smith (esposa de R. Pearsall Smith), una mujer cuáquera de gran inteligencia y sentido común, tuvo ocasión de ver mucho de esto y escribió sobre el tema en forma muy ilustrativa en sus "trabajos sobre el fanatismo" (publicados póstumamente por Ray Strachey, primero como Religiotis Fanaticism Fanatismo religioso, 1928, luego como Group Movements of the Past and Experiments in Guidance / Movimientos de grupos y experiencias en la dirección divina, 1934). Cuenta allí de la mujer que todas las mañanas, luego de haber consagrado el día al Señor en el momento de despertarse, "le preguntaba entonces si debía levantarse o no", y no se movía hasta que la "voz" le decía que se vistiese. "A medida que se ponía cada prenda le preguntaba al Señor si debía ponérsela, y con mucha frecuencia el Señor le decía que se calzara el zapato derecho pero no el otro; algunas veces debía ponerse ambas medias pero no los zapatos; otras veces los dos zapatos pero no las medias; y lo mismo ocurría con las demás prendas de vestir … "

Estaba luego la inválida que, en una ocasión en que la dueña de casa la visitó y por olvido dejó el dinero sobre la cómoda, le vino "una impresión … de que el Señor quería que tomase dicho dinero con el fin de ejemplificar la verdad del texto que dice 'todo es

vuestro'" -lo cual hizo, escondiéndolo bajo la almohada, y mintió cuando la dueña volvió a buscarlo; pero eventualmente fue echada de la casa por ladrona. También leemos allí de una "dama refinada y sencilla de edad madura" que explicaba que "ha habido ocasiones en que, con el fin de ayudar a algunos amigos a recibir el bautismo del Espíritu Santo, me he sentido claramente guiada por el Señor a hacer que se metieran en la cama conmigo y nos acostáramos de espaldas sin ninguna prenda que nos separase" (Group Movements, pp. 184, 198,245). Estos relatos patéticos son tristemente típicos de lo que ocurre cuando se ha cometido el error básico en relación con la dirección divina.

Lo que nos muestra este tipo de conducta es la falta de comprensión de que el modo fundamental por el que nuestro Creador racional guía a sus criaturas es mediante la comprensión y la aplicación racionales de su Palabra escrita. Esta manera de guiar es fundamental, tanto porque limita el área dentro de la cual se requiere y se da la guía "vocacional", como porque sólo los que se han hecho receptivos a ella, de modo que sus actitudes básicas sean las correctas, pueden estar en condiciones de reconocer dicha guía "vocacional" cuando aparece. En su aceptación precipitada de los impulsos no racionales y no morales como si procedieran del Espíritu Santo, los casos que menciona la autora de referencia estaban olvidando que el vestir decente y modesto, el respeto por la propiedad ajena, y el reconocimiento de que la sensualidad no es espiritual, habían ya sido motivo de dictamen escritural (I Tim. 2:9; I Pedo 4: 15; Efe. 4: 19-22). Pero la forma verdadera de honrar al Espíritu Santo como nuestro guía es honrar las Sagradas Escrituras de las que se vale para guiamos. La guía fundamental que nos da Dios para moldear nuestra vida -es decir, el inculcar las convicciones, actitudes, ideales, y valorizaciones básicas, en términos de las cuales hemos de vivir- no es cuestión de impulsos internos aparte de la Palabra, sino de la presión que sobre la conciencia ejerce la representación del carácter y la voluntad de Dios en la Palabra, para cuya comprensión y aplicación ilumina el Espíritu.

La forma básica que toma la guía divina, por lo tanto, es la presentación a nuestra consideración de ideales positivos como líneas de conducta para todos los aspectos de la vida. "Sed vosotros el tipo de persona que era Jesús"; "buscad esa virtud, y aquella, y la siguiente, y practicadlas hasta sus últimas consecuencias"; "conoced vuestras posibilidades --los esposos para con sus mujeres, las esposas para 'con sus maridos; los padres para con sus hijos; y todos para con todos los hermanos en la fe de Jesucristo y para con todos los hombres; conocedlas, y procurad constantemente tener las fuerzas necesarias para cumplidas" -así es como Dios nos guía por medio de la Biblia, los Proverbios, y los profetas, el Sermón del Monte, y las porciones éticas de las epístolas. "Apártate del mal, y haz el bien" (Sal. 34: 14; 37:27) -este es el camino real por el que la Biblia quiere guiamos, y todas sus admoniciones están encaminadas a lograr que permanezcamos en él. Téngase presente que la referencia a ser "guiados por el Espíritu" en Romanos 8: 14 se refiere a la mortificación del pecado conocido y a no vivir según la carne, y no a cuestiones de "voces interiores" o experiencias semejantes.

Sólo dentro de los límites de este tipo de guía ha de impulsamos Dios interiormente en asuntos de decisión "vocacional". De modo que no corresponde esperar jamás que hayamos de ser guiados a casamos con un incrédulo, o a fugamos con una persona casada, mientras existan ICor. 7: 39 y el séptimo mandamiento. El que escribe ha conocido casos en que se ha invocado la dirección divina para ambos cursos de acción. No cabe duda de que existían inclinaciones internas, pero con toda seguridad que no

provenían del Espíritu de Dios, porque iban contra la Palabra. El Espíritu guía dentro de los límites que fija la Palabra, y no más allá. "Me guiará por sendas de justicia", y sólo por ellas.

IV

No obstante, incluso teniendo en líneas generales ideas acertadas acerca de esa guía, sigue siendo fácil equivocarse, particularmente cuando se trata de decisiones "vocacionales". Ninguna esfera de la vida ofrece un testimonio más claro de la fragilidad de la naturaleza humana, incluyendo aquí la naturaleza humana regenerada. La obra de Dios en estos casos consiste en inclinar primeramente nuestra capacidad de juzgar, y luego todo nuestro ser, hada el curso que, de todas las alternativas posibles, ha marcado como la más conveniente para nosotros, y para su gloria y el bien de otros a través de nosotros. Pero es posible apagar el Espíritu, y es sumamente fácil proceder de un modo que impide que nos llegue su influencia. Vale la pena enumerar algunos de los peligros principales ..

Primero, falta de disposición para pensar. Constituye falsa piedad, sobrenaturalísimo de un tipo insano y pernicioso, . el exigir impresiones internas que no tienen base racional, y negarse a aceptar la invariable admonición bíblica a "considerar". Dios nos hizo seres pensantes, y él guía nuestra mente cuando en su presencia procuramos resolver las cosas; no de otro modo. " i Oh si fueran sabios, y si consideraran ... !" (Deuteronomio 32:29, VM).

Segundo, falta de disposición para pensar por adelantado, y comparar las consecuencias a largo plazo de los diversos cursos de acción. El "pensar por adelantado" constituye parte de la regla divina para la vida, tanto como la regla humana para el camino. A menudo sólo podemos ver lo que es sabio y acertado (y lo que es disparatado y desacertado) cuando consideramos el resultado a largo plazos "¡Oh si fueran sabios ... si entendieran su postrimería!"

Tercero, falta de disposición para aceptar consejo. La Escritura recalca esta necesidad. "El camino del necio es derecho en su opinión; mas el que obedece el consejo es sabio" (Pro. 12: 15). Es señal de engreimiento y de inmadurez rechazar el consejo ante las grandes decisiones.

Siempre hay quienes conocen la Biblia,' la naturaleza humana, y nuestras propias capacidades y limitaciones mejor que nosotros, y aun cuando al final no podamos seguir su consejo, el solo hecho de haber considerado cuidadosamente su asesoramiento habrá tenido efectos positivos.

Cuarto, falta de disposición para sospechar de uno mismo. Nos desagrada ser realistas con nosotros mismos, a pesar de que nos conocemos bien; podemos damos cuenta de cuando otros se están engañando a sí mismos, mientras que no conseguimos hacerla en nuestro propio caso. Cuando decimos que "sentimos" o "presentimos" que debemos hacer algo tenemos que estar seguros de que no estamos confundiendo la dirección divina con 10 que en realidad es un sentimiento basado en los reclamos del ego, en la falta de sobriedad, en el deseo de engrandecimiento personal, o en una tendencia de

evasión. Esto resulta particularmente cierto cuando se trata de cuestiones sexuales o condicionadas por lo sexual. Como lo ha expresado un teólogo y biólogo.

La alegría y la sensación general de bienestar que con frecuencia (pero no siempre) acompaña al que está "enamorado" puede fácilmente silenciar la conciencia e inhibir el pensamiento crítico. Con cuánta frecuencia oímos decir que alguien "se siente guiado" a contraer matrimonio (y probablemente diga "el Señor ha guiado con tanta claridad"), cuando todo 10 que está describiendo realmente es un estado particularmente novedoso para él de equilibrio endocrino que le hace sentirse extremadamente confiado y feliz (O. R. Barclay, Guidance /Dirección divina, p. 29s).

Debemos preguntamos siempre por qué "sentimos" que un curso de acción particular es el que nos conviene, y , obligamos a producir razones. y es aconsejable hacer participar a otra persona en cuyo consejo podemos confiar, a fin de que nos dé su veredicto sobre las razones que invocamos. También debemos orar siempre así: "Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno" (Sal. 139:23s). Jamás podremos ser demasiado desconfiados de nosotros mismos.

Quinto, falta de disposición para deducir el magnetismo personal. Los que no han tomado plena conciencia del orgullo y del autoengaño en sí mismos no siempre pueden detectar estas cosas en otros, y de tiempo en tiempo esto ha permitido que hombres bien intencionados pero engañados, con una aptitud especial para el dramatismo en beneficio propio, logren un dominio alarmante sobre la mente y la conciencia de otras personas, las que caen bajo su influjo y dejan de juzgarlos con las normas ordinarias. Y aun cuando algún hombre capacitado y dotado de magnetismo esté consciente del peligro y procure evitarlo, no siempre logra impedir que algunos cristianos 10 traten como a un ángel, o un profeta, interpretando sus planes como dirección adecuada para ellos, y siguiendo ciegamente su guía. Pero esta no es la forma de ser guiados por Dios. No es que los hombres brillantes estén necesariamente equivocados, por supuesto, pero tampoco están necesariamente en lo cierto. Tanto ellos mismos, como sus opiniones, han de ser respetadas, pero no han de ser ido1atrados. "Examinadlo todo; retened lo bueno" (I Tel. 5: 21).

Sexto, falta de disposición para esperar. "Espera a Jehová" es un estribillo cantante en los Salmos -consejo necesario porque frecuentemente Dios nos hace esperar. El no tiene tanto apuro como nosotros, y su modo de proceder es el de no damos más de 10 que necesitamos para el tiempo presente, o 10 que necesitamos como guía para dar un paso a la vez. Cuando estemos en duda sigamos esperando en Jehová y no hagamos nada. Cuando sea necesario, la luz necesaria vendrá.

V

Pero no se sigue que la guía acertada sea corroborada como tal por un curso libre de problemas de allí en adelante. He aquí otro motivo de grandes conflictos para muchos cristianos. Han buscado dirección y creen haberla conseguido. Se han encaminado siguiendo el curso que Dios parecía indicarles. Y ahora, como consecuencia directa, se han visto enfrentados a una serie de nuevos problemas que de otro modo no hubieran

surgido: aislamiento, críticas, abandono de parte de amigos, frustraciones prácticas de todo tipo. De inmediato comienza la ansiedad. Les viene a la mente el caso del profeta Jonás, quien, cuando se le dijo que fuese al este y predicase en Nínive, tomó un barco hacia el norte, a Tarsis, "lejos de la presencia de Jehová" (Jon. 1: 3); pero sobrevino una tormenta, Jonás fue humillado delante de personas incrédulas, arrojado al mar, y tragado por un gran pez, a fin de que entrara en razón. ¿No será su propia experiencia del lado duro de la vida (se preguntan) señal de parte de Dios de que ellos también están actuando como Jonás, siguiendo, despistados, la senda de la voluntad propia antes que la de Dios? Pudiera ser así, y el hombre sabio habrá de aprovechar la ocasión para analizar la situación

Con todo cuidado frente a los nuevos problemas. Los problemas y las dificultades deben siempre ser tratados como un llamado a considerar nuestro andar, pero no son necesariamente señal de que se anda despistado: porque así como la Biblia declara en términos generales que "muchas son las aflicciones del justo" (Sal. 34: 19), también enseña en particular que el seguir regularmente la dirección de Dios puede llevar a contratiempos y angustias que de otro modo se habrían evitado. Los ejemplos abundan. Dios guió a Israel por medio de una columna de fuego y de nube que iba delante de ellos (Exo. 13:21s); pero el camino por el cual los condujo comprendía la experiencia psíquicamente agotadora del cruce del mar Rojo, prolongados días sin agua ni carne en "ese grande y terrible desierto" (Deu. 1: 19, cf. 31-33), batallas sangrientas con Alamec, Sehón, y Og (Exo. 17:8; Num. 21:21ss, 32ss); podemos entender, si no excusar, ,la constante murmuración de Israel (véase Exo. 14: lOss; 16:3; Num. 11:4ss; 14:3ss; 20:Jss; 21:5ss). Por otra parte, dos veces los discípulos de Jesús se encontraron con mal tiempo en el Mar de Galilea de noche (Mar. 4:37; 6:48), y en ambas oportunidades se encontraban allí por mandato de Jesús mismo (véase Mar. 4:35; 6:45). También el apóstol Pablo atravesó Grecia "dando por cierto" del hombre de Macedonia que le apareció en sueños que "Dios nos llamaba para que les anunciásemos el evangelio" (Hec. 16: 10), pero a poco se encontró en la cárcel de Filipos. Más tarde "se propuso en espíritu [o "en el Espíritu", VHA, margen] ir a Jerusalén" (19:21), y les dijo a los ancianos de Efeso con los que se encontró en el camino: "He aquí, ligado yo en espíritu [o "por el Espíritu", VM, margen] ." y así resultó: Pablo iba a enfrentar grandes dificultades por seguir la dirección divina.

Pero esto no es todo. Para un ejemplo final y una prueba de la verdad de que seguir la guía de Dios acarrea dificultades, contemplemos la vida del Señor Jesús mismo. Ningún ser humano ha sido guiado jamás tan completamente por Dios, y con todo, ningún ser humano ha merecido en mayor medida la descripción de "hombre de dolores". La. dirección divina distanció a Jesús de su familia y sus conciudadanos, lo puso en conflicto con todos los dirigentes Nacional. les, religiosos y civiles, y lo condujo finalmente a la traición, el arresto, y la cruz. ¿Qué más pueden esperar los cristianos cuando se atienen a la voluntad de Dios? "El discípulo no es más que su maestro, ni el siervo más que su señor. … Si al padre de familia llamaron Belcebú, ¿cuánto más a los de su casa?" (Mal. 10:24s).

Según todas las reglas humanas de cálculo, la cruz fue una pérdida: la pérdida de una vida joven, de la influencia de un profeta, del potencial de un dirigente. Conocemos el secreto de su significado y de su triunfo sólo gracias a las propias declaraciones de Dios. De igual modo, la vida dirigida del cristiano puede aparecer como pérdida, como

el caso de Pablo, que pasó años en la prisión porque siguió la dirección de Dios que lo llevó a Jerusalén cuando podía haber estado evangelizando Europa todo ese tiempo. Dios no nos cuenta siempre el porqué ni el para qué de las frustraciones y pérdidas que son parte integrante de la vida guiada por él.

Las primeras experiencias de Elizabeth Elliot, viuda y biógrafa del misionero martirizado que fuera su esposo, ejemplifican esto en forma notable. Confiando en la dirección de Dios se dirigió a una tribu ecuatoriana para reducir su lengua a forma escrita a fin de que se pudiese traducir la Biblia a dicha lengua. La única persona que podía o quería ayudada era un creyente de habla hispana que vivía en la tribu, pero antes de que hubiese transcurrido un mes el hombre fue muerto de un tiro en una discusión. Durante ocho meses ella siguió luchando con el idioma virtualmente sin ayuda. Luego se mudó a otro campo de labor, dejando todo su archivo con el material lingüístico en manos de sus colegas a fin de que ellos pudieran continuar la tarea. Antes de los quince días supo que el archivo había sido robado. No existían copias; todo el trabajo había sido en vano. Este, humanamente hablando, era el fin de la historia. Dice ella:

Sólo pude inclinar la cabeza ante el reconocimiento de que Dios es su propio intérprete …. Tenemos que permitir que Dios haga lo que quiere hacer. Y si tú piensas que conoces la voluntad de Dios para tu vida y estás ansioso por cumplirla, probablemente te despiertes a la realidad en forma sumamente brusca, porque nadie conoce la voluntad de Dios para su vida … (tomado de la revista Eternity, enero de 1969, p. 18).

Así es. Tarde o temprano la dirección divina, que nos saca de las tinieblas para trasladamos a la luz, también nos llevará en sentido inverso, de la luz a las tinieblas. Es parte del camino de la cruz.

VI

Si veo que he metido el automóvil en un pantano, debo darme cuenta de que he errado el camino. Pero este conocimiento no sería un gran consuelo si tuviera que quedarme allí y ver que el vehículo se hunde y desaparece: el daño ya estaría hecho, y ahí terminaría la cosa. ¿Es lo mismo cuando el cristiano se despierta a la realidad de que ha interpretado mal la dirección divina y se ha descaminado? ¿Es irreparable el daño? ¿Tendría que quedarse así toda la vida? Gracias a Dios que no. Nuestro Dios es un Dios que no sólo restaura sino toma nuestros errores y estupideces en sus manos, los incorpora en sus planes para nosotros, y les saca provecho. Esto constituye parte de la maravilla de su misericordiosa soberanía. "Os restituiré, y alabaréis el nombre de Jehová vuestro Dios, el cual hizo maravillas con vosotros" (Jl. 2: 25s). El Jesús que restauró a Pedro después de su negación, y corrigió su curso más de una vez después de aquella ocasión (véase Hch. 10, Gal. 2: 11-14), es nuestro Salvador hoy, y no ha cambiado. Dios no solamente transforma la ira del hombre en alabanza para él sino también las desventuras del cristiano.

Recientemente me llegó una carta de un ministro del evangelio que se ha sentido obligado a dejar su congregación y su denominación, y que ahora, como Abraham, sale sin saber a dónde va. En su carta cita parte de un himno de Charles Wesley sobre la

soberanía y la certidumbre de la dirección divina. Esa es la nota con la que quiso terminar. La dirección divina, como todos los actos de bendición de Dios bajo el pacto de la gracia, es un acto soberano. No sólo quiere Dios guiamos en el sentido de mostramos sus caminos, a fin de que andemos por ellos, sino también guiamos en el sentido más fundamental de asegurar que, ocurra lo que ocurriere, cualesquiera sean los errores que cometamos, llegaremos a destino sanos y salvos. Habrá caídas y distracciones, no cabe duda, pero los eternos brazos nos sostendrán; seremos rescatados y restaurados. Esta es la promesa de Dios; así es su bondad. Aparece, pues, que el contexto adecuado para discutir la cuestión de la dirección divina es la confianza en el Dios que no permitirá que nuestra alma se arruine. Por lo tanto, nuestra preocupación en esta discusión debiera estar centrada más en su gloria que en nuestra seguridad, pues esto último está ya resuelto. Y la desconfianza en nosotros mismos, si bien nos mantiene humildes, no debe empañar el gozo de apoyamos en nuestro Señor y Protector -ese Dios nuestro que se mantiene fiel a su pacto. He aquí las líneas de Wesley: Capitán de las huestes de Israel y Guía de todos los que buscan el país celestial, bajo tu sombra nos cobijamos, la nube de tu amor protector; nuestra fuerza es tu gracia; nuestra regla tu Palabra; nuestro fin la gloria del Señor. y he aquí la conclusión del asunto, en palabras de Joseph Hart: Es Jesús, el primero y el último, cuyo Espíritu nos guiará salvos a nuestro hogar; lo alabaremos por todo lo pasado, y confiaremos en él para todo lo venidero.

CAPITULO 21: ESTAS PRUEBAS INTERIORES

I

Existe cierto tipo de ministerio del evangelio que es cruel. No lo es intencionalmente, pero esto no lo hace menos cierto. Se propone magnificar la gracia, pero en realidad lo que hace es todo lo opuesto. Minimiza el problema del pecado, y pierde contacto con los propósitos de Dios. El efecto es doble: primero, pintar la obra de la gracia como si fuera menos de lo que en realidad es; segundo, dejar a la gente con un evangelio que no es lo suficientemente grande para cubrir toda la variedad de sus necesidades. En cierta ocasión Isaías describió la miseria de los recursos inadecuados en términos de camas cortas y mantas angostas (Isa. 28: 20) -receta segura para el descontento y la incomodidad a largo plazo, con la posibilidad de contraer una enfermedad seria por añadidura. A tal infelicidad, en el reino espiritual, expone ese tipo de ministerio a todos los que lo toman con seriedad. Su predominio constituye uno de los mayores impedimentos al conocimiento de Dios y al crecimiento en la gracia en los tiempos actuales. Esperamos poder hacer un servicio a alguna persona denunciándola, y procurando mostrar dónde están sus fallas.

¿Qué clase de ministerio es este? Lo primero que tenemos que decir es que, por triste que parezca, es un ministerio evangélico. Su base es la aceptación de la Biblia como la Palabra de Dios y de sus promesas como las seguridades que nos da Dios. Temas comunes son la justificación por la fe mediante la cruz, el nuevo nacimiento por obra del Espíritu, y nueva vida en el poder de la resurrección de Cristo. Su objetivo es el de lograr que se produzca el nuevo nacimiento en la gente y de allí conducidas a la experiencia más plena que pueda lograrse en la vida de resurrección. En todo sentido se trata de un ministerio evangélico. Sus errores no son los de aquellos que se alejan del

mensaje evangélico central. Son errores a los cuales únicamente un ministerio evangélico puede verse expuesto. Esto debe quedar claro desde el comienzo.

Pero si realmente se trata de un ministerio evangélico y doctrinalmente sano, ¿qué puede tener de malo? ¿Cómo puede estar equivocado seriamente cuando su mensaje y sus fines son tan bíblicos? La respuesta es que el ministerio que se concentra enteramente en las verdades evangélicas puede no obstante malograrse si da a dichas verdades una aplicación equivocada. La Escritura está llena de verdades que pueden curar las almas, del mismo modo -que la farmacia está llena de medicamentos para curar desórdenes corporales; pero en ambos casos una aplicación desacertada de 10 que, usado adecuadamente, sana, habrá de tener un efecto desastroso. Si en lugar de frotamos con yodo, lo bebemos, el efecto será lo contrario de la curación; y las doctrinas del nuevo nacimiento y de la nueva vida pueden desvirtuarse también, con resultados poco felices. Esto es lo que ocurre, aparentemente, con el caso que estamos considerando, como vamos a ver.

II

El tipo de ministerio que aquí estamos considerando comienza enfatizando, en un contexto evangelístico, lo que significa hacerse cristiano. No sólo le otorga al hombre el perdón de pecados, paz a la conciencia, y comunión con Dios como Padre; significará también que, por el poder del Espíritu que mora en él, podrá vencer los pecados que anteriormente lo dominaban, y la luz y la guía que le dará Dios le permitirán encontrar una salida a los problemas de la orientación en la vida, de la realización propia, de las relaciones personales, de los deseos del corazón, y otros términos semejantes, que hasta ese momento lo habían derrotado completamente. Ahora bien: dicho así, en términos generales, estas grandes posibilidades son escriturarías y verdaderas - ¡y gracias a Dios que sea así! Pero es posible enfatizadas de tal modo y, como consecuencia, minimizar el lado más duro de la vida cristiana -la disciplina diaria, la guerra interminable con Satanás y el pecado, el vagar ocasionalmente en la oscuridad- que se cree la impresión de que la vida cristiana normal es un perfecto lecho de rosas, un estado de cosas en que todo lo que hay en el jardín es invariablemente hermoso, y que ya no existen problemas, o, si vienen, no hay más que presentados ante el trono de la gracia, y de inmediato desaparecen. Esto es sugerir que el mundo, la carne, y el diablo, no constituirán un problema serio una vez que uno se hace cristiano; tampoco acarrearán problemas las circunstancias ni las relaciones personales; se acabarán también los problemas que uno tiene consigo mismo. Tales sugerencias son perjudiciales por la sencilla razón de que son falsas.

Por supuesto que también puede darse una impresión igualmente desequilibrada desde el otro extremo. Es posible enfatizar el lado duro de la vida cristiana, y minimizar de tal forma el halagüeño que se dé la impresión de que la vida cristiana es en gran medida penosa y sombría como un infierno en la tierra, con la sola esperanza del cielo en el más allá! No cabe duda de que de tiempo en tiempo esta es la impresión que se ha dado, como es indudable que el ministerio que estamos examinando aquí es, en parte, una reacción contra ella. Pero se hace necesario manifestar que, de estos dos extremos equivocados, el primero es el peor, de la misma manera que las esperanzas falsas constituyen un mal peor que los falsos temores. El segundo error llevará, en la

misericordia de Dios, a la sorpresa agradable de descubrir que los cristianos tienen también momentos de alegría; no sólo de tristeza. Pero el primero, que describe la vida cristiana normal como si estuviese enteramente libre de dificultades y problemas, no puede menos que conducir tarde o temprano a una amarga, desilusión.

Lo que sostenemos nosotros es que, con el fin de apelar en forma convincente a la ansiedad humana, el tipo de ministerio que estamos analizando se permite prometer en este sentido más de lo que Dios se ha dispuesto a cumplir en este mundo. Esto, insistimos, es el primer aspecto que lo señala como cruel. Busca los resultados mediante esperanzas falsas. Desde luego que esa crueldad no es malicia. Más bien es impulsada por una bondad irresponsable. El predicador quiere ganar a sus oyentes para Cristo; por ello presenta la vida cristiana como si fuese de color de rosa, procurando hacer que suene lo más agradable y libre de afanes que pueda con el fin de atraedlos. Pero la ausencia de un motivo malo, y la presencia de un motivo bueno, de ningún modo reducen el daño que hacen sus exageraciones.

Porque, como muy bien lo sabe todo pastor, he aquí lo que sucede. Mientras que los oyentes más equilibrados que han oído este tipo de cosas antes escuchan las promesas del predicador con cierta reserva, es seguro que habrá otros seriamente interesados que le creerán totalmente. Sobre esta base se convierten; experimentan el nuevo nacimiento; inician las nuevas vidas gozosas y seguras de que han dejado atrás todos los antiguos dolores de cabeza y todas las angustias. Y luego descubren que no es así en ningún sentido. Los viejos problemas temperamentales, los problemas ocasionados por las relaciones personales, los de necesidades no satisfechas, las tentaciones persistentes, siguen siendo reales; en algunos casos, hasta se han intensificado. Dios no les ha hecho más fáciles las circunstancias en que viven; más bien a la inversa. El descontento en relación con la esposa, el esposo, los padres, los parientes políticos, los hijos, los colegas, los vecinos, se hacen presentes de nuevo. Las tentaciones y los malos hábitos, que la experiencia de la conversión parecía haber eliminado para siempre, reaparecen. Cuando las grandes olas de alegría los cubrieron durante las semanas iniciales de su experiencia cristiana, realmente sentían que todos los problemas se habían solucionado; pero ahora ven que no es así, y que la vida libre de problemas y dificultades no se ha producido. Las cosas que los desalentaban antes de hacerse cristianos amenazan volver a desalentados. ¿Qué pueden pensar ahora?

Aquí la verdad está en que el Dios del que se dijo que "como pastor apacentará a su rebaño; en su brazo llevará los corderos, y en su seno los llevará" (Isa. 40: 11), cuida con mucha ternura a los cristianos muy nuevos, igual que la madre a su bebé. Con frecuencia el comienzo de su carrera cristiana se caracteriza por una gran alegría emocional, notables acontecimientos providenciales, sorprendentes respuestas a la oración, y resultados inmediatos en sus primeros intentos de dar testimonio; así Dios los anima, y los fundamenta en la nueva vida. Pero cuando se hacen más fuertes y están en condiciones de soportar más, los somete a una disciplina más rigurosa. Los expone al grado de pruebas que sean capaces de tolerar, mediante la presión de influencias opuestas y desconcertantes -aunque no más (véase la promesa en 1 Coro 10: 13); pero tampoco menos (véase la admonición en Hch. 14:22). Así va edificando nuestro carácter, fortaleciendo nuestra fe, y preparándonos para ayudar a otros. De este modo cristaliza nuestro sentido de los valores. Así también, se glorifica en nuestras vidas, porque en nuestra debilidad perfecciona su fortaleza. No hay nada antinatural, por lo

tanto, en el aumento de las tentaciones, los conflictos, y las presiones, cuando el cristiano aprende a andar con Dios; todo lo contrario, algo estaría mal si así no ocurriese. Pero el cristiano al que se le ha dicho que la vida cristiana normal está libre de sombras y dificultades no puede menos que llegar a la conclusión (cuando en su experiencia comienzan a amontonarse nuevamente las imperfecciones y los, desaciertos) de que debe haberse alejado de lo que es normal. "Algo ha fallado -dirá-, ¡esto ya no funciona!" y la pregunta que se hará será ésta: ¿Cómo puedo hacer que vuelva a "funcionar"?

III

Aquí es donde aparece el segundo aspecto cruel del ministerio que estamos considerando. Habiendo creado la esclavitud -porque es eso justamente-, haciéndoles creer a los creyentes nuevos que deben considerar todas las experiencias de frustración y perplejidad como señales de un cristiano subnormal, proceden a crear un mayor grado de esclavitud al imponer un remedio que es una especie de chaleco de fuerza con el cual se han de eliminar dichas experiencias. Dicho remedio consiste en insistir en diagnosticar esa "lucha", que equivale a "derrota", como un retroceso ocasionado por falta de "consagración" y "fe". Al comienzo (así se le dice), el convertido se había entregado totalmente a ese Salvador que acababa de encontrar; de ahí su alegría. Pero luego se ha enfriado o se ha descuidado, ha limitado su obediencia en alguna forma, o ha dejado de confiar en el Señor Jesús paso a paso, y es por ello que se encuentra en ese estado. El remedio, por lo tanto, es que descubra su error, se arrepienta y lo confiese; que se vuelva a consagrar a Cristo y que mantenga la consagración diariamente; que aprenda el hábito, cuando le vienen las tentaciones y surjan los problemas, de pasárselos a Cristo para que él se los resuelva. Si así obra (se afirma), andará, en el sentido teológico tanto como el metafórico, en el mejor de los mundos.

Ahora bien, cierto es que si el creyente se vuelve descuidado para con Dios, y vuelve a caer deliberadamente en pecado, el gozo interior y la paz tienden a disminuir, y el descontento se evidencia en su ánimo en forma cada vez más marcada. Los que por su unión con Cristo están muertos al pecado (Rom. 6:4) -es decir, los que han descartado el pecado como principio rector de sus vidas- ya no pueden encontrar en él ni siquiera ese grado limitado de placer que les daba antes que hubiesen nacido de nuevo. No pueden emprender caminos torcidos sin poner en peligro el favor de Dios para con ellos; de eso se encargará Dios mismo: "Por la iniquidad de su codicia me enojé, y lo herí, escondí mi rostro y me indigné; y él siguió rebelde por el camino de su corazón...," (Isa. 57: 17). Así es como reacciona Dios con los hijos que se descarrían. Los apóstoles no regenerados pueden ser a veces almas alegres, pero invariablemente el cristiano que se descarrila se siente miserable. De modo que el cristiano que se pregunta a sí mismo:

¿Dónde está esa bendición que conocí cuando por primera vez vi al Señor? haría bien en preguntarse, antes de continuar más adelante, si no ha habido en su vida pecados que te hicieron sufrir y que te ahuyentaron de mi pecho, pecados, sobre todo, practicados voluntariamente. Si así fuera, entonces el remedio que se receta más arriba, es, por lo menos en líneas generales, el más adecuado.

Pero puede que no sea así; y tarde o temprano habrá un momento en la vida de todo

cristiano en que no lo será. Tarde o temprano la realidad será que es Dios quien está ejercitando a su hijo -a ese hijo consagrado- por la senda de la santidad adulta, como fue el caso de Job, de algunos de los salmistas, y de los destinatarios de la Epístola a los Hebreos.

Para ellos, Dios emplea el método de exponerlos a fuertes ataques del mundo, la carne, y el diablo, a fin de que su poder de resistencia aumente y su carácter como hombres de Dios se haga más firme. Como hemos dicho más arriba, todos los hijos de Dios son sometidos a este tratamiento; es parte de la "disciplina del Señor" (Heb. 12:5, que recuerda a Job 5: 17; Pro. 3: 11) a la que somete a todo hijo al que ama. Y si es esto lo que le ocurre al cristiano que se siente confundido, entonces el remedio que se sugiere resultará desastroso.

Porque, ¿qué hace ese remedio? Sentencia a los cristianos fieles y dedicados a una vida farragosa de buscar cada día fallas inexistentes en su consagración, en la creencia de que si pudiesen descubrirlas y confesarlas, podrían entonces recuperar la experiencia de una inocencia espiritual que Dios en realidad quiere que abandonen ya. Por lo tanto, no sólo produce regresión y falta de realidad en lo espiritual, sino que los coloca involuntariamente en pugna con el Dios que les ha sustraído el inocente brillo de la infancia espiritual, con su enorme dosis de alegría y complaciente pasividad, precisamente con el fin de conducirlos a una experiencia más madura y adulta. Para los padres terrenos los niños pequeños constituyen motivo de alegría; pero no les gusta, por no decir otra cosa, que cuando los hijos crecen quieran volver a ser niños, y se sienten tristes o alarmados si sus hijos muestran actitudes infantiles. Así es, exactamente, con nuestro Padre celestial. Dios quiere que crezcamos en Cristo Jesús, que no nos quedemos como niños. Pero la orientación que estamos considerando aquí nos pone en situación antagónica con Dios en este caso, y nos pone frente a un retorno a la etapa infantil, como si esto fuese el bien supremo. Repetimos que esto constituye crueldad, igual que la costumbre china de vendar los pies de las niñas de modo que quedan permanentemente deformados; el hecho de que el motivo pueda ser bueno no cuenta para nada, no modifica la situación. El efecto menos pernicioso de aceptar el remedio propuesto será el de impedir el desarrollo espiritual: dará como resultado una clase de evangélicos adultos pero infantiles; sonrientes, pero irresponsables y centrados en sí mismos. El efecto más pernicioso, entre creyentes sinceros y honestos, será la introspección morbosa, la histeria, los trastornos mentales, y la pérdida de la fe, por lo menos en su forma evangélica.

IV

¿Qué es lo que tiene de malo esta enseñanza, fundamentalmente? Es digna de crítica desde muchos ángulos. Demuestra incomprensión de la enseñanza bíblica sobre la santificación y la lucha del cristiano. No entiende el significado del crecimiento en la gracia. No entiende lo qué significa el obrar del pecado que mora en el creyente. Confunde la vida cristiana aquí en la tierra con la vida cristiana como ella ha de ser en el cielo. Concibe incorrectamente la psicología de la obediencia cristiana (actividad impulsada por el Espíritu y no pasividad inculcada por el Espíritu). Pero la crítica fundamental es sin duda la de que pierde de vista el método y el propósito de la gracia. Tratemos de explicar más esto.

¿Qué es la gracia? En el Nuevo Testamento, la gracia significa el amor de Dios en acción para con los hombres, que merecían lo opuesto del amor. La gracia significa que Dios se mueve en cielos y tierra para salvar a los pecadores, que no podían mover un dedo para salvarse a sí mismos. La gracia significa que Dios envía a su Hijo unigénito a descender al infierno en la cruz para que nosotros los culpables pudiéramos ser reconciliados con Dios y recibidos en el cielo. "Al que no conoció pecado, por nosotros [Dios] lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él" (II Coro 5:21).

El Nuevo Testamento conoce una voluntad de gracia y una obra de gracia. La primera es el plan eterno de Dios pata salvar; la segunda es "la buena obra" de Dios "en vosotros" (Fil. 1: 6), mediante la cual induce a los hombres a entrar en una comunión viviente con Cristo (1 Cor. 1: 9), los levanta de la muerte a la vida (Efe. 2: 1-6), los sella como propiedad suya mediante el don del Espíritu (Efe. 1: 13s), los transforma a la imagen de Cristo (II Cór. 3: 18), y finalmente resucitará sus cuerpos en gloria (Rom. 8:30; I Cor. 15:47-54). Entre los investigadores protestantes estaba de moda hace algunos años decir que la gracia significa la actitud de Dios a diferencia de su obra de amor, pero se trata de una distinción que no es escritural. Por ejemplo, en I Corintios 15: 10 -"por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no ha sido en vano para conmigo" - la palabra "gracia" denota claramente la obra amante de Dios en Pablo, por la que hizo de él primeramente un cristiano y luego un ministro del evangelio.

¿Cuál es el propósito de la gracia? Principalmente el de restaurar la relación entre el hombre y Dios. Cuando Dios pone el fundamento de esta relación restaurada, al perdonar nuestros pecados cuando confiamos en su Hijo, lo hace con el fin de que de allí en adelante nosotros y él podamos vivir en comunión; y lo que hace al renovar nuestra naturaleza tiene el propósito de guiamos y hacernos capaces de ejercitar amor, confianza, deleite, esperanza, y obediencia para con Dios, en acciones que, desde nuestro ángulo, demuestren la realidad de la comunión con Dios, quien constantemente se hace conocer de nosotros. Toda la obra de la gracia apunta a esto: a la adquisición de un conocimiento más profundo de Dios, y a una comunión más profunda con él. Gracia es Dios acercándonos más y más, a nosotros los pecadores, a sí mismo.

¿Cómo lleva a cabo Dios este propósito? No ya escudándolas de los ataques del mundo, la carne, y el diablo, ni protegiéndonos de circunstancias frustrantes y penosas, ni tampoco escudándonos de los problemas y dificultades que nos ocasionan nuestro temperamento y psicología personales; sino, más bien, exponiéndonos a todas esas cosas, con el propósito de abrumarnos con un sentido de nuestra propia incapacidad, y hacer que nos aferremos más fuertemente de él. En el contexto humano, esta es la razón básica de que Dios nos llene la vida de problemas y dificultades de todo tipo; la idea es asegurar que aprendamos a recurrir a él. La razón de que la Biblia dedique tanto tiempo a reiterar que Dios es una roca fuerte, defensa firme, seguro refugio, y auxilio para los débiles, es que Dios dedica mucho tiempo a enseñamos que sornas débiles, tanto mental como moralmente, y no se atreve a confiar en que nosotros mismos encontremos el camino recto. Cuando vamos por una senda derecha sintiéndonos muy bien, y alguien nos toma del brazo para ayudarnos, es muy probable que nos sacudamos de él con impaciencia; pero cuando nos encontramos en algún lugar difícil, en la oscuridad, bajo una amenazadora tormenta y sin fuerzas, y alguien nos toma del brazo para ayudarnos,

con seguridad que nos hemos de apoyar en él con gratitud. Y Dios quiere que nos demos cuenta de que el paso por la vida es difícil y complejo, a fin de que aprendamos a apoyarnos en él con gratitud. Por lo tanto, él torna medidas a fin de lograr que perdamos la confianza en nosotros mismos y aprendamos a confiar en él; en la frase' bíblica clásica relativa al secreto de la vida del nombre piadoso, a "esperar en Jehová".

Este concepto tiene muchas implicaciones. Una de las más notables es la de que Dios llega a usar nuestros pecados y errores para este fin. Con mucha frecuencia se vale de la disciplina educativa de los fracasos y errores. Es notable comprobar la considerable proporción de la Biblia que se refiere a hombres de Dios que cometen errores, y a quienes Dios disciplina. Abraham, a quien fue prometido un hijo pero a quien se le hizo esperar antes que la promesa se cumpliera, pierde la paciencia, comete el error de pretender hacer de protagonista de la providencia, y tiene un hijo de nombre Ismael; y tiene que esperar trece años más antes de que Dios le vuelva a hablar (Gen. 6: 16-17: 1). Moisés cometió el error de tratar de salvar al pueblo mediante el recurso de intentar hacer valer sus derechos con actos de agresividad, matando a un egipcio, y tratando de resolver los problemas individuales de los israelitas entre sí. Como resultando de ello fue desterrado por muchas décadas, viviendo en el desierto, para que aprendiera a no vanagloriarse a sus propios ojos. David comete una serie de errores -seduce a Betsabé y hace matar a Urías, descuida a su familia, hace contar al pueblo con fines de prestigio- y en cada caso es castigado amargamente. Jonás comete el error de huir ante el llamado de Dios; y acaba por despertar a la realidad en el vientre de un gran pez. Así podríamos seguir. Pero lo que corresponde recalcar es que el error humano, y el inmediato desagrado divino, en ninguno de los casos fue el fin de la historia. Abraham aprendió a esperar que se cumpliese el tiempo de Dios. Moisés se curó de la confianza en sus propios recursos (en realidad, su ulterior apocamiento fue casi pecaminoso -Exo. 4: 14). David encontró arrepentimiento después de cada una de sus caídas, y estaba más cerca de Dios al final que al comienzo. Jonás oró desde el vientre del pez y vivió para cumplir su misión en Nínive. Dios puede obtener efectos positivos hasta de nuestro comportamiento más necio; Dios restablece los años que se ha llevado la langosta. Dicen que los que jamás hacen errores nunca hacen nada; por cierto que los hombres mencionados arriba hicieron errores, pero a través de sus errores Dios les enseñó a conocer su gracia, y a aferrarse a él de un modo que nunca se hubiera logrado de otra forma. ¿Tiene el lector algún sentido de fracaso? ¿Sabe que ha cometido algún error abominable? La solución es volver a Dios; su gracia restauradora está a nuestra disposición.

V

La falta de realidad en religión es una cosa maldita. La falta de realidad es la maldición del tipo de doctrina que hemos expuesto en este capítulo. La falta de realidad para con Dios es la enfermedad que arruina en gran medida al cristianismo moderno. Necesitamos que Dios nos haga realistas en cuanto a nosotros mismos y a él. Quizá haya algo para nosotros en el famoso himno en que John Newton describe el paso hacia el tipo de realidad que estamos intentando propiciar.

Le pedí al Señor que pudiese crecer en fe, en amor, y en toda gracia; que pudiese conocer de su salvación, y buscar más intensamente su rostro. Tenía la esperanza de que

en alguna hora feliz hubiera de contestar al instante mi súplica, y mediante el poder compulsivo de su amor dominar mis pecados, y brindarme descanso. En lugar de esto, me hizo sentir el mal escondido en mi corazón; y permitió que coléricos poderes del infierno asaltaran mi alma por todas partes.

No sólo eso; con su propia mano parecía decidido a agravar mi dolor; contrariaba todos los planes honestos que me trazaba, marchitaba mis huertas, y me dejaba tendido."Señor, ¿por qué es esto?" gemí tembloroso, "¿perseguirás a tu gusano hasta la muerte?" "Es de este modo ", contestó el Señor, "que yo contesto la oración que pide gracia y fe. "Utilizo estas pruebas interiores para liberarte de ti mismo y de tu orgullo y para deshacer tus proyectos de gozo terrenal para que busques en mí el todo para ti.

CAPITULO 22: LA SUFICIENCIA DE DIOS

I

La carta de Pablo a los Romanos constituye el punto culminante de la Escritura, como quiera que se la considere. Lutero la llamó "el más claro de los evangelios". "El hombre que la entienda -escribió Calvino- tiene abierto para sí un camino seguro para entender toda la Escritura." Tyndale, en su Prefacio a los Romanos, ligó ambos pensamientos, designando a Romanos como "la parte principal y más excelente del Nuevo Testamento, y el más puro Euangelion, vale decir, las buenas nuevas que llamamos evangelio, y además una luz y un camino hacia toda la Escritura". Todos los caminos en la Biblia llevan a Romanos, y todas las direcciones que ofrece la Biblia aparecen más claramente desde Romanos; cuando el mensaje de Romanos invade el corazón del hombre no es posible predecir lo que pueda ocurrir.

¿Qué es lo que buscamos en la Biblia? El hombre sabio está atento a varias posibilidades, y Romanos la trata a todas en forma suprema.

¿Es doctrina -la verdad acerca de Dios, impartida por Dios- lo que buscamos? En caso afirmativo, encontraremos que Romanos nos ofrece todos los temas principales en forma integral: Dios, el pecado, la ley, el juicio, la fe, las obras, la gracia, la creación, la redención, la justificación, la santificación, el plan de salvación, la elección, la reprobación, la persona y la obra de Cristo, la obra del Espíritu, la esperanza cristiana, la naturaleza de la iglesia, el lugar del judío y del gentil en los propósitos de Dios, la filosofía de la iglesia y de la historia del mundo, el significado y el mensaje del Antiguo Testamento, la significación del bautismo, los principios de la piedad y la ética personales, los deberes de la ciudadanía cristiana … ¡etcétera!

Pero el hombre sabio lee la Biblia también como el libro de la vida, que muestra mediante exposición y ejemplo lo que quiere decir servir a Dios o no servirle, encontrar a Dios o perderlo en la experiencia humana real. ¿ Que puede ofrecemos Romanos en cuanto a esto? La respuesta es: el espectro más completo de la vida de pecado y de la vida de la gracia, y el análisis más profundo del camino de la fe, que pueda encontrarse en toda la Biblia. (Sobre el pecado, véanse los capítulos 1-3, 5-7, 9; sobre la gracia véanse los capítulos 3-15; sobre la fe véanse los capítulos 4,10,14.)

Otra manera de leer la Biblia, método que recomiendan algunos investigadores

modernos, es como libro de la iglesia, donde está expresada la fe y la comprensión que de sí misma tiene la comunidad creyente. Desde este punto de vista, Romanos, justamente por tratarse de la declaración clásica del evangelio por el cual vive la iglesia, es también el relato clásico de la identidad de la iglesia. ¿Qué es la iglesia? Es la verdadera simiente del fiel Abraham, simiente tanto judaica como no judaica, elegida por Dios, justificada mediante la fe, y libre del pecado para una nueva vida de justicia personal y mutuo ministerio. Es la familia de un amante Padre celestial, y vive en la esperanza de heredar toda su fortuna. Es la comunidad de la resurrección, en que los poderes de la muerte histórica de Cristo y su presente vida celestial ya están obrando. En ninguna parte se presentan estos aspectos en forma más completa que en Romanos.

El hombre sabio lee también la Biblia como la carta personal de Dios a cada uno de sus hijos espirituales, y por lo tanto dirigida a él mismo tanto como a cualquiera otra persona. Leamos Romanos de este modo, y encontraremos que tiene un poder singular para descubrir y tratar cosas que constituyen parte de nuestra vida, aceptadas tan tácitamente que de ordinario ni siquiera pensamos en ellas: los hábitos y actitudes pecaminosos; el instinto de hipocresía; la tendencia natural a justificamos y a confiar en nosotros mismos; la perenne incredulidad; la frivolidad moral y la superficialidad del arrepentimiento; el ánimo dividido, la mundanalidad, el espíritu de temor, el pesimismo; el orgullo y la insensibilidad espiritual. Encontraremos también que esta demoledora carta tiene un poder singular de generar alegría, certidumbre, confianza, libertad, y ardor de espíritu, casas que Dios no sólo requiere quienes lo aman sino que les proporciona.

Se decía de Jonathan Edwards que su doctrina en toda aplicación, y que su aplicación era todo doctrina. Romanos es así en forma suprema. Nadie puede agotar su lectura ni llegar a abarcar todo lo que contiene [escribió Tyndale), porque cuanto más se la estudia más fácil resulta, y cuanto más profundamente se la escudriña tanto más preciosas son las cosas que se encuentran en ella, así de grandes son los tesoros de cosas espirituales que yacen escondidos en ella .... Por 10 cual todo hombre sin excepción ejercítese en ella diligentemente, y recuérdela de noche y de día continuamente, hasta que esté perfectamente familiarizado con ella.

No todos los cristianos, sin embargo, aprecian la magnificencia de Romanos, y esto tiene una razón. El hombre que descendiera en la cumbre del Everest con un helicóptero (caso que esto fuese factible) no sentiría en ese momento nada parecido a lo que sintieron Hillary y Tensing cuando llegaron a esa misma cumbre después de haberla escalado. De manera similar, el impacto que sobre nosotros pueda hacer Romanos dependerá de lo que haya habido antes. La ley que se cumple aquí es la de que cuanto más hayamos escudriñado el resto de la Biblia, tanto más estaremos ejercitados con respecto a los problemas morales e intelectuales de la vida cristiana, y cuanto más hayamos sentido la carga de las debilidades y la lucha por mantener la fidelidad en la vida cristiana, tanto más hemos de encontrar que Romanos nos habla. Juan Crisóstomo se la hacía leer una vez por semana; a nosotros nos convendría hacer lo mismo.

Ahora bien; como Romanos constituye el punto culminante de la Biblia, así también el capítulo 8 es la cima máxima del libro de Romanos. Es, al decir del comentarista puritano Edward Elton, como el panal de miel, repleta de dulzura y consuelo celestiales para el alma ... nuestros motivos de orgullo y nuestra aprehensión del consuelo no son

más que sueños, hasta que adquirimos algún sentido real del amor de Dios para utilizarlo en el poder de Cristo Jesús, derramado y vertido en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado: el que, una vez obtenido, llena nuestros corazones con gozo indecible glorioso, y nos hace más que vencedores .... ¿Y dónde hemos de encontrar nosotros este motivo de consuelo interpretado más clara-. mente y más precisamente que en este capítulo? (Epístola dedicatoria que precede a The Triumph of a True Christian Described. Descripción del triunfo de un verdadero cristiano, exposición de Romanos 8 por Elton).

La palabra "consuelo" se usa aquí en el antiguo sentido de lo que da coraje Y fuerza, no en el moderno de 10 que tranquiliza Y enerva. La búsqueda del "consuelo" en el sentido moderno es sentimental e irreal y busca la propia satisfacción, Y el concepto religioso de que se acude a la iglesia en busca de consuelo en este sentido no es cristianismo; pero Elton está hablando de la certidumbre cristiana, lo cual es muy diferente. Pero aquí entra en juego el principio del monte Everest. No hemos de penetrar los secretos de Romanos 8 estudiando el capítulo aisladamente. Para entender Romanos 8 hay que estudiar previamente Romanos 1- 7, y el impacto que nos hará Romanos 8 reflejará lo que nos haya costado entender lo que dicen dichos capítulos. Sólo si hemos llegado al punto de conocemos como pecadores perdidos y sin esperanza (capítulos 1-3), Y con Abraham, al punto de confiar en la promesa divina que parece demasiado para ser real, en nuestro caso, la promesa de aceptación porque Jesús, nuestro jefe según el pacto, murió y resucitó (capítulos 4-5); sólo si, como nuevas criaturas en Cristo, nos hemos entregado a una vida de total santidad y hemos luego descubierto que la carne está en lucha con el espíritu, de modo que vivimos en contradicción, sin llegar jamás plenamente al bien que nos proponemos, ni evitando el mal al que hemos renunciado (capítulos 6-7), sólo si, además de todo esto, sufrimos pérdida y cruces (enfermedad, fatiga, accidentes, sorpresas desagradables, desilusión, trato injusto ... véase capítulo 8: 18-23, 35-39); sólo entonces Romanos 8 brindará todas sus riquezas y manifestará todo su poder.

En Romanos 8 encontramos que Pablo reafirma en forma muy detallada lo que ya había dicho en Romanos 5: 1-11. De ordinario no es hombre de repetirse: ¿Por qué volvió sobre el camino andado en este caso? ¿Por qué, en fin, escribió Romanos 8? La breve respuesta -que no es tan tonta como parece- es esta: ¡porque acababa de escribir Romanos 7! En Romanos 7:7 acababa de hacer la siguiente pregunta: ¿Es pecado la ley? La respuesta que tenía para dar era esta: No, pero la leyes fuente de pecado, por cuanto fomenta lo que prohíbe, y de tal modo despierta el impulso a desobedecer que cuanto más se propone el hombre guardar la ley tanto más se encuentra transgrediéndola. A fin de mostrar este hecho del modo más expedito y evidente describió su propia experiencia al respecto. Relató cómo, antes de ser cristiano, "el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, me engañó, y por él me mató" (v. 11); y luego pasó revista al presente, en el cual, a pesar de ser ahora cristiano y apóstol, "el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo ... porque según el hombre interior me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros ... " (vv. 18,22s). Al describir esto, su reacción espontánea fue: "¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?" (v. 24). La pregunta era retórica, porque él sabía que la liberación total de las garras del pecado mediante Cristo habría de ser una realidad para él algún día, por "la redención de nuestro cuerpo" (8:23); pero por el

momento, como siguió diciendo, tenía que cargar con la amarga experiencia de verse imposibilitado de llegar a la perfección que anhelaba, porque la ley que se lo exigía -esa ley en la que, como hombre regenerado, se deleitaba, versículo 22- era incapaz de producirla. "Así que, yo mismo [es decir, en mi ser íntimo, el verdadero "yo"] con la mente sirvo a la ley de Dios [es decir, el mandamiento] , mas con la carne a la ley [es decir, el principio] del pecado" (v. 25).

Pablo ha terminado lo que quería decir; ahora hace una pausa. ¿Qué es lo que ha hecho? Ha compartido con sus lectores lo que dice la ley en cuanto a sí mismo, y de esta manera le ha recordado lo que dice la ley acerca de ellos. La ley no habla de privilegios y logros, sino de fracaso y culpa. Para el cristiano sensible, por lo tanto, que sabe cómo Dios odia el pecado, el ser diagnosticado por la ley resulta una experiencia miserable y deprimente. El hecho de tener que escribir estos versículos había empañado la alegría de Pablo mismo, y, como buen pastor, sabía también que la lectura de los mismos habría de tener un efecto parecido en otros. Pero no le parece bien dejar a los cristianos de Roma en esa situación, contemplando el lado triste de su experiencia y pensando como si estuvieran nuevamente bajo la ley. Por el contrario, ve la necesidad de recordarles de inmediato que lo que resulta decisivo no es 10 que dice la ley acerca de ellos, sino lo que dice el evangelio. Por lo tanto, amparado en una lógica que es tanto evangélica como pastoral -evangélica porque el evangelio demanda la última palabra; y pastoral porque los 'pastores siempre tienen "que [colaborar] para vuestro gozo" (II Coro 1:24) Pablo reanuda ahora el tema de la certidumbre cristiana y lo desarrolla con toda la energía de que es capaz, desde la "ninguna condenación" al comienzo hasta la "ninguna … cosa nos podrá separar" al final. Romanos 8 no libra a los cristianos de Romanos 7 en el sentido de indicar la posibilidad presente de no tener imperfecciones que la ley pueda detectar en nosotros; esto es lo que quería decir Alexander White cuando le dijo a su congregación; "No saldréis de Romanos 7 mientras yo sea vuestro ministro" -y nada más cierto. Pero en el sentido de encaminar a los cristianos hacia la certidumbre que da Dios en el evangelio, y de enseñarles a regocijarse en esa gracia soberana que es superior al pecado, como un antídoto a la miseria que se experimenta al ser medido por la ley, Romanos 8 cumple la función de librarlo de Romanos 7 en forma sumamente efectiva.

¿Qué es lo que contiene Romanos 8? Se divide en dos partes de igual longitud. Los primeros treinta versículos destacan la suficiencia de la gracia de Dios para resolver toda una serie de dificultades: la culpa y el poder del pecado (vv. 1-9); el hecho de la muerte (vv. 6-13); el terror de enfrentar la santidad de Dios (v. 15); la debilidad y la desesperación frente al sufrimiento (vv. 17-25); la parálisis en la oración (vv. 26s); el sentir que la vida no tiene sentido y que no hay esperanza (vv. 28-30). Pablo demuestra su posición refiriéndose a cuatro regalos de Dios que se dan a todos los que por la fe "están en Cristo Jesús". El primero es la justificación -"ninguna condenación" (v. 1). El segundo es el Espíritu Santo (vv. 4-27). El tercero es la condición de hijo -la adopción como miembro de la familia en la que el Señor Jesús es el primogénito (vv. 14-17,29). El cuarto es la seguridad, ahora y para siempre (vv. 28-30). Esta dotación compuesta -posición, más una dinámica, más una identidad, más un salvoconducto- es más que suficiente para sostener al cristiano, cualesquiera que sean sus problemas.

Luego, en los versículos 31-39, Pablo hace una pregunta retórica en relación a lo que acaba de escribirles. "¿Qué, pues, diremos a esto?" (v. 31). A continuación se dedica a

indicar su propia reacción, que debiera ser también la nuestra, y al hacerlo, el tema toma un giro ligeramente distinto y se convierte en la suficiencia del Dios de la gracia. El interés se transfiere del don a su Dador, del pensamiento de la liberación del mal al pensamiento de que Dios es para todo cristiano lo que dijo que había de ser para Abraham - "tu escudo, y tu galardón sobremanera grande" (Gén., 15:1). Si los versículos 1-20 están diciendo: "Me has guiado según tu consejo, y después me recibirás en gloria", los versículo s 31-39 dicen: "¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra. Mi carne y mi corazón desfallecen; mas la roca de mi corazón y mi porción es Dios para siempre" (Sal. 73:24-26). Es esta reacción la que hemos de explorar a continuación.

II

"Qué, pues, diremos a esto?" La primera persona del plural no es aquí el plural de majestad o literario; para el Nuevo Testamento estos recursos son desconocidos. Más bien se trata del plural incluyente y exhortativo de la predicación cristiana, que tiene el siguiente sentido: "Yo, y espero que tú también, y todos los creyentes juntamente con nosotros." El pensamiento que está por detrás del" ¿qué diremos?" es este: "Yo sé lo que tengo que decir; ¿lo dirás tú juntamente conmigo?"

Al Pedirles a sus lectores que se manifiesten, Pablo quiere que primeramente piensen. Quiere que junto con él ellos tengan claro cómo es que el "esto" tiene que ver con sus circunstancias actuales; en otras palabras, que apliquen el hecho a sí mismos. Si bien no los conoce personalmente (ni a nosotros que lo leemos en el siglo veinte), sabe que lo que determina sus circunstancias son dos factores comunes a todos los verdaderos cristianos en todas partes y en todas las épocas. El primer factor es el compromiso para con una justicia total. Romanos 8:31-39 da por descontado que sus lectores están sometidos a Dios como "siervos de la justicia" (6: 13,18), y que procuran cumplir la voluntad de Dios cabalmente. El segundo factor es el estar sometidos a presiones por todos lados. Romanos 8:31-39 considera las penurias materiales y la hostilidad humana como cosas a las que todos los cristianos han de verse expuestos; a "nosotros", y no sólo a Pablo, nos esperan- "tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez [la privación extrema] o peligro, o espada" (v. 35). Como les enseñó Pablo a los convertidos de su primer viaje misionero, "es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios" (Hch. 14:22). Quizá algunos de los problemas (pero no todos) puedan ser eludidos momentáneamente (pero no para siempre) teniendo en buenas condiciones el velamen espiritual; pero Pablo sabe que los que están resueltos a lo que los puritanos llamaban la "obediencia universal" tienen que nadie en contra de la corriente de este mundo todo el trayecto, y constantemente se les hace sentir que así es.

Así ve Pablo a sus lectores; y en su espejo nos vemos nosotros también. He aquí el cristiano atormentado por el recuerdo de una caída moral; el cristiano cuya integridad ha hecho que perdiese un amigo o su trabajo; los padres cristianos cuyos hijos son motivo de desilusión; la mujer cristiana que atraviesa "el cambio"; el cristiano que se siente como un extraño en su casa o en su trabajo a causa de su fe; el cristiano apesadumbrado por la muerte de alguien que según su parecer debería haber seguido viviendo, o la vida prolongada de un pariente senil o de un hijo mongoloide que, según él, ya debería haber

muerto; el cristiano que piensa que a Dios no le interesa lo que le pasa, porque de otro modo su vida no sería tan dura; y muchos otros. Pero es justamente a gente de este tipo -es decir, gente tal como nosotros- a los que Pablo desafía. "¿Qué diremos nosotros a esto?" ¡Pensemos, pensemos, pensemos!

¿Qué es lo que quiere Pablo que nos ocurra? Quiere que hagamos nuestras las posesiones que son nuestras, aunque esto parezca una redundancia. Las posesiones que no hemos hecho nuestras no son, como a veces se piensa, técnicas para no pecar jamás, sino la paz, la esperanza, y el gozo en el amor de Dios que constituyen los derechos de nacimiento de los cristianos. Pablo sabe que si nos dejamos llevar por las emociones ante las presiones de la vida -es decir si' racionalizamos las reacciones-, no haremos nuestro dicho legado: por ello es que exige una reacción, no ya a esas cosas sino a "estas cosas" que se enumeran en los versículos 1-30. Piensen en lo que saben acerca de Dios por el evangelio, dice Pablo, y aplíquenlo. Piensen sin dejarse arrastrar por los sentimientos; si los sentimientos los han sumido en la depresión salgan de ese estado con argumentos apropiados; desenmascaren la incredulidad que dicho estado ha provocado; saquen la vista de los problemas y miren al Dios del evangelio; dejen que el pensamiento evangélico corrija el pensamiento emocional. De este modo (piensa Pablo) el Espíritu Santo que mora en nosotros, cuyo misterio consiste en aseguramos que somos hijos y herederos de-Dios (vv. 15s), nos conducirá al punto en que la conclusión triunfante de Pablo -"estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida ... ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor Nuestro" (vv. 38s) arrancará de nosotros la siguiente exclamación: "y también estoy seguro! ¡Aleluya!" Porque en esta respuesta, como bien lo sabe Pablo, radica el secreto de la experiencia del que es "más que vencedor'", que es la victoria que vence al mundo y es, también, el cielo del cristiano aquí en la tierra.

"¿Qué, pues, diremos a esto?" La respuesta modelo de Pablo consiste en cuatro pensamientos, cada uno de los cuales tiene como centro una pregunta adicional. (¡Después de todo, las preguntas hacen pensar!) "Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? '" ¿cómo no nos dará también con él [Cristo] todas las cosas? ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? ... ¿Quién nos separará del amor de Cristo?" La palabra clave que aparece en relación con los tres primeros pensamientos es "por" (griego huper, "en nombre de"): "Dios es por nosotros ... lo entregó [a su Hijo] por todos nosotros ... Cristo '" intercede por nosotros." El cuarto pensamiento es una conclusión basada en los tres primeros tomados conjuntamente: "Ninguna cosa ... nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro." Analicemos dichos pensamientos individualmente.

III

1. "Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?"

El pensamiento aquí es el de que ningún grado de oposición podrá abatimos finalmente. Para transmitir este pensamiento, Pablo despliega la suficiencia de Dios como protector soberano, y el carácter decisivo del compromiso contraído según el pacto con nosotros.

"Si Dios es por nosotros ... " ¿Quién es Dios? Pablo se refiere al Dios de la Biblia y del

evangelio, Jehová Dios, "Dios misericordioso y clemente, tardo a la cólera y rico en amor y fidelidad" (Ex.-34: 6, BJ); un Dios a quien "el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer" (Juan 1: 18). Este es el Dios que ha hablado para anunciar su soberanía: "Yo soy Dios y no hay ningún otro, yo soy Dios y no hay otro como yo. Yo anuncio desde el principio lo que viene después y desde el comienzo lo que aún no ha sucedido. Yo digo: Mis planes se realizarán y todos mis deseos llevaré a cabo" (Isa. 46:9s, BJ). Este es el Dios que demostró su soberanía cuando sacó a Israel de la cautividad en Egipto y más tarde de la de Babilonia, y cuando sacó a Jesús de la tumba; y que evidencia esa misma soberanía ahora cada vez que levanta a un pecador que se encuentra muerto espiritualmente y le da vida espiritual. Este es el Dios de Romanos, el Dios cuya ira "se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres" (1: 18), y que, sin embargo, "muestra su amor para con nosotros" (5:8). Este es el Dios que llama, justifica, y glorifica a los que desde la eternidad "predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo" (8:29). Este es el Dios del primer artículo anglicano, "el único Dios vivo y verdadero, eterno … de infinito poder, sabiduría, y bondad; el Hacedor y Sustentador de todas las cosas, tanto visibles como invisibles". Este es (agreguemos también) el Dios cuyos caminos venimos estudiando en este libro.

"Si Dios" -este Dios- "es por nosotros" - ¿qué significa esto? Las palabras "por nosotros" declaran el compromiso de Dios según el pacto. La meta de la gracia, según hemos visto, es la de crear una relación de amor entre Dios y nosotros los que creemos, el tipo de relación para el que fue creado originalmente el hombre, y el lazo de comunión por el que Dios se liga con nosotros, es su pacto. Lo impone en forma unilateral, mediante promesa y mandamiento. Lo vemos hacer esto justamente cuando le habla a Abraham en Génesis 17: "Yo soy el Dios Todopoderoso … estableceré mi pacto entre mí y ti, Y tu descendencia después de ti en sus generaciones … para ser tu Dios, y el de tu descendencia después de ti … seré el Dios de ellos … guardarás mi pacto … " (vv. 1, 7ss). Gálatas 3 y 4 demuestran que todos los que depositan su fe en Cristo, tanto gentiles como judíos, son incorporados a través de Cristo en la simiente de Abraham, y constituyen los beneficiarios del pacto. Una vez en vigencia, el pacto permanece, por cuanto Dios se encarga de ello. Como Padre, Esposo, y Rey (estos son los modelos humanos que se usan en el pacto para aclarar su relación), Dios permanece fiel a su promesa y propósito, y la promesa misma -la promesa de ser "tu Dios" - es una promesa amplia que, cuando se la examina, se descubre que contiene dentro de sí todas las "preciosas y grandísimas promesas" con las que Dios se ha comprometido a satisfacer nuestras necesidades. Esta relación que responde al pacto, constituye la base de toda la religión bíblica: cuando los adoradores dicen "mi Dios", y cuando Dios dice "mi pueblo", se está empleando lenguaje que corresponde al pacto. Las palabras "Dios es por nosotros" son también lenguaje del pacto; lo que se está proclamando allí es el hecho de que Dios se compromete a sostenemos y protegemos cuando hombres y cosas amenazan, a suplir nuestras necesidades mientras dure nuestro peregrinaje terrenal, y a conducimos finalmente hacia el pleno disfrute de sí mismo, cualesquiera sean los obstáculos que al presente parecieran interponerse entre nosotros y ese destino. La simple afirmación de que "Dios es por nosotros" constituye una de las más ricas y valiosas declaraciones que contiene la Biblia.

¿Qué significa para el hombre el poder decir "Dios es por mi'? La respuesta la vemos en el Salmo 56, donde la declaración de que "Dios está por mí" (v. 9) es el eje en" torno al

cual gira todo lo demás. El salmista se encuentra con la espalda contra la pared ("todo el día mis enemigos me pisotean; porque muchos son los que pelean contra mí con soberbia" (v. 2; cf. vv. 5s). Pero el conocimiento de que Dios está de su lado pone una nota de triunfo en su oración. Primero, le da seguridad de que Dios no lo ha olvidado ni ha pasado por alto su necesidad. "Mis huidas tú has contado; pon mis lágrimas en tu redoma [¡para preservadas!] ¿No están ellas en tu libro [registradas en forma permanente]?" (v. 8). Segundo, le da confianza de que "sean luego vueltos atrás mis enemigos, el día en que yo clamare" (v. 9). Tercero, ofrece base para la confianza que apacigua el pánico. "En el día que temo, yo en ti confío .... En Dios he confiado; no temeré; ¿qué puede hacerme el hombre?" (vv. 3s). Sea lo que fuere lo que "el hombre" pueda hacerle al salmista desde afuera, por así decido, en el sentido más profundo no puede tocado, porque su verdadera vida es la vida interior de la comunión con un Dios amante, y el Dios que lo ama protegerá esa vida a través de todas las eventualidades.

Dicho sea de paso, el Salmo 56 responde también a la cuestión de quiénes son los "nosotros" cuando Dios está "por". El salmista menciona tres cualidades que señalan al verdadero creyente. Primero, alaba, y lo que alaba es la palabra de Dios (vv. 4,10) -es decir, atiende a la revelación de Dios y venera a Dios en ella y de conformidad con ella, antes que dar rienda suelta a sus propias desmedidas fantasías teológicas. Segundo, ora, y el deseo que lo impulsa a orar es el de tener comunión con Dios como meta y fin de la vida -"para que ande delante de Dios" (v. 13). Tercero, paga -paga sus votos, vale decir, de fidelidad y agradecimiento (vv. 12s). El hombre que alaba, ora, agradece y es fiel lleva en sí mismo las marcas del hijo de Dios.

Ahora bien: ¿cuál era el propósito de Pablo al hacer ese pregunta? Estaba (y está) combatiendo el temor -el temor que siente el cristiano tímido a las fuerzas que cree que se han confabulado contra él, las fuerzas, podríamos decir, de "él", o "ella", o "ellos". Pablo sabe que siempre hay alguna persona, o grupo de personas, cuya burla, desagrado, u hostilidad el cristiano siente que no puede enfrentar. Pablo sabe que tarde o temprano esto se vuelve un problema para todo cristiano, incluyendo aquellos a quienes, antes de su conversión, no les importaba lo que dijesen o pensasen de ellos; sabe, también, en qué grado tales temores pueden inhibir o desalentar. Pero también sabe cómo responder ante esta situación. En efecto, Pablo nos dice que pensemos en el hecho de que Dios está por nosotros: sabemos lo que esto significa: consideremos entonces quién está en contra, y preguntémonos qué resulta cuando comparamos ambos bandos. (Notemos que la traducción "quien puede estar contra nosotros" [VM] no es correcta, porque desvirtúa el pensamiento de Pablo; lo que pide Pablo es un examen realista de la oposición, humana y demoníaca, y no una romántica simulación de que no existe tal oposición. La oposición es un hecho: el cristiano que no tiene conciencia de que tiene oposición es mejor que se cuide, porque peligra. Esa falta de realismo no es un requisito del discipulado cristiano sino más bien señal de fracaso.) ¿Les tienes miedo a "ellos"? pregunta Pablo. No hay por qué tener temor, como tampoco Moisés tenía por qué temer al Faraón después que Dios le dijo: "Yo estaré contigo" (Exo. 3: 12). Pablo insta a sus lectores a que hagan el mismo cálculo que hizo Ezequías: "No temáis, ni desmayéis ante el rey de Asiria, ni ante toda la muchedumbre que con él viene, porque es más el que está con nosotros que el que está con él ... con nosotros está Yahvéh nuestro Dios para ayudamos y para combatir nuestros combates" (II Cró. 32:7s, BJ). Toplady, poeta de la certidumbre cristiana así como Watts es el poeta de la soberanía de Dios y Charles Wesley el poeta de la nueva creación, interpreta el concepto al que Pablo

quiere llevamos en estas palabras:

Tengo un protector soberano, invisible, pero siempre a mano; inmutablemente fiel para salvar, todopoderoso para gobernar y mandar. Sonríe, y mi consuelo sobreabunda; su gracia ha de descender como el rocío, y murallas de salvación habrían de rodear al alma que fue su deleite defender.

Esto es por lo que Pablo nos pide que comprendamos; que lo hagamos nuestro; que la certidumbre que dichas palabras manifiestan haga un impacto en nosotros en relación con lo que tenemos que enfrentar en este preciso momento; y al conocer a Dios de este modo como nuestro protector soberano, irrevocablemente comprometido por el pacto de la gracia, encontraremos no solamente liberación del temor sino nuevas fuerzas para la lucha.

IV

2. "El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?"

El pensamiento que expresa la segunda pregunta de Pablo es el de que al cabo ninguna cosa buena nos será negada. Transmite dicho pensamiento señalando la suficiencia de Dios como nuestro soberano benefactor, y el carácter decisivo de la obra redentora de Dios para con nosotros.

Tres comentarios destacarán la fuerza del argumento de Pablo. Nótese primeramente lo que dice Pablo indirectamente acerca del costo de nuestra redención: "No escatimó ni a su propio Hijo". Para salvamos Dios llegó hasta el límite. ¿Qué más podría haber dado por nosotros? ¿Qué más tenía para dar? No podemos saber lo que le costó al Padre el Calvario, como tampoco podemos saber lo que sintió Jesús cuando probó el castigo debido a nuestros pecados. Empero esto sí podemos decir: que si la medida del amor es lo que es capaz de dar, no hubo jamás amor como el que Dios mostró para con los pecadores en el Calvario, y ningún regalo de amor que pudiera hacemos había de costarle tanto como ese. De modo que si Dios ya nos ha encarecido su amor para con nosotros en que siendo todavía pecadores Cristo murió por nosotros (cf. 5:8), resulta aceptable, cuando menos, que también nos dará con él "todas las cosas". La mayoría de los cristianos ha experimentado la terrible sensación de que Dios pueda no tener para con ellos otra cosa que lo que ya han recibido; mas una mirada reflexiva al Calvario tendría que disipar ese tipo de disposición anímica.

Pero esto no es todo. Notemos, en segundo lugar, lo que quiere decir Pablo en cuanto a la efectividad de nuestra redención. Dios, dice, "lo entregó por todos nosotros ",y este hecho es en sí mismo la garantía de que nos serán dadas "todas las cosas", porque todas ellas nos vienen como fruto directo de la muerte de Cristo. Acabamos de decir que la grandeza del ofrecimiento de Dios en la cruz hace que lo que nos da después resulte (si se nos permiten estas palabras) natural y posible, pero lo que tenemos que notar ahora es que la unidad del propósito salvador de Dios hace que dicha entrega por añadidura resulte necesaria, y por lo tanto segura.

En esta relación el punto de vista neotestamentario de la cruz envuelve más de lo que a veces se considera. No se ha de discutir el que los escritores apostólicos presenten la muerte de Cristo como el fundamento y la garantía del ofrecimiento de perdón por parte de Dios, y el que los hombres obtengan el perdón mediante el arrepentimiento y la fe en Cristo. Pero, ¿significa esto que, así como un arma de fuego cargada es sólo potencialmente explosiva, y que es necesario apretar el gatillo para que funcione, la muerte de Cristo proporciona únicamente la posibilidad de salvación, y que se requiere el ejercicio de la fe de parte del hombre para que se haga efectiva y real? De ser así, no es, estrictamente, la muerte de Cristo la que nos salva en absoluto, como tampoco es suficiente cargar el arma para que funcione; hablando estrictamente, nos salvamos nosotros mismos mediante nuestra propia fe segÚn nuestro conocimiento, y, podría darse el caso de que la muerte de Cristo no hubiese salvado a nadie, ya que podría haber ocurrido que nadie creyese el evangelio. Pero no es así como lo ve el Nuevo Testamento. El punto de vista neotestamentario es el de que la muerte de Cristo en realidad nos ha salvado a "todos" -vale decir, a todos aquellos a quienes Dios conoció anticipadamente, y ha llamado y justificado, y a su debido momento glorificará. Porque nuestra fe, que desde el punto de vista del hombre constituye el medio de salvación, desde el punto de vista de Di()s constituye parte de la salvación, y es tan directa y completamente el don de Dios para nosotros como lo son el perdón y la paz que vienen por fe. Psicológicamente la fe es algo que parte de nosotros, pero la realidad teológica de la misma es que se trata de la obra de Dios en nosotros: tanto nuestra fe, como nuestra nueva relación con Dios como creyentes, y todos los dones divinos que se disfrutan dentro de esta relación, nos fueron todos asegurados por la muerte de Cristo en la cruz. Porque la cruz no constituye un hecho aislado; fue, más bien, la cuestión central en el eterno plan de Dios de salvar a los elegidos, y ella aseguró y garantizó primero el llamado (es decir, el provocar la fe a la mente mediante el evangelio, y mediante el Espíritu Santo al corazón), luego la justificación, y, finalmente, la glorificación de todos aquellos por los que, en forma específica y personal, murió Cristo.

Ahora podemos ver por qué en griego este versículo dice literalmente (y así también la RVR), ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? Es que sencillamente le resulta imposible no hacerlo, porque Cristo y "todas las cosas" van juntas como ingredientes en el único don de la vida y gloria eternas, y el que se nos haya dado a Cristo, para que removiese "la barrera del pecado" mediante la muerte expiatoria en nuestro lugar, nos ha abierto la puerta en forma efectiva para que nos sea dado todo lo demás. El propósito salvador de Dios, desde la elección eterna hasta la glorificación final, es uno solo, y resulta vital para nuestro entendimiento y nuestra certidumbre el que no perdamos de vista los lazos que unen las diversas partes y etapas -lo cual nos lleva al próximo punto.

Notemos, en tercer lugar, lo que quiere decir Pablo cuando habla sobre las consecuencias de nuestra redención. Dios, nos dice, nos dará con Cristo "todas las cosas". ¿Qué es lo que incluye esto? El llamado, la justificación, y la glorificación (lo cual en el versículo 30 incluye todo, desde el nuevo nacimiento hasta la resurrección del cuerpo) ya han sido mencionados, como también lo ha sido a lo largo del capítulo el multiforme ministerio del Espíritu Santo. He aquí riqueza incalculable; y basados en otras Escrituras podríamos agregar más. Podríamos, por ejemplo, considerar la

seguridad que nos da el Señor de que cuando los discípulos buscan primeramente "el reino de Dios y su justicia", entonces "todas estas cosas" (sus necesidades materiales) les serán provistas providencialmente (Mal 6:33) -hecho que volvió a mencionar, aunque parezca extraño, cuando dijo que "no hay ninguno que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o padre o madre, o mujer, o hijos, o tierras por causa de mí y el evangelio, que no reciba cien veces más ahora en este tiempo; casas, hermanos, hermanas, madres, hijos y tierras, con persecuciones, y en el siglo venidero . la vida eterna" (Mar. 10:29s). O podríamos considerar el hecho de que "todas las cosas" significa todo lo bueno en que puede pensar Dios, no lo que podamos pensar nosotros, ya que la generosidad de Dios está regida por su infinita sabiduría y poder. Pero estaremos más cerca del pensamiento de Pablo si entendemos que esta frase ha sido provocada, como el "ahora, pues", del versículo 1, por el tipo especial de lógica pastoral de Pablo, que combate por anticipado las conclusiones equivocadas a que de otro modo habrían de arribar sus lectores. La conclusión errónea que estaba combatiendo el versículo 1 (y que lo veremos combatir nuevamente en el versículo 33) era la de que los pecados de debilidad del cristiano pueden poner en peligro su aceptación continuada por parte de Dios; la conclusión equivocada que está combatiendo aquí es la de que el seguir a Cristo ha de significar la pérdida de cosas que valdría la pena tener, y que no tienen compensación con nada de lo que se adquiere -lo cual, de ser cierto, haría que el discipulado cristiano fuese algo detestable. La seguridad que nos da Pablo de que con Cristo Dios nos dará "todas las cosas" rectifica o corrige esta conclusión por anticipado, pues que proclama la suficiencia de Dios como nuestro soberano benefactor, cuya forma de tratar a sus siervos no deja lugar para. que tengan temor alguno de empobrecimiento personal en ningún momento. Analicemos esto.

El cristiano, como Israel en Sinaí, tiene que vérselas con la demanda excluyente del primer mandamiento. Dios le dijo a Israel: "Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre. No tendrás dioses ajenos delante de mí" (Exo. 2:2s). Este mandamiento, como todo el Decálogo, estaba concebido en términos negativos porque tenía como fin urgir a los israelitas a dejar de vivir como acostumbraban y a comenzar de nuevo. El trasfondo lo constituía el politeísmo de Egipto, que ya conocían los israelitas, y el de Canaán, con el que habrían de verse enfrentados a poco andar. El politeísmo, o sea la adoración de muchos dioses, se había extendido universalmente por todo el antiguo cercano oriente. La idea básica era la de que el poder de. 'Cada uno de los dioses estaba limitado por el de los demás dioses. El dios del trigo, o el dios de la fertilidad, por ejemplo, no podrían jamás cumplir las funciones del dios de la tormenta, o del dios de los mares. El dios que hacía su morada en algún sagrario, bosquecillo sagrado o árbol en particular, solamente podía actuar o auxiliar a los hombres cuando se encontraba en su propio lugar de habitación; en otras partes, otros dioses lo superaban. Por lo tanto no bastaba con adorar a un solo dios; era preciso, hasta donde fuera posible, estar en buenas relaciones con todos los dioses; de otro modo se corría el riesgo de verse constantemente expuesto al capricho de los dioses cuya propiciación se había descuidado, con la consiguiente pérdida de las cosas buenas que constituían la prerrogativa de dichas deidades. Fue la presión de tales ideas lo que en años posteriores hizo que fuese tan grande la tentación de los israelitas a adorar a "otros dioses". Indudablemente que en Egipto habían llegado a un estado en que aceptaba el politeísmo sin discusión, independientemente de que se uniesen en mayor o menor medida a los egipcios en su adoración de los dioses paganos. Pero el primer mandamiento condena en forma absoluta este modo de pensar y de comportarse. "No

tendrás dioses ajenos delante de mí."

Notemos, ahora, cómo resuelve Dios la cuestión de la lealtad entre él mismo y los "otros dioses". Le plantea la cuestión a Israel no como un problema de teología sino de lealtad; cuestión del corazón y no simplemente de la mente. En otras partes de la Escritura, principalmente en los Salmos y en Isaías, lo vemos diciéndole al pueblo explícitamente que el adorar dioses paganos es-locura, porque en realidad no son dioses; pero aquí no se trata de eso. Por el momento deja e, suspenso la cuestión de si existen o no otros dioses. Compone el primer mandamiento, no para resolver esa cuestión, sino la de la lealtad. No dice Dios: no hay otros dioses además de mí que tienen que tener en cuenta; dice simplemente: no tendrás otros dioses sino a mí. Y fundamenta esta declaración en el hecho de que él es el Dios de ellos, que los sacó de Egipto. Es como si dijese: al haberlos salvado del Faraón y sus huestes "con mano fuerte y brazo extendido", con señales y maravillas, con la Pascua y el cruce del mar Rojo, les di una demostración de lo que puedo hacer por ustedes, y les mostré muy claramente que en cualquier parte, en cualquier momento, frente a cualquier enemigo, en cualquier circunstancia, puedo protegerlos, proveer a sus necesidades, y darles todo lo que hace a la vida verdadera. No necesitan ningún otro Dios sino a mí; por lo tanto no deben dejarse arrastrar por la idea de buscar a ningún otro Dios sino a mí; en vez de ello, deben servirme a mí y sólo a mí.

En otras palabras, en el primer mandamiento Dios le dijo al pueblo de Israel que debía servirle exclusivamente, no sólo porque correspondía que lo hiciesen, sino también porque él era digno de su confianza total y exclusiva. Debían inclinarse ante su autoridad absoluta sobre la base de la confianza en su - total suficiencia para ellos. Está claro que estos dos requisitos debían ir juntos; porque no podían haberle servido de todo corazón con exclusión de otros dioses si dudaban de su total suficiencia para proveer a todas sus eventuales necesidades.

Ahora bien, si somos cristianos, sabemos que a nosotros se nos pide igual lealtad. Dios no escatimó a su Hijo, sino que lo entregó por nosotros; Cristo nos amó, y se dio a sí mismo por nosotros, para libramos de la esclavitud al pecado y a Satanás. El primer mandamiento, en su forma positiva, nos es impuesto por Cristo mismo: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento" (Mat. 22:37s). Esta exigencia descansa en el derecho de la creación y la redención, y no puede ser evadida.

Sabemos la clase de vida que como discípulos nos llama a vivir Cristo. Su propio ejemplo y enseñanzas en los evangelios (para no buscar más lejos en el libro de Dios) la hacen abundantemente clara. Somos llamados a. transitar este mundo como peregrinos - como meros residentes temporarios que viajan en forma ligera y decidida según lo pida Cristo, a hacer lo que no quiso hacer el joven rico, o sea, a abandonar los bienes materiales y la seguridad que los mismos proporcionan, y a vivir expuestos a la pobreza y a la pérdida de posesiones. Teniendo nuestro tesoro en el cielo, lo hemos de ocupamos de hacer tesoros en la tierra, ni de adquirir un elevado nivel de vida; bien pudiera ser que se nos pidiese que renunciemos a ambas cosas. Somos llamados a seguir a Cristo llevando nuestra cruz. ¿Qué significa esto? Pues bien, las únicas personas que en el mundo antiguo llevaban cruces eran los criminales condenados a morir crucificados; estos, igual que nuestro Señor mismo, eran obligados a llevar la cruz en

que iban a ser crucificados. De manera que lo que quiere decir Cristo es que debemos aceptar para nosotros la posición de dichas personas, en el sentido de renunciar a toda expectativa futura de manos de la sociedad y aprender a aceptar como cosa de rutina el que los hombres nos traten con frialdad y nos miren con odio y desprecio, como si fuésemos alguna especie de ser extraño. Si somos fieles a nuestro Señor Jesucristo es posible que con frecuencia encontremos que nos tratan de este modo.

Además, somos llamados a ser mansos, personas que no se empeñan en defender invariablemente sus derechos, preocupados por salirse con la suya, acongojados por los malos tratos y los desaires personales (aunque, si somos normalmente sensitivos, estas cosas inevitablemente nos afectarán en el nivel superior de la conciencia); sino que sencillamente hemos de remitir la causa a Dios y dejar en sus manos la vindicación cómo y cuándo él lo estime conveniente -si le parece conveniente hacerla. Nuestra actitud hacia los demás hombres, buenos o malos, tanto cristianos como incrédulos, ha de ser el del Buen Samaritano para con el judío en el camino, vale decir, nuestros ojos deben estar preparados para ver las necesidades de los demás, tanto espirituales como materiales; nuestro corazón debe estar dispuesto a ocuparse de las almas necesitadas que se cruzan en nuestro camino; la mente debe estar alerta para considerar la mejor forma de serles de ayuda; la voluntad debe evitar el ardid tan común en nosotros, el de pasarle la responsabilidad al otro, pasar por el otro lado, eludir las situaciones de necesidad cuando requieren sacrificio de nuestra parte.

Por supuesto que a nadie le resulta extraño nada de esto. Sabemos muy bien la clase de vida que Cristo quiere que vivamos; a menudo predicamos y conversamos sobre el tema entre nosotros. Pero, ¿vivimos así? Echemos un vistazo a las iglesias. Observemos la escasez de pastores y misioneros, especialmente de hombres; el lujo en los hogares cristianos; los problemas que tienen las entidades cristianas para reunir fondos; la facilidad que tienen los cristianos en todas las esferas de actividad para quejarse sobre el salario que reciben; la falta de verdadera preocupación por los ancianos y las personas solitarias, o, todavía peor, para cualquiera que esté fuera del círculo de los "creyentes fieles". Somos muy distintos de los cristianos de los tiempos bíblicos. Nuestra perspectiva sobre la vida es convencional y estática; la de ellos no lo era. El concepto de "la seguridad primero" no constituía para ellos una traba para sus iniciativas como lo es para nosotros. Debido a que vivían en forma eufórica, libre de moldes sociales y de inhibiciones a la luz del evangelio, causaron un verdadero fermento en el mundo de su época; en tanto que a nosotros los cristianos del siglo veinte no se nos podría acusar de nada semejante. ¿Por qué somos tan diferentes? Comparados con ellos, ¿por qué damos la impresión de ser cristianos a medias? ¿De dónde proviene ese espíritu nervioso, vacilante,. que no se arriesga para nada, y que arruina en buena medida nuestro discipulado cristiano? ¿Por qué es que no estamos lo suficientemente libres del temor y, la ansiedad como para poder seguir a Cristo hasta las últimas consecuencias? .

Parece ser que una de las razones es que en lo profundo de nuestro ser tenemos miedo a las consecuencias de seguir incondicionalmente el camino de la vida cristiana. No nos atrevemos a aceptar responsabilidades porque pensamos que no vamos a tener las fuerzas necesarias para llevarlas a cabo. No nos atrevemos a iniciar un modo de vida en el que no dependamos de la seguridad material porque tenemos miedo de quedamos' desamparados. No nos atrevemos a ser mansos porque tenemos miedo de que si no nos ponemos firmes nos van a pisotear y a hacer víctimas y que terminaremos en el fracaso.

No nos atrevemos a romper las convenciones sociales a fin de servir a Cristo porque tememos que si lo hacemos la estructura firme de nuestra vida se va a venir abajo a nuestro alrededor, dejándonos sin apoyo en ninguna parte. Son estos temores semiconscientes, este miedo a la inseguridad, más bien que alguna negación deliberada a enfrentar el costo que significa seguir a Cristo, los que nos hacen retraemos. Nos parece que los riesgos de un discipulado incondicional son demasiado grandes. En otras palabras, no estamos persuadidos de la suficiencia de Dios para suplir todas las necesidades de los que se lanzan de lleno al profundo mar de la vida no convencional en obediencia al llamado de Cristo. Por lo tanto, nos sentimos obligados a quebrantar el primer mandamiento en alguna medida, reservándonos una proporción de nuestro tiempo y energías para servir al mundo en lugar de a Dios. En el fondo parecería que esto es lo que anda mal con nosotros. Tenemos miedo de aceptar la autoridad de Dios plenamente por causa de la incertidumbre secreta que nos asalta en cuanto a su suficiencia para cuidamos si lo hacemos. '
Ahora bien, hay que llamarle al pan pan y al vino vino.

El nombre del juego en que estamos empeñados es incredulidad, y la frase de Pablo: "N os dará con él todas las cosas", constituye un reproche permanente a nuestra actitud. Pablo nos está diciendo que no hay ninguna pérdida definitiva ni empobrecimiento irreparable que temer; si Dios nos niega algo, es sólo con el fin de hacer lugar para una u otra de las cosas que tiene pensadas para nosotros. Quizá seguimos suponiendo que la vida del hombre consiste, por lo menos en parte, en las cosas que posee. Una actitud así presupone descontento futuro, y produce como consecuencia la falta de bendiciones; porque el "todas las cosas" de Pablo no se refiere' a una plétora de posesiones materiales, y la pasión por las posesiones tiene que ser eliminada a fin de que puedan entrar "todas las cosas". Porque esta frase tiene que ver con el conocer y disfrutar a Dios, y aquí queda excluido todo lo demás. El significado de la frase "nos dará con él todas las cosas" puede expresarse así: Algún día descubriremos que nada -literalmente nada- de lo que hubiera podido aumentar nuestra dicha eterna nos ha sido negado, y que nada -literalmente nada- de lo que hubiera podido limitar esa dicha ha quedado con nosotros. ¿ Qué seguridad mayor que esta podemos querer?

Sin embargo, cuando se trata de abandonamos libre y alegremente al servicio de Cristo titubeamos. ¿Por qué? Por nuestra incredulidad, pura y sencillamente. ¿Acaso tememos que a Dios le falten fuerzas y sabiduría para cumplir los propósitos que ha anunciado? Se trata justamente de aquel que hizo los mundos, los dirige,.y ordena cuanto acontece, desde la carrera de Faraón y Nabucodonosor hasta la caída de un gorrión. ¿O pensamos que no tiene firmeza de propósitos, y que así como algunos hombres bien intencionados les fallan a sus amigos, así también Dios nos puede fallar a nosotros a pesar de sus buenas intenciones? Pablo da por sentado que "a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien" (Rom; 8:28), ¿y quiénes somos nosotros para suponer que hemos de ser la excepción, los primeros en descubrir que Dios no es capaz de cumplir su palabra? ¿No vemos acaso que al manifestar tales temores estamos deshonrando a Dios? ¿O es que dudamos de su constancia, y sospechamos que ha "emergido" o se ha "desarrollado" o ha "muerto" en el lapso entre los tiempos bíblicos y los nuestros (el hombre moderno ha explorado todas estas ideas), y que ya no es más ese Dios con el que tuvieron que ver los santos de las Escrituras? Pero "yo J Jehová no cambio", y "Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos" (Mal. 3: 6; Heb. 13:8).

¿Nos habremos estado resistiendo a aceptar un camino arriesgado y costoso a pesar de saber en nuestro fuero interno que Dios nos ha llamado a emprenderlo? En caso afirmativo no resistamos más. Nuestro Dios es fiel, y enteramente suficiente. Jamás necesitaremos más de lo que él puede darnos, y 10 que él nos da, tanto materialmente c<:>mo espiritualmente, siempre será suficiente para el momento presente. "El no niega sus bienes a los que andan en caminos de integridad" (Sal. 84: 11 BA). "Fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de 10 que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar" (I COL 10: 13). "Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad" (lI Coro 12: 9). i Pensemos en todo esto!, y que al pensar podamos ahuyentar las dudas que nos impiden servir a nuestro Señor.

V

3. " ¿ Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará?"

El pensamiento que expresa la tercera pregunta de Pablo es el de que ninguna acusación podrá jamás privamos de nuestra herencia. Nos transmite esta idea cuando señala la suficiencia de Dios como defensor soberano, y el carácter decisivo de su veredicto justificatorio sobre nosotros.

Pablo escribió los dos versículos precedentes para combatir el temor del cristiano en cuanto a la oposición y la miseria entre los hombres; este otro versículo lo escribe para combatir el temor del rechazo por parte de Dios. Existen dos tipos de conciencia enferma, la de quienes no tienen plena conciencia del pecado y la de los que no tienen plena conciencia del perdón. Pablo se dirige aquí a los del segundo tipo. Sabe muy bien con cuánta facilidad la conciencia del cristiano sometido a presiones puede volverse morbosa, particularmente cuando le friegan la nariz, como lo haría Romanos 7: 14-25, con la realidad del pecado y el fracaso incesantes. Pablo sabe también lo imposible que es lograr que la esperanza cristiana sea motivo de gozo para el hombre cuando tiene aún dudas en cuanto a su seguridad como creyente que ha sido justificado. De modo que, como próximo paso en su bosquejo en cuanto a lo que los cristianos debieran decir ante "estas cosas", Pablo hace referencia directa al temor (al que ningún cristiano es totalmente ajeno) de que la justificación presente pueda no ser más que provisional, y pueda algún día perderse en razón de las imperfecciones de la vida cristiana. Pablo no niega ni por un momento que los cristianos fallan y caen, algunas veces gravemente, ni niega tampoco el que (como 10 saben todos los cristianos, y como lo revelan sus propias palabras en Romanos 7) el recuerdo de los pecados cometidos después de habernos hecho cristianos resulta mucho más penoso que cualquier cosa que pensemos acerca de las caídas morales, por grandes que fuesen, anteriores a ese momento. Pero Pablo niega categóricamente que alguna caída presente o futura pueda poner en peligro nuestra justificación ante Dios. La razón, dice, en efecto, es muy simple: nadie está en condiciones de hacer que el veredicto dado por Dios sea modificado. Nuestra versión de la Biblia destaca claramente el pensamiento paulino: "¿ Quién acusará a los escogidos de Dios?" El pensamiento recibe realce de distintas maneras en la fraseología de Pablo.

Primero, Pablo trae a colación la gracia de Dios en la elección. "¿Quién acusará a los escogidos de Dios?" Recuerden, dice Pablo, que a quienes Dios justifica ahora, ya

fueron escogidos desde la eternidad para ser salvos, y si la justificación de los mismos hubiese de ser revocada en algún momento, los planes de Dios para con ellos no se cumplirían. Desde este punto de vista, por lo tanto, la pérdida de la justificación resulta inconcebible.

Segundo, Pablo trae a colación la soberanía de Dios en el juicio. "Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará?" Si es Dios, Hacedor y Juez de todos, el que pronuncia la sentencia de justificación -es decir, el que declara que estamos en buenas relaciones con él y ante su ley, y que ya no estamos sujetos a muerte por nuestros pecados, sino que somos aceptados en Cristo-, y si Dios ha pronunciado dicha sentencia a plena vista de todos nuestros fracasos, justificándonos sobre la base y el entendimiento explícitos de que no éramos justos, sino impíos (cf. Rom. 4: 5), entonces nadie puede jamás tachar el veredicto, ni siquiera el mismo "acusador de los hermanos". No hay nadie por encima de Dios que pueda modificar su decisión - ¡no hay más que un Juez!-, y nadie puede proporcionar nuevas pruebas de nuestra depravación que puedan hacer cambiar de parecer a Dios. Porque Dios nos justificó con (por así decirlo) los ojos - abiertos. Sabía perfectamente lo que éramos cuando nos aceptó por amor de Jesús; y el veredicto que produjo entonces fue, y sigue siendo, definitivo.

En el mundo de la Biblia, el juicio constituía prerrogativa real, y al rey y juez, en quien residían los poderes legislativo, judicial, y ejecutivo, debía, una vez que estaban decididos cuáles eran los derechos de la persona, proceder a tomar las medidas necesarias para que dichos derechos fuesen respetados. De este modo el rey obraba como abogado y defensor de aquellos a quienes justificaba con su juicio. Este es justamente el trasfondo del pensamiento de Pablo en el presente caso: El Señor soberano que nos justificó ha de tomar las medidas activas necesarias a fin de garantizar que la posición que nos ha dado se mantenga y podamos disfrutarla de lleno. De manera que la pérdida de la justificación resulta inconcebible desde este punto de vista también.

Tercero, Pablo trae a colación la efectividad de Cristo como mediador. Es mejor leer la referencia a Cristo en forma de pregunta, como lo vierte Felipe de Fuenterrabía: " ¿ Quién podrá condenar? ¿Acaso Cristo Jesús, el que murió por nosotros? Y más, ¿el que fue resucitado? Y más aun, ¿el que está a la diestra de Dios? Y más todavía, ¿el que está intercediendo por nosotros?" Todo lo que dice Pablo sirve para demostrar que la idea de que Cristo pueda condenamos resulta absurda. Cristo murió -para salvamos de la condenación, cargando la culpa de nuestros pecados como nuestro sustituto. Resucitó y además fue exaltado -"por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados" (Hch. 5:31). Ahora, en virtud de su presencia en el trono a la diestra del Padre, intercede por nosotros con autoridad, es decir, interviene a favor de nosotros para asegurar que recibamos todo lo que nos procuró al morir por nosotros. ¿Y luego nos va a condenar. .. El, el Mediador, que nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros, y cuya preocupación constante en el cielo es la de que podamos disfrutar los frutos plenos de su redención? Semejante idea resulta grotesca y a la vez imposible. Una vez más, por lo tanto, resulta que la pérdida de la justificación es inconcebible; y esto es lo que debe repetirse constantemente el creyente, como mensaje de Dios.

Una vez más es Toplady quien pone en boca del creyente las palabras adecuadas, en el himno titulado "Fe que reanima"; ¿De dónde este temor y esta Incredulidad? ¿Acaso el Padre no afligió a su Hijo sin mancha por mí? ¿Acaso el justo Juez de los hombres me

condenará por esta deuda de pecado que fue cargada sobre ti? Has hecho expiación completa y has pagado, hasta el último centavo, todo lo que debía tu pueblo; tu ira no puede descargarse sobre mí, si estoy amparado en tu justicia y he sido rociado con tu sangre. Si tú has procurado mi absolución, y libremente has soportado en mi lugar la plenitud de la ira divina, Dios no puede requerir pago dos veces, primero de la mano de mi ensangrentado fiador y luego de la mía. Vuélvete, por lo tanto, alma mía, a tu descanso; los méritos de tu gran Sumo Sacerdote han comprado tu libertad; confía en su sangre eficaz, y no temas ser desterrado por Dios, porque Jesús murió por ti.

VI

4. "¿Quién nos separará del amor de Cristo?"

El pensamiento culminante a que arriba Pablo en esta cuarta pregunta es el de que no puede jamás acaecernos separación alguna del amor de Cristo. Transmite este concepto presentándonos a Dios, Padre e Hijo, como nuestro soberano guardado, y destacando claramente el carácter decisivo del amor divino al resolver nuestro destino.

En un capítulo anterior estudiamos el amor de Dios, por lo cual no necesitamos volver a este tema aquí. La cuestión crucial en torno a la cual se desarrolla el razonamiento de Pablo ya es terreno familiar para nosotros, a saber, que mientras el amor humano, cualesquiera sean sus aspectos positivos en otros sentidos, no puede aseguramos que lo que desea para la persona amada realmente se va a cumplir (como lo saben multitudes de amantes contrariados y de padres desconsolados), el amor divino es función de la omnipotencia, y tiene un todopoderoso propósito de bendición que no puede ser contrariado. Esta decisión soberana se menciona aquí como el "amor de Cristo" y el "amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro" (vv. 35,39); y esa doble descripción nos recuerda que el Padre y el Hijo Juntamente con el Espíritu Santo, como vimos en la parte anterior del capítulo) se unen en el amor a los pecadores, y, también, que el amor que escoge, justifica, y glorifica es un amor "en (Cristo Jesús", amor que sólo puede ser conocido por aquellos para los cuales Cristo Jesús es "Señor nuestro". El amor del que habla Pablo es amor que salva, y el Nuevo Testamento no permite que hombre alguno suponga que este amor divino lo abraza, a menos que haya acudido como pecador a Jesús y haya aprendido a decide a Jesús, con Tomás, "¡Señor mío y Dios mío!" Pero una vez que la persona realmente se ha entregado al Señor Jesús (según nos dice Pablo) jamás necesitará sentir la incertidumbre de la dama de la tira cómica que murmura mientras deshoja los pétalos de la margarita, "me quiere -no me quieren". Por qué es privilegio del cristiano el saber con certeza que Dios lo ama en forma inmutable, y nada podrá jamás apartado de este amor, o estorbar el goce final de sus frutos.

Esto es lo que Pablo proclama en la triunfante declaración de los versículos 38,39, en los que se oyen los latidos del corazón mismo de la certidumbre cristiana: "estoy seguro" (RVR) -"persuadido", VM; "cierto", RV, 1909; "bien persuadido" (Besson); "convencido" (Taylor); "firmemente convencido" (Fuenterrabía)- "de que no hay nada en la muerte ni en la vida, en el reino de los espíritus o los poderes sobrehumanos, en el mundo actual o en el mundo venidero, en las fuerzas del universo, en alturas o profundidades -nada en toda la creación que pueda separamos del amor de Dios en Cristo Jesús nuestro Señor" (New English Bible). Expone aquí Pablo la suficiencia de

Dios -su carácter "omnisuficiente" en la expresión antigua- en por lo menos dos maneras. Primero, Dios es suficiente como nuestro guardador. "Ninguna cosa … nos podrá separar del amor de Dios," porque el amor de Dios nos tiene bien asidos. Los cristianos son "guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación" (I P. 1: 5), y el poder de Dios no sólo los hace perseverar en la fe, sino que, incluso, los mantiene seguros por causa de su fe. Nuestra fe no va a faltar mientras Dios la sustente; no somos tan fuertes como para alejamos mientras Dios esté resuelto a tenemos en su mano. Segundo, Dios es suficiente como nuestro fin. Las relaciones humanas basadas en el amor -entre hijos y padres, entre marido y mujer, entre amigos- constituyen fines en sí mismas, que tienen su valor y su alegría en sí mismas; y lo mismo vale para el conocimiento del Dios que nos ama, el Dios cuyo amor se ve en Jesús. Pablo escribió: "Todo lo que pudiera yo tener lo cuento como pérdida, en comparación con la gran ventaja de conocer a Cristo Jesús mi Señor. Por causa de Cristo lo he perdido todo, y todo lo considero basura, a cambio de ganar a Cristo … Lo que quiero es conocer a Cristo, sentir en mí el poder de su resurrección, y tomar parte en sus sufrimientos, llegando a ser como él en su muerte … sigo adelante con la esperanza de alcanzar aquello para lo cual Cristo Jesús me alcanzó primero … lo que … hago, es olvidarme de lo que queda atrás y esforzarme por alcanzar lo que está adelante, para llegar a la meta y ganar el premio que Dios en el cielo nos llama a recibir por estar unidos a Cristo Jesús" (Fil. 3:8-14, VP). Como lo expresa el himno, "Cristo es la senda, y Cristo el premio". El propósito de nuestra relación con Dios en Cristo es el perfeccionamiento de esa misma relación. ¿Cómo podría ser de otro modo, cuando se trata de una relación basada en el amor? De modo que Dios es suficiente en este nuevo sentido, en el sentido de que conociéndolo plenamente nos sentiremos plenamente satisfechos, sin que necesitemos ni deseemos nada más.

Una vez más, Pablo está combatiendo el temor, temor, en este caso, de lo desconocido, ya sea en términos de sufrimiento sin precedentes (vv. 35,36), o de un futuro horrible ("el mundo venidero"), o de fuerzas cósmicas que no pueden medirse ni dominarse ("alto" y "profundo" en el versículo 39 con términos técnicos astrológicos relativos a poderes cósmicos misteriosos). La razón del temor es el efecto que estas cosas podrían tener sobre la comunión del individuo con Dios, si logran imponerse sobre la razón y la fe, destruyendo ,de ese modo la cordura y la salvación a un mismo tiempo. En una época como la nuestra (i que en este sentido no es tan diferente a la de Pablo!) todos los cristianos, especialmente los más imaginativos, conocen algo de este tipo de temor. Es la versión cristiana de la angustia existencialista ante la perspectiva de la destrucción personal. Mas, dice Pablo, tenemos que luchar contra este temor, por cuanto el espantajo es ficticio. Nada, literalmente nada, nos puede separar del amor de Dios: "en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó" (v. 37). Cuando Pablo y Silas estaban sentados en el cepo en la cárcel de Filipos, era tal su alborozo que a medianoche comenzaron a cantar, y es así como los que conocen el amor soberano de Dios se sentirán siempre cuando se encuentren en situaciones desesperantes. Una vez más es Toplady, en el himno intitulado "Plena certidumbre", quien encuentra las palabras necesarias para manifestar lo que esto significa.

El brazo de su fortaleza ha de completar la obra que inició su bondad; su promesa es Sí y Amén, y jamás ha sido retirada hasta hoy; ni cosas futuras. ni las que ya son, ni todas las cosas de arriba o de abajo pueden hacerle renunciar a su propósito o separar mi alma de su amor. La eternidad no borrará mi nombre de las palmas de sus manos; con marcas

de gracia indeleble queda grabado en su corazón; sí. hasta el final perduraré. con la misma seguridad con que se dieron las arras. ¡Podrán tener mayor alegría, pero no mayor seguridad, los espíritus glorificados en el cielo!

VII

Hemos llegado al punto culminante de nuestro libro. Al comenzar nos propusimos averiguar qué significaba conocer a Dios. Descubrimos que el Dios que está "allí" para que podamos conocerlo es el Dios de la Biblia, el Dios de Romanos, el Dios revelado en Jesús, el Dios que es tres en uno, según la doctrina cristiana histórica. Vimos que para conocer a Dios tenemos que comenzar por tener conocimiento sobre él, de modo que estudiamos tanto su carácter como sus modos de obrar 'según la revelación, y llegamos a comprender algo de su bondad y su severidad, de su ira y de su gracia. Al hacerla, aprendimos a revaloramos como criaturas caídas, no como criaturas fuertes y omnisuficientes, como alguna vez supusimos, sino como seres débiles, necios y realmente malos, encaminados hacia el infierno y no hacia Utopía, a menos que intervenga la gracia. Además, vimos que el conocer a Dios envuelve una relación personal por la que nos entregamos en manos de Dios sobre la base de su promesa de entregarse él también a nosotros. El conocer a Dios significa pedirle misericordia, y descansar en su promesa de perdonar a los pecadores por amor de Jesús. Más aun, significa hacemos discípulos de Jesús, el Salvador viviente que está "allí'" hoy, llamando a los necesitados a que acudan a él como lo hizo en Galilea en los días de su carne. El conocer a Dios, en otras palabras, comprende la fe -el asentimiento, el consentimiento, el compromiso-, y la fe se expresa en la oración y la obediencia. "La mejor medida de una vida espiritual -dijo Oswaldo Chambers- no la constituyen los éxtasis, sino la obediencia." El buen rey Josías "juzgó la causa del afligido y del menesteroso .... ¿No es esto conocerme a mí? dice Jehová" (Jer. 22:16). Y ahora, finalmente, y sobre la base de todo lo que se ha dicho antes, aprendemos que el hombre que conoce a Dios será más que vencedor, y que vivirá de conformidad con Romanos 8, regocijándose con Pablo por la suficiencia de Dios. Y aquí tenemos que terminar, porque más alto es imposible que, de este lado de la gloria, llegue hombre alguno en el conocimiento de Dios.

¿Adónde nos ha conducido todo esto? Al corazón mismo de la religión de la Biblia. Hemos llegado a un punto en que podemos hacer nuestras la oración y la confesión de David en el Salmo 16: "Guárdame, oh Dios, porque en' ti he confiado. Oh alma mía, dijiste a Jehová: Tú eres mi Señor; no hay para mí bien fuera de ti .... Jehová es la porción de mi herencia y de mi copa; tú sustentas mi suerte .... Bendeciré a Jehová que me aconseja ... a Jehová he puesto siempre delante de mí; porque está a mi diestra, no seré conmovido. Se alegró por tanto mi corazón , .. me mostrarás la senda de la vida; en tu presencia hay plenitud de gozo; delicias a tu diestra para siempre." Luego podríamos decir con Habacuc en casos de ruina económica o cualquier otra contingencia:

"Aunque la higuera no florezca, ni en las vides haya frutos, aunque falte el producto del olivo, y los labrados no den mantenimiento, y las ovejas sean quitadas de la majada, y no haya vacas en los corrales; con todo, yo me alegraré en Jehová, y me gozaré en el Dios de mi salvación. Jehová el Señor es mi fortaleza ... " (Hab. 3: 17,18). ¡Feliz el

hombre que puede decir estas cosas sintiéndolas realmente!

Hemos llegado también al punto en que podemos comprender la verdad de las descripciones de la vida cristiana en términos de "victoria" y de que "Jesús satisface". Este tipo de lenguaje puede desconcertar si se usa ingenuamente -porque la "victoria" no es todavía el fin de la guerra, y la fe en el Dios trino no puede reducirse a la adoración de Jesús. No obstante, estas frases son preciosas, porque indican el lazo entre el conocimiento de Dios por un lado y la realización humana por otro. Cuando hablamos sobre la suficiencia de Dios, es a este lazo al que damos relieve, y dicho lazo forma parte de la esencia del cristianismo. Los que conocen a Dios en Cristo han descubierto el verdadero secreto de la verdadera libertad y de la verdadera humanidad. ¡Pero necesitaríamos otro libro para dedicamos a considerar esto!

Finalmente, hemos llegado al punto en que podemos y debemos poner orden en las prioridades para la vida. Si nos llevamos por, algunas publicaciones cristianas actuales podríamos llegar a la conclusión de que la cuestión más vital para todo cristiano real o en potencia en el mundo de hoy es la de la unión eclesiástica, el testimonio social, el diálogo con otros cristianos u otros cultos, refutar' este o aquel -ismo, el desarrollo de una mosofía o una cultura cristianas, o cualquier otra cosa. Pero nuestra línea de estudio hace que la concentración de la atención en estas cosas en el día de hoy parezca como una gigantesca conspiración para desorientar. Desde luego que no es eso; las cuestiones mismas son reales y tienen que ser consideradas en su lugar apropiado. Pero resulta trágico que, al prestarles atención, sean tantas las personas que en nuestros días hayan sido distraídas de lo que era, es, y siempre será la prioridad verdadera para todo ser humano, a saber, el aprender a conocer a Dios en Cristo. "Cuando dijiste: Buscad mi rostro; mi corazón te dijo: ¡Tu rostro, oh Jehová, buscaré!" (Sal. 27:8, VM). Esta obra no habrá sido escrita en vano si ayuda a sus lectores a identificarse más íntimamente con el salmista en este punto.

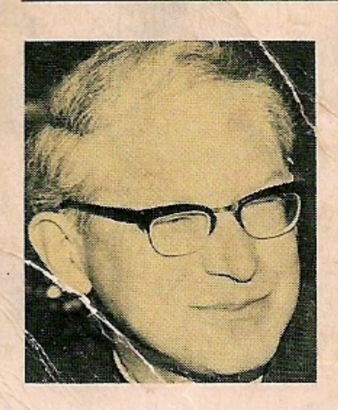
TABLA DE CONTENIDO

LOGOI

¿Es Dios un algo indefinido?

ESTA EPOCA, llena de adelantos, sufre de un gran retraso: el conocimiento de Dios. ¿Quién es El? ¿Dónde está? ¿Cuál es su relación con el hombre moderno? ¿Puedo yo conocer íntimamente al Dios creador?
Aun siendo cristianos, nos hemos conformado al espíritu del mundo que nos rodea.
Tenemos una elevada opinión de nosotros mismos, pero nuestra impresión de Dios es difusa, y más bien pobre. No es que neguemos la existencia de Dios, sino que lo hemos desterrado fuera del ámbito de nuestra existencia diaria. Pensamos en Dios sólo en las ocasiones de emergencia o desamparo.
Este libro se ha escrito para darnos conciencia clara de nuestra condición, y para llevarnos de manera lógica e irrebatible al conocimiento de Dios.

¡ESTE LIBRO DA RESPUESTAS BIBLICAS!



El DR. J. I. PACKER es un teólogo inglés que se dio a conocer primero como autor con dos obras sucesivas, El fundamentalismo y la Palabra de Dios *y* El evangelismo y la soberanía de Dios. *Esta,* Hacia el conocimiento de Dios, *se ha convertido en el más notorio éxito de librería en obras teológicas tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos.*